

S. EUSEBIO JERÓNIMO DE ESTRIDÓN, PRESBITERO, COMENTARIOS SOBRE EL EVANGELIO DE MATEO A EUSEBIO, LIBROS CUATRO. (C)

prólogo.

1-2 Lucas, el evangelista, también testifica que hubo muchos que escribieron los Evangelios, diciendo: "Puesto que muchos han intentado ordenar una narración de las cosas que se han cumplido entre nosotros, tal como nos las transmitieron quienes desde el principio fueron testigos oculares y ministros de la palabra"; y la perseverancia hasta el tiempo presente declara los monumentos que, editados por diversos autores, fueron principios de diversas herejías, como el de los egipcios, Tomás, Matías, Bartolomé, también de los doce apóstoles, y de Basíledes y Apeles, y de los demás, cuya enumeración sería larguísima: siendo necesario decir solamente en este momento que existieron algunos que, sin el espíritu y la gracia de Dios, intentaron más ordenar una narración que tejer la verdad de la historia. A estos con justicia se les puede aplicar lo profético: "¡Ay de los que profetizan de su propio corazón, que andan tras su propio espíritu, que dicen: 'Esto dice el Señor'; y el Señor no los envió" (Ezequiel XIII, 3). De los cuales también el Salvador habla en el Evangelio de Juan: "Todos los que vinieron antes de mí son ladrones y salteadores" (Juan X, 8). Los que vinieron: no, los que fueron enviados. Pues él mismo dice: "Venían, y yo no los enviaba" (Jeremías XIV, 14; y XXIII, 21). En los que vienen, hay presunción de temeridad; en los enviados, hay obediencia de servicio. Pero la Iglesia, que está fundada sobre la roca por la voz del Señor, a la cual el rey introdujo en su cámara (Cantar de los Cantares I y II), y a la cual por la abertura de la bajada oculta extendió su mano (Cantar de los Cantares V), semejante a una gacela o a un cervatillo (Cantar de los Cantares II, 9), eructando como los cuatro ríos del paraíso (Génesis II), tiene cuatro ángulos y anillos [Al. teniendo], por los cuales, como el arca del Testamento y guardiana de la Ley del Señor, es llevada con maderas inmóviles (Éxodo XXV, 10 y siguientes).

El primero de todos es Mateo, el publicano, llamado también Leví, quien publicó el Evangelio en Judea en lengua hebrea, principalmente por causa de aquellos que habían creído en Jesús de entre los judíos, y que de ninguna manera guardaban la sombra de la Ley, sucediendo la verdad del Evangelio. El segundo es Marcos, intérprete del apóstol Pedro y primer obispo de la iglesia de Alejandría, quien no vio al Señor Salvador, pero narró según la fe de los hechos más que el orden, lo que había oído predicar a su maestro. El tercero es Lucas, médico, de nación sirio de Antioquía (cuya alabanza está en el Evangelio), quien también discípulo del apóstol Pablo, compuso su volumen en las partes de Acaya y Beocia (II Corintios VIII), repitiendo algunas cosas más profundamente, y como él mismo confiesa en el prólogo, describiendo más lo oído que lo visto. El último es Juan, apóstol y evangelista, a quien Jesús amó mucho, quien recostado sobre el pecho del Señor (Juan XIII y XXI), bebió las purísimas corrientes de doctrinas, y quien solo mereció oír desde la cruz: "He aquí tu madre" (Juan XIX, 27). Estando él en Asia, y ya entonces brotando las semillas de los herejes, de Cerinto, Ebión, y de los demás que niegan que Cristo ha venido en carne (a quienes él mismo en su epístola llama anticristos [I Juan II, 18], y el apóstol Pablo frecuentemente golpea [Romanos III; II Corintios V]), fue obligado por casi todos los obispos de Asia de entonces, y por las legaciones de muchas Iglesias, a escribir más profundamente sobre la divinidad del Salvador, y a lanzarse hacia el mismo (por así decirlo) Verbo de Dios, no tanto con audacia, como con feliz temeridad. Y la historia eclesiástica narra que, cuando fue instado por los hermanos a escribir, respondió que lo haría si, habiendo convocado un ayuno, todos juntos rogaran a Dios [Al. suplicaran]: al concluirlo, saturado por la revelación, viniendo del cielo, eructó en aquel prólogo: "En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y el Verbo era Dios: este estaba en el principio con Dios" (Juan I). Estos cuatro

Evangelios, mucho antes predichos, también los prueba el volumen de Ezequiel, en el cual la primera visión se teje así: "Y en medio, como la semejanza de cuatro seres vivientes: y sus rostros eran rostro de hombre, y rostro de león, y rostro de becerro, y rostro de águila" (Ezequiel I, 5 y 10). El primer rostro de hombre significa a Mateo, quien como de hombre comenzó a escribir: "Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham" (Mateo I). El segundo a Marcos, en quien se oye la voz del león rugiente en el desierto: "Voz del que clama en el desierto, preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas" (Marcos I, 3). El tercero, el de becerro, prefigura al evangelista Lucas, quien tomó su inicio de Zacarías el sacerdote. El cuarto, al evangelista Juan, quien, tomando las alas del águila y apresurándose a lo más alto, discute sobre el Verbo de Dios. Las demás cosas que siguen avanzan en el mismo sentido. Sus piernas son rectas, y sus pies alados, y a dondequiera que iba el espíritu, iban, y no se volvían: y sus espaldas llenas de ojos, y centellas y lámparas corriendo en medio, y rueda en rueda, y en cada uno cuatro rostros. De donde también el Apocalipsis de Juan, después de la exposición de los veinticuatro ancianos que, teniendo cítaras y copas, adoraban [Al. adoran] al Cordero de Dios, introduce relámpagos, y truenos, y siete espíritus corriendo, y un mar de vidrio y cuatro seres vivientes llenos de ojos (Apocalipsis IV y V), diciendo: "El primer ser viviente semejante a un león, y el segundo semejante a un becerro, y el tercero semejante a un hombre, y el cuarto semejante a un águila volando. Y poco después: Estaban llenos, dice, de ojos, y no tenían descanso día y noche, diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor Dios Todopoderoso, que era, y que es, y que ha de venir" (Apocalipsis IV, 7, 8). Con todo esto se muestra claramente que solo deben aceptarse cuatro Evangelios, y que todas las fábulas apócrifas deben ser cantadas más a los herejes muertos que a los vivos eclesiásticos. Y me maravillo bastante, Eusebio, amadísimo, de por qué, estando a punto de navegar repentinamente a Roma, quisiste que te diera esto como si fuera un pequeño refrigerio, para que, exponiendo brevemente a Mateo, lo comprimiera en palabras y lo expandiera en sentidos. Si recordaras mi respuesta, nunca pedirías en pocos días una obra de años. Primero, porque es difícil leer a todos los que han escrito sobre los Evangelios. Luego, mucho más difícil, con juicio, recibir lo que es mejor. Confieso haber leído hace muchos años los veinticinco volúmenes de Orígenes sobre Mateo, y sus mismas Homilias, y el género de interpretación comática: y los Comentarios de Teófilo, obispo de la ciudad de Antioquía: también del mártir Hipólito, y de Teodoro de Heraclea, y de Apolinar de Laodicea, y de Dídimo de Alejandría; y de los latinos, los Opúsculos de Hilario, Victorino, Fortunaciano, de los cuales, aunque tomara pequeñas partes, se escribiría algo digno de memoria. Pero tú, en dos semanas, con la Pascua ya inminente, y los vientos soplando, me obligas a dictar: para que cuando los notarios tomen nota, cuando se escriban las hojas, cuando se corrijan, en qué espacio se ordenen completamente, especialmente cuando sabes que he estado tan enfermo durante tres meses, que apenas ahora empiezo a caminar; ni puedo compensar la magnitud del trabajo con la brevedad del tiempo. Por lo tanto, dejando de lado la autoridad de los Antiguos, a quienes no se me ha dado la facultad de leer ni de seguir, he dispuesto brevemente la interpretación histórica que principalmente solicitaste: y a veces he mezclado flores de inteligencia espiritual, reservando la obra completa para el futuro. Si me es concedida una vida más larga, o tú, al regresar, cumples tus promesas, entonces me esforzaré por completar lo que queda, o mejor dicho, habiendo echado los cimientos, y con las paredes en parte construidas, pondré el hermoso techo, para que sepas qué diferencia hay entre la audacia de dictar rápidamente y la diligencia de escribir con esmero. Ciertamente sabes, y me avergonzaría de llamarte testigo de mi mentira, que he dictado este pequeño trabajo con tanta rapidez, que pensarías que más bien leo lo ajeno que compongo lo mío. Y no pienses que esto se dice por arrogancia y confianza en el ingenio, sino porque deseo mostrarte cuánto vales para mí, quien he preferido arriesgarme más ante los doctos que negarte algo a ti que lo solicitas con diligencia. Por lo cual te ruego, que si el discurso es más

desaliñado, y la oración no se lleva con el flujo habitual, atribuyas esto a la prisa, no a la impericia, y des los ejemplares, cuando vengas a Roma, a la Virgen de Cristo Principia, quien me rogó que escribiera sobre el Cantar de los Cantares, de la cual obra fui excluido por una larga enfermedad, posponiendo la esperanza para el futuro: atándote con esta condición, que si tú le sustraes lo escrito para ti, ella también lo cierre en su armario para escribirlo después.

LIBRO PRIMERO.

9 (Capítulo I.---Vers. 1.) Libro de la generación de Jesucristo. Leemos en Isaías: "¿Quién contará su generación?" (Isaías LIII, 8). No pensemos, por tanto, que el Evangelista [Al. Evangelio] es contrario al profeta, para que lo que aquel dijo imposible de expresar, este comience a narrar: porque allí se habla de la generación de la divinidad, aquí de la encarnación. Pero comenzó con los carnales, para que comencemos a decir de Dios a través del hombre.

Hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac. Isaac engendró a Jacob. Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. El orden es inverso, pero necesariamente cambiado. Si hubiera puesto primero a Abraham, y después a David: nuevamente habría tenido que repetir a Abraham, para que se tejiera la serie de la generación. Por eso, dejando de lado a los demás, lo llamó hijo de estos; porque solo a ellos se les hizo la promesa de Cristo, a Abraham: "En tu simiente, dice, serán bendecidas todas las naciones" (Génesis XXII, 18), que es Cristo. A David: "Del fruto de tu vientre pondré sobre tu trono" (Salmo CXXXI, 11).

(Vers. 3.) Judá engendró a Fares y a Zara de Tamar. Fares engendró a Esrom. Esrom engendró a Aram. Aram engendró a Aminadab. Aminadab engendró a Naasón. Es notable que en la genealogía del Salvador no se tome a ninguna de las santas mujeres; sino a aquellas que la Escritura reprende, para que quien vino por los pecadores, naciendo de pecadores, borrara los pecados de todos. Por eso también en lo que sigue se menciona a Rut la moabita, y a Betsabé, la esposa de Urías.

(Vers. 4 y siguientes.) Naasón engendró a Salmón. Salmón engendró a Booz de Rahab. Booz engendró a Obed de Rut. Obed engendró a Jesé. Jesé engendró al rey David. 10 David el rey engendró a Salomón de la que fue esposa de Urías. Salomón engendró a Roboam. Roboam engendró a Abías. Abías engendró a Asá. Asá engendró a Josafat. Josafat engendró a Joram. Este es Naasón, príncipe de la tribu de Judá, como leemos en Números (Números I y II).

Joram engendró a Ozías. Ozías engendró a Jotam. Jotam engendró a Acáz. Acáz engendró a Ezequías. Ezequías engendró a Manasés. Manasés engendró a Amón. Amón engendró a Josías. Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos en la deportación a Babilonia. En el cuarto libro de los Reyes (Capítulos III, VIII y siguientes) leemos que de Joram fue engendrado Ocozías, quien muerto, Josabet, hija del rey Joram, hermana de Ocozías, tomó a Joás, hijo de su hermano, y lo sustrajo de la matanza que ejercía Atalía [Al. Atolia]. A quien sucedió en el reino su hijo Amasías, después de quien reinó su hijo Azarías, quien también es llamado Ozías [Al. Ocozías]: a quien sucedió Jotam, su hijo. Ves, por tanto, que según la fe de la historia hubo tres reyes en medio, que aquí el Evangelista omitió: pues Joram no engendró a Ozías, sino a Ocozías: y a los demás que enumeramos. Pero como el propósito del Evangelista era poner tres tesseractas en diferentes estados de tiempos, y Joram se había mezclado en matrimonio con la impiísima Jezabel, por eso hasta la tercera generación su memoria es borrada, para que no se pusiera en el orden de la santa natividad.

(Vers. 12 y siguientes.) Y después de la deportación a Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel. Salatiel engendró a Zorobabel. Zorobabel engendró a Abiud. Abiud engendró a Eliacim. Eliacim engendró a Azor. Azor engendró a Sadoc. Sadoc engendró a Aquim. Aquim engendró a Eliud. Eliud engendró a Eleazar. Eleazar engendró a Matán. Matán engendró a Jacob. Si queremos poner a Jeconías al final de la primera tesseradecada [Al. tesseradecadis], en la siguiente no habrá catorce, sino trece. Sepamos, por tanto, que el primer Jeconías es el mismo que también Joacim: el segundo, el hijo, no el padre: de los cuales el primero se escribe con c y m, el siguiente con ch y n: lo cual, por el error de los escribas y la longitud de los tiempos, se ha confundido entre griegos y latinos.

(Vers. 16.) Jacob engendró a José. En este lugar, el emperador Juliano nos objetó la disonancia de los Evangelistas, por qué el evangelista Mateo dice que José es hijo de Jacob: y Lucas lo llama hijo de Helí; no entendiendo la costumbre de las Escrituras, que uno es padre según la naturaleza, otro según la Ley. Sabemos que esto fue mandado por Dios a través de Moisés, que si un hermano o pariente muere sin hijos, otro tome a su esposa para suscitar descendencia del hermano o pariente suyo (Deuteronomio II). Sobre esto, también el escritor de tiempos Africano y Eusebio de Cesarea en los libros de la "discrepancia de los evangelios" han discutido más ampliamente.

(Vers 17.) Marido de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo. Cuando oigas marido, no te venga a la mente la sospecha de matrimonios; sino recuerda la costumbre de las Escrituras, que los esposos son llamados maridos, y las esposas, mujeres.

(Vers. 18.) Y desde la deportación a Babilonia hasta Cristo, catorce generaciones. Cuenta desde Jeconías hasta José, y encontrarás trece generaciones. Por tanto, la decimocuarta generación se contará en el mismo Cristo.

La generación de Cristo fue así. Que el lector diligente pregunte y diga: Si José no es el padre del Señor Salvador, ¿qué tiene que ver con el Señor el orden de la generación llevado hasta José? A lo cual responderemos primero, que no es costumbre de las Escrituras que se teja el orden de las generaciones de las mujeres. Luego, que José y María eran de una misma tribu: de donde por la Ley se veía obligado a tomarla como pariente, y que se censan juntos en Belén, como nacidos de una misma stirpe.

Estando desposada su madre María con José. ¿Por qué no se concibe de una simple Virgen, sino de una desposada? Primero, para que por la generación de José se mostrara el origen de María. Segundo, para que no fuera lapidada por los judíos como adúltera. Tercero, para que huyendo a Egipto tuviera el consuelo del marido. El mártir Ignacio añadió también una cuarta causa, por la cual fue concebido de una desposada: para que, dice, su parto se ocultara al diablo, mientras él pensaba que no había sido engendrado de una Virgen, sino de una esposa.

Antes de que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo. No fue hallada por otro sino por José, quien casi con licencia marital conocía todo de su futura esposa. Lo que se dice, "Antes de que se juntasen": no sigue que después se juntaran; sino que la Escritura muestra lo que no sucedió.

(Vers. 19.) José, su marido, siendo justo y no queriendo exponerla a la infamia, quiso dejarla secretamente. Mientras él pensaba en esto, he aquí un ángel del Señor se le apareció en sueños a José, diciendo. Si alguno se une a una fornicaria, se hace un solo cuerpo (I Corintios VI, 16). Y en la Ley se ordena que no solo los culpables, sino también los cómplices de los crímenes sean responsables del pecado (Levítico V): ¿cómo es que José, al ocultar el crimen

de su esposa, es llamado justo? Pero esto es testimonio de María, que José, conociendo su castidad y admirando lo que había sucedido, lo oculta en silencio, cuyo misterio no conocía.

(Vers. 20.) José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa. Porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es. Dará a luz un hijo. Ya hemos dicho antes que las esposas son llamadas mujeres, lo cual el libro contra Helvidio enseña más plenamente: y el ángel le habla en sueños con afecto de persuasión, para confirmar la justicia de su silencio. Al mismo tiempo, es de notar que José es llamado hijo de David, para que también María se muestre de la estirpe de David.

(Vers. 21.) Y llamarás su nombre Jesús. Porque él salvará a su pueblo de sus pecados. JESÚS en lengua hebrea significa Salvador. Por tanto, el evangelista señaló la etimología de su nombre, diciendo: "Llamarás su nombre Jesús; porque él salvará a su pueblo".

(Vers. 22 y siguientes.) Todo esto aconteció para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta, diciendo: "He aquí, la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamarán su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros". Despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado. En lugar de lo que dice el evangelista Mateo, "concebirá", en el profeta está escrito, "recibirá en el vientre". Pero el profeta, porque predice lo futuro, significa lo que ha de suceder, y escribe, "recibirá": el evangelista, sin embargo, porque no narra lo futuro, sino lo pasado, cambió "recibirá" y puso "concebirá". Porque quien tiene, de ninguna manera recibirá. Algo similar leemos en los Salmos: "Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad: recibió dones en los hombres" (Salmo LXVII, 19). Este testimonio lo pone el apóstol, no dijo, "recibió", sino "dio": porque allí se significó lo futuro, que recibiría: aquí narra la historia de quien ya había dado lo que había recibido.

(Vers. 25.) Y tomó a su esposa, y no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito; y llamó su nombre Jesús. De este lugar algunos perversamente sospechan, y dicen que María tuvo otros hijos, diciendo que no se llama primogénito sino al que tiene hermanos: cuando esta es la costumbre de las Escrituras divinas, que no llaman primogénito al que tiene hermanos, sino al que ha nacido primero. Lee el librito mencionado contra Helvidio.

(Cap. II.---Vers. 2 seqq.) Porque hemos visto su estrella en el Oriente y venimos a adorarlo. Al oír esto, el rey Herodes se turbó, y toda Jerusalén con él. Y reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer Cristo. Para confusión de los judíos, para que aprendieran de los gentiles sobre el nacimiento de Cristo, surge en el Oriente una estrella, que sabían que vendría por la profecía de Balaam, de quien eran sucesores. Lee el libro de los Números (Cap. XXIV). Los magos son guiados por la estrella a Judea, para que, al ser interrogados los sacerdotes por los magos sobre dónde nacería Cristo, quedaran inexcusables sobre su llegada. (Vers. 5.) Ellos le dijeron: en Belén de Judea. Pues así está escrito por el profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, de ninguna manera eres la menor entre los príncipes de Judá. Porque de ti saldrá un líder que pastoreará a mi pueblo Israel. Aquí hay un error de los copistas. Creemos que fue escrito primero por el evangelista, como leemos en el mismo hebreo, Judá, no Judea. ¿Cuál es la Belén de otras naciones, para que aquí se pusiera Judea para distinguirla? Se escribe Judá porque hay otra Belén en Galilea. Lee el libro de Josué, hijo de Nun (Jos. 19). Finalmente, en el mismo testimonio, que se toma de la profecía de Miqueas, se dice: Y tú, Belén, tierra de Judá (Miq. V, 2).

(Vers. 11.) Y abriendo sus tesoros, le ofrecieron regalos: oro, incienso y mirra. Juvenco, el presbítero, comprende bellamente el misterio de los regalos en un solo verso: Llevan regalos de incienso, oro y mirra, al Rey, al Hombre y a Dios.

Y habiendo recibido respuesta en sueños, para que no regresaran a Herodes, se volvieron por otro camino a su región, etc. Quienes ofrecieron regalos al Señor, consecuentemente reciben respuesta. La respuesta (que en griego se dice *χρηματισθέντες*) no se hace por un ángel, sino por el mismo Señor, para demostrar el privilegio de los méritos de José. Regresan por otro camino, porque no debían mezclarse con la infidelidad de los judíos.

(Vers. 13, 14.) He aquí que el ángel del Señor apareció en sueños a José, diciendo: Levántate y toma al niño y a su madre, y huye a Egipto, y quédate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes buscará al niño para matarlo. Él, levantándose, tomó al niño y a su madre de noche, y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes. Cuando toma al niño y a su madre para pasar a Egipto, lo hace de noche y en tinieblas; pero cuando regresa a Judea, no se menciona ni noche ni tinieblas en el Evangelio.

(Vers. 15, 16.) Para que se cumpliera lo dicho por el Señor por medio del profeta: De Egipto llamé a mi hijo. Entonces Herodes, viendo que había sido burlado por los magos, se enfureció mucho; y enviando, mató a todos los niños que había en Belén, y en todos sus alrededores, de dos años para abajo, según el tiempo que había averiguado de los magos. Que respondan quienes niegan la verdad de los volúmenes hebreos, dónde se lee esto en los LXX intérpretes. Como no lo encuentran, les diremos que está escrito en el profeta Oseas (Cap. 11), como también pueden probar los ejemplares que recientemente publicamos. Pero podemos conciliar este lugar de otra manera para los contenciosos, cuya costumbre Pablo apóstol niega tener, y la Iglesia de Cristo (I Cor. 11); y presentamos testimonio de Números, diciendo Balaam: Dios lo llamó de Egipto: su gloria es como la de un unicornio (Num. XXIII, 22).

(Vers. 17 seqq.) Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, diciendo: Voz en Ramá se oyó, llanto y gran lamento, Raquel llorando a sus hijos, y no quiso ser consolada, porque ya no existen (Jerem. XXXI, 15). Pero muerto Herodes, he aquí que el ángel del Señor apareció en sueños a José en Egipto, diciendo: Levántate, y toma al niño y a su madre, y ve a la tierra de Israel. De Raquel nació Benjamín, en cuya tribu no está Belén (Gén. XXXV). Se pregunta, entonces, ¿cómo Raquel llora a los hijos de Judá, es decir, Belén, como si fueran suyos? Responderemos brevemente, porque fue sepultada junto a Belén en Efrata, y por la hospitalidad materna del cuerpo, tomó el nombre de madre. O porque Judá y Benjamín eran dos tribus unidas, y Herodes había ordenado no solo matar a los niños en Belén, sino también en todos sus alrededores. Por la matanza de Belén entendemos que muchos de Benjamín también fueron asesinados. Lloro a sus hijos, y no acepta consuelo, según una doble interpretación. O porque los consideraba muertos para siempre, o porque no quería consolarse por aquellos que sabía que vivirían. Lo que se dice en Ramá, no pensemos que es el nombre de un lugar, cerca de Gabaa, sino que Ramá se interpreta como alto, para que el sentido sea: Voz en lo alto se oyó, es decir, dispersa de lejos y ampliamente.

(Vers. 20.) Porque han muerto los que buscaban la vida del niño. De este lugar entendemos que no solo Herodes, sino también los sacerdotes y escribas en ese tiempo habían planeado la muerte del Señor.

(Vers. 21.) Él, levantándose, tomó al niño y a su madre, y vino a la tierra de Israel. No dijo, tomó a su hijo, y a su esposa, sino al niño, y a su madre, como un tutor, no como esposo.

(Vers. 22.) Pero al oír que Arquelao reinaba en Judea en lugar de Herodes su padre, temió ir allí; y advertido en sueños, se retiró a las partes de Galilea. Muchos caen en error por ignorancia de la historia, pensando que es el mismo Herodes, por quien el Señor es burlado en su pasión, y que ahora se dice que ha muerto. Por lo tanto, Herodes, el que después hizo amistad con Pilato, es hijo de este Herodes, hermano de Arquelao; a quien también Tiberio César desterró a Lugdunum, que es una ciudad de las Galias, y nombró a su hermano Herodes como sucesor del reino. Lee la historia de Josefo.

(Vers. 23.) Y viniendo, habitó en la ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo dicho por los profetas, que sería llamado Nazareno. Si hubiera puesto un ejemplo fijo de las Escrituras, nunca habría dicho, lo dicho por los profetas; sino simplemente, lo dicho por el profeta: ahora, llamando a los profetas en plural, muestra que no tomó las palabras de las Escrituras, sino el sentido. Nazareno se interpreta como santo. Que el Señor sería santo, toda la Escritura lo menciona. También podemos decir de otra manera, que incluso con las mismas palabras, según la verdad hebrea, está escrito en Isaías: Saldrá una vara de la raíz de Jesé, y un Nazareno de su raíz ascenderá (Isa. XI, 1).

(Cap. III.---Vers. 1.) Haced penitencia: porque se acercará el reino de los cielos. Juan el Bautista es el primero en predicar el reino de los cielos, para que como precursor del Señor sea honrado con este privilegio.

(Vers. 3.) Este es el que fue dicho por el profeta Isaías, diciendo: Voz del que clama en el desierto, preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas. Preparaba las almas de los creyentes, en las que el Señor iba a caminar, para que caminara puro en caminos purísimos, diciendo: Habitaré en ellos, y caminaré en ellos; y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo (Lev. XXVI, 12). Porfirio compara este lugar con el principio del evangelista Marcos, en el que está escrito: Principio del Evangelio de Jesucristo, Hijo de Dios, como está escrito en el profeta Isaías: He aquí, envío mi ángel delante de tu faz, que preparará tu camino. Voz del que clama en el desierto, preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas (Isa. XL, 3). Pues el testimonio de Malaquías (Cap. III) y de Isaías está entrelazado, pregunta cómo podemos pensar que el ejemplo fue tomado de un solo Isaías. A lo cual los hombres eclesiásticos han respondido plenamente. Nosotros pensamos que el nombre de Isaías fue añadido por error de los escribas, lo cual podemos probar en otros lugares, o ciertamente de diversos testimonios de las Escrituras se hizo un solo cuerpo. Lee el Salmo trece y encontrarás lo mismo.

(Vers. 4.) Pero Juan tenía un vestido de pelos de camello, y un cinturón de cuero alrededor de sus lomos. Dice que tenía de pelos, no de lana. Una cosa es indicio de vestimenta austera, otra de lujo más suave. El cinturón de cuero con el que estaba ceñido, al igual que Elías, es indicio de mortificación (IV Reg. I). Por lo que sigue:

Su comida era langostas y miel silvestre. Al habitante del desierto le conviene no satisfacer las delicias de los alimentos, sino la necesidad de la carne humana.

(Vers. 9.) Dios puede de estas piedras suscitar hijos a Abraham. Llama piedras a los gentiles, por la dureza de su corazón. Lee Ezequiel: Quitaré de vosotros el corazón de piedra, y daré un corazón de carne (Ezeq. XXXVI, 26). En la piedra se muestra la dureza, en la carne la blandura. O simplemente indica el poder de Dios, que quien hizo todo de la nada, también puede crear un pueblo de las piedras más duras.

(Vers. 10, 11.) Ya está el hacha puesta a la raíz de los árboles. Todo árbol que no da buen fruto será cortado y echado al fuego. Yo os bautizo en agua, para penitencia: pero el que viene después de mí, es más poderoso que yo. La predicación del Evangelio, que es espada de doble filo, se llama hacha, según el profeta Jeremías, que compara la palabra del Señor con un hacha que corta la piedra (Jerem. XLVI).

De quien no soy digno de llevar el calzado. En otro Evangelio: De quien, dice, no soy digno de desatar la correa del calzado: aquí se muestra la humildad, allí el misterio, que Cristo es el esposo, y Juan no merece desatar la correa del esposo, para que no se llame su casa, según la ley de Moisés y el ejemplo de Rut, casa del descalzado (Deut. XXV, y Rut. IV).

(Vers. 12.) Él os bautizará en el Espíritu Santo y fuego. Su aventador está en su mano, y limpiará su era: y recogerá su trigo en el granero: pero quemará la paja con fuego inextinguible. O porque el Espíritu Santo es fuego, como enseñan los Hechos de los Apóstoles, cuando descendió, se posó como fuego sobre cada uno de los creyentes (Hech. II); y se cumplió la palabra del Señor que dice: Fuego vine a traer sobre la tierra: y qué quiero sino que arda (Luc. XII, 49). O porque en el presente somos bautizados en espíritu, y en el futuro, en fuego. El apóstol también concuerda con este sentido: La obra de cada uno, cual sea, el fuego la probará (I Cor. III, 13).

(Vers. 13, 14.) Entonces vino Jesús de Galilea al Jordán a Juan para ser bautizado por él. Pero Juan se lo impedía, diciendo: Yo necesito ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí? Respondiendo Jesús, le dijo. Por tres razones el Salvador recibió el bautismo de Juan. Primero, porque habiendo nacido hombre, cumpliera toda justicia y humildad de la Ley. Segundo, para que con su bautismo aprobara el bautismo de Juan. Tercero, para que santificando las aguas del Jordán, por la descendencia de la paloma, mostrara la venida del Espíritu Santo en el bautismo de los creyentes.

(Vers. 15.) Deja ahora. Dijo bellamente, deja ahora, para mostrar que Cristo en el agua, Juan sería bautizado por Cristo en espíritu. O de otra manera, deja ahora: para que, habiendo asumido la forma de siervo, cumpla también su humildad. De lo contrario, debes saber que en el día del juicio serás bautizado con mi bautismo. Deja ahora, dice el Señor Jesús, tengo otro bautismo con el que seré bautizado. Tú me bautizas en agua, para que yo te bautice por mí en tu sangre.

(Vers. 16.) Porque así conviene que cumplamos toda justicia. Entonces lo dejó. Bautizado Jesús, subió enseguida del agua. No añadió, justicia de la Ley, o de la naturaleza, para que entendamos ambos: que si Dios recibió el bautismo de un hombre, nadie se niegue a recibirlo de un compañero.

(Vers. 17.) Y he aquí que se abrieron los cielos para él, y vio al Espíritu de Dios descendiendo como paloma, y viniendo sobre él. Y he aquí una voz del cielo, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco. El misterio de la Trinidad se muestra en el bautismo: el Señor es bautizado, el Espíritu descende en forma de paloma, la voz del Padre se escucha dando testimonio del Hijo. Se abren los cielos no por la apertura de los elementos, sino por los ojos espirituales; con los que también Ezequiel al principio de su libro recuerda que se abrieron. También se posó la paloma sobre la cabeza de Jesús, para que nadie pensara que la voz del Padre fue hecha a Juan, y no al Señor.

(Cap. IV.---Vers. 1.) Entonces Jesús fue llevado al desierto por el espíritu. Sin duda por el Espíritu Santo. Sigue:

Para ser tentado por el diablo. Es llevado no como cautivo o forzado, sino por voluntad de luchar.

(Vers. 2.) Y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. Y acercándose el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios. En este número de cuarenta se nos muestra el sacramento de la Cuaresma, en el que también Moisés ayunó en el monte Sinaí (Éxod. XXIV), y Elías cerca del monte Horeb (III Reg. XIX). Se permite que el cuerpo tenga hambre, para que se dé ocasión al diablo de tentar.

(Vers. 3.) Di que estas piedras se conviertan en panes. Al que tiene hambre se le dice adecuadamente: di que estas piedras se conviertan en panes: pero te encuentras atrapado en dos cosas contrarias, oh diablo. Si al mandato de él pueden las piedras convertirse en panes, entonces en vano lo tientas, quien tiene tanto poder. Pero si no puede hacerlo, en vano sospechas que es el Hijo de Dios. Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes.

(Vers. 4.) Él respondió: Está escrito: No solo de pan vive el hombre; sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. El testimonio se toma de Deuteronomio (Deut. VIII, 3). Por eso el Señor respondió así, porque su propósito era vencer al diablo con humildad, no con poder. Al mismo tiempo, se debe notar que si el Señor no hubiera comenzado a ayunar, no habría habido ocasión para que el diablo lo tentara, según aquello: Hijo, al acercarte al servicio de Dios, mantente en justicia y temor: y prepara tu alma para la tentación (Ecli. II, 1). Pero la misma respuesta del Salvador indica que fue hombre quien fue tentado. No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Si alguien, por tanto, no se alimenta de la palabra de Dios, este no vive.

(Vers. 5.) Entonces el diablo lo llevó a la ciudad santa. Esta ascensión que se dice, no proviene de la debilidad del Señor, sino de la soberbia del enemigo, que considera la voluntad del Salvador como necesidad. De este lugar se entiende qué es aquello que en otro lugar se escribe: Fueron a la ciudad santa, y se aparecieron a muchos (Mat. XXVII, 53).

(Vers. 6.) Y lo puso sobre el pináculo del templo, y le dijo. Para tentar al que había tentado con hambre, también con vanagloria.

Si eres Hijo de Dios. En todas las tentaciones, el diablo busca entender si es el Hijo de Dios; pero el Señor modera su respuesta de tal manera que lo deja en duda.

Lánzate abajo. Porque está escrito. Voz del diablo, que siempre desea que todos caigan hacia abajo, Lánzate, dice, abajo, puede persuadir, pero no puede precipitar.

A sus ángeles mandará acerca de ti, y en sus manos te sostendrán, para que no tropieces con tu pie en piedra. Esto lo leemos en el salmo noventa; pero allí no es profecía sobre Cristo, sino sobre un hombre santo. Por tanto, el diablo interpreta mal las Escrituras. Ciertamente, si sabía que verdaderamente estaba escrito sobre el Salvador, debió también decir lo que en el mismo salmo sigue contra él: Sobre el áspid y el basilisco caminarás, y pisotearás al león y al dragón. Del auxilio de los ángeles habla como a un débil; de su propia derrota calla como tergiversador.

(Vers. 7.) Jesús le dijo: También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios. Rompe las falsas flechas del diablo de las Escrituras con los verdaderos escudos de las Escrituras. Y se debe

notar que los testimonios necesarios los tomó solo de Deuteronomio, para mostrar los sacramentos de la segunda ley.

(Vers. 8.) Otra vez el diablo lo llevó a un monte muy alto: y le mostró todos los reinos del mundo, y la gloria de ellos, y le dijo. La gloria del mundo, que pasará con el mundo, se muestra en el monte y en la cima: pero el Señor desciende a lo humilde y llano, para vencer al diablo con humildad. Por otro lado, el diablo se apresura a llevarlo a los montes, para que por los que él mismo cayó, también caigan los demás, según aquello del Apóstol: No sea que, envanecido, caiga en la condenación del diablo (I Tim. III, 6).

(Vers. 9.) Todo esto te daré, si postrado me adoras. Arrogante y soberbio, también habla esto por jactancia: no porque tenga poder sobre todo el mundo, o pueda dar todos los reinos el diablo, cuando sabemos que muchos hombres santos fueron hechos reyes por Dios. Si postrado, dice, me adoras. Por tanto, quien va a adorar al diablo, primero cae.

(Vers. 10.) Entonces Jesús le dijo: Vete, Satanás: porque está escrito. No como muchos piensan, que con la misma sentencia se condena a Satanás y al apóstol Pedro. A Pedro se le dice: Vete detrás de mí, Satanás (Mat. XVI, 23), es decir, sígueme, que eres contrario a mi voluntad: aquí se le dice, vete, Satanás: y no se le dice, detrás de mí, para que se entienda, vete al fuego eterno, que está preparado para ti y tus ángeles.

Adorarás al Señor tu Dios, y a él solo servirás. Diciendo el diablo al Salvador: si postrado me adoras: en cambio, escucha que él más bien debe adorar al Señor y su Dios.

(Vers. 11.) Entonces el diablo lo dejó: y he aquí que los ángeles se acercaron y le servían. Precede la tentación, para que siga la victoria. Los ángeles sirven, para que se compruebe la dignidad del vencedor.

(Vers. 15, 16.) Tierra de Zabulón y tierra de Neftalí, camino del mar, al otro lado del Jordán, Galilea de los gentiles: el pueblo que caminaba en tinieblas vio una gran luz, y a los que habitaban en la región de sombra de muerte, la luz les ha amanecido. Estos fueron los primeros en escuchar al Señor predicando, para que donde Israel había sufrido la primera cautividad por los asirios, allí naciera el anuncio del redentor. (Vers. 17, 18.) Desde entonces comenzó Jesús a predicar y a decir: Haced penitencia, porque el reino de los cielos se ha acercado. Caminando Jesús junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano, echando una red en el mar, pues eran pescadores. Y les dijo. Tras la entrega de Juan, él mismo comienza a predicar correctamente: cesando la Ley, consecuentemente surge el Evangelio. Si el Salvador predica lo mismo que Juan Bautista había predicho antes, muestra que es el Hijo del mismo Dios, de quien aquel es profeta.

(Vers. 19, 20.) Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Y ellos, dejando al instante las redes, le siguieron. Estos fueron los primeros llamados a seguir al Señor: pescadores e iletrados son enviados a predicar, para que la fe de los creyentes no se atribuyera a la elocuencia y doctrina, sino al poder de Dios.

(Vers. 24.) Y a los lunáticos, y a los paralíticos, y los curó. Y le siguieron grandes multitudes de Galilea y de Decápolis, y de Jerusalén, y de Judea, y de más allá del Jordán. No verdaderamente lunáticos, sino aquellos que se creían lunáticos, por el engaño de los demonios, que observando los tiempos lunares, deseaban infamar a la criatura, para que las blasfemias redundaran en el Creador.

(Cap. V.---Vers. 1, 2.) Viendo Jesús las multitudes, subió al monte, y cuando se sentó, se acercaron a él sus discípulos, y abriendo su boca, les enseñaba, diciendo. El Señor sube a las alturas para atraer consigo a las multitudes a lo más alto. Pero las multitudes no pueden ascender. Y le siguen los discípulos, a quienes él mismo, no de pie, sino sentado y recogido, les habla. No podían entenderle resplandeciente en su majestad. Según la letra, algunos de los hermanos más simples piensan que enseñó las bienaventuranzas y lo que sigue en el monte de los Olivos, lo cual no es así: pues por lo que precede y sigue, se muestra que el lugar es en Galilea, que creemos ser el Tabor o cualquier otro monte elevado. Finalmente, después de que terminó sus discursos, sigue inmediatamente: Cuando entró en Cafarnaúm.

(Vers. 3.) Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Esto es lo que leemos en otro lugar: Y salvará a los humildes de espíritu (Sal. XXXIII, 16): Para que nadie piense que la pobreza, que a veces se lleva por necesidad, es predicada por el Señor, añadió, de espíritu: para que entiendas la humildad, no la penuria. Bienaventurados los pobres de espíritu, que por el Espíritu Santo son pobres por voluntad. Por eso el Salvador habla a través de Isaías sobre estos pobres: El Señor me ungió; por eso me envió a evangelizar a los pobres (Isa. VI, 1).

(Vers. 4.) Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra. No la tierra de Judea, ni la tierra de este mundo; no la tierra maldita, que produce espinas y abrojos (Gén. V), que más bien posee el más cruel y guerrero; sino la tierra que el salmista desea, diciendo: Creo ver los bienes del Señor en la tierra de los vivientes (Sal. XXVI, 13). Este tipo de poseedor, y después de la victoria triunfador, también se describe en el salmo cuarenta y cuatro: Y atiende, avanza prósperamente y reina: por la verdad, la mansedumbre y la justicia. Nadie posee esta tierra por mansedumbre, sino por soberbia.

(Vers. 5.) Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Este llanto no se refiere a los muertos por la ley común de la naturaleza, sino a los muertos por pecados y vicios. Así lloró también Samuel a Saúl, porque al Señor le pesó haberlo ungido como rey sobre Israel (I Sam. XV). Así también el apóstol Pablo dice que llora y se lamenta por aquellos que después de la fornicación e inmundicia no hicieron penitencia (II Cor. XII).

(Vers. 6.) Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados. No nos basta con desear la justicia, sino que debemos padecer hambre de justicia: para que bajo este ejemplo nunca nos consideremos suficientemente justos, sino que siempre tengamos hambre de las obras de justicia.

(Vers. 7.) Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia. La misericordia no solo se entiende en las limosnas; sino en todo pecado del hermano, si llevamos las cargas los unos de los otros (Gál. VI).

(Vers. 8.) Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios. Aquellos a quienes no acusa ninguna conciencia de pecado. El limpio de corazón ve al limpio: el templo de Dios no puede estar contaminado.

(Vers. 9.) Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios. Que primero en su corazón, y luego entre los hermanos disidentes hacen la paz. ¿De qué sirve que otros se pacifiquen por ti, si en tu ánimo hay guerras de vicios?

(Vers. 10.) Bienaventurados los que padecen persecución por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos. Añadió significativamente, por causa de la justicia. Pues

muchos padecen persecución por sus propios pecados y no son justos. Y considera también que la octava bienaventuranza de la verdadera circuncisión se termina con el martirio.

(Vers. 11.) Bienaventurados sois cuando os injurien los hombres, y os persigan, y digan todo mal contra vosotros, mintiendo por mi causa. Esa maldición debe ser despreciada, que crea bienaventuranza, que se pronuncia con la boca del falso maldiciente. Por eso definió especialmente cuál es la bienaventurada maldición: todo, diciendo, maldición contra vosotros, mintiendo por mi causa. Donde Cristo es la causa, allí también es deseable la maldición.

(Vers. 12.) Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa es grande en los cielos. Pues así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros. No sé quién de nosotros puede cumplir esto, que nuestra fama sea desgarrada por oprobios, y nosotros nos regocijemos en el Señor. Quien busca la vana gloria no puede cumplir esto. Debemos alegrarnos y regocijarnos, para que se prepare para nosotros una recompensa en los cielos. Elegante es lo que leemos escrito en cierto volumen: «No busques la gloria, y no te dolerá cuando seas sin gloria.»

(Vers. 13.) Vosotros sois la sal de la tierra. Los apóstoles son llamados sal, porque a través de ellos se sazona todo el género humano.

Pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? Si el maestro errara, ¿por qué otro maestro será corregido?

No sirve para nada más, sino para ser echada fuera y pisoteada por los hombres. El ejemplo se toma de la agricultura. Pues la sal, así como es necesaria para sazonar los alimentos y secar las carnes, no tiene otro uso. Ciertamente leemos en las Escrituras que algunas ciudades, por la ira de los vencedores, fueron sembradas con sal, para que en ellas no brotara ningún germen (Judith IX). Por tanto, los doctores y obispos deben tener cuidado y ver: Los poderosos sufrirán poderosos tormentos (Sab. VI, 7); y no hay remedio: sino que las ruinas de los mayores conducen al tártaro.

(Vers. 14 y ss.) Vosotros sois la luz del mundo. No se puede esconder una ciudad situada sobre un monte: ni se enciende una lámpara y se pone debajo del celémín, sino sobre el candelero, para que alumbré a todos los que están en la casa. Así alumbré vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos. Enseña la confianza en predicar, para que los apóstoles no se escondan por miedo, y sean como una lámpara bajo el celémín, sino que se muestren con toda libertad, para que lo que han oído en los aposentos, lo prediquen en los tejados (Mat. X, 27).

(Vers. 17.) No penséis que he venido a abolir la ley o los profetas. No he venido a abolir, sino a cumplir. Ya sea porque ha cumplido lo que fue profetizado sobre él por otros, o porque lo que antes, debido a la debilidad de los oyentes, era rudimentario e imperfecto, lo ha completado con su predicación (Mat. V), eliminando la ira y excluyendo la venganza, y la concupiscencia oculta en la mente.

(Vers. 18.) Hasta que pasen el cielo y la tierra. Se nos prometen cielos nuevos y tierra nueva, que el Señor Dios hará. Si, por tanto, han de ser creados nuevos, consecuentemente los viejos pasarán. Pero lo que sigue:

Ni una jota, ni una tilde pasará de la Ley, hasta que todo se cumpla. Se muestra con la figura de la letra que incluso lo que se considera mínimo en la Ley está lleno de sacramentos espirituales, y todo se recapitula en el Evangelio. ¿De qué erudición, de qué doctrina es,

incluso los diversos sacrificios, y lo que parece supersticioso, demostrar que se cumple diariamente en las víctimas?

(Vers. 19 y ss.) Quien, por tanto, quebrante uno de estos mandamientos más pequeños, y así enseñe a los hombres, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos; pero quien los haga y los enseñe, este será llamado grande en el reino de los cielos. Porque os digo que si vuestra justicia no es mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis oído que se dijo a los antiguos: No matarás: y quien mate, será reo de juicio. Pero yo os digo. Este capítulo se adhiere al testimonio anterior, en el que dijo: Ni una jota, ni una tilde pasará de la Ley, hasta que todo se cumpla. Reprende, por tanto, a los fariseos, que, despreciando los mandamientos de Dios, establecían sus propias tradiciones, lo cual no les sirve de doctrina entre los pueblos, si destruyen incluso lo más pequeño que está prescrito en la Ley. Pero también podemos entender de otra manera, que la erudición del maestro, aunque esté sujeto a un pequeño pecado, lo lleva de un grado máximo, y no le sirve enseñar la justicia, que una mínima culpa destruye. Y la bienaventuranza perfecta es cumplir con la obra lo que has enseñado con la palabra.

(Vers. 22.) Porque todo el que se enoja con su hermano, será reo de juicio. En algunos códices se añade, sin causa: pero en los verdaderos la sentencia está definida, y la ira se elimina por completo, diciendo la Escritura: Quien se enoja con su hermano. Pues si se nos ordena ofrecer la otra mejilla al que nos golpea, y amar a nuestros enemigos, y orar por los que nos persiguen (Luc. VI), toda ocasión de ira se elimina. Por tanto, debe eliminarse, sin causa, porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios (Sant. I).

Pero quien diga a su hermano raca, será reo del concilio. Esta palabra es propiamente de los hebreos: RACA () se dice κενός, es decir, vacío o vano: que nosotros podemos llamar con una injuria vulgar, sin cerebro. Si por una palabra ociosa daremos cuenta, cuánto más por una injuria (Mat. XI). Pero también se añade significativamente: Quien diga a su hermano, raca. Pues nuestro hermano no es nadie, sino quien tiene el mismo Padre que nosotros. Por tanto, si cree igualmente en Dios, y conoce a Cristo como la sabiduría de Dios (I Cor. I), ¿cómo puede ser señalado con el epíteto de necedad?

Pero quien diga, fatuo, será reo del fuego del infierno. Ἀπὸ κοινοῦ se subentiende de lo anterior: Quien diga a su hermano, fatuo, será reo del infierno. Pues quien dice fatuo al que igualmente cree en Dios, es impío en la religión.

(Vers. 23, 24.) Si, pues, ofreces tu ofrenda en el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu ofrenda delante del altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano: y entonces ven y ofrece tu ofrenda. No dijo, si tú tienes algo contra tu hermano, sino si tu hermano tiene algo contra ti, para que se te imponga una necesidad más dura de reconciliación. Mientras no podamos aplacarlo, no sé si consecuentemente ofrecemos nuestras ofrendas a Dios.

(Vers. 25 y ss.) Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, mientras estás con él en el camino: no sea que el adversario te entregue al juez, y el juez te entregue al oficial, y te echen en la cárcel. En verdad te digo, no saldrás de allí hasta que pagues el último cuadrante. Habéis oído que se dijo a los antiguos: No cometerás adulterio. Pero yo os digo. En lugar de lo que tenemos en los códices latinos, consentiens, en los griegos está escrito Εὐνοῶν, que se interpreta como benevolente o benigno. Por lo que precede y sigue, el sentido es claro, que nuestro Señor y Salvador, mientras corremos en el camino de este siglo, nos exhorta a la paz y a la concordia, según el Apóstol, diciendo: Si es posible, en cuanto dependa de vosotros,

tened paz con todos los hombres (Rom. XII, 18). Pues también en el capítulo anterior dijo: Si ofreces tu ofrenda en el altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti: y terminado esto, inmediatamente añade: Ponte de acuerdo o sé benigno con tu adversario, y lo demás. Y en lo que sigue ordena: Amad a vuestros enemigos: haced bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian. Aunque esta sea la inteligencia manifiesta y consecuente, muchos piensan que se dice de la carne y el alma, o del alma y el espíritu: lo cual no se sostiene en absoluto. Pues, ¿cómo será la carne enviada a la cárcel, si el alma no consiente: cuando tanto el alma como la carne deben ser recluidas juntas, y la carne no puede hacer nada sino lo que el ánimo ordena, o el Espíritu Santo habitando en nosotros entregue a la carne o al alma que se resisten al juez, cuando él mismo es el juez? Otros, según la Epístola de Pedro que dice: Vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor (I Ped. V, 8), y lo demás, interpretan al adversario como el diablo, y quieren que el Salvador nos ordene que, mientras esté en nuestro poder, seamos benevolentes con el diablo, que es enemigo y vengador, y no lo hagamos sufrir penas por nosotros. Pues cuando él mismo proporciona los incentivos de los vicios, y nosotros también pecamos voluntariamente, si consentimos en lo que él sugiere, también debe ser atormentado por nosotros. Y dicen que uno de los santos es benevolente con su adversario si no lo hace sufrir tormentos por él. Algunos discuten más forzosamente, que en el Bautismo cada uno hace un pacto con el diablo, y dice: Renuncio a ti, diablo, y a tu pompa, y a tus vicios, y a tu mundo, que está puesto en el maligno (I Juan V, 19). Si, por tanto, guardamos el pacto, somos benevolentes y consentimos con nuestro adversario, y no seremos recluidos en la cárcel. Pero si transgredimos algo de lo que prometimos al diablo, seremos entregados al juez y al oficial, y seremos echados en la cárcel, y no saldremos de ella hasta que pagemos el último cuadrante. El cuadrante es un tipo de moneda, que tiene dos leptones. Por eso en otro Evangelio, aquella mujer pobre y viuda se dice que echó un cuadrante en el arca (Mar. XII), y en otro, dos leptones (Luc. XXI). No porque los Evangelios disientan, sino porque un cuadrante tiene dos leptones. Esto es, por tanto, lo que dice: No saldrás de la cárcel, hasta que pagues incluso los pecados más pequeños.

(Vers. 28.) Quien mira a una mujer para codiciarla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón. Entre *πάθος* y *προπάθειαν*, es decir, entre pasión y propasión, hay esta diferencia, que la pasión se considera un vicio: la propasión, aunque tiene la culpa del inicio, sin embargo, no se tiene por crimen. Por tanto, quien mira a una mujer, y su alma es excitada, ha sido golpeado por la propasión. Si, sin embargo, consiente, y de la cogitación hace un afecto, como está escrito en David: Pasaron al afecto del corazón (Sal. LXXII, 7), de la propasión pasó a la pasión, y a este no le falta la voluntad de pecar, sino la ocasión. Por tanto, quien mira a una mujer para codiciarla, es decir, si la mira para codiciarla, para disponer hacer, este se dice correctamente que comete adulterio con ella en su corazón.

(Vers. 29, 30.) Si tu ojo derecho te escandaliza, sácalo y arrójalo de ti. Pues te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Y si tu mano derecha te escandaliza, córtala y arrójala de ti. Pues te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno. Porque antes había hablado de la concupiscencia de la mujer, ahora correctamente llama ojo a la cogitación y al sentido que vuela en diversas direcciones. Por la mano derecha y las demás partes del cuerpo, se demuestran los inicios de la voluntad y el afecto: para que lo que concebimos en la mente, lo completemos con la obra. Debemos tener cuidado, por tanto, de que lo que en nosotros es óptimo, no caiga rápidamente en el vicio. Pues si el ojo derecho y la mano derecha escandalizan, ¡cuánto más lo que en nosotros es izquierdo! Pues si el alma cae, ¡cuánto más el cuerpo que es más proclive al pecado! De otra manera. En el ojo derecho y en la mano

derecha, se muestra el afecto de los hermanos, esposas, hijos, y de los parientes y allegados, a quienes si vemos que nos impiden contemplar la verdadera luz, debemos trincar tales porciones, no sea que mientras queremos ganar a los demás, nosotros mismos perezcamos eternamente. Por eso se dice también del sumo sacerdote, cuya alma está dedicada al culto de Dios: Sobre padre y madre e hijos no se contaminará (Lev. XXI, 11), es decir, no conocerá ningún afecto, sino el de aquel a cuyo culto está dedicado.

(Vers. 31 y ss.) Se dijo: Quien repudie a su mujer, déle carta de divorcio. Pero yo os digo: que todo el que repudie a su mujer, excepto por causa de fornicación, la hace cometer adulterio: y quien se case con la repudiada, comete adulterio. De nuevo habéis oído que se dijo a los antiguos: No perjurarás, sino que cumplirás al Señor tus juramentos. En la parte posterior, el Salvador expone más plenamente este lugar, que Moisés ordenó dar carta de divorcio por la dureza del corazón de los maridos, no concediendo la disensión, sino evitando el homicidio (Deut. XXIV). Pues mucho mejor es, aunque ocurra una discordia lamentable, que por odio se derrame sangre.

(Vers. 34 seqq.) Pero yo os digo: no juréis en absoluto: ni por el cielo, porque es el trono de Dios; ni por la tierra, porque es el escabel de sus pies; ni por Jerusalén, porque es la ciudad del gran rey. Ni jures por tu cabeza, porque no puedes hacer blanco o negro un solo cabello. Que vuestro hablar sea: sí, sí; no, no; lo que es más de esto, procede del mal. Esta pésima costumbre de jurar por los elementos siempre la han tenido los judíos, como frecuentemente los reprende el discurso profético (Isaías LXV) El que jura, o venera, o ama a aquel por quien jura. En la ley se ordena que no juremos, sino por el Señor nuestro Dios (Deut. VI y VII). Los judíos, jurando por los ángeles, la ciudad de Jerusalén, el templo y los elementos, veneraban a las criaturas y cosas carnales con el honor y la obediencia debidos a Dios. Finalmente, considera que aquí el Salvador no prohibió jurar por Dios, sino por el cielo, la tierra, Jerusalén y por tu cabeza. Y esto fue concedido por la ley como a niños, para que así como sacrificaban víctimas a Dios, para que no las sacrificaran a los ídolos, así también se les permitiera jurar por Dios: no porque lo hicieran correctamente, sino porque era mejor ofrecerlo a Dios que a los demonios. Sin embargo, la verdad evangélica no acepta el juramento, ya que toda palabra fiel es como un juramento.

(Vers. 38.) Habéis oído que se dijo: Ojo por ojo, diente por diente. Pero yo os digo: no resistáis al mal. Quien dice ojo por ojo, no quiere quitar el otro, sino conservar ambos. Nuestro Señor, eliminando la reciprocidad, corta las raíces del pecado. Y en la Ley hay retribución; en el Evangelio, gracia. Allí se corrige la culpa, aquí se eliminan los inicios de los pecados.

(Vers. 39.) Pero si alguien te golpea en la mejilla derecha, ofrécele también la otra. Y al que quiera litigar contigo y quitarte la túnica, déjale también el manto. Y a quien te obligue a caminar mil pasos, ve con él otros dos. Se describe al hombre eclesiástico, imitador de aquel que dice: Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón (Infra II, 29). Y confirma su promesa, golpeado con una bofetada: Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; pero si bien, ¿por qué me golpeas? (Juan XVIII, 23). Algo similar decía David en el Salmo: Si he devuelto mal a quienes me hacían mal (Salmo VII, 5). Y Jeremías en las Lamentaciones: Bueno es para el hombre llevar el yugo desde su juventud. Ofrecerá la mejilla al que lo golpea: se saciará de oprobios (Lamentaciones III, 27, 30). Esto es contra aquellos que piensan que hay un Dios de la Ley y otro del Evangelio; porque tanto allí como aquí se enseña la mansedumbre. Según el entendimiento místico: no se nos ordena ofrecer la izquierda cuando se golpea nuestra derecha, sino la otra, es decir, otra derecha. Pues el justo

no tiene izquierda. Si un hereje nos golpea en una disputa y quiere herir el dogma correcto, opongámosle otro testimonio de las Escrituras, y ofrezcamos tantas derechas sucesivas al que golpea, hasta que se agote la ira del enemigo.

(Vers. 42, 43.) Al que te pida, dale, y al que quiera pedirte prestado, no le vuelvas la espalda. Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo. Si entendemos que esto se refiere solo a la limosna, en muchos pobres no puede sostenerse. Pero incluso los ricos, si siempre dieran, no siempre podrían dar. Después del bien de la limosna, se dan preceptos a los apóstoles, es decir, a los doctores, para que quienes recibieron gratis, den gratis (Mateo X). Este tipo de riqueza nunca se agota; sino que cuanto más se da, más se duplica. Y cuando riega los campos que le están sujetos, nunca se seca la fuente de agua.

(Vers. 44.) Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian, y orad por los que os persiguen y calumnian. Muchos, al juzgar los preceptos de Dios por su propia debilidad, no por las fuerzas de los santos, piensan que son imposibles los preceptos dados, y dicen que basta con no odiar a los enemigos; pero amar es un mandato más allá de lo que la naturaleza humana puede soportar. Por tanto, es necesario saber que Cristo no manda cosas imposibles, sino perfectas: lo que hizo David con Saúl y con Absalón (I Samuel XXIV y XXVI, y II Samuel XVIII). También Esteban, mártir, oró por sus enemigos que lo apedreaban (Hechos VII). Y Pablo desea ser anatema por sus perseguidores (Romanos IX). Esto lo enseñó y lo hizo Jesús, diciendo: Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen (Lucas XXIII, 34).

(Vers. 45.) Para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos; que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también eso los publicanos? Y si saludáis solo a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también eso los gentiles? Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto. Si guardando los preceptos de Dios, alguien se convierte en hijo de Dios: entonces no es hijo por naturaleza, sino por su propia voluntad.

(Cap. VI.---Vers. 1.) Cuidad de no hacer vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos; de lo contrario, no tendréis recompensa de vuestro Padre que está en los cielos. Quien toca la trompeta al hacer limosna, es un hipócrita. Quien ayunando desfigura su rostro, para mostrar la inanición de su vientre en su semblante, también es un hipócrita. Quien ora en las sinagogas y en las esquinas de las calles para ser visto por los hombres, es un hipócrita. De todo esto se deduce que son hipócritas quienes hacen cualquier cosa para ser glorificados [o honrados] por los hombres. Me parece que también aquel que dice a su hermano: Déjame sacar la paja de tu ojo (Mateo VII, 4), lo hace por gloria, para parecer justo. Por eso se le dice por el Señor: Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo. No es, pues, la virtud, sino la causa de la virtud la que tiene recompensa ante Dios. Aunque te desvíes un poco del camino recto, no importa si vas a la derecha o a la izquierda, cuando has perdido el verdadero camino.

(Vers. 3, 4.) Pero cuando hagas limosna, que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará. Y cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que aman orar en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos por los hombres. No solo la limosna, sino cualquier obra buena que hagáis, debe ser desconocida para la izquierda; porque si ella lo sabe, inmediatamente las obras de la derecha se manchan.

Amén os digo, han recibido su recompensa. No la recompensa de Dios, sino la suya. Pues han sido alabados por los hombres, por cuya causa ejercieron las virtudes.

(Vers. 6.) Pero tú, cuando ores, entra en tu habitación, y cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará. Esto, entendido simplemente, instruye al oyente a evitar la vana gloria de orar. Pero me parece que es más bien un precepto para que, con el pensamiento del corazón encerrado y los labios comprimidos, oremos al Señor, como leemos que hizo Ana en el libro de los Reyes; Sus labios, dice, solo se movían (I Samuel I, 13).

(Vers. 7.) Y al orar, no habléis mucho, como hacen los gentiles. Pues piensan que por su mucho hablar serán escuchados. No os asemejéis, pues, a ellos. Si el gentil habla mucho en la oración, entonces quien es cristiano debe hablar poco. Porque Dios es oyente no de palabras, sino del corazón (Sabiduría I, 6).

(Vers. 8.) Porque vuestro Padre sabe de qué cosas tenéis necesidad, antes de que le pidáis. Así, pues, orad vosotros. Surge en este lugar cierta herejía, también un dogma perverso de los filósofos, que dicen: Si Dios sabe lo que oramos, y antes de que pidamos, sabe de qué carecemos, en vano hablamos al que sabe. A los cuales se debe responder brevemente, que no somos narradores, sino suplicantes. Pues es diferente narrar al que ignora, que pedir al que sabe. En el primero hay indicación, en el segundo, súplica. Allí indicamos fielmente, aquí suplicamos con humildad.

(Vers. 9.) Padre nuestro, que estás en los cielos. Al decir Padre, se confiesan hijos.

Santificado sea tu nombre. No en ti, sino en nosotros. Pues si por los pecadores el nombre de Dios es blasfemado entre los gentiles (Romanos VIII), al contrario, por los justos es santificado.

(Vers. 10.) Venga tu reino. O pide en general por el reino de todo el mundo, para que el diablo deje de reinar en el mundo, o para que Dios reine en cada uno, y no reine el pecado en el cuerpo mortal de los hombres (Romanos VI). Al mismo tiempo, también se debe considerar que es de gran audacia y de pura conciencia pedir el reino de Dios y no temer el juicio.

Hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. Para que así como los ángeles te sirven sin culpa en los cielos, así en la tierra te sirvan los hombres. Que se avergüencen de esta sentencia quienes diariamente mienten diciendo que hay caídas en el cielo. Pues, ¿de qué nos sirve la semejanza de los cielos, si también en el cielo hay pecado?

(Vers. 11-13.) Danos hoy nuestro pan supersustancial. Y perdona nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación. Sino líbranos del mal. Lo que hemos expresado como supersustancial, en griego se dice ἐπιούσιον: palabra que los Setenta intérpretes traducen frecuentemente como περιούσιον. Por tanto, consideramos en hebreo, y donde ellos expresaron περιούσιον, encontramos SGOLLA (), que Símaco tradujo como ἐξάίρετον, es decir, especial o excelente, aunque en algún lugar lo interpretó como peculiar. Cuando, pues, pedimos que Dios nos dé un pan peculiar o excelente, pedimos aquel que dice: Yo soy el pan vivo que descendió del cielo (Juan VI, 51). En el Evangelio que se llama según los Hebreos, en lugar de pan supersustancial, encontré MAHAR (), que se dice crastino; para que el sentido sea: Danos hoy nuestro pan crastino, es decir, futuro. Podemos entender el pan supersustancial de otra manera, que está sobre todas

las sustancias y supera a todas las criaturas. Otros simplemente piensan, según el discurso del Apóstol que dice (I Tim. VI, 8): Teniendo sustento y abrigo, con esto estaremos contentos, que los santos deben preocuparse solo por el alimento presente. Por lo cual también en lo posterior se da el precepto: No os preocupéis por el mañana.

Amén. Es el sello de la oración del Señor: que Aquila interpreta como fielmente: nosotros podemos decir verdaderamente.

(Vers. 14.) Porque si perdonáis a los hombres sus pecados, también vuestro Padre celestial os perdonará vuestras ofensas. Esto que está escrito: Yo dije, dioses sois, y todos vosotros hijos del Altísimo; pero moriréis como hombres, y caeréis como uno de los príncipes (Salmo LXXXI, 6, 7), se dice a aquellos que por sus pecados merecieron ser hombres en lugar de dioses. Por tanto, con razón también aquellos a quienes se les perdonan los pecados, son llamados hombres.

(Vers. 16.) Porque desfiguran sus rostros, para parecer a los hombres que ayunan. Amén os digo, que han recibido su recompensa. La palabra exterminan, que en las Escrituras Eclesiásticas se ha desgastado por el vicio de los intérpretes, significa algo muy diferente de lo que comúnmente se entiende. Pues se exterminan los exiliados, que son enviados fuera de los límites. Por este término, siempre debemos entender demoler, que en griego se dice ἀφανίζουσι. El hipócrita demuele su rostro para simular tristeza; y aunque su ánimo esté alegre, lleva luto en su semblante.

(Vers. 17 seq.) Pero tú, cuando ayunes, unge tu cabeza y lava tu rostro, para no parecer a los hombres que ayunas, sino a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo secreto, te recompensará. No acumuléis para vosotros tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín destruyen, y donde los ladrones minan y roban. Habla según el rito de la provincia de Palestina, donde en los días festivos suelen ungir sus cabezas. Por tanto, ordena que cuando ayunemos, mostremos estar alegres y festivos. Muchos, al leer aquello del salmista: Que el aceite del pecador no unja mi cabeza (Salmo CXL, 5), quieren que sea al contrario el buen aceite, del cual se dice en otro lugar: Te ungió Dios, tu Dios, con el óleo de alegría más que a tus compañeros (Salmo XLIV, 8). Y se ordena que, al ejercitar las virtudes, debemos ungir con el aceite espiritual principal (ἡγεμονικὸν) nuestro corazón.

(Vers. 21.) Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón. Esto debe entenderse no solo de la riqueza, sino de todas las pasiones [o posesiones]. El dios del glotón es el vientre: allí, pues, tiene su corazón, donde está su tesoro. El tesoro del lujurioso son las comidas. El del lascivo, los juegos: el del amante, la lujuria: Cada uno es esclavo de aquello que lo vence (II Pedro II, 19).

(Vers. 22, 23.) Si tu ojo es sencillo, todo tu cuerpo será luminoso. Pero si tu ojo es malo, todo tu cuerpo será tenebroso. Si, pues, la luz que hay en ti es tinieblas, ¡cuán grandes serán esas tinieblas! Los ojos que padecen de lippitud suelen ver muchas luces: el ojo sencillo y puro ve cosas sencillas y puras. Todo esto lo trasladará al sentido. Pues así como el cuerpo, si el ojo no es sencillo, está todo en tinieblas: así el alma, si pierde su principal resplandor, todo el sentido permanecerá en oscuridad. Si, pues, la luz que hay en ti es tinieblas, ¡cuán grandes serán esas tinieblas! Si el sentido, que es luz, se oscurece por el vicio del alma, ¿piensas tú, qué tinieblas envolverán esa oscuridad?

(Vers. 24.) No podéis servir a Dios y a las riquezas. En lengua siríaca, riquezas se llama Mammona. No podéis servir a Dios y a las riquezas. Que lo escuche el avaro, que lo escuche

quien se considera cristiano de nombre, que no puede servir simultáneamente a las riquezas y a Cristo. Y sin embargo, no dijo, quien tiene riquezas, sino quien sirve a las riquezas. Pues quien es siervo de las riquezas, las guarda como siervo; pero quien ha sacudido el yugo de la servidumbre, las distribuye como señor.

(Vers. 25.) Por eso os digo: No os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, qué vestiréis. En algunos códices se añade: ni qué beberéis. Por tanto, lo que la naturaleza otorga a todos, y es común a los animales y bestias y a los hombres, de esto nos liberamos completamente de la preocupación. Pero se nos ordena no preocuparnos por qué comeremos: porque con el sudor de nuestro rostro preparamos nuestro pan. El trabajo debe ejercerse, la preocupación debe eliminarse. Esto que se dice: No os preocupéis por vuestra vida qué comeréis, ni por vuestro cuerpo qué vestiréis (Génesis III), lo entendemos del alimento y vestido carnal. Sin embargo, de los alimentos y vestidos espirituales siempre debemos estar preocupados.

(Vers. 26.) ¿No es la vida más que el alimento, y el cuerpo más que el vestido? Lo que dice es de este modo: Quien ha dado lo mayor, ciertamente también dará lo menor.

Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? El Apóstol ordena (Romanos XI), que no pensemos más de lo que debemos pensar. Este testimonio también debe conservarse en el presente capítulo. Pues hay algunos, que al querer exceder los límites de los padres, y volar alto, se hunden en lo profundo: diciendo que las aves del cielo son los ángeles, y las demás fuerzas en el ministerio de Dios, que sin preocuparse de sí mismas son alimentadas por la providencia de Dios. Si esto es así, como quieren que se entienda, ¿cómo sigue dicho a los hombres: ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? Por tanto, debe entenderse simplemente: que si las aves, sin cuidado y sin trabajos, son alimentadas por la providencia de Dios, que hoy están, y mañana no estarán: ¡cuánto más los hombres, a quienes se les promete la eternidad, son gobernados por el arbitrio de Dios!

(Vers. 27.) ¿Quién de vosotros, por mucho que se preocupe, puede añadir a su estatura un codo? Y en cuanto al vestido, ¿por qué os preocupáis? Así como demostró que la vida es más que el alimento por comparación con las aves, así muestra que el cuerpo es más que el vestido, por las cosas que siguen, diciendo:

(Vers. 28-30.) Considerad los lirios del campo, cómo crecen: no trabajan ni hilan. Pero os digo que ni Salomón en toda su gloria se vistió como uno de ellos. Pues si la hierba del campo, que hoy es, y mañana se echa al horno, Dios la viste así: ¡cuánto más a vosotros, hombres de poca fe! Y en verdad, ¿qué seda, qué púrpura de reyes, qué pintura de tejedoras puede compararse con las flores? ¿Qué ruboriza tanto como la rosa? ¿Qué blanquea tanto como el lirio? La púrpura de las violetas, superada por ningún múrice, es más un juicio de los ojos que de las palabras.

(Vers. 31 seqq.) No os preocupéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos vestiremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas. Pues vuestro Padre sabe que necesitáis todas estas cosas. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas. No os preocupéis, pues, por el mañana. El mañana se preocupará de sí mismo. Por tanto, concedió que debamos preocuparnos por las cosas presentes, quien prohíbe pensar en las futuras. Por eso también el Apóstol: Noche y día, dice, trabajando con nuestras manos: para no ser gravosos a ninguno de vosotros (I Tesalonicenses II, 9). Mañana en las Escrituras se entiende como tiempo futuro, diciendo Jacob, Y me escuchará mañana mi

justicia (Génesis XXX, 33). Y en el fantasma de Samuel, la pitonisa habla a Saúl: mañana estarás conmigo (I Samuel XXVIII, 19).

(Vers. 34.) Basta a cada día su propio mal. Aquí mal no lo pone como contrario a la virtud, sino como trabajo y aflicción, y angustias del siglo: como también Sara afligió a su sierva Agar (Génesis XVI), que significativamente en griego se dice ἐκάκωσεν αὐτήν. Por tanto, nos basta la preocupación del tiempo presente: dejemos el cuidado de lo futuro, que es incierto.

(Cap. VII.---Vers. 1, 2.) No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzguéis, seréis juzgados: y con la medida con que midáis, se os medirá. Si prohíbe juzgar, ¿con qué consecuencia Pablo juzga al fornicador en Corinto (I Cor. V), y Pedro acusa a Ananías y Safira de mentir (Hechos V)? Pero muestra lo que prohíbe con lo que sigue, diciendo: porque como juzguéis, así seréis juzgados. Por lo tanto, no prohibió juzgar, sino que enseñó.

(Vers. 3-5.) ¿Por qué ves la paja en el ojo de tu hermano, y no ves la viga en tu propio ojo? ¿O cómo dices a tu hermano: Hermano, déjame sacar la paja de tu ojo, y he aquí que hay una viga en tu ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces verás para sacar la paja del ojo de tu hermano. Habla de aquellos que, aunque están sujetos a un crimen mortal, no perdonan los pecados menores de sus hermanos: colando el mosquito y tragando el camello (Mat. XXIII). Por lo tanto, con razón, y como dijimos antes, estos son llamados hipócritas por la simulación de justicia, que a través de la viga en su ojo, ven la paja en el ojo de su hermano.

(Vers. 6.) No deis lo santo a los perros. Lo santo es el pan de los hijos. No debemos, por lo tanto, quitar el pan de los hijos y dárselo a los perros.

Ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen con sus pies, y volviéndose os despedacen. El cerdo no acepta adornos, que se revuelca en el lodo. Y según los Proverbios de Salomón: Si tiene un anillo de oro, se encuentra más feo (Prov. XI, 22). Algunos quieren entender por perros a aquellos que, después de la fe en Cristo, vuelven al vómito de sus pecados: y por cerdos a aquellos que aún no han creído en el Evangelio, y se revuelcan en el lodo de la incredulidad y los vicios. No conviene, por lo tanto, a hombres de este tipo creer rápidamente en la perla evangélica, no sea que la pisoteen, y volviéndose comiencen a dispersarnos.

(Vers. 7 y sig.) Pedid, y se os dará: buscad, y hallaréis: llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá. ¿O quién de vosotros, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿O si le pide un pez, le dará una serpiente? Quien había prohibido pedir cosas carnales, muestra qué debemos buscar. Si al que pide se le da, y el que busca halla, y al que llama se le abre: entonces, a quien no se le da, y quien no halla, y a quien no se le abre, queda claro que no ha pedido, buscado y llamado bien. Llamemos, pues, a la puerta de Cristo, de la cual se ha dicho: Esta es la puerta del Señor, los justos entrarán por ella (Sal. CXVII, 20); para que cuando entremos, se nos abran los tesoros escondidos y oscuros en Cristo Jesús, en quien está toda la ciencia (Col. II).

(Vers. 11, 12.) Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¡cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará cosas buenas a los que le piden! Todo, pues, lo que queráis que los hombres os hagan, hacedlo también vosotros a ellos. Porque esta es la

Ley y los Profetas. Es de notar que llama malos a los apóstoles, a menos que bajo la persona de los Apóstoles se condene a todo el género humano, cuyo corazón está inclinado al mal desde la infancia. Lee el Génesis (Gén. VIII). Y no es de extrañar si llama malos a los hombres de este siglo, cuando también el apóstol Pablo recuerda: Redimiendo el tiempo, porque los días son malos (Efes. V, 16).

(Vers. 13, 14.) Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella. ¡Qué estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida! y pocos son los que la hallan. El camino ancho es el placer del mundo, que los hombres desean. El estrecho, que se abre a través de trabajos y ayunos, es el que también el Apóstol recorrió (II Cor. VI, XI): y exhorta a Timoteo a entrar por él (I Tim. V). Considera también cuán significativamente ha hablado de ambos caminos. 40 Por el ancho muchos caminan, el estrecho pocos lo encuentran. No buscamos el ancho, ni es necesario hallarlo: se ofrece espontáneamente, y es el camino de los errantes. El estrecho, no todos lo encuentran, ni quienes lo encuentran, entran inmediatamente por él. Pues muchos, habiendo encontrado el camino de la verdad, capturados por los placeres del mundo, regresan a mitad del camino.

(Vers. 15 y sig.) Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas: pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los espinos, o higos de los abrojos? Así todo árbol bueno da frutos buenos: pero el árbol malo da frutos malos. Y de todos se puede entender, que prometen una cosa con su apariencia y palabras, pero demuestran otra con sus obras. Pero especialmente debe entenderse de los herejes, que parecen rodearse de una vestidura de piedad con continencia, castidad, ayuno, pero por dentro tienen un ánimo venenoso, engañando los corazones de los hermanos más simples. Por los frutos del alma, con los que arrastran a la ruina la inocencia, se comparan a lobos rapaces.

(Vers. 18 y sig.) No puede el árbol bueno dar frutos malos: ni el árbol malo dar frutos buenos. Todo árbol que no da buen fruto, será cortado y echado al fuego. Así que por sus frutos los conoceréis. Preguntemos a los herejes, que dicen que hay dos naturalezas contrarias entre sí, si según su entendimiento, el árbol bueno nunca puede dar frutos malos, ¿cómo Moisés, árbol bueno, pecó en las aguas de la contradicción (Deut. XXXII): y David, habiendo matado a Urías, se acostó con Betsabé (II Sam. XI): también Pedro negó en la Pasión del Señor, diciendo: No conozco al hombre (Mat. XXVI, 72): o con qué consecuencia Jetro, suegro de Moisés, árbol malo, que ciertamente no creía en el Dios de Israel, dio un buen consejo a Moisés (Éxodo XVIII); y Ajior dijo algo útil a Holofernes (Judith V): y el Cómico dijo (lo que el Apóstol aprobó como bien dicho): Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres (I Cor. V). Y cuando no encuentren qué responder; nosotros añadiremos, y Judas (Juan XIII), árbol que una vez fue bueno, hizo frutos malos después de traicionar al Salvador: y Saulo (Filip. III) árbol malo en el tiempo en que perseguía a la Iglesia de Cristo, hizo después frutos buenos, cuando fue trasladado de perseguidor a vaso de elección (Hechos IX). Así que el árbol bueno no da frutos malos mientras persevera en el estudio de la bondad: y el árbol malo permanece en los frutos del pecado mientras no se convierte al arrepentimiento. Pues nadie permaneciendo en lo que fue, comienza a ser lo que aún no ha comenzado.

(Vers. 21.) No todo el que me dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos; sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, él entrará en el reino de los cielos. Como dijo antes, que aquellos que tendrían la vestidura de una buena vida, no serían recibidos por la maldad de sus doctrinas: así ahora, por el contrario, afirma que no se debe dar crédito a aquellos que, aunque sobresalen en la integridad de la fe, viven deshonestamente, y destruyen

la integridad de la doctrina con malas obras. Pues ambas cosas son necesarias para los siervos de Dios, que la obra sea aprobada por la palabra, y la palabra por las obras. A esta sentencia puede parecer contraria aquella: Nadie puede decir, Señor Jesús, sino en el Espíritu Santo (I Cor. XII, 3). Pero es costumbre de las Escrituras tomar las palabras por hechos, como se aprueba inmediatamente en lo que sigue, refutar a aquellos que se jactan de tener el conocimiento del Señor sin obras, y oyen del Salvador: Apartaos de mí, obradores de iniquidad, no os conozco (Luc. XIII). Y el Apóstol habla en este sentido: Confiesan conocer a Dios: pero con los hechos lo niegan (Tito I, 16).

(Vers. 22.) Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchas maravillas? Profetizar, y hacer maravillas, y echar fuera demonios, a veces no es mérito de quien lo hace, sino que la invocación del nombre de Cristo lo hace, o se concede para la condenación de quienes invocan, y la utilidad de quienes ven y oyen, para que aunque los hombres desprecien a los que hacen señales, sin embargo, honren a Dios, a cuya invocación se hacen tantos milagros. Pues también Saúl (I Sam. X), y Balaam (Núm. XXIII), y Caifás (Juan XI) profetizaron, sin saber lo que decían: y Faraón (Gén. XLI) y Nabucodonosor (Dan. II) conocieron el futuro en sueños. Y en los Hechos de los Apóstoles, los hijos de Esceva parecían echar fuera demonios (Hechos XIX). Pero también se narra que Judas el apóstol, con ánimo de traidor, hizo muchas señales entre los demás Apóstoles.

42 (Vers. 23.) Y entonces les confesaré, que nunca os conocí. Dijo significativamente confesaré, porque mucho antes había disimulado decir: no os conocí. El Señor no conoce a los que perecen. Observa además por qué añadió, nunca os conocí, si según algunos todos los hombres siempre han estado entre las criaturas racionales.

(Vers. 24.) Apartaos de mí, los que obráis iniquidad. Todo aquel, pues, que oye estas palabras mías, y las hace, será semejante a un hombre sabio, que edificó su casa sobre la roca. No dijo, que habéis obrado iniquidad, para no parecer que quita el arrepentimiento, sino que obráis, es decir, que hasta la hora presente, cuando llegue el tiempo del juicio, aunque no tengáis la facultad de pecar, sin embargo, aún tenéis el afecto.

(Vers. 25.) Y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos: y golpearon aquella casa, y no cayó. Esta lluvia que intenta derribar la casa, es el diablo. Los ríos, todos los Anticristos, que piensan contra Cristo. Los vientos son las maldades espirituales en los lugares celestiales (Efes. VI).

(Vers. 26.) Porque estaba fundada sobre la roca. Y todo aquel que oye estas palabras mías, y no las hace, será semejante a un hombre insensato. Sobre esta roca el Señor fundó la Iglesia (Mat. XV): de esta roca el apóstol Pedro tomó su nombre. Sobre una roca de este tipo no se encuentran las huellas de la serpiente (Prov. XXX). De esta roca también habla el profeta con confianza: Puso mis pies sobre la roca (Sal. XXXIX, 3). Y en otro lugar: La roca es refugio para los conejos, o erizos (Sal. CIII, 8). Pues el animal tímido se refugia en las cavernas de la roca: y la piel áspera, y toda armada de púas, se protege con tal refugio. Por eso se le dice a Moisés en el tiempo en que había huido de Egipto, y era un conejito del Señor: Párate en la hendidura de la roca, y verás mis espaldas (Éxodo XXXIII, 21).

(Vers. 27, 28.) Que edificó su casa sobre la arena: y descendió la lluvia, y vinieron los ríos, y soplaron los vientos, y golpearon aquella casa, y cayó: y fue grande su ruina. Y aconteció que cuando Jesús terminó estas palabras, las multitudes se maravillaban de su doctrina. El fundamento que el Apóstol arquitecto puso (I Cor. III), es uno, nuestro Señor Jesucristo.

Sobre este fundamento estable y firme, y por sí mismo fundado con una mole robusta, se edifica la Iglesia de Cristo. Sobre la arena 43 que es fluida, y no puede ser unida, ni reducida a una sola unión, todo el discurso de los herejes se edifica para que caiga.

(Vers. 29.) Porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas y fariseos. Pues ellos enseñaban al pueblo lo que está escrito en Moisés y los Profetas. Jesús, en cambio, como Dios y Señor del mismo Moisés, por la libertad de su voluntad, o añadía lo que parecía menos en la ley; o predicaba cambiando al pueblo, como también leemos arriba: Se dijo a los antiguos: Pero yo os digo.

(Cap. VIII.---Vers. 1.) Cuando Jesús descendió del monte, le siguieron muchas multitudes, y he aquí que un leproso vino y le adoró, diciendo. Al descender el Señor del monte, las multitudes se le acercan, porque no pudieron subir a lo alto. Y el primero que se le acerca es un leproso. Pues aún no podía, con lepra, escuchar un discurso tan extenso en el monte del Salvador. Y es de notar que este fue curado especialmente primero: en segundo lugar, el siervo del centurión: en tercer lugar, la suegra de Pedro, con fiebre en Cafarnaúm: en cuarto lugar, los que le fueron traídos atormentados por demonios, cuyos espíritus expulsaba con su palabra, cuando curó a todos los que estaban enfermos. Y he aquí que un leproso vino y le adoró, diciendo. Correctamente, después de la predicación y la enseñanza, se ofrece la ocasión de un signo: para que por la virtud del milagro, el discurso pasado se confirme entre los oyentes.

(Vers. 2.) Señor, si quieres, puedes limpiarme. Quien pide la voluntad, no duda del poder.

(Vers. 3.) Y extendiendo Jesús la mano, lo tocó, diciendo: Quiero, sé limpio. Y al instante su lepra fue limpiada. Al extender la mano el Señor, la lepra huyó de inmediato. Considera también cuán humilde y sin jactancia es la respuesta. Él había dicho, si quieres: el Señor respondió, quiero. Él había dicho, puedes limpiarme: el Señor añade, y dice, sé limpio: Por lo tanto, no como algunos latinos piensan, debe unirse y leerse quiero limpiar: sino separadamente, para que primero diga, quiero: luego, mandando, diga, sé limpio.

(Vers. 4.) Y Jesús le dijo: Mira, no lo digas a nadie. Y en verdad, ¿qué necesidad había de que proclamara con palabras lo que mostraba con su cuerpo?

44 Pero ve, muéstrate a los sacerdotes: y ofrece el don que mandó Moisés, para testimonio a ellos. Por varias razones lo envía a los sacerdotes. Primero, por humildad, para que parezca rendir honor a los sacerdotes. Pues estaba mandado por la ley, que los que habían sido limpiados de la lepra, ofrecieran dones a los sacerdotes. Luego, para que viendo al leproso limpiado, o creyeran en el Salvador, o no creyeran. Si creyeran, se salvarían: si no creyeran, serían inexcusables. Y al mismo tiempo, para que no pareciera que infringía la ley, como a menudo le acusaban.

(Vers. 5 y sig.) Se acercó a él un centurión, rogándole, y diciendo: Señor, mi siervo yace en casa paralítico, y sufre terriblemente. Y Jesús le dijo: Yo iré, y lo sanaré. Y respondiendo el centurión, dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; pero di solamente la palabra, y mi siervo será sanado. No debemos acusar de jactancia al Señor, porque inmediatamente promete ir y sanar, viendo la fe, humildad y prudencia del centurión. Fe, en que creyó que un paralítico de entre los gentiles podía ser sanado por el Salvador. Humildad, en que se juzgó indigno de que el Señor entrara bajo su techo. Prudencia, en que vio la divinidad oculta dentro del cuerpo, sabiendo que no le beneficiaría lo que también los incrédulos veían; sino lo que estaba oculto dentro. De esta prudencia también dice:

(Vers. 9.) Porque también yo soy hombre bajo autoridad, teniendo bajo mí soldados: y digo a este, ve, y va: y al otro, ven, y viene: y a mi siervo, haz esto, y lo hace. Queriendo mostrar que el Señor también podía cumplir lo que quería no solo por la venida del cuerpo, sino por el ministerio de los ángeles.

(Vers. 10.) Al oírlo Jesús, se maravilló, y dijo a los que le seguían. Se maravilló de que vio al centurión entender su majestad. Pues debían ser eliminadas tanto las debilidades del cuerpo, como las fuerzas contrarias, 45 a las que el hombre a menudo se concede a la debilidad, tanto por la palabra del Señor, como por los ministerios de los ángeles.

Amén os digo, no he hallado tanta fe en Israel. Habla de los presentes, no de todos los patriarcas y profetas anteriores: a menos que en el centurión se prefiera la fe de los gentiles a Israel.

(Vers. 11.) Y os digo, que muchos vendrán del Oriente y del Occidente, y se sentarán con Abraham, y Isaac, y Jacob, en el reino de los cielos. Porque el Dios de Abraham, creador del cielo, es el Padre de Cristo, por eso en el reino de los cielos está Abraham, con quien se sentarán las naciones que hayan creído en Cristo, el Hijo del Creador. Y también se cumple el sentido que dijimos antes, en la fe del centurión se hace la prerrogativa de los gentiles: mientras que a su credulidad se mencionan los pueblos que crearán del Oriente y del Occidente.

(Vers. 12.) Pero los hijos del reino serán echados a las tinieblas exteriores. Los hijos del reino significan a los judíos, en quienes antes reinó Dios. Serán echados a las tinieblas exteriores. Las tinieblas siempre son interiores, no exteriores. Pero como quien es expulsado fuera del Señor, deja la luz; por eso se llaman tinieblas exteriores.

Allí será el llanto y el crujir de dientes. Si el llanto es de los ojos, y el crujir de dientes muestra los huesos: entonces es verdadera la resurrección de los cuerpos y de los mismos miembros que cayeron.

(Vers. 14.) Y cuando Jesús llegó a la casa de Pedro, vio a su suegra postrada y con fiebre [Al. febril]: y tocó su mano, y la fiebre la dejó. Se toca la mano de la mujer, y con sus obras sanadas, huye la debilidad de los pecados. La naturaleza de los hombres es tal, que después de la fiebre los cuerpos se sienten más cansados: y al comenzar la salud, sienten los males de la enfermedad. Pero la salud que se confiere del Señor, devuelve todo al mismo tiempo, y no basta con estar sanada; sino que para que se indique la fortaleza, se añade:

(Vers. 15.) Y se levantó, y les servía. Esa mano servía, que fue tocada y sanada.

(Vers. 16-18.) Al atardecer, le trajeron muchos endemoniados: y expulsaba los espíritus con su palabra, y curó [Al. curaba] a todos los que estaban enfermos, para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, diciendo: Él tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias. Viendo Jesús muchas multitudes alrededor de él, ordenó a los discípulos ir al otro lado del mar. Todos son curados, no por la mañana, no al mediodía, sino al atardecer, cuando el sol está por ponerse: cuando el grano de trigo 46 muere en la tierra, para dar mucho fruto (Juan XII).

(Vers. 19, 20.) Y acercándose un escriba, le dijo: Maestro, te seguiré a dondequiera que vayas. Y Jesús le dice: Las zorras tienen madrigueras, y las aves del cielo nidos; pero el Hijo

del hombre no tiene dónde reclinar su cabeza. Este escriba de la ley, que solo conocía la letra que mata, si hubiera dicho: Señor, te seguiré a dondequiera que vayas, no habría sido rechazado por el Señor; pero como consideraba a Jesús como un maestro más entre muchos, y era un letrado, lo que en griego se dice más significativamente γραμματεὺς, y no un oyente espiritual: por eso no tiene lugar donde Jesús pueda reclinar su cabeza. Se nos muestra, además, que el escriba fue rechazado porque, al ver la magnitud de los signos, quiso seguir al Salvador para buscar ganancias de los milagros, deseando lo mismo que Simón el Mago quiso comprar a Pedro (Hechos VIII). Por tanto, tal fe es justamente condenada por la sentencia del Señor, y se le dice: ¿Por qué deseas seguirme por riquezas y ganancias mundanas, cuando soy tan pobre que ni siquiera tengo un lugar donde hospedarme, y no uso un techo propio?

(Vers. 21.) Otro de sus discípulos le dijo: Señor, permíteme primero ir y enterrar a mi padre. ¿Qué similitud hay entre el escriba y el discípulo? Aquel llama maestro, este confiesa al Señor. Aquel desea ir a enterrar a su padre por una ocasión de piedad; este promete seguirlo a donde sea, no buscando un maestro, sino ganancia del maestro.

(Vers. 22.) Pero Jesús le dijo: Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos. Está muerto quien no cree. Si un muerto entierra a un muerto, no debemos preocuparnos por los muertos, sino por los vivos: no sea que, mientras nos preocupamos por los muertos, también nosotros seamos llamados muertos.

(Vers. 23.) Y al subir él a la barca, lo siguieron sus discípulos: y he aquí que se levantó una gran tempestad en el mar, de modo que la barca era cubierta por las olas. Hizo el quinto signo cuando, subiendo a la barca desde Cafarnaúm, mandó a los vientos y al mar. El sexto, cuando en la región de los gerasenos dio poder a los demonios sobre los cerdos. El séptimo, cuando entrando en su ciudad, curó al segundo paralítico en su camilla. El primer paralítico es el siervo del centurión.

(Vers. 24, 25.) Pero él dormía. Y se acercaron a él, y lo despertaron, diciendo: Señor, sálvanos, perecemos. Y Jesús les dice: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Leemos el tipo de este signo en Jonás (Jon. I), cuando, mientras los demás estaban en peligro, él estaba seguro y dormía, y fue despertado; y con el poder y el sacramento de su pasión libera a los que lo despiertan.

(Vers. 26.) Entonces, levantándose, reprendió a los vientos y al mar: y se hizo una gran calma. Y de este lugar entendemos que todas las criaturas sienten al Creador. Porque a quienes se reprende y a quienes se manda, sienten al que manda: no por el error de los herejes, que piensan que todo está animado; sino por la majestad del Creador, que lo que para nosotros es insensible, para él es sensible.

(Vers. 27-29.) Pero los hombres se maravillaron, diciendo: ¿Quién es este, que hasta los vientos y el mar le obedecen? Y cuando Jesús llegó al otro lado, a la región de los gerasenos, le salieron al encuentro dos endemoniados, saliendo de los sepulcros, muy feroces, de modo que nadie podía pasar por aquel camino. Y he aquí que clamaron diciendo. No los discípulos, sino los marineros y los demás que estaban en la barca, se maravillaron. Pero si alguien quisiera argumentar que los que se maravillaron fueron los discípulos, responderemos que fueron llamados hombres correctamente, porque aún no conocían el poder del Salvador.

(Vers. 30, 31.) ¿Qué tenemos que ver contigo, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido aquí antes de tiempo a atormentarnos? No lejos de ellos había una gran piara de cerdos paciendo. Los

demonios le rogaban, diciendo. Esta confesión no es de voluntad, que sigue una recompensa para el que confiesa, sino una extorsión de necesidad, que obliga a los que no quieren, como si siervos fugitivos, después de mucho tiempo, vieran a su señor: no piden otra cosa que no sea librarse de los azotes. Así también los demonios, al ver al Señor de repente en la tierra, creían que había venido a juzgarlos. La presencia del Salvador es tormento para los demonios. Y es ridículo que algunos piensen que los demonios conocen al Hijo de Dios, y el diablo lo ignora; porque estos son de menor malicia que aquel de quien son satélites. Pues todo conocimiento de los discípulos debe referirse al maestro, y tanto los demonios como el diablo deben entenderse que sospechan más del Hijo de Dios que conocerlo. Nadie conoce al Padre, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quiera revelarlo (Mat. XI, 27).

(Vers. 32, 33.) Si nos echas, envíanos a la pira de cerdos. Y él les dijo: Id. Y saliendo, se fueron a los cerdos. Y he aquí que toda la pira se precipitó con gran ímpetu al mar, y murieron en las aguas. Los pastores huyeron; y llegando a la ciudad, contaron todo esto, y lo de los endemoniados. No es que el Salvador concediera a los demonios lo que pedían, dijo, id: sino para que por la muerte de los cerdos, se ofreciera a los hombres la ocasión de la salvación. Los pastores, al ver esto, inmediatamente lo anuncian a la ciudad. Que se avergüence el maniqueo, si las almas de los hombres y de las bestias son de la misma sustancia y del mismo autor, ¿cómo es que por la salvación de un hombre, dos mil cerdos son ahogados?

(Vers. 34.) Y he aquí que toda la ciudad salió al encuentro de Jesús, y al verlo, le rogaban que se fuera de sus territorios. Que le roguen que se vaya de sus territorios, no lo hacen por soberbia, como algunos piensan, sino por humildad, juzgándose indignos de la presencia del Señor, como también Pedro, al caer a los pies del Salvador en la pesca, dijo: Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador (Luc. V, 8).

(Cap. IX.---Vers. 1, 2.) Y subiendo Jesús a la barca, cruzó y llegó a su ciudad. Y he aquí que le presentaban un paralítico tendido en una camilla. Viendo Jesús la fe de ellos, dijo al paralítico: Confía, hijo, tus pecados te son perdonados. No entendemos otra ciudad suya que Nazaret, de donde también fue llamado Nazareno. Le ofrecieron, como dijimos antes, al segundo paralítico tendido en una camilla, porque él no podía entrar. Viendo Jesús no la fe de quien era ofrecido, sino de quienes lo ofrecían, dijo al paralítico: Confía, hijo, tus pecados te son perdonados. ¡Oh, maravillosa humildad, llama hijo al despreciado y débil, disuelto en todas las articulaciones de sus miembros, a quien los sacerdotes no se dignaban tocar! O ciertamente lo llama hijo porque le son perdonados sus pecados. Según la tropología, a veces un alma tendida en su cuerpo, con todas las virtudes de sus miembros disueltas, es ofrecida al Señor para ser curada por un maestro perfecto, que si por su misericordia es sanada, recibe tanta fortaleza que inmediatamente lleva su camilla.

(Vers. 3, 4.) Y he aquí que algunos de los escribas decían dentro de sí: Este blasfema. Y viendo Jesús sus pensamientos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? Leemos en el Profeta, diciendo Dios: Yo soy quien borra tus iniquidades (Is. XLIII, 25). Consecuentemente, los escribas, porque lo consideraban un hombre y no entendían las palabras de Dios, lo acusan de blasfemia. Pero el Señor, viendo sus pensamientos, muestra que es Dios, que puede conocer los secretos del corazón, y de algún modo, en silencio, habla: Con la misma majestad y poder con que veo vuestros pensamientos, puedo también perdonar los pecados a los hombres. Entended por vosotros mismos lo que el paralítico obtiene.

(Vers. 5, 6.) ¿Qué es más fácil decir: tus pecados te son perdonados; o decir: levántate y anda? Para que sepáis que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados,

entonces dice al paralítico. Entre decir y hacer, hay mucha diferencia. Si los pecados del paralítico han sido perdonados, solo lo sabía quien los perdonaba. Levántate y anda, tanto el que se levantaba como los que veían al que se levantaba, podían aprobarlo. Se hace, por tanto, un signo carnal, para probar el espiritual, aunque es de la misma virtud perdonar los vicios del cuerpo y del alma. Y se nos da a entender que por los pecados ocurren muchas veces las debilidades del cuerpo. Y por eso quizás primero se te perdonan tus pecados, para que, eliminadas las causas de la debilidad, se restituya la salud.

(Vers. 7, 8.) Levántate, toma tu camilla, y vete a tu casa. Y se levantó, y se fue a su casa. Viendo esto, las multitudes temieron y glorificaron a Dios, que dio tal poder a los hombres. Y si el alma paralítica se levanta, si recupera su antigua fortaleza, lleva su camilla en la que antes yacía disuelta, y la lleva a la casa de sus virtudes.

(Vers. 9.) Y al pasar de allí Jesús, vio a un hombre sentado en el telonio, llamado Mateo. Y le dijo: Sígueme. Y levantándose, lo siguió. Los otros evangelistas, por respeto y honor a Mateo, no quisieron llamarlo por su nombre común, sino que dijeron, Leví: pues tenía un doble nombre. Pero el mismo Mateo, según lo que se dice en Proverbios: El justo es acusador de sí mismo al principio de su discurso (Prov. XVIII, 17). Y en otro lugar: Di tus pecados, para que seas justificado (Is. XLIII, 26). Se llama a sí mismo Mateo y publicano, para mostrar a los lectores que nadie debe desesperar de la salvación, si se convierte a lo mejor; ya que él mismo de publicano fue repentinamente transformado en apóstol. En este lugar, Porfirio y el emperador Juliano acusan de ignorancia al historiador que miente, o de estupidez a aquellos que inmediatamente siguieron al Salvador, como si irracionalmente siguieran a cualquier hombre que los llamara, cuando tantas virtudes y tantos signos precedieron, que no hay duda de que los apóstoles los vieron antes de creer. Ciertamente, el mismo resplandor y majestad de la divinidad oculta, que incluso en el rostro humano resplandecía, podía atraer a los que lo veían desde el primer momento. Si en la piedra imán y en el ámbar se dice que existe esta fuerza, que atrae anillos, paja y astillas, cuánto más el Señor de todas las criaturas podía atraer a quienes quería.

(Vers. 10 y siguientes.) Y sucedió que, estando él reclinado en la casa, he aquí que muchos publicanos y pecadores vinieron y se reclinaron con Jesús y sus discípulos. Y viendo esto los fariseos, decían a sus discípulos: ¿Por qué come vuestro maestro con publicanos y pecadores? Pero Jesús, al oírlo, dijo: No necesitan médico los sanos, sino los enfermos. Id y aprended lo que significa. Veían al publicano convertido de sus pecados a lo mejor, habiendo encontrado lugar para el arrepentimiento; y por eso ellos mismos no desesperan de la salvación, ni permanecen en sus antiguos vicios, vienen a Jesús, mientras los fariseos y escribas murmuran; sino que hacen penitencia, como lo indica el siguiente discurso del Señor, diciendo:

(Vers. 13.) Misericordia quiero, y no sacrificio. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores. El Señor iba a los banquetes de los pecadores, para tener ocasión de enseñar, y ofrecer a sus anfitriones alimentos espirituales. De hecho, aunque frecuentemente se describe que va a banquetes, no se refiere otra cosa que lo que hizo allí, lo que enseñó, para que se demostrara tanto la humildad del Señor al ir a los pecadores, como el poder de su enseñanza en la conversión de los penitentes. Lo que sigue: Misericordia quiero, y no sacrificio (Oseas VI, 6). Y: No he venido a llamar a justos, sino a pecadores, citando testimonio del profeta, reprende a los escribas y fariseos, que considerándose justos, evitaban la compañía de pecadores y publicanos.

(Vers. 14.) Entonces se acercaron a él los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos frecuentemente, pero tus discípulos no ayunan? Pregunta soberbia, y llena de la altivez de los fariseos. Ciertamente, para no decir otra cosa, es reprochable la jactancia del ayuno. Y no podían los discípulos de Juan no estar bajo el vicio, que calumniaban a aquel que sabían proclamado por las voces de su maestro, y se unían a los fariseos, que conocían condenados por Juan, cuando dijo (Supra. III, 7): Generación de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera?

(Vers. 15.) Y Jesús les dijo: ¿Acaso pueden los hijos del esposo llorar mientras el esposo está con ellos? Pero vendrán días cuando el esposo les será quitado, y entonces ayunarán. El esposo es Cristo: la esposa es la Iglesia. De este santo y espiritual matrimonio, los apóstoles son procreados, que no pueden llorar mientras ven a la esposa en el tálamo, y saben que el esposo está con la esposa. Pero cuando pasen las bodas, y llegue el tiempo de la pasión y resurrección, entonces los hijos del esposo ayunarán. Algunos piensan que por eso después de los cuarenta días de la Pasión, deben comenzar los ayunos: aunque inmediatamente llegan los días de Pentecostés y el Espíritu Santo, que nos indican festividad. Y por ocasión de este testimonio, Montano, Prisca y Maximila también hacen una cuaresma después de Pentecostés: porque al ser quitado el esposo, los hijos del esposo deben ayunar. Pero la costumbre de la Iglesia llega a la pasión del Señor y a la resurrección por la humildad de la carne, para que nos preparemos con el ayuno del cuerpo para el alimento espiritual. Según la tropología, sin embargo, se debe saber que mientras el esposo está con nosotros, y estamos en alegría, no podemos ayunar ni llorar. Pero cuando él se aleje de nosotros por los pecados, entonces se debe imponer el ayuno, entonces se debe recibir el llanto.

(Vers. 16, 17.) Nadie pone un remiendo de paño nuevo en un vestido viejo. Porque el remiendo tira del vestido, y se hace peor la rotura. Ni echan vino nuevo en odres viejos: de lo contrario, los odres se rompen, y el vino se derrama, y los odres se pierden. Pero el vino nuevo se echa en odres nuevos, y ambos se conservan. Esto lo decía él a ellos. Lo que dice es esto: Hasta que alguien haya renacido, y despojándose del hombre viejo, por mi pasión, se haya revestido del hombre nuevo, no puede soportar los preceptos más severos del ayuno y la continencia, no sea que por una austeridad excesiva, incluso pierda la fe que ahora parece tener. Puso dos ejemplos, de los odres viejos y nuevos, y del vestido. Debemos entender los odres viejos como los escribas y fariseos. El remiendo del vestido nuevo y el vino nuevo, deben entenderse como los preceptos evangélicos, que los judíos no pueden soportar, para que no se haga una rotura mayor. Algo similar querían hacer los gálatas, mezclando los preceptos de la Ley con el Evangelio, y echando vino nuevo en odres viejos; pero el Apóstol les habla: ¡Oh insensatos gálatas! ¿Quién os fascinó para no obedecer a la verdad? (Gál. III, 1). Por tanto, el discurso evangélico debe ser infundido a los apóstoles, más que a los escribas y fariseos, que corrompidos por las tradiciones de los mayores, no podían guardar la pureza de los preceptos de Cristo. Es diferente la pureza del alma virginal, no contaminada por ninguna mancha de vicio anterior, y diferentes son las impurezas de aquella que ha estado sujeta a la lujuria de muchos.

(Vers. 18, 19.) He aquí que un príncipe se acercó, y lo adoraba, diciendo: Mi hija acaba de morir; pero ven, pon tu mano sobre ella, y vivirá. Y levantándose Jesús, lo siguió, y sus discípulos. Es el octavo signo, en el que un príncipe pide que se resucite a su hija, no queriendo ser excluido del misterio de la verdadera circuncisión; pero se interpone una mujer con flujo de sangre, y es sanada en el octavo lugar, para que la hija del príncipe, excluida de este número, venga al noveno, según lo que se dice en los salmos: Etiopía adelantará sus manos a Dios (Sal. LXVII, 32). Y: Cuando haya entrado la plenitud de los gentiles, entonces todo Israel será salvo (Rom. XI, 25, 26).

(Vers. 20.) Y he aquí que una mujer que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, se acercó por detrás, y tocó el borde de su manto. En el Evangelio según Lucas se escribe que la hija del príncipe tenía doce años de edad (Luc. VIII). Nota, por tanto, que en ese tiempo esta mujer, es decir, el pueblo de los gentiles, comenzó a enfermar, cuando la nación de los judíos había creído. Pues el vicio no se muestra sino por comparación con las virtudes. Esta mujer con flujo de sangre no se acerca al Señor en la casa, ni en la ciudad, porque según la Ley era excluida de las ciudades (Lev. XV, Núm. V); sino en el camino, mientras el Señor va, para que mientras se dirige a otra, otra sea curada. Por eso dicen también los apóstoles: A vosotros era necesario predicar la palabra de Dios; pero ya que os juzgasteis indignos de la salvación, nos volvemos a los gentiles (Hechos XIII, 46).

(Vers. 21.) Pues decía dentro de sí: Si tan solo toco su manto, seré salva. Pero Jesús, volviéndose y viéndola, dijo. Según la Ley, quien toque a una mujer menstruante o con flujo de sangre, es impuro (Lev. XXV). Ella toca al Señor para que también ella sea curada del vicio de la sangre.

(Vers. 22.) Confía, hija, tu fe te ha salvado: y la mujer fue salva desde aquella hora. Por eso hija, porque tu fe te ha salvado. Y no dijo, tu fe te salvará, sino te ha salvado. Pues en cuanto creíste, ya has sido salva.

(Vers. 23.) Y cuando Jesús llegó a la casa del príncipe: y vio a los flautistas, y a la multitud alborotando, decía. Hasta hoy la niña yace muerta en la casa del príncipe, y los que parecen maestros son flautistas, cantando un canto fúnebre. La multitud de los judíos no es una multitud de creyentes, sino una multitud alborotadora.

(Vers. 24.) Retiraos, porque la niña no está muerta, sino que duerme. Y se burlaban de él. Porque para Dios todos viven.

(Vers. 25.) Y cuando la multitud fue echada fuera, entró. Pues no eran dignos de ver el misterio de la resurrección, quienes con indignas burlas se reían del que resucitaba.

(Vers. 26.) Y tomó su mano. Y la niña se levantó: Y esta fama se extendió por toda aquella tierra. A menos que primero sean purificadas las manos de los judíos, que están llenas de sangre, su sinagoga muerta no resucitará.

(Vers. 27.) Y al pasar de allí Jesús, lo siguieron dos ciegos, clamando y diciendo. Al pasar por la casa del príncipe el Señor Jesús, y al dirigirse a su casa, como leímos antes: Subiendo a la barca, cruzó y llegó a su ciudad, clamaban dos ciegos, diciendo: Ten piedad de nosotros, hijo de David: y sin embargo, no son curados en el camino, no transitoriamente, como pensaban; sino que después de que llegó a su casa, se acercan a él y entran: y primero se examina su fe, para que así reciban la luz de la verdadera fe. Al signo anterior que expusimos sobre la hija del príncipe y la mujer con flujo de sangre, se une consecuentemente este: para que lo que allí era muerte y debilidad, aquí se demuestre como ceguera. Pues ambos pueblos eran ciegos, mientras el Señor pasaba por este mundo, deseando regresar a su casa. Quienes, a menos que confiesen y digan: Ten piedad de nosotros, hijo de David; y al preguntar Jesús, ¿Creéis que puedo hacer esto? le respondan: Sí, Señor, no recibirán la luz primigenia. En otro Evangelista, se menciona un ciego, con las vestiduras rasgadas, sentado en Jericó, a quien los apóstoles prohíben clamar; pero por su insistencia recibe la sanidad (Marcos X). Este lugar pertenece propiamente al pueblo de los gentiles, y debe ser explicado en su volumen.

(Vers. 28, 29.) Ten piedad de nosotros, hijo de David. Cuando llegó a la casa, se acercaron a él los ciegos, y Jesús les dijo: ¿Creéis que puedo hacer esto por vosotros? Le dicen: Sí, Señor. Entonces tocó sus ojos, diciendo: Según vuestra fe os sea hecho. Y se abrieron sus ojos. Oigan Marción y Maniqueo, y los demás herejes, que desgarran el Antiguo Testamento: y aprendan que el Salvador es llamado hijo de David; pues si no nació en la carne, ¿cómo se le llama hijo de David?

(Vers. 30, 31.) Y Jesús les advirtió, diciendo: Mirad que nadie lo sepa. Pero ellos, al salir, lo divulgaron por toda aquella tierra. Y el Señor, huyendo de la gloria de la vanagloria por humildad, había ordenado esto: y ellos, por la memoria de la gracia, no pueden callar el beneficio. Nota, pues, que algo contrario fue ordenado entre ellos. Estos ciegos son curados en el décimo lugar.

(Vers. 32.) Al salir ellos, he aquí que le trajeron un hombre mudo, poseído por un demonio: y expulsado el demonio, el mudo habló. El undécimo mudo recibe la lengua para hablar. Lo que en griego se dice κωφὸν, es más común en el lenguaje común, que se entienda más como sordo que como mudo. Pero es costumbre de las Escrituras decir κωφὸν indistintamente, ya sea mudo o sordo. Espiritualmente, así como los ciegos reciben la luz: así también a los mudos se les suelta la lengua para hablar, para que confiesen a aquel a quien antes negaban.

(Vers. 33, 34.) Y las multitudes se maravillaron, diciendo: Nunca se ha visto así en Israel. Pero los fariseos decían: En el príncipe de los demonios expulsa a los demonios. La multitud confiesa las obras de Dios, y dice: Nunca se ha visto así en Israel. En la multitud está la confesión de las naciones. Pero los fariseos, como no podían negar el poder de Dios, calumnian las obras y dicen: En el príncipe de los demonios expulsa a los demonios: demostrando hasta hoy, por su calumnia, la infidelidad de los judíos.

(Vers. 35.) Y Jesús recorría todas las ciudades y aldeas enseñando en sus sinagogas, y predicando el Evangelio del reino, y curando toda enfermedad y toda dolencia. Ves que igualmente en aldeas, ciudades y pueblos, es decir, tanto en grandes como en pequeños, predicaba el Evangelio, para que no considerara el poder de los nobles, sino la salvación de los creyentes. Recorría las ciudades, teniendo esta obra que el Padre le había encomendado: y este hambre, para que con su doctrina salvara a los infieles. Enseñaba en las sinagogas y aldeas el Evangelio del reino: y después de la predicación y la doctrina, curaba toda enfermedad y toda dolencia; para que a quienes la palabra no persuadía, las obras los convencieran. Del Señor se dice propiamente: Curando toda enfermedad y toda dolencia, pues nada le es imposible.

(Vers. 36.) Al ver las multitudes, tuvo compasión de ellas, porque estaban fatigadas y abatidas como ovejas sin pastor. Entonces dice a sus discípulos. La fatiga del rebaño y de las ovejas y de las multitudes, es culpa de los pastores y defecto de los maestros. De donde sigue.

(Vers. 37, 38.) La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies. La mucha mies de los pueblos significa la multitud: los obreros pocos, la escasez de maestros. Y manda que rueguen al Señor de la mies, que envíe obreros a su mies. Estos son los obreros, de los que habla el Salmista, diciendo: Los que siembran con lágrimas, con gozo segarán. Iban andando y llorando, llevando su semilla. Volverán con júbilo, trayendo sus gavillas (Salmo CXXV, 7, 8). Y para hablar más claramente, la mucha mies es toda la multitud de creyentes. Los obreros pocos, son los apóstoles y sus imitadores que son enviados a la mies.

(Cap. X.---Vers. 1.) Y convocando a sus doce discípulos, les dio poder sobre los espíritus inmundos, para expulsarlos, y para curar toda enfermedad y toda dolencia. El Señor benigno y clemente y maestro, no envidia a sus siervos y discípulos sus virtudes. Y así como él había curado toda enfermedad y toda dolencia, también a sus apóstoles les otorgó el poder de curar toda enfermedad y toda dolencia en el pueblo. Pero hay mucha diferencia entre tener y otorgar, dar y recibir. Este, lo que hace, lo hace con el poder del Señor: aquellos, si hacen algo, confiesan su debilidad y el poder del Señor, diciendo: En el nombre de Jesús, levántate y anda (Hechos III, 6). Notemos, además, que en el duodécimo lugar, se concede a los apóstoles el poder de los signos.

(Vers. 2.) Los nombres de los doce apóstoles son estos. Se pone el catálogo de los apóstoles, para que queden excluidos aquellos que serán pseudoapóstoles.

(Vers. 3.) El primero, Simón, llamado Pedro, y Andrés su hermano: Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan su hermano: Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo el publicano, y Santiago, hijo de Alfeo, y Tadeo. El orden de los apóstoles y el mérito de cada uno, fue distribuido por aquel que escudriña los secretos del corazón. Primero se menciona a Simón, llamado Pedro; para distinguirlo de otro Simón, que es llamado Cananeo, del pueblo de Caná de Galilea, donde el Señor convirtió el agua en vino (Juan II). También llama a Santiago, hijo de Zebedeo, porque sigue otro Santiago, hijo de Alfeo. Y asocia a los apóstoles en pares. Une a Pedro y Andrés, hermanos, no tanto por la carne como por el espíritu. A Santiago y Juan, que dejando el pan del cuerpo, siguieron al verdadero Padre. A Felipe y Bartolomé, también a Tomás y Mateo el publicano. Los demás evangelistas, en la conjunción de los nombres, ponen primero a Mateo; y después a Tomás, ni mencionan el nombre de publicano, para que al recordar su antigua vida no parezcan denigrar al Evangelista. Este, como dijimos antes, se pone después de Tomás, y se llama publicano, para que donde abundó la iniquidad, sobreabunde la gracia (Romanos V, 20).

(Vers. 4.) Simón el cananeo. Él es quien en otro Evangelista se llama Zelote (Lucas VI). Caná, en efecto, se interpreta como celo. La historia eclesiástica relata que el apóstol Tadeo fue enviado a Edesa al rey Abgar de Osroena, quien es llamado Judas, hijo de Santiago, por el evangelista Lucas: y en otro lugar se le llama Lebeo (Hechos I), que se interpreta como corazoncito. Y se debe creer que tenía tres nombres: como Simón, Pedro (Marcos III); y los hijos de Zebedeo, Boanerges, llamados así por la firmeza y grandeza de su fe.

Y Judas Iscariote, quien también lo traicionó. O bien tomó su nombre de la aldea o ciudad donde nació, o de la tribu de Isacar: para que de alguna manera profética naciera para su condenación. Isacar se interpreta como recompensa, para significar el precio del traidor.

(Vers. 5, 6.) No vayáis por el camino de los gentiles: y no entréis en las ciudades de los samaritanos: sino id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel. Este lugar no es contrario a aquel mandato que se dice después: Id y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo (Mateo XXVIII, 19). Porque esto fue mandado antes de la resurrección, aquello después de la resurrección. Y era necesario anunciar primero la venida de Cristo a los judíos, para que no tuvieran una excusa justa, diciendo que rechazaron al Señor porque envió a los apóstoles a los gentiles y a los samaritanos. Según la tropología, se nos ordena a nosotros, que somos llamados por el nombre de Cristo, que no andemos en el camino de los gentiles y de los herejes en error, para que aquellos cuya religión está separada, también se separe su vida.

(Vers. 7, 8.) Yendo, predicad, diciendo: que el reino de los cielos se ha acercado, curad a los enfermos, resucitad a los muertos, limpiad a los leprosos, expulsad a los demonios. Para que nadie creyera a hombres rústicos y sin elocuencia, indoctos e iletrados, prometiendo reinos celestiales, les da el poder de curar a los enfermos, limpiar a los leprosos, expulsar a los demonios, para que la grandeza de las promesas se pruebe con la grandeza de los signos. Y porque siempre los dones espirituales (si hay una recompensa de por medio) se vuelven más viles, se añade la condenación de la avaricia.

Gratis recibisteis, dad gratis. Yo, maestro y Señor, os lo he dado sin precio, y vosotros dadlo sin precio, para que la gracia del Evangelio no se corrompa.

(Vers. 9, 10.) No poseáis oro, ni plata, ni dinero en vuestras bolsas. No llevéis alforja para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón. Porque el obrero es digno de su alimento. Consecuentemente, da estos preceptos a los evangelizadores de la verdad, a quienes antes había dicho: Gratis recibisteis, dad gratis. Pues si predicán así, que no reciben precio, es superfluo poseer oro, plata y dinero. Porque si hubieran tenido oro y plata, parecería que no predicaban por la salvación de los hombres, sino por lucro. Ni cobre en las bolsas. Quien ha cortado las riquezas, casi también corta las necesidades de la vida, para que los apóstoles, maestros de la verdadera religión, que enseñaban que todo se gobierna por la providencia de Dios, mostraran que no pensaban en el mañana. No llevéis alforja para el camino. Con este precepto se critica a los filósofos, que vulgarmente se llaman Bactroperitas, porque despreciadores del mundo y considerando todo como nada, llevaban consigo una despensa. Ni dos túnicas. En las dos túnicas parece mostrarme un doble vestido. No porque en los lugares de Escitia y de nieve glacial uno deba contentarse con una sola túnica: sino porque en la túnica entendemos el vestido: para que no, vestidos de una cosa, guardemos otra por temor al futuro. Ni calzado. También Platón ordenó que las dos extremidades del cuerpo no debían ser cubiertas, ni acostumbrarse a la blandura de la cabeza y los pies. Pues cuando estas tienen firmeza, las demás son más robustas. Ni bastón: Quienes tenemos la ayuda del Señor, ¿por qué buscar el apoyo de un bastón? Y porque de alguna manera envió a los apóstoles desnudos y expeditos a predicar, y la condición de los maestros parecía dura, suavizó la severidad del precepto con la siguiente sentencia, diciendo: El obrero es digno de su alimento. Tanto, dice, recibid, cuanto os sea necesario para el sustento y el vestido. De donde también el Apóstol repite: Teniendo sustento y con qué cubrirnos, estemos contentos con esto (I Tim. VI, 8). Y en otro lugar: Comparta el que es enseñado en la palabra con el que enseña en toda cosa buena (Gálatas VI, 6): para que aquellos cuyos discípulos cosechan lo espiritual, los hagan partícipes de sus bienes materiales: no en avaricia, sino en necesidad. Esto lo hemos dicho históricamente. Pero según la anagogía, no es lícito a los maestros poseer oro, plata, y dinero que está en las bolsas. Oro lo leemos a menudo, por el sentido; plata, por el discurso; cobre, por la voz; no nos es lícito recibir estas cosas de otros, sino poseerlas dadas por el Señor. Ni recibir las disciplinas de los herejes y filósofos y de la doctrina perversa, no ser oprimidos por el peso del mundo, ni ser de doble ánimo, ni atar nuestros pies con cadenas mortales, sino entrando en la tierra santa, estar desnudos; ni tener un bastón que se convierta en serpiente, ni apoyarnos en ningún auxilio de la carne, porque tal bastón y apoyo es una caña quebradiza, que si la presionas un poco, se rompe, y perfora la mano del que se apoya en ella.

(Vers. 11.) En cualquier ciudad o aldea en la que entréis, averiguad quién en ella es digno, y quedaos allí hasta que salgáis. Sobre la ordenación del obispo y del diácono, Pablo dice, Es necesario que tengan buen testimonio de los de fuera (I Tim. III, 7). Los apóstoles, al entrar en una nueva ciudad, no podían saber quién era cómo. Por tanto, el huésped debe ser elegido por la fama del pueblo, y por el juicio de los vecinos, para que la dignidad de la predicación no sea deshonrada por la infamia del que recibe. Aunque deben predicar a todos, se elige un

huésped, no otorgando beneficio a quien va a hospedarlos, sino recibéndolo, pues se dice, quién en ella es digno, para que más bien sepa que recibe gracia, que la da.

(Vers. 12, 13.) Al entrar en la casa, saludadla. Y si la casa es digna, vuestra paz vendrá sobre ella: pero si no es digna, vuestra paz volverá a vosotros. Ocultamente expresó el saludo del idioma hebreo y sirio. Pues lo que en griego se dice, *χαῖρε*, y en latín, *ave*, en hebreo y sirio se llama SALOM LACH o SALOM EMMACH, es decir, paz contigo. Lo que se ordena es esto: Al entrar en la casa, deseéis paz al huésped, y en cuanto dependa de vosotros, apaciguad las guerras de la discordia. Pero si surge contradicción, vosotros tendréis la recompensa de la paz ofrecida: ellos tendrán la guerra que quisieron tener.

(Vers. 14.) Y cualquiera que no os reciba, ni escuche vuestras palabras, al salir de aquella casa o ciudad, sacudid el polvo de vuestros pies. Se sacude el polvo de los pies, en testimonio de su trabajo, que entraron en la ciudad, y la predicación apostólica llegó hasta ellos. O se sacude el polvo, para que no reciban nada de ellos, ni siquiera lo necesario para el sustento, quienes despreciaron el Evangelio.

(Vers. 15.) En verdad os digo, será más tolerable para la tierra de Sodoma y Gomorra en el día del juicio, que para aquella ciudad. Si será más tolerable para la tierra de Sodoma y Gomorra que para aquella ciudad que no recibió el Evangelio, y por eso más tolerable, porque a Sodoma y Gomorra no se les predicó, pero a esta sí se le predicó, y sin embargo no recibió el Evangelio: entonces entre los pecadores hay diversos castigos.

(Vers. 16.) He aquí, yo os envío como ovejas en medio de lobos. Llama lobos a los escribas y fariseos, que son los clérigos de los judíos.

(Vers. 17, 18.) Sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Guardaos de los hombres: porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán, y seréis llevados ante gobernadores y reyes por causa de mí, para testimonio a ellos y a las naciones. Para que con prudencia eviten las insidias, con sencillez no hagan el mal. Se pone como ejemplo la astucia de la serpiente: porque con todo su cuerpo oculta la cabeza, y protege aquello en lo que está la vida. Así también nosotros, con todo el peligro del cuerpo, guardemos nuestra cabeza, que es Cristo. La sencillez de las palomas se demuestra por la figura del Espíritu Santo. De donde dice también el Apóstol: Sed niños en la malicia (I Cor. XIV, 20).

(Vers. 19, 20.) Pero cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo o qué hablaréis. Porque se os dará en aquella hora lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros. Antes había dicho: Porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán, y seréis llevados ante gobernadores y reyes por causa de mí. Cuando, pues, seamos llevados ante los jueces por causa de Cristo, debemos ofrecer solo nuestra voluntad por Cristo. Pero el mismo Cristo que habita en nosotros, hablará por sí mismo, y se nos ministrará la gracia del Espíritu Santo al responder.

(Vers. 21.) Y el hermano entregará al hermano a la muerte, y el padre al hijo, y los hijos se levantarán contra los padres, y los matarán. Y seréis odiados por todos por causa de mi nombre. Esto lo vemos suceder frecuentemente en las persecuciones: y no hay entre ellos afecto fiel, cuando su fe es diversa.

(Vers. 22.) Pero el que persevere hasta el fin, este será salvo. Porque no es de virtud comenzar, sino terminar.

(Vers. 23, 24.) Pero cuando os persigan en esta ciudad, huid a otra. En verdad os digo, no acabaréis de recorrer las ciudades de Israel, hasta que venga el Hijo del Hombre. No es el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su señor. Le basta al discípulo ser como su maestro; y al siervo, como su señor. Esto debe referirse a aquel tiempo, cuando los apóstoles eran enviados a predicar, a quienes se les dice propiamente: No vayáis por el camino de los gentiles, y no entréis en las ciudades de los samaritanos, que no deben temer la persecución, sino evitarla. Lo cual vemos que hicieron al principio los creyentes: cuando surgió la persecución en Jerusalén, se dispersaron por toda Judea, para que la ocasión de la tribulación fuera semilla del Evangelio. Espiritualmente, podemos decir: Cuando nos persigan en una ciudad, es decir, en un libro o testimonio de las Escrituras, huyamos a otras ciudades, es decir, a otros volúmenes. Aunque el perseguidor sea contencioso, antes llegará el auxilio del Salvador, que se conceda la victoria a los adversarios.

(Vers. 25.) Si al padre de familia llamaron Beelzebú, ¡cuánto más a los de su casa! No les temáis, pues. Beelzebú es un ídolo de Acarón, que se llama en el libro de los Reyes ídolo de la mosca (IV Reyes I). Beel, es el mismo Bel, o Baal: Zebub significa mosca. Llamaban, pues, al príncipe de los demonios con el nombre del ídolo más inmundo, que se llama mosca, por la inmundicia, que destruye la dulzura del aceite (Eclesiastés X).

(Vers. 26.) Porque nada hay oculto que no haya de ser revelado, ni secreto que no haya de saberse. ¿Y cómo en este siglo presente se desconocen los vicios de muchos? Pero se escribe sobre el tiempo futuro, cuando Dios juzgará los secretos de los hombres, iluminará las sombras de las tinieblas y hará manifiestos los designios de los corazones. Y el sentido es: No temáis la crueldad de los perseguidores y la rabia de los blasfemos, porque vendrá el día del juicio, en el cual se demostrará tanto vuestra virtud como la maldad de ellos.

(Vers. 27.) Lo que os digo en la oscuridad, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, predicadlo desde los tejados. Lo que habéis oído en misterio, predicadlo más abiertamente; lo que habéis aprendido en secreto, habladlo públicamente: lo que os he enseñado en el pequeño lugar de Judea, proclamadlo audazmente en todas las ciudades y en todo el mundo.

(Vers. 28.) Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma. Si quienes matan el cuerpo no pueden matar el alma, entonces el alma es invisible e incorpórea, según la sustancia más densa de nuestro cuerpo. O ciertamente será castigada y sentirá los suplicios cuando reciba de nuevo el cuerpo original, para que con el que pecó, con él también sea castigada.

Pero temed más bien a aquel que puede perder tanto el alma como el cuerpo en el infierno. El nombre de Gehena no se encuentra en los libros antiguos, sino que es mencionado por primera vez por el Salvador. Preguntemos, pues, cuál es la ocasión de este discurso. Hemos leído más de una vez que había un ídolo de Baal cerca de Jerusalén, a los pies del monte Moria, donde fluye Siloé (III Reyes XI). Este valle y la llanura de un pequeño campo eran regados y boscosos, llenos de delicias, y había un bosque consagrado al ídolo. El pueblo de Israel llegó a tal demencia que, abandonando la cercanía del templo, allí ofrecía sacrificios, y las delicias vencían al rigor de la religión, y quemaban o iniciaban a sus hijos para los demonios. Y aquel lugar se llamaba Gehennom, es decir, valle de los hijos de Hennom. Este volumen de los Reyes (IV Reyes XXIII), y las Crónicas (II Par. XXVIII), y Jeremías (Jer. VII, XIX y XXXII) lo escriben con plenitud. Y Dios amenaza con llenar aquel lugar de cadáveres de muertos, para que ya no se llame Tofet y Baal, sino que se llame Polyandrium, es decir, tumba de muertos. Por lo tanto, los futuros suplicios y penas eternas, con los que los

pecadores serán torturados, se denotan con el nombre de este lugar. Leemos con plenitud en Job que hay un doble infierno, de fuego excesivo y de frío (Job XXIV).

(Vers. 29 y ss.) ¿No se venden dos gorriones por un as, y uno de ellos no caerá en tierra sin vuestro Padre? Pero vuestros cabellos están todos contados. No temáis, pues, vosotros valéis más que muchos gorriones. Todo aquel que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Pero quien me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos. El discurso del Señor se mantiene coherente, y lo que sigue depende de lo anterior. Prudente lector, evita siempre una interpretación supersticiosa; no adaptes las Escrituras a tu sentido, sino une tu sentido a las Escrituras, y entiende lo que sigue. Antes había dicho: No temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma: ahora habla consecuentemente, ¿No se venden dos gorriones por un as, y uno de ellos no caerá en tierra sin vuestro Padre? Y el sentido es: Si los pequeños y viles animales no caen sin el autor Dios, y en todo hay providencia, y lo que en ellos es percedero no perece sin la voluntad de Dios: vosotros, que sois eternos, no debéis temer vivir sin la providencia de Dios. Este sentido también se expresó antes: Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros más que ellas? Y más adelante: Considerad los lirios del campo, cómo crecen, y lo demás. Si, pues, la hierba del campo que hoy es, y mañana se echa en el horno, Dios la viste así, ¿cuánto más a vosotros, hombres de poca fe? Algunos interpretan forzosamente los dos gorriones como el alma y el cuerpo. También los cinco gorriones, según Lucas (Luc. XII), que se venden por dos ases, los refieren a los sentidos. Pero cómo esa interpretación se adapta al cuerpo entero del discurso evangélico, no es de poca dificultad. Pero vuestros cabellos están todos contados. No temáis, pues; vosotros valéis más que muchos gorriones. Se ha expresado más claramente el sentido de nuestra exposición anterior: que no deben temer a los que pueden matar el cuerpo, y no pueden matar el alma, porque si sin el conocimiento de Dios tampoco los pequeños animales caen, cuánto más el hombre, que está sostenido por la dignidad apostólica. Pero lo que dice: vuestros cabellos están todos contados, muestra la inmensa providencia de Dios hacia los hombres, y señala un afecto inefable, que nada nuestro escapa a Dios, y ni siquiera las palabras pequeñas y ociosas escapan a su conocimiento. Se burlan de la inteligencia eclesiástica en este lugar, quienes niegan la resurrección de la carne, como si dijéramos que también los cabellos que están contados, y cortados por el barbero, todos resucitarán, cuando el Salvador no dijo: Pero vuestros cabellos están todos salvados, sino contados. Donde hay número, se demuestra el conocimiento del número, no la conservación del mismo número.

(Vers. 34.) No penséis que he venido a traer paz a la tierra: No he venido a traer paz, sino espada. Antes había dicho: Lo que os digo en la oscuridad, decidlo en la luz; y lo que oís al oído, predicadlo desde los tejados. Ahora introduce lo que sigue a la predicación. Contra la fe de Cristo, todo el mundo está dividido: cada casa tenía incrédulos y creyentes, y por eso se envió una buena guerra, para romper una mala paz. Algo similar se escribe en el Génesis contra los hombres rebeldes, que se habían movido desde el Oriente, y se apresuraban a construir una torre (Gén. XI), por la cual penetrarían las alturas del cielo, que Dios hizo para dividir sus lenguas. Por eso en el salmo David ora: Dispersa, Señor, a las naciones que quieren guerras (Sal. LXVII, 32).

(Vers. 35.) Porque he venido a separar al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su propia casa. Este lugar se escribe casi con las mismas palabras en el profeta Miqueas (Miq. VII). Y es de notar que dondequiera que se pone un testimonio del Antiguo Testamento, si el sentido solamente, o también el discurso concuerda.

(Vers. 37.) El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí. Y el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí. Quien antes había dicho: No he venido a traer paz, sino espada; y a dividir a los hombres contra su padre y su madre, y su suegra, para que nadie anteponga la piedad a la religión, añadió diciendo, El que ama a su padre o a su madre más que a mí. Y en el Cantar de los Cantares leemos: Ordenad en mí la caridad (Cant. II, 4). Este orden es necesario en todo afecto. Ama después de Dios al padre, ama a la madre, ama a los hijos. Pero si viene la necesidad de que el amor de los padres y de los hijos se compare con el amor de Dios, y no se pueda conservar ambos, que el odio hacia los suyos sea piedad hacia Dios. No prohibió, pues, amar al padre o a la madre, sino que añadió significativamente: El que ama a su padre o a su madre más que a mí.

(Vers. 38, 39.) Y el que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí. El que encuentre su vida, la perderá; y el que pierda su vida por mí, la encontrará. En otro Evangelio se escribe: El que no toma su cruz cada día. Para que no pensemos que el ardor de la fe puede ser suficiente una sola vez, siempre se debe llevar la cruz, para que siempre aprendamos a amar a Cristo.

(Vers. 40.) El que os recibe a vosotros, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. Un orden hermosísimo. Envía a la predicación, enseña que no se deben temer los peligros, somete el afecto a la religión. Antes había quitado el oro, había sacudido el cobre de la bolsa. Dura es la condición de los evangelistas. ¿De dónde, pues, los gastos, de dónde lo necesario para el sustento? La austeridad de los mandamientos se temple con la esperanza de las promesas. El que recibe, dice, a vosotros, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió, para que al recibir a los apóstoles, cada uno de los creyentes piense que ha recibido a Cristo.

(Vers. 41.) El que recibe a un profeta en nombre de profeta, recibirá recompensa de profeta. Y el que recibe a un justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo. El que recibe a un profeta como profeta, y lo entiende hablando de cosas futuras, este recibirá recompensa de profeta. Por lo tanto, los judíos que entienden carnalmente a los profetas, no recibirán recompensa de profetas. De otra manera: En toda profesión hay cizaña mezclada con el trigo. Había dicho antes: El que recibe a vosotros, me recibe a mí; y el que me recibe a mí, recibe al que me envió. Había incitado a los discípulos a la recepción de los maestros. Podría ser oculta la respuesta de los creyentes; ¿debemos, pues, recibir también a los falsos profetas y a Judas el traidor, y proporcionarles alimento? El Señor, previendo esto, dice que no se deben recibir las personas, sino los nombres: y que los que reciben no pierden la recompensa, aunque sea indigno el que ha sido recibido.

(Vers. 42.) Y cualquiera que dé de beber a uno de estos pequeños, aunque sea un vaso de agua fría, en nombre de discípulo, en verdad os digo, no perderá su recompensa. Leemos en el profeta David: Para excusar excusas en pecados (Sal. CXL, 4): que muchos presentan como justas ocasiones de sus pecados, para que lo que delinquen por voluntad, parezca que pecan por necesidad: el Señor, escudriñador del corazón y de los riñones, contempla las futuras intenciones en cada uno. Había dicho: El que recibe a vosotros, me recibe a mí. Pero este precepto muchos falsos profetas y falsos predicadores podrían impedir; también ha curado este escándalo, diciendo: El que recibe a un justo en nombre de justo, recibirá recompensa de justo. Nuevamente, otro podría alegar y decir: La pobreza me lo impide, la escasez me retiene, para que no pueda ser hospitalario. Y esta excusa la disuelve con un precepto muy leve, para que ofrezcamos un vaso de agua fría con todo el ánimo. Fría, dice, agua, no caliente, para que tampoco en la caliente se busque ocasión de pobreza y escasez de

leña. Algo similar también el Apóstol (como ya dijimos antes) ordenó a los Gálatas: El que es enseñado en la palabra, comparta con el que le enseña en todas las cosas buenas (Gál. VI, 6), y exhorta a los discípulos a los refrigerios de los maestros. Porque cualquiera podría alegrar pobreza, y eludir el precepto, antes de que lo proponga, resuelve la cuestión inminente, diciendo: No os engañéis, Dios no puede ser burlado. Lo que el hombre siembre, eso también cosechará. Y el sentido es: en vano alegas pobreza; cuando otra cosa tiene tu conciencia: puedes engañarme a mí que te exhorto; pero sabe que cuanto siembres, tanto también cosecharás.

LIBRO SEGUNDO.

(Cap. XI.---Vers. 1, 2.) Y sucedió que cuando Jesús terminó de dar instrucciones a sus doce discípulos, se fue de allí para enseñar y predicar en sus ciudades. No pregunta como ignorante; pues él mismo, cuando los demás ignoraban, había demostrado, diciendo: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo (Juan I, 29): y había oído la voz del Padre, tronando: Este es mi Hijo amado, en quien me complazco (Mat. III, 17): pero así como el Salvador pregunta dónde está puesto Lázaro, para que quienes indicaban el lugar del sepulcro, al menos así se prepararan para la fe, y vieran al muerto resucitar: así también Juan, a punto de ser ejecutado por Herodes, envía a sus discípulos a Cristo, para que por esta ocasión viendo señales y prodigios, creyeran en él, y aprendieran por sí mismos con la pregunta del maestro. Pero que los discípulos de Juan se enorgullecieran contra el Señor, y tuvieran algo de mordacidad por envidia y celos, también lo demostró la pregunta anterior, refiriendo el evangelista: Entonces se acercaron a él los discípulos de Juan, diciendo: ¿Por qué nosotros y los fariseos ayunamos frecuentemente, pero tus discípulos no ayunan? (Mat. IX, 14). Y en otro lugar: Maestro, aquel de quien diste testimonio en el Jordán, he aquí que sus discípulos bautizan, y todos vienen a él (Juan III, 26), como si dijeran: Nosotros somos abandonados, aquí hay escasez, a él acude la multitud.

(Vers. 3.) ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? No dice: ¿eres tú el que ha venido?: sino, ¿eres tú el que ha de venir? Y el sentido es: Mándame, porque estoy a punto de descender a los infiernos, si debo anunciarte también a los infiernos, como te anuncié a los de arriba. ¿O no conviene al Hijo de Dios gustar la muerte, y enviarás a otro a estos sacramentos?

(Vers. 4, 5.) Y respondiendo Jesús, les dijo: Id y contad a Juan lo que oís y veis. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan. Juan había preguntado por medio de sus discípulos: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? Cristo muestra señales, no respondiendo a lo que había sido preguntado, sino al escándalo de los mensajeros: Id, dice, y contad a Juan las señales que veis: ciegos viendo, y cojos andando, y lo demás. Y lo que no es menos que esto,

A los pobres se les anuncia el evangelio. O pobres de espíritu, o ciertamente pobres de obras, para que no haya diferencia en la predicación entre nobles e ignobles, entre ricos y necesitados. Estas cosas comprueban el rigor del maestro, estas cosas comprueban la verdad del preceptor, cuando ante él quien puede ser salvado, todos son iguales. Pero lo que dice:

(Vers. 6.) Y bienaventurado el que no se escandalice de mí. Golpea a los mensajeros, como se demostrará en lo que sigue.

(Vers. 7.) Y mientras ellos se iban, Jesús comenzó a decir a las multitudes acerca de Juan: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿una caña agitada por el viento? Pero ¿qué salisteis a ver?

¿un hombre vestido con ropas delicadas? He aquí, los que visten ropas delicadas están en las casas de los reyes. Si la sentencia anterior había sido pronunciada contra Juan, como algunos piensan, en lo que dice: Bienaventurado el que no se escandalice de mí, ¿cómo ahora Juan es alabado con tan grandes elogios? Pero como la multitud circundante no conocía el misterio de la pregunta, y pensaba que Juan dudaba de Cristo, a quien él mismo había señalado con el dedo, para que entendieran que Juan no preguntaba para sí, sino para sus discípulos: ¿Qué, dice, salisteis al desierto? ¿Acaso para ver a un hombre semejante a una caña, que es llevada por todo viento, y por la ligereza de mente dudara de aquel a quien antes había predicado? ¿O acaso es impulsado por la envidia contra mí, y su predicación sigue la vana gloria, para buscar de ella ganancias? ¿Por qué desearía riquezas, para abundar en manjares? Se alimenta de langostas y miel silvestre. ¿O para vestirse con ropas delicadas? Su vestimenta es de pelos de camello. Este tipo de comida y vestimenta se reciben en la hospitalidad de la cárcel, y la predicación de la verdad tiene tal morada. Pero los aduladores, que buscan ganancias, y buscan riquezas, y abundan en delicias, y visten ropas delicadas, estos están en las casas de los reyes. De lo cual se muestra que la vida rigurosa y la predicación austera deben evitar las cortes de los reyes, y declinar los palacios de los hombres delicados.

(Vers. 8.) Pero ¿qué salisteis a ver, un profeta? Sí, os digo, y más que un profeta. En esto Juan es mayor que los demás profetas, porque a quien ellos predicaron que había de venir, este lo señaló con el dedo diciendo: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo. Y porque al privilegio profético también se añadió la recompensa del Bautista, para que bautizara a su Señor, de ahí introduce el aumento de méritos, haciendo testimonio de Malaquías, en el cual también se predica al ángel (Malac. II). No pensemos que aquí se llama ángel a Juan por la sociedad de la naturaleza, sino por la dignidad del oficio, es decir, mensajero, porque anunció al Señor que había de venir.

(Vers. 11.) En verdad os digo, no ha surgido entre los nacidos de mujer uno mayor que Juan el Bautista. Entre los nacidos, dice, de mujer. Por lo tanto, se prefiere a estos hombres, que nacen de mujeres, y de la unión con un hombre, y no a aquel que nació de una Virgen, y del Espíritu Santo: aunque en lo que dijo: No ha surgido mayor entre los nacidos de mujer que Juan el Bautista, no prefirió a Juan sobre los demás profetas y patriarcas, y todos los hombres, sino que igualó a los demás con Juan. No sigue inmediatamente que si otros no son mayores que él, él sea mayor que los demás: sino que tenga igualdad con los demás santos.

Pero el que es menor en el reino de los cielos, es mayor que él. Muchos quieren entender esto del Salvador, que el que es menor en tiempo, es mayor en dignidad. Pero entendamos simplemente: que todo santo, que ya está con Dios, es mayor que aquel que aún está en la batalla. Porque es diferente poseer la corona de la victoria, que aún luchar en la línea de batalla. Algunos quieren entender al último ángel en los cielos sirviendo al Señor como mejor que cualquier primer hombre que se mueva en la tierra.

(Vers. 12.) Desde los días de Juan el Bautista hasta ahora, el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. Si Juan fue el primero, como dijimos antes, en anunciar el arrepentimiento a los pueblos, diciendo: Arrepentíos; porque el reino de los cielos se ha acercado: consecuentemente desde sus días el reino de los cielos sufre violencia, y los violentos lo arrebatan. Porque es una gran violencia, haber nacido en la tierra y buscar la sede de los cielos, poseer por virtud lo que no tuvimos por naturaleza.

(Vers. 13.) Porque todos los profetas y la Ley profetizaron hasta Juan. No porque después de Juan excluya a los profetas. Leemos en los Hechos de los apóstoles (Hech. XI, 21), que también Agabo profetizó, y las cuatro vírgenes hijas de Felipe; sino que la Ley y los profetas

que leemos escritos, todo lo que profetizaron, lo hicieron sobre el Señor. Por lo tanto, cuando se dice: Todos los Profetas y la Ley profetizaron hasta Juan, se muestra el tiempo de Cristo, para que aquel que ellos dijeron que había de venir, Juan lo mostrara que había venido.

(Vers. 14, 15.) Y si queréis recibirlo, él es Elías que ha de venir. El que tiene oídos para oír, que oiga. Esto que se ha dicho: si queréis recibirlo, él es Elías, es místico y requiere inteligencia, como lo demuestra el siguiente discurso del Señor, diciendo: El que tiene oídos para oír, que oiga. Pues si el sentido fuera claro y la sentencia manifiesta, ¿qué necesidad habría de prepararnos para su comprensión? Por lo tanto, Juan es llamado Elías, no según los filósofos necios y algunos herejes que introducen la metempsicosis, sino porque, según otro testimonio del Evangelio, vino en el espíritu y poder de Elías, teniendo la misma gracia o medida del Espíritu Santo. Pero también la austeridad de vida y el rigor de mente de Elías y Juan son iguales. Aquel en el desierto, este en el desierto; aquel ceñido con un cinturón de piel, y este tuvo un cinturón similar. Aquel, porque reprendió la impiedad del rey Acab y Jezabel, fue obligado a huir (III Reyes XIX); este, porque reprendió las ilícitas nupcias de Herodes y Herodías, fue decapitado. Hay quienes piensan que Juan es llamado Elías porque, así como en el segundo advenimiento del Salvador, según Malaquías, Elías ha de preceder y anunciar al juez venidero, así Juan lo hizo en el primer advenimiento; y ambos son mensajeros, ya sea del primer advenimiento del Señor o del segundo.

(Vers. 16 seq.) ¿A qué compararé esta generación? Es semejante a los niños sentados en la plaza, que gritan a sus compañeros diciendo: Os tocamos la flauta, y no bailasteis; os lamentamos, y no llorasteis. Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: Tiene demonio. Vino el Hijo del Hombre, que come y bebe, y dicen: He aquí un hombre glotón y bebedor de vino, amigo de publicanos y pecadores. Y la sabiduría ha sido justificada por sus hijos. La generación de los judíos es comparada con los niños sentados en la plaza, que gritan y dicen a sus iguales: Os tocamos la flauta, y no bailasteis; os lamentamos, y no llorasteis, como dice la Escritura: ¿A qué compararé esta generación? Es semejante a los niños sentados en la plaza, y lo demás. No se nos concede, por tanto, la libre inteligencia y la interpretación pasiva de las alegorías, sino que todo lo que digamos de los niños debe referirse a la semejanza de la generación. Estos niños que están sentados en la plaza son aquellos de los que habla Isaías: He aquí yo y los niños que Dios me ha dado (Isaías VIII, 18). Y en el salmo dieciocho (Vers. 8): El testimonio del Señor es fiel, que da sabiduría a los pequeños. Y en otro lugar: De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza (Salmo VIII, 3). Estos niños, por tanto, se sentaron en la plaza, o en ἀγορᾶ, que se dice más significativamente en griego, donde hay muchas cosas en venta. Y porque el pueblo de los judíos no quería escuchar, no solo les hablaron, sino que gritaron a pleno pulmón: Os tocamos la flauta, y no bailasteis; os provocamos para que hicierais buenas obras a nuestro canto y bailaseis a nuestra flauta, como David bailó ante el arca del Señor (II Reyes VI), y no quisisteis. Nos lamentamos, y os provocamos al arrepentimiento, y ni siquiera quisisteis hacer esto, despreciando ambas predicaciones, tanto la exhortación a las virtudes como el arrepentimiento después del pecado. No es de extrañar que hayáis despreciado el doble camino de la salvación, cuando habéis despreciado tanto el ayuno de Dios como la saciedad. Si os agrada el ayuno, ¿por qué os desagrade Juan? Si la saciedad, ¿por qué os desagrade el Hijo del Hombre? A uno llamáis poseído por un demonio, al otro glotón y borracho. Por lo tanto, porque no quisisteis recibir ninguna de las dos disciplinas, la sabiduría ha sido justificada por sus hijos: es decir, la disposición y doctrina de Dios. Y yo, que soy la fuerza de Dios y la sabiduría de Dios (I Cor. I), he sido comprobado como justo por mis apóstoles, mis hijos, a quienes el Padre reveló lo que estaba oculto a los sabios y prudentes en sí mismos

(Juan XVII). En algunos Evangelios se lee: La sabiduría ha sido justificada por sus obras (Lucas VII, 35). La sabiduría, en efecto, no busca el testimonio de la voz, sino de las obras.

(Vers. 20.) Entonces comenzó a reprochar a las ciudades en las que se habían hecho la mayoría de sus milagros, porque no se habían arrepentido. El reproche a las ciudades de Corozáin, Betsaida y Cafarnaúm se revela en el título de este capítulo. Lo reprochó porque, después de haber hecho muchos milagros y señales, no se arrepintieron.

(Vers. 21, 22.) ¡Ay de ti, Corozáin; ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, hace tiempo que se habrían arrepentido en cilicio y ceniza. Sin embargo, os digo: a Tiro y Sidón les será más tolerable en el día del juicio que a vosotras. Corozáin y Betsaida, ciudades de Galilea, son lamentadas por el Salvador porque, después de tantas señales y milagros, no se arrepintieron, y se les prefieren Tiro y Sidón, ciudades entregadas a la idolatría y los vicios. Se les prefieren porque Tiro y Sidón solo transgredieron la ley natural, mientras que estas, después de transgredir la Ley natural y escrita, también despreciaron las señales que se hicieron entre ellas. Preguntamos dónde está escrito que el Señor hizo señales en Corozáin y Betsaida. Leemos arriba: Y recorría todas las ciudades y aldeas, curando toda enfermedad, y lo demás (Supra IV, 23). Entre las demás ciudades y aldeas, se debe considerar que el Señor también hizo señales en Corozáin y Betsaida.

(Vers. 23.) Y tú, Cafarnaúm, ¿serás exaltada hasta el cielo? Hasta el infierno descenderás. En otro ejemplar encontramos: Y tú, Cafarnaúm, que has sido exaltada hasta el cielo, hasta el infierno descenderás. Y hay una doble inteligencia. O bien descenderás al infierno porque te opusiste con soberbia a mi predicación. O bien porque, exaltada hasta el cielo por mi hospedaje y mis señales y milagros, teniendo tal privilegio, serás castigada con mayores suplicios por no haber querido creer en ellos.

(Vers. 23, 24.) Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que se han hecho en ti, quizás habrían permanecido hasta este día. Sin embargo, os digo: que a la tierra de Sodoma le será más tolerable en el día del juicio que a ti. Que el lector prudente pregunte y diga: si Tiro, Sidón y Sodoma pudieron arrepentirse ante la predicación del Salvador y los milagros de las señales, no tienen culpa por no haber creído; pero el defecto del silencio está en aquel que no quiso predicar a quienes habrían hecho penitencia. A lo cual hay una respuesta fácil y clara: ignoramos los juicios de Dios y desconocemos los misterios de sus dispensaciones particulares. El propósito del Señor era no exceder los límites de Judea, para no dar a los fariseos y sacerdotes una ocasión justa de persecución. Por eso también ordenó a los apóstoles antes de la pasión: No vayáis por el camino de los gentiles, ni entréis en las ciudades de los samaritanos (Supra X, 5). Corozáin y Betsaida son condenadas porque, con el Señor presente, no quisieron creer. Tiro y Sidón son justificadas porque creyeron en sus apóstoles. No busques los tiempos, cuando miras la salvación de los creyentes. En Cafarnaúm, que se interpreta como villa hermosísima, se condena a la incrédula Jerusalén, a la que se le dice por Ezequiel: Sodoma ha sido justificada por ti (Ezequiel XVI, 52).

(Vers. 25.) En aquel tiempo, respondiendo Jesús, dijo: Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra. La confesión no siempre significa penitencia, sino también acción de gracias; como leemos muy a menudo en los salmos. Que escuchen quienes calumnian al Salvador como no nacido, sino creado, que llama a su Padre Señor del cielo y de la tierra. Pues si él también es criatura, y una criatura puede llamar a su creador padre, sería absurdo no llamar también a su Señor y Padre al creador del cielo y de la tierra.

Porque escondiste estas cosas a los sabios y prudentes, y las revelaste a los pequeños. Da gracias y se regocija en el Padre porque ha revelado a los apóstoles los misterios de su advenimiento, que ignoraron los escribas y fariseos, que se consideran sabios y prudentes a sus propios ojos. La sabiduría ha sido justificada por sus hijos.

(Vers. 26.) Sí, Padre, porque así te agradó. Habla con afecto de blandura al Padre, para que el beneficio comenzado en los apóstoles se complete.

(Vers. 27.) Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre. Y entiende mística y no literalmente al Padre que entrega y al Hijo que recibe. De lo contrario, si queremos entenderlo según nuestra fragilidad, cuando el que recibe comienza a tener, el que da comienza a no tener. Pero todas las cosas que le han sido entregadas no deben entenderse como el cielo y la tierra, y los elementos, y las demás cosas que él mismo hizo y creó, sino aquellos que tienen acceso al Padre por medio del Hijo, y que antes eran rebeldes, después comenzaron a sentir a Dios.

Y nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni al Padre conoce alguno sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Que se avergüence Eunomio, reclamando para sí tanto conocimiento del Padre y del Hijo como el que tienen entre sí. Pero si de ahí se jacta y consuela su locura, porque sigue: Y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar. Una cosa es conocer por igualdad de naturaleza lo que conoces, otra cosa es por la dignación del que revela.

(Vers. 28, 29.) Venid a mí, todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas. Que los pecados son cargas pesadas, también lo testifica el profeta Zacarías, diciendo que la iniquidad se sienta sobre un talento de plomo (Zacarías V). Y el salmista se lamenta: Mis iniquidades se han agravado sobre mí (Salmo XXXVII, 6). O ciertamente, a aquellos que estaban oprimidos por el gravísimo yugo de la Ley, los invita a la gracia del Evangelio.

(Vers. 30.) Porque mi yugo es suave, y mi carga ligera. ¿Cómo es más ligero el Evangelio que la Ley, cuando en la Ley se condena el homicidio, y en el Evangelio la ira? ¿De qué manera es más fácil la gracia del Evangelio, cuando en la Ley se castiga el adulterio, y en el Evangelio la concupiscencia? En la Ley hay muchos preceptos, que el Apóstol enseña plenamente que no pueden cumplirse (Hechos XV). En la Ley se requieren obras, que quien las haga vivirá en ellas. En el Evangelio se busca la voluntad, que aunque no tenga efecto, no pierde la recompensa. El Evangelio manda lo que podemos: que no codiciemos; esto está en nuestro poder. La Ley, al no castigar la voluntad, castiga el efecto, para que no cometas adulterio. Imagina en una persecución a una virgen prostituida. Esta, según el Evangelio, porque no peca con la voluntad, es recibida como virgen; en la Ley, es repudiada como corrompida.

(Cap. XII.---Vers. 1.) En aquel tiempo, Jesús pasó por los sembrados en sábado; y sus discípulos, teniendo hambre, comenzaron a arrancar espigas y a comer. También leemos en otro evangelista que, debido a la excesiva importunidad, ni siquiera tenían lugar para comer, y por eso, como hombres, tenían hambre (Marcos II, y Lucas VI). Pero el hecho de que trituren las espigas de los campos con las manos y consuelen su hambre, es indicio de una vida más austera; no buscan banquetes preparados, sino alimentos simples.

(Vers. 2.) Pero los fariseos, al verlo, le dijeron: He aquí, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en sábado. Nota que los primeros apóstoles del Salvador destruyen la letra del

sábado, contra los ebionitas, que, aunque aceptan a los demás apóstoles, rechazan a Pablo como transgresor de la ley.

(Vers. 3, 4.) Pero él les dijo: ¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre, él y los que estaban con él? ¿Cómo entró en la casa de Dios y comió los panes de la proposición, que no le era lícito comer, ni a los que estaban con él, sino solo a los sacerdotes? Para refutar la calumnia de los fariseos, recuerda la historia antigua, cuando David, huyendo de Saúl, llegó a Nob, y siendo recibido por el sacerdote Ahimelec, pidió alimentos, y como no tenía panes laicos, le dio los consagrados, que no era lícito comer sino solo a los sacerdotes y levitas. Y solo preguntó si los jóvenes estaban limpios de mujeres: y al responder él, desde ayer y anteayer, no dudó en darles los panes, considerando mejor, como dice el profeta: Misericordia quiero, y no sacrificio (Oseas VI, 6), liberar a los hombres del peligro del hambre, que ofrecer sacrificio a Dios. Pues la hostia agradable a Dios es la salvación de los hombres. Por lo tanto, el Señor opone y dice: Si tanto David es santo, y Ahimelec sacerdote no es reprendido por vosotros, sino que ambos transgredieron el mandato de la Ley con una excusa plausible, y el hambre es la causa, ¿por qué no aprobáis la misma hambre en los apóstoles, que aprobáis en los demás? Aunque en esto hay una gran diferencia. Estos trituran espigas en sábado, aquellos comieron panes levíticos, y a la solemnidad del sábado se añadían los días de las Neomenias, en los que, siendo requerido en el banquete, huyó de la corte real. Observa que ni David ni sus jóvenes recibieron los panes de la proposición antes de responder que estaban limpios de mujeres.

(Vers. 5.) ¿O no habéis leído en la Ley que en sábado los sacerdotes en el templo violan el sábado y son sin culpa? Me calumniáis, dice, a mis discípulos, porque al pasar por los sembrados trituraron espigas, y lo hicieron por necesidad de hambre, cuando vosotros mismos violáis el sábado en el Templo, inmolando víctimas, matando toros, quemando holocaustos sobre la pila de leña: y según la fe de otro Evangelio (Juan VI), circuncidando a los niños en sábado, para que, al querer guardar otra Ley, destruyáis el sábado. Las leyes de Dios nunca son contrarias entre sí. Y prudentemente, donde los discípulos suyos podían ser acusados de transgresión, dice que siguieron el ejemplo de David y Ahimelec: pero la verdadera y sin pretexto de necesidad, transgresión del sábado, la refiere a aquellos que hicieron la calumnia.

(Vers. 6.) Pero os digo que aquí hay uno mayor que el templo. Aquí no es un pronombre, sino un adverbio de lugar; que el lugar es mayor que el templo, que tiene al Señor del templo.

(Vers. 7.) Pero si supierais qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio (Oseas VI, 6): nunca habríais condenado a los inocentes. Qué significa, quiero misericordia, y no sacrificio, lo hemos dicho antes. Lo que sigue: Nunca habríais condenado a los inocentes, debe entenderse de los apóstoles. Y el sentido es: Si aprobasteis la misericordia de Ahimelec, porque socorrió a David y a sus jóvenes en peligro de hambre, ¿por qué condenáis a mis discípulos, que no hicieron nada semejante?

(Vers. 8.) Porque el Hijo del Hombre es Señor del sábado. Y habiendo pasado de allí, vino a su sinagoga. Y he aquí un hombre que tenía la mano seca. Este es el decimotercero que es curado en la sinagoga. Y es de notar que no fue en el camino y fuera, sino en la asamblea de los judíos donde la mano seca fue sanada.

(Vers. 9.) Y le preguntaron, diciendo: ¿Es lícito curar en sábado? para acusarle. Porque había excusado con un ejemplo plausible la destrucción del sábado que los fariseos acusaban en los

discípulos, quieren calumniarle a él mismo: y preguntan si es lícito curar en sábado; para que si no cura, le acusen de crueldad o impotencia; si cura, de transgresión.

(Vers. 10 seqq.) Pero él les dijo: ¿Qué hombre habrá de vosotros que tenga una oveja, y si esta cae en un hoyo en sábado, no la tomará y la levantará? ¿Cuánto más vale un hombre que una oveja! Así que es lícito hacer el bien en sábado. Resuelve la cuestión propuesta de tal manera que condena a los que preguntan por su avaricia. Si vosotros, dice, en sábado os apresuráis a sacar una oveja o cualquier otro animal que haya caído en un hoyo, no por el animal, sino por vuestra avaricia, ¿cuánto más debo yo liberar a un hombre, que es mucho mejor que una oveja!

(Vers. 13.) Entonces dijo al hombre: Extiende tu mano. Y la extendió, y fue restaurada a la salud como la otra. En el Evangelio que usan los nazarenos y ebionitas (que recientemente hemos traducido del hebreo al griego, y que muchos llaman el auténtico de Mateo), este hombre que tiene la mano seca es descrito como un albañil, pidiendo ayuda con estas palabras: Era albañil, ganándome el sustento con mis manos: te ruego, Jesús, que me devuelvas la salud, para no tener que mendigar vergonzosamente alimentos. Hasta la venida del Salvador, la mano seca estuvo en la sinagoga de los judíos, y no se hacían las obras de Dios en ella: después de que él vino a la tierra, la mano derecha fue restaurada en los apóstoles creyentes y devuelta a su obra original.

(Vers. 14.) Pero los fariseos, al salir, hicieron consejo contra él, para destruirle. Que los fariseos trameten insidias contra el Señor, es por envidia. ¿Qué había hecho para provocar a los fariseos a su destrucción? ¿Acaso porque un hombre había extendido la mano? ¿Quién de los fariseos no extiende la mano en sábado, llevando alimentos, ofreciendo una copa, y haciendo las demás cosas necesarias para el sustento? Si, por lo tanto, extender la mano y levantar alimentos o bebida en sábado no es un crimen, ¿por qué lo acusan en otro de lo que ellos mismos son culpables, especialmente cuando este albañil no llevó nada semejante, sino que solo extendió la mano al mandato del Señor?

(Vers. 15 seqq.) Pero Jesús, sabiendo esto, se retiró de allí, y le siguieron muchos, y los curó a todos. Y les mandó que no le hicieran conocido, para que se cumpliera lo dicho por el profeta Isaías, diciendo. Sabiendo sus insidias, que querían destruir a su Salvador, se retiró de allí, para quitar a los fariseos la ocasión de impiedad contra él.

(Vers. 18.) He aquí mi siervo, a quien he elegido: mi amado, en quien se complace mi alma. Pondré mi espíritu sobre él, y anunciará juicio a las naciones. No contendrá, ni gritará. Por el profeta Isaías, esto se dice en persona del Padre: Pondré mi espíritu sobre él (Isaías XLII, 1). El espíritu no se pone sobre el Verbo de Dios, y sobre el unigénito, que salió del seno del Padre, sino sobre aquel de quien se ha dicho: He aquí mi siervo (Ibídem).

(Vers. 19.) Ni oírán nadie su voz en las calles. Porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos entran por él (Supra VIII). Estos muchos no oyen la voz del Salvador, porque no están en el camino estrecho, sino en el espacioso.

(Vers. 20, 21.) No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea, hasta que lleve a la victoria el juicio: y en su nombre esperarán las naciones. Quien no extiende la mano al pecador, ni lleva la carga de su hermano, ese quiebra la caña cascada. Y quien desprecia la pequeña chispa de fe en los pequeños, ese apaga el pábilo que humea. Ninguna de estas cosas hizo Cristo; pues vino para salvar lo que se había perdido.

(Vers. 22.) Entonces le fue presentado un hombre poseído por un demonio, ciego y mudo, y lo curó, de modo que el mudo hablaba y veía. Y todas las multitudes se asombraban y decían: ¿No será este el hijo de David? Pero los fariseos, al oírlo, decían: Este no expulsa a los demonios sino por Beelzebú, príncipe de los demonios. Tres señales se realizaron simultáneamente en un solo hombre: el ciego ve, el mudo habla, el poseído por un demonio es liberado. Esto se hizo entonces de manera carnal, pero también se cumple diariamente en la conversión de los creyentes, para que, expulsado el demonio, primero vean la luz de la fe, y luego se abran las bocas que antes estaban en silencio para alabar a Dios.

(Vers. 25.) Pero Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo será desolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no permanecerá. Las multitudes se asombraban y confesaban que él, quien hacía tantas señales, era el hijo de David; pero los fariseos atribuían las obras de Dios al príncipe de los demonios. A quienes el Señor respondió no a sus palabras, sino a sus pensamientos, para que así se vieran obligados a creer en su poder, él que veía los secretos del corazón.

(Vers. 26.) Y si Satanás expulsa a Satanás, está dividido contra sí mismo; ¿cómo, pues, permanecerá su reino? No puede un reino y una ciudad divididos contra sí mismos permanecer; así como la concordia hace crecer las cosas pequeñas, la discordia disuelve las más grandes. Si, pues, Satanás lucha contra sí mismo, y un demonio es enemigo de otro demonio, ya debería haber llegado la consumación del mundo; para que no tengan lugar en él los poderes adversarios, cuya guerra entre sí es la paz de los hombres. Pero si pensáis, oh escribas y fariseos, que la retirada de los demonios es obediencia a su príncipe, para engañar a los hombres ignorantes con una simulación fraudulenta, ¿qué podéis decir de las sanidades corporales que el Señor ha realizado? Es otra cosa si también asignáis a los demonios las debilidades de los miembros y las señales de las virtudes espirituales.

(Vers. 27.) Y si yo expulso a los demonios por Beelzebú, ¿en quién los expulsan vuestros hijos? Por eso ellos serán vuestros jueces. Se refiere a los hijos de los judíos, o a los exorcistas de esa nación, según la costumbre, o a los apóstoles, nacidos de su stirpe. Si se refiere a los exorcistas, que expulsaban demonios invocando a Dios, los constriñe con una pregunta prudente, para que confiesen que es obra del Espíritu Santo. Si la expulsión de demonios, dice, en vuestros hijos se atribuye a Dios, no a los demonios, ¿por qué en mí la misma obra no tiene la misma causa? Por tanto, ellos serán vuestros jueces, no por poder, sino por comparación: mientras ellos asignan la expulsión de demonios a Dios; vosotros a Beelzebú, príncipe de los demonios. Pero si se dice de los apóstoles, lo cual debemos entender más, ellos serán sus jueces: porque se sentarán en doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel (Mat. XIX, y Luc. XXII).

(Vers. 28.) Pero si yo expulso a los demonios por el Espíritu de Dios. En Lucas leemos este pasaje así: Si yo expulso a los demonios por el dedo de Dios (Luc. XI, 20). Este es el dedo que también confesaron los magos, que hacían señales contra Moisés y Aarón, diciendo: Este es el dedo de Dios (Éxodo IV, 29): con el cual las tablas de piedra fueron escritas en el monte Sinaí (Deut. IX). Si, pues, la mano y el brazo de Dios es el Hijo; y su dedo es el Espíritu Santo, la sustancia del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es una: no te escandalice la desigualdad de los miembros, cuando la unidad del cuerpo edifica.

Por tanto, ha llegado a vosotros el reino de Dios. O se refiere a sí mismo, de quien en otro lugar está escrito: El reino de Dios está entre vosotros (Luc. XVII, 21). Y: Está en medio de vosotros, a quien no conocéis (Juan XXVI): o ciertamente aquel reino que tanto Juan como el mismo Señor habían predicado: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado

(Supra III, 2). Hay también un tercer reino de la Sagrada Escritura, que será quitado a los judíos y será dado a una nación que produzca sus frutos (Infra XXI).

(Vers. 29.) ¿O cómo puede alguien entrar en la casa del hombre fuerte y saquear sus bienes, si primero no ata al hombre fuerte, y entonces saquea su casa? No debemos estar seguros: nuestro adversario es fuerte, y las palabras del vencedor lo comprueban. Su casa es el mundo, que está puesto en el maligno (I Juan V), no por la dignidad del creador, sino por la magnitud del delincuente. Nosotros fuimos en otro tiempo sus bienes. El fuerte ha sido atado, y atado en el tártaro, y aplastado por el pie del Señor: y, saqueadas las sedes del tirano, la cautividad ha sido llevada cautiva.

(Vers. 30, 31.) El que no está conmigo, está contra mí; y el que no recoge conmigo, desparrama. Por eso os digo: todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. No piense nadie que esto se dice de los herejes y cismáticos (aunque también así podría entenderse de manera superflua), sino que se refiere al diablo según el contexto y el texto del discurso: porque no pueden compararse las obras del Salvador con las obras de Beelzebú. Él desea tener las almas de los hombres cautivas; el Señor liberarlas. Él predica ídolos; este el conocimiento de un solo Dios. Él arrastra a los vicios: este llama a las virtudes. ¿Cómo, pues, pueden tener concordia entre sí, cuyas obras están divididas?

(Vers. 32.) Y cualquiera que diga una palabra contra el Hijo del Hombre, le será perdonado; pero el que hable contra el Espíritu Santo, no le será perdonado, ni en este siglo ni en el venidero. Y ¿cómo algunos de los nuestros reciben a obispos y presbíteros en su grado después de la blasfemia contra el Espíritu Santo, cuando el Salvador dice que todo pecado y blasfemia será perdonado a los hombres; pero el que blasfeme contra el Espíritu Santo, no le será perdonado ni en el tiempo presente ni en el futuro? A menos que tomemos el ejemplo de Marcos el evangelista, quien expresó más claramente las causas de tanta ira, diciendo: Porque decían, tiene un espíritu inmundo. Por tanto, cualquiera que atribuya las obras del Salvador a Beelzebú, príncipe de los demonios; y diga que el Hijo de Dios tiene un espíritu inmundo, a este en ningún tiempo le será perdonada la blasfemia (Marcos III, 22). O este lugar debe entenderse así: Quien diga una palabra contra el Hijo del Hombre, escandalizado por mi carne, y pensando que soy solo un hombre, que soy hijo de un carpintero, y tengo hermanos, Santiago, José y Judas; y que soy un hombre glotón y bebedor de vino, tal opinión y blasfemia, aunque no carezca de culpa de error, sin embargo, tiene perdón por la vileza del cuerpo (Marcos VI, Lucas III, Mateo XI). Pero quien claramente entiende las obras de Dios, y no puede negar la virtud, estimulado por la envidia, calumnia; y dice que Cristo y la Palabra de Dios, y las obras del Espíritu Santo son de Beelzebú: a este no le será perdonado ni en este siglo ni en el venidero.

(Vers. 33.) O haced el árbol bueno, y su fruto bueno: o haced el árbol malo, y su fruto malo. Porque por el fruto se conoce el árbol. Los constriñe con un silogismo, que los griegos llaman ἄφικτον, nosotros podemos llamar inevitable: que concluye a los interrogados de un lado y del otro, y los presiona con ambos cuernos. Si, dice, el diablo es malo, no puede hacer buenas obras. Pero si son buenas las que veis hechas, se sigue que no es el diablo quien las hace. Porque no puede ser que del mal surja el bien, ni del bien surja el mal. Pero lo que sigue:

(Vers. 34.) Generación de víboras, ¿cómo podéis hablar bien siendo malos? Porque de la abundancia del corazón habla la boca. Muestra que son un árbol malo, y que producen tales frutos de blasfemia redundantes [Al. redundantes], como tienen las semillas del diablo.

(Vers. 35.) El hombre bueno del buen tesoro saca cosas buenas. Y el hombre malo del mal tesoro saca cosas malas. O muestra a los mismos judíos blasfemando al Señor de qué tipo de tesoro sacan las blasfemias, o la sentencia se adhiere a la cuestión anterior, que así como no puede el hombre bueno sacar cosas malas, ni el malo cosas buenas: así no puede Cristo hacer malas obras, ni el diablo buenas.

(Vers. 36, 37.) Pero os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, darán cuenta de ella en el día del juicio. Porque por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado. Esto también se adhiere a lo anterior. Y el sentido es: Si la palabra ociosa, que de ninguna manera edifica a los oyentes, no está exenta de peligro para quien la pronuncia, y en el día del juicio cada uno dará cuenta de sus palabras: ¡cuánto más vosotros, que calumniáis las obras del Espíritu Santo, y decís que yo expulsé demonios por Beelzebú, príncipe de los demonios, daréis cuenta de vuestra calumnia! La palabra ociosa es la que se dice sin utilidad para el que habla y el que escucha: si, dejando de lado los asuntos serios, hablamos de cosas frívolas, y contamos antiguas fábulas. Sin embargo, quien repite cosas escurridizas, y disuelve su boca en risas y dice algo de obscenidad, este no será acusado de palabra ociosa, sino de criminal.

(Vers. 38.) Entonces le respondieron algunos de los escribas y fariseos, diciendo: Maestro, queremos ver de ti una señal. Así piden una señal, como si las que habían visto no fueran señales. Pero en otro evangelista se explica más plenamente lo que piden: Queremos ver de ti una señal del cielo (Marcos VIII, 11). O querían que descendiera fuego del cielo al modo de Elías, o que en semejanza de Samuel, en tiempo de verano, contra la naturaleza del lugar, resonaran truenos, relampaguearan rayos, cayeran lluvias, como si no pudieran también calumniar eso, y decir que sucedió por pasiones ocultas y varias del aire. Porque quien calumnia lo que ve con los ojos, lo que toca con la mano, lo que siente con utilidad: ¿qué hará con lo que venga del cielo? Sin duda responderás, y los magos en Egipto hicieron muchas señales del cielo (Éxodo VII).

(Vers. 39.) Él, respondiendo, les dijo: Generación mala y adúltera. Dijo excelentemente adúltera: porque había dejado a su marido, y según Ezequiel, se había unido a muchos amantes (Ezequiel XVI).

(Vers. 40.) Busca una señal, y no se le dará señal, sino la señal del profeta Jonás (Juan II). Porque como Jonás estuvo en el vientre del gran pez tres días y tres noches: así estará el Hijo del Hombre en el corazón de la tierra tres días y tres noches. Sobre este pasaje hemos discutido más plenamente en los Comentarios del profeta Jonás: por tanto, remitimos la diligencia del lector a ese lugar. Ahora nos contentamos con haber dicho brevemente que se entiende todo por parte, no que el Señor haya estado en el infierno todos los tres días y tres noches; sino que en parte del viernes, y del domingo, y todo el sábado, se entienden tres días y otras tantas noches.

(Vers. 41.) Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán: porque se arrepintieron a la predicación de Jonás. No por el poder de la sentencia, sino por el ejemplo de comparación.

Y he aquí, más que Jonás está aquí. Aquí, entiende el adverbio de lugar, no el pronombre. Jonás, según los Setenta Intérpretes, predicó durante tres días: yo tanto tiempo. Él a los asirios, gente incrédula: yo a los judíos, pueblo de Dios. Él a extranjeros: yo a ciudadanos. Él habló con voz simple, sin hacer señales: yo haciendo tantas señales, soporto la calumnia de Beelzebú. Por tanto, más que Jonás está aquí, es decir, en el presente entre vosotros.

(Vers. 42.) La reina del Sur se levantará en el juicio con esta generación, y la condenará porque vino desde los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón. Y he aquí, más que Salomón está aquí. Del mismo modo, la reina del Sur condenará al pueblo de los judíos, como los hombres de Nínive condenarán a Israel incrédulo. Esta es la reina de Saba, de la que leemos en el libro de los Reyes y en las Crónicas (III Reyes X, II Crónicas IX): que a través de tantas dificultades, dejando su gente e imperio, vino a Judea para oír la sabiduría de Salomón, y le trajo muchos regalos. En Nínive y en la reina de Saba, se prefiere ocultamente [Al. oculta] la fe de las naciones a Israel.

(Vers. 43.) Cuando el espíritu inmundo sale del hombre, anda por lugares áridos, buscando descanso y no lo encuentra. Entonces dice. Algunos piensan que este pasaje se refiere a los herejes, que el espíritu inmundo, que antes habitaba en ellos cuando eran gentiles, es expulsado al confesar la verdadera fe: pero después, cuando se han trasladado a la herejía y han adornado su casa con virtudes simuladas, entonces, con otros siete espíritus más malvados añadidos, el diablo regresa a ellos y habita en ellos: y sus últimos estados son peores que los primeros. Porque los herejes están en una condición mucho peor que los gentiles: porque en ellos hay esperanza de fe, y en estos hay lucha de discordia. Aunque esta interpretación tiene cierto aplauso y color de doctrina, no sé si tiene verdad. Porque por lo que sigue, ya sea parábola o ejemplo, se refiere: Así será también a esta generación perversa: nos vemos obligados a referir la parábola no a los herejes y a cualquier hombre, sino al pueblo de los judíos, para que el contexto del lugar no sea pasivo y vago, fluctuando en diversas direcciones, y al modo de los insensatos se turbe; sino que adhiriéndose a sí mismo, responda a lo anterior o a lo posterior. El espíritu inmundo salió de los judíos cuando recibieron la Ley, y anduvo por las soledades de las naciones: que cuando después creyeron en el Señor, él, no encontrando lugar entre las naciones, dijo:

(Vers. 44.) Volveré a mi casa, de donde salí. Esto es, iré a los judíos, a quienes antes había dejado.

(Vers. 45.) Y al llegar, la encuentra desocupada, barrida y adornada. Entonces va y toma consigo otros siete espíritus más malvados que él, y entrando, habitan allí: y los últimos estados de aquel hombre son peores que los primeros. Así será también a esta generación perversa. Porque el templo de los judíos estaba desocupado, y no tenía a Cristo como huésped, diciendo: Levantaos, y vámonos de aquí (Juan XIV, 31). Y en otro lugar: Se os dejará vuestra casa desierta (Lucas XIII, 35). Porque no tenían la protección de Dios ni de los ángeles, y estaban adornados con observancias superfluas de la Ley y tradiciones de los fariseos, el diablo regresa a su antigua sede: y con el número de siete demonios añadido a él, habita en su antigua casa, y los últimos estados de ese pueblo son peores que los primeros. Porque ahora están poseídos por un número mucho mayor de demonios, blasfemando en sus sinagogas a Cristo Jesús, que cuando estaban poseídos en Egipto antes del conocimiento de la Ley: porque es diferente no creer en el que ha de venir, que no haber recibido al que vino. El número de siete añadido al diablo, entiéndelo ya sea por el sábado, o por el número del Espíritu Santo: para que así como en Isaías se narra que siete espíritus de virtudes descendieron sobre la vara de la raíz de Jesé, y la flor que subió de la raíz (Isaías XI); así, por el contrario, el número de vicios esté consagrado en el diablo.

(Vers. 46 seqq.) Mientras él aún hablaba a las multitudes, he aquí su madre y sus hermanos estaban afuera, queriendo hablar con él. Y alguien le dijo: He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, buscándote. Pero él, respondiendo al que le decía, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo. El Señor

estaba ocupado en la obra del discurso, en la enseñanza de los pueblos, en el oficio de predicar, su madre y sus hermanos vienen, y están afuera, y desean hablar con él. Entonces alguien anuncia al Salvador que su madre y sus hermanos están afuera, buscándolo. Me parece que este que anuncia, no lo hace fortuitamente y de manera simple: sino que tiende una trampa al Salvador, para ver si prefiere la carne y la sangre a la obra espiritual. Por lo cual el Señor, no porque negara a su madre y hermanos, se negó a salir; sino que respondió al que le tendía una trampa, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo:

(Vers. 49, 50.) He aquí mi madre y mis hermanos. Porque cualquiera que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre. Estos son mi madre, que me engendran diariamente en las almas de los creyentes. Estos son mis hermanos, que hacen las obras de mi Padre. No negó a su madre según Marción y Maniqueo, para que se pensara que nació de un fantasma; sino que prefirió a los apóstoles sobre sus parientes, para que también nosotros, en comparación de amor, prefiramos el espíritu a la carne. He aquí tu madre y tus hermanos están afuera, buscándote. Algunos sospechan que los hermanos del Señor son hijos de otra esposa de José, siguiendo los delirios de los apócrifos, y confabulando a una tal Melcha o Escha. Pero nosotros, como se contiene en el libro que escribimos contra Helvidio, entendemos que los hermanos del Señor no son hijos de José, sino primos del Salvador, hijos de María, la tía del Señor, que se dice ser madre de Santiago el Menor, José y Judas, a quienes en otro lugar del Evangelio leemos que se les llama hermanos del Señor. Toda la Escritura demuestra que los primos se llaman hermanos. Digamos también de otra manera: el Salvador habla a las multitudes, instruye a las naciones desde dentro. Su madre y hermanos, es decir, la sinagoga y el pueblo de los judíos, están afuera, y desean entrar, y son indignos de su palabra. Y cuando han rogado, y buscado, y enviado un mensaje, recibirán la respuesta [Al. reciben], que son libres de entrar si quieren creer: pero no podrán entrar [Al. pudieron], a menos que pidan a otros.

87 (Cap. XIII.---Vers. 1.) En aquel día, saliendo Jesús de la casa, se sentó junto al mar. Y se congregaron ante Él muchas multitudes, de modo que subiendo a una barca se sentó, y toda la multitud estaba de pie en la orilla. El pueblo no podía entrar en la casa de Jesús, ni estar allí donde los apóstoles escuchaban los misterios: por eso, el Señor compasivo y misericordioso sale de su casa y se sienta junto al mar de este mundo, para que muchas multitudes se congreguen ante Él y escuchen en la orilla lo que no merecían escuchar dentro, de modo que subiendo a una barca se sentó, y toda la multitud estaba de pie en la orilla. Jesús está en medio de las olas, golpeado por el mar de un lado a otro, y en su majestad seguro, hace que su barca se acerque a la tierra. Pero el pueblo, sin soportar el peligro, ni rodeado de tentaciones que no podía soportar, está de pie en la orilla con paso firme, para escuchar lo que se dice.

(Vers. 3.) Y les habló muchas cosas en parábolas, diciendo. La multitud no es de un solo parecer, sino de diversas voluntades en cada uno. Por eso les habla en muchas parábolas, para que según las diversas voluntades, reciban diferentes enseñanzas. Y es de notar que no les habló todo en parábolas, sino muchas cosas. Pues si hubiera dicho todo en parábolas, se habrían ido sin provecho. Mezcla lo claro con lo oscuro, para que por lo que entienden, se sientan motivados a conocer lo que no entienden.

(Vers. 4.) He aquí que salió el sembrador a sembrar. Y mientras sembraba. Estaba dentro, se encontraba en casa, hablaba a los discípulos de los sacramentos. Salió, pues, de su casa el que siembra la palabra de Dios, para sembrar entre las multitudes. Se significa que este sembrador que siembra es el Hijo de Dios, y que siembra la palabra del Padre entre los pueblos. Y

observa también que esta es la primera parábola que se presenta con su interpretación. Y hay que tener cuidado dondequiera que el Señor expone sus palabras, y cuando es solicitado por los discípulos para explicar en privado, no queramos entender ni otra cosa, ni más ni menos de lo que Él ha expuesto.

(Vers. 5 y ss.) Algunas cayeron junto al camino: y vinieron las aves del cielo y las comieron: Otras cayeron en pedregales, donde no tenían mucha tierra: y al instante brotaron, porque no tenían profundidad de tierra. Pero al salir el sol, se quemaron: y porque no tenían raíz, se secaron. Otras cayeron entre espinas: y crecieron las espinas y las ahogaron. Otras cayeron en buena tierra, y dieron fruto: unas ciento, otras sesenta, otras treinta. Valentín toma esta parábola para confirmar su herejía, introduciendo tres naturalezas: espiritual, natural o animal, y terrenal; cuando aquí hay cuatro: una junto al camino, otra pedregosa, la tercera llena de espinas, la cuarta buena tierra. Dejamos por un momento su interpretación con los discípulos, deseando escuchar en secreto lo que se dice.

(Vers. 9.) El que tiene oídos para oír, que oiga. Se nos invita a la comprensión de lo dicho, cada vez que se nos advierte con estas palabras.

(Vers. 10, 11.) Y acercándose los discípulos, le dijeron: ¿Por qué les hablas en parábolas? Él respondiendo, les dijo: Porque a vosotros os es dado conocer los misterios del reino de los cielos: a ellos no les es dado. Hay que preguntarse cómo se acercan a Él los discípulos, cuando Jesús está sentado en la barca; a menos que se entienda que ya antes habían subido con Él a la barca, y estando allí, preguntaron sobre la interpretación de la parábola.

(Vers. 12.) Porque al que tiene, se le dará, y tendrá en abundancia: pero al que no tiene, aun lo que tiene se le quitará. No se añade a los que tienen en igualdad de juicio, y a los que no tienen se les quita lo que parecen tener: sino que a los apóstoles que tienen fe en Cristo, aunque tengan menos virtudes, se les concede: a los judíos que no creyeron en el Hijo de Dios, aunque posean algo por el bien de la naturaleza, se les quita. Pues no pueden entender sabiamente, quienes no tienen la cabeza de la sabiduría.

(Vers. 13, 14.) Por eso les hablo en parábolas: porque viendo, no ven: y oyendo, no oyen, ni entienden: para que se cumpla en ellos la profecía de Isaías que dice: Oiréis con vuestros oídos, y no entenderéis; y viendo veréis, y no veréis. Esto lo dice de aquellos que están en la orilla, y están separados de Jesús, y con el ruido de las olas no oyen claramente lo que se dice: y se cumple en ellos la profecía de Isaías: Oiréis con vuestros oídos, y no entenderéis; y viendo veréis, y no veréis (Isaías VI, 9). Esto fue profetizado sobre las multitudes que están en la orilla, y no merecen escuchar la palabra de Dios. Acerquémonos, pues, también nosotros con los discípulos a Jesús, y roguémosle la explicación de la parábola, para que no parezcamos tener en vano oídos y ojos como las multitudes.

(Vers. 15.) Porque se ha engrosado el corazón de este pueblo, y con sus oídos han oído pesadamente. Da las razones por las que viendo no ven, y oyendo no oyen: porque se ha engrosado, dice, el corazón de este pueblo, y con sus oídos han oído pesadamente: Y para que no pensemos que el engrosamiento del corazón y la pesadez de los oídos es de la naturaleza, y no de la voluntad, añade la culpa del libre albedrío, y dice:

Y han cerrado sus ojos: para que no vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan con el corazón, y se conviertan, y yo los sane. Por eso oyen en parábolas y en enigmas, quienes, con los ojos cerrados, no quieren ver la verdad.

(Vers. 16). Pero bienaventurados vuestros ojos, porque ven: y vuestros oídos, porque oyen. Si no hubiéramos leído antes que los oyentes son incitados a la comprensión, cuando el Salvador dice: El que tiene oídos para oír, que oiga, pensaría que ahora los ojos y oídos que reciben la bienaventuranza se entienden como los de la carne. Pero me parece que aquellos ojos bienaventurados son los que pueden conocer los misterios de Cristo, y a los que Jesús mandó elevarse a lo alto, para que vean las mieses blancas (Juan IV, 9); y aquellos oídos bienaventurados, de los que Isaías habla: El Señor me abrió el oído (Isaías L, 5).

(Vers. 17, 18.) Porque en verdad os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron: y oír lo que oís, y no lo oyeron. Vosotros, pues, escuchad la parábola del sembrador. Parece que este lugar es contrario a lo que se dice en otro lugar: Abraham deseó ver mi día, y lo vio, y se alegró (Juan VIII, 56). Pero no dijo, todos los profetas y justos desearon ver lo que veis, sino muchos. Entre muchos puede suceder que unos lo hayan visto, otros no: aunque en esto es peligrosa la interpretación, para que no parezca que hacemos alguna distinción entre los méritos de los santos. Así que Abraham lo vio en enigma, no lo vio en figura: vosotros, sin embargo, lo tenéis presente, y tenéis a vuestro Señor, y lo interrogáis a voluntad, y coméis con Él.

(Vers. 19.) Todo el que oye la palabra del reino, y no la entiende. Al decir esto, nos exhorta a que escuchemos con más atención lo que se dice.

(Vers. 20, 21.) Viene el maligno y arrebató lo que fue sembrado en su corazón: este es el que fue sembrado junto al camino. Pero el que fue sembrado en pedregales, este es el que oye la palabra, y al instante la recibe con gozo, pero no tiene raíz en sí mismo, sino que es temporal. El maligno arrebató la buena semilla. Y entiende también que fue sembrada en el corazón, y que la diversidad de la tierra son las almas de los creyentes.

Pero cuando viene la tribulación o la persecución por causa de la palabra, al instante se escandaliza. Observa que se dice, al instante se escandaliza. Hay, pues, alguna diferencia entre el que es compelido por muchas tribulaciones y penas a negar a Cristo, y el que al primer signo de persecución se escandaliza y cae.

(Vers. 22.) Pero el que fue sembrado entre espinas, este es el que oye la palabra, y la preocupación de este mundo y el engaño de las riquezas ahogan la palabra, y se hace infructuosa. Me parece que también lo que se dice literalmente a Adán: Comerás tu pan entre espinas y cardos (Gén. III, 18), significa mística y alegóricamente que quien se entrega a los placeres del mundo y a las preocupaciones de este mundo, come el pan celestial y el verdadero alimento entre espinas. Y elegantemente añadió: el engaño de las riquezas ahoga la palabra. Porque las riquezas son seductoras, prometen una cosa y hacen otra. Su posesión es resbaladiza, mientras se mueven de un lado a otro, y con paso inestable o abandonan a los que las tienen, o enriquecen a los que no las tienen. Por eso el Señor afirma que los ricos difícilmente entran en el reino de los cielos, porque las riquezas ahogan la palabra de Dios, y ablandan el rigor de las virtudes.

(Vers. 23.) Pero el que fue sembrado en buena tierra, este es el que oye la palabra, y la entiende, y da fruto: y uno da ciento, otro sesenta, otro treinta. Así como en la mala tierra hubo tres diversidades: junto al camino, en pedregales, y en lugares espinosos: así en la buena tierra hay una triple diversidad: fruto de ciento, de sesenta y de treinta. Y en aquella y en esta no se cambia la sustancia, sino la voluntad: y tanto los corazones de los incrédulos como de los creyentes son los que reciben la semilla. Viene, dice, el maligno, y arrebató lo que fue sembrado en su corazón; y en segundo y tercer lugar, este es, dice, el que oye la palabra. En

la exposición también de la buena tierra, este es, el que oye la palabra. Primero, pues, debemos escuchar, luego entender, y después de la comprensión dar frutos de las doctrinas, y hacer ya sea el fruto de ciento, o de sesenta, o de treinta, de los cuales hemos hablado más extensamente en el libro contra Joviniano, y ahora brevemente tocamos: Asignando el fruto de ciento a las vírgenes, el de sesenta a las viudas y continentes, el de treinta al matrimonio casto. Porque el matrimonio es honorable, y el lecho sin mancilla (Heb. XIII, 3, 4). Algunos de los nuestros refieren el fruto de ciento a los mártires: si es así, las santas uniones matrimoniales quedan excluidas del buen fruto.

(Vers. 24 y ss.) Les propuso otra parábola, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo, y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Cuando la hierba creció y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Los siervos del padre de familia se acercaron y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? Y él les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Los siervos le dijeron: ¿Quieres que vayamos y la recojamos? Y él dijo: No, no sea que al recoger la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega, y en el tiempo de la siega diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero el trigo recogedlo en mi granero. Esta es la segunda parábola con su interpretación no puesta de inmediato, sino explicada después de intercalar otras parábolas. Aquí se propone, y después de despedir a las multitudes se va a casa y se acercan a Él sus discípulos rogando: Explicanos la parábola de la cizaña del campo, y lo demás. No debemos, pues, con un deseo apresurado de entender, buscar su conocimiento antes de que sea explicado por el Señor.

(Vers. 31.) Les propuso otra parábola, diciendo: El Señor estaba sentado en la barca, y la multitud estaba de pie en la orilla: ellos lejos, los discípulos más cerca escuchaban: les propone otra parábola, como un rico padre de familia que alimenta a los invitados con diversos manjares, para que cada uno según la naturaleza de su estómago reciba diversos alimentos. Por eso en la parábola anterior no dijo otra, sino otra. Pues si hubiera dicho otra, no podríamos esperar una tercera, dijo otra, para que sigan más.

(Vers. 32.) El reino de los cielos es semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo, que es la más pequeña de todas las semillas. Pero cuando ha crecido, es mayor que todas las hortalizas, y se convierte en árbol: de modo que las aves del cielo vienen y anidan en sus ramas. No sea molesto para el lector si proponemos las parábolas completas. Pues lo que es oscuro, debe ser explicado más plenamente, para que no se enreden más los sentidos con demasiada brevedad, en lugar de ser expuestos. El reino de los cielos es la predicación del Evangelio, y el conocimiento de las Escrituras que conduce a la vida; y de la que se dice a los judíos: Se os quitará el reino de Dios, y se dará a una nación que produzca sus frutos (Mateo XXI, 43). Así que este reino es semejante a un grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo. El hombre que siembra en su campo, por muchos se entiende como el Salvador, que siembra en las almas de los creyentes. Por otros, el mismo hombre que siembra en su campo, es decir, en sí mismo y en su corazón. ¿Quién es este que siembra, sino nuestro sentido y alma, que recibiendo el grano de la predicación, y fomentando la semilla con el rocío de la fe, hace que en el campo de su pecho brote? La predicación del Evangelio es la más pequeña de todas las disciplinas. Pues al principio no tiene la apariencia de verdad, predicando a un hombre Dios, a Dios muerto, y el escándalo de la cruz. Compara esta doctrina con los dogmas de los filósofos, y sus libros, el esplendor de la elocuencia, y la composición de los discursos, y verás cuán menor es que las demás semillas la semilla del Evangelio. Pero aquellas cuando crecen, no muestran nada mordaz, nada vivo, nada vital, sino que todo lo que brota es flácido, marchito y ablandado en hortalizas, y en

hierbas, que pronto se secan y caen. Pero esta predicación, que parecía pequeña al principio, cuando se siembra ya sea en el alma del creyente, o en todo el mundo, no se eleva en hortalizas, sino que crece en árbol: de modo que las aves del cielo (que debemos entender como las almas de los creyentes, o las fuerzas de Dios dedicadas a su servicio) vienen y anidan en sus ramas. Creo que las ramas del árbol evangélico, que creció del grano de mostaza, son las diversidades de los dogmas, en las que cada una de las aves mencionadas descansa. Tomemos también nosotros las alas de la paloma (Sal. LIV), para que volando a lo alto, podamos habitar en las ramas de este árbol, y hacernos nidos de doctrinas, huyendo de lo terrenal, y apresurándonos hacia lo celestial. Muchos al leer el grano de mostaza, el más pequeño de todas las semillas, y lo que en el Evangelio se dice por los discípulos: Señor, auméntanos la fe (Lucas XVII, 6); y se les responde por el Salvador: En verdad os digo, si tuvierais fe como un grano de mostaza, y dijerais a este monte, muévete de aquí, se moverá, piensan que los apóstoles piden una fe pequeña, o que el Señor duda de una fe pequeña; cuando el apóstol Pablo juzga la fe comparada con el grano de mostaza como la mayor. Pues ¿qué dice? Si tuviera toda la fe, de modo que trasladara montes; pero no tengo amor, nada me aprovecha (I Cor. XIII, 2). Así que lo que el Señor dijo que se hace por la fe comparada con el grano de mostaza, esto el Apóstol enseña que se puede hacer con toda la fe.

(Vers. 33.) Les habló otra parábola. El reino de los cielos es semejante a la levadura, que una mujer tomó y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado. El estómago de los hombres es diverso: unos se deleitan con lo amargo, otros con lo dulce, otros con lo más austero, otros con lo suave. Por eso el Señor propone, como ya dijimos, diversas parábolas, para que según las diversas heridas, también la medicina sea diversa. Esta mujer, que tomó la levadura, y la escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó fermentado, me parece que es la predicación apostólica o la Iglesia, que está congregada de diversas naciones. Esta toma la levadura, es decir, el conocimiento y la comprensión de las Escrituras, y la esconde en tres medidas de harina, para que el espíritu, el alma y el cuerpo, reunidos en uno, no discrepen entre sí; sino que cuando dos o tres se reúnan, obtengan del Padre lo que pidan (Mateo XVIII). Este lugar se explica también de otra manera. Leemos en Platón, y es un dogma divulgado de los filósofos, que hay tres pasiones en el alma humana, τὸ λογικὸν que podemos interpretar como racional: τὸ θυμικὸν que podemos llamar, lleno de ira, o irascible: τὸ ἐπιθυμητικὸν que llamamos, concupiscible: y ese filósofo piensa que nuestro racional reside en el cerebro, la ira en la bilis, el deseo en el hígado. Y nosotros, si tomamos la levadura evangélica de las santas Escrituras, de la que se ha dicho antes, las tres pasiones del alma humana se reducirán a una, para que en la razón poseamos la prudencia: en la ira, el odio contra los vicios: en el deseo, la codicia de las virtudes; y todo esto se hará por la doctrina evangélica, que nos ha dado la madre Iglesia. Diré también una tercera interpretación de algunos, para que el lector curioso elija de entre muchas lo que le plazca: También interpretan a esta mujer como la Iglesia, que ha mezclado la fe del hombre con las tres medidas de harina en la creencia del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Y cuando todo ha sido fermentado en uno, no nos lleva a un Dios triple, sino al conocimiento de una sola divinidad. Las tres medidas de harina, ya que no hay en cada una de ellas una naturaleza diferente, llevan a la unidad de la sustancia. Un sentido piadoso, pero nunca la parábola y la dudosa inteligencia de los enigmas, puede servir de autoridad para los dogmas. El sato es un tipo de medida, según la costumbre de la provincia de Palestina, que contiene uno y medio modio. Se dicen otras cosas sobre esta parábola, pero no es materia presente decir todo sobre todo.

(Vers. 34.) Todo esto habló Jesús en parábolas a las multitudes, y sin parábolas no les hablaba. No a los discípulos, sino a las multitudes les habla en parábolas; y hasta hoy las multitudes escuchan en parábolas: los discípulos en casa preguntan al Salvador.

(Vers. 35.) Para que se cumpliera lo dicho por el profeta que dice: Abriré en parábolas mi boca, manifestaré cosas ocultas desde la fundación del mundo. Este testimonio está tomado del salmo setenta y siete (Vers. 2). He leído en algunos códices, y el lector estudioso tal vez lo encontrará, en el lugar donde nosotros hemos puesto, y la edición Vulgata tiene: Para que se cumpliera lo dicho por el profeta que dice, allí escrito, por el profeta Isaías que dice. Lo cual, como no se encontraba en Isaías, creo que fue eliminado posteriormente por hombres prudentes. Pero me parece que al principio fue editado así: Lo que está escrito por el profeta Asaf, diciendo. Pues el salmo setenta y siete, del cual se toma este testimonio, está inscrito bajo el título del profeta Asaf. Y el primer escritor no entendió a Asaf, y pensó que era un error del escritor, y corrigió el nombre a Isaías, cuyo nombre era más manifiesto. Por lo tanto, es necesario saber que en los salmos e himnos y cánticos de Dios, no solo David, sino también los demás, cuyos nombres están prescritos, deben ser llamados profetas: a saber, Asaf e Idithum, y Eman Ezraitas, y Aethan, y los hijos de Coré, y los demás que la Escritura menciona. Y lo que se dice de la persona del Señor: Abriré en parábolas mi boca: manifestaré cosas ocultas desde la fundación del mundo, debe considerarse con más atención y encontrarse descrito el éxodo de Israel de Egipto, y narrarse todas las señales que se contienen en la historia del Éxodo. De lo cual entendemos que todas aquellas cosas que están escritas deben ser entendidas parabólicamente: no solo suenan la letra manifiesta, sino también los sacramentos ocultos; pues esto es lo que el Salvador promete que dirá, abriendo su boca en parábolas, y manifestando cosas ocultas desde la fundación del mundo.

(Vers. 36.) Entonces, despedidas las multitudes, vino a la casa, y se acercaron a él sus discípulos, diciendo: Explícanos la parábola de la cizaña del campo. Jesús despide a las multitudes y regresa a la casa, para que sus discípulos se acerquen a él y en secreto pregunten lo que el pueblo ni merecía escuchar ni podía. Explícanos la parábola de la cizaña del campo.

(Vers. 37 y ss.) Él, respondiendo, dijo: El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo. La buena semilla son los hijos del reino; la cizaña son los hijos del maligno. El enemigo que la sembró es el diablo. La siega es el fin del mundo. Los segadores son los ángeles. Así como se recoge la cizaña y se quema en el fuego, así será en el fin del mundo. Enviará el Hijo del Hombre a sus ángeles, y recogerán de su reino todos los escándalos, y a los que hacen iniquidad, y los echarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes. Expuso claramente que el campo es el mundo; el sembrador, el Hijo del Hombre; la buena semilla, los hijos del reino; la cizaña, los hijos del maligno; el sembrador de la cizaña, el diablo; la siega, el fin del mundo; los segadores, los ángeles. Todos los escándalos se refieren a la cizaña; los justos se consideran hijos del reino. Por lo tanto, como dije antes, debemos dar fe a lo que ha sido expuesto por el Señor. Lo que ha sido dejado en silencio y a nuestra inteligencia, debe ser tratado brevemente. Los hombres que duermen, entiende a los maestros de las Iglesias. Los siervos del padre de familia, no tomes a otros que no sean los ángeles, que diariamente ven el rostro del Padre (Mat. XVIII). El diablo, por eso, es llamado enemigo hombre; porque dejó de ser Dios. Y en el noveno salmo está escrito de él: Levántate, Señor, no se fortalezca el hombre (Sal. IX, 20). Por lo tanto, no duerma el que está a cargo de la Iglesia, para que por su negligencia el enemigo hombre no siembre cizaña, es decir, las doctrinas de los herejes. Lo que se dice: No sea que al recoger la cizaña, arranquen también el trigo, se da lugar al arrepentimiento, y se nos advierte que no cortemos rápidamente al hermano: porque puede suceder que el que hoy está corrompido por una

doctrina nociva, mañana recapacite y comience a defender la verdad. Lo que sigue: Dejen que ambos crezcan juntos hasta la siega (Deut. XIII, 5), parece ser contrario a ese precepto: Quiten el mal de en medio de ustedes (Is. I); y no tener sociedad con aquellos que se llaman hermanos, y son adúlteros y fornicadores. Si se prohíbe la erradicación, y se debe tener paciencia hasta la siega, ¿cómo se deben expulsar a algunos de entre nosotros? Entre el trigo y la cizaña, lo que llamamos lolium, mientras es hierba, y aún no ha llegado el tallo a la espiga, hay una gran similitud, y en discernir o no hay diferencia, o es muy difícil. Por lo tanto, el Señor advierte que donde hay algo ambiguo, no pronunciemos rápidamente una sentencia; sino que reservemos a Dios el término del juicio: para que cuando venga el día del juicio, él no expulse del grupo de los santos una sospecha de crimen, sino una culpa manifiesta. Lo que dijo, que los haces de cizaña se entregan al fuego, y el trigo se recoge en los graneros, es manifiesto que los herejes y los hipócritas de la fe serán quemados en los fuegos del infierno; pero los santos que se llaman trigo, serán recibidos en los graneros, es decir, en las mansiones celestiales.

(Vers. 43.) Entonces los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre. El que tiene oídos para oír, que oiga. En este siglo presente brilla la luz de los santos ante los hombres; pero después de la consumación del mundo, los justos brillarán como el sol en el reino de su Padre.

(Vers. 44.) El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido en el campo, que un hombre encuentra y esconde; y por la alegría de ello va, vende todo lo que tiene, y compra aquel campo. Retardados por las oscuridades frecuentes de las parábolas, excedemos la interpretación comática, de modo que parece que hemos pasado de un género de interpretación a otro. Este tesoro en el que están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento, o es el Verbo de Dios, que en la carne de Cristo parece estar escondido (Col. II), o las Sagradas Escrituras, en las que está depositado el conocimiento del Salvador: que cuando alguien lo encuentra en ellas, debe despreciar todas las ganancias de este mundo, para poder tener a aquel que ha encontrado. Lo que sigue: Que cuando lo encuentra un hombre lo esconde, se dice no porque lo haga por envidia, sino porque por temor de perderlo, lo esconde en su corazón, al que ha preferido a sus antiguas riquezas.

(Vers. 45, 46.) De nuevo, el reino de los cielos es semejante a un hombre comerciante que busca buenas perlas. Habiendo encontrado una perla preciosa, fue y vendió todo lo que tenía, y la compró. Con otras palabras se dice lo mismo que arriba. Las buenas perlas que busca el comerciante son la Ley y los profetas. Escucha, Marción; escucha, Maniqueo: las buenas perlas son la Ley y los profetas, y el conocimiento del Antiguo Testamento. Pero una es la perla más preciosa, el conocimiento del Salvador, y el sacramento de su pasión, y el misterio de su resurrección. Que cuando lo encuentra un hombre comerciante, semejante al apóstol Pablo, desprecia todos los misterios de la ley y de los profetas, y las observancias antiguas, en las que vivía sin culpa, como basura y desechos, para ganar a Cristo (Filip. III). No porque el hallazgo de la nueva perla sea condenación de las antiguas perlas: sino porque en comparación con ella, toda otra gema es más vil.

(Vers. 47 y ss.) De nuevo, el reino de los cielos es semejante a una red echada al mar, que recoge de toda clase de peces. Cuando se llenó, la sacaron a la orilla, y sentados, recogieron los buenos en cestas; pero los malos los echaron fuera: Así será en el fin del mundo, saldrán los ángeles, y separarán a los malos de entre los justos, y los echarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el crujir de dientes. Cumplida la profecía de Jeremías, que dice: He aquí que enviaré a vosotros muchos pescadores (Jerem. XVI, 16): después de que oyeron Pedro y Andrés, Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo: Síganme, y os haré pescadores de hombres (Mat.

IV, 19), tejieron para sí una red de los dogmas evangélicos del Antiguo y Nuevo Testamento; y la echaron al mar de este siglo: que hasta hoy se extiende en medio de las olas, capturando de los amargos y salados abismos todo lo que encuentra, es decir, tanto hombres buenos como malos, y los mejores peces y los peores. Pero cuando venga la consumación y el fin del mundo, como él mismo explica más adelante, entonces la red será sacada a la orilla: entonces se mostrará el verdadero juicio de la separación de los peces, y como en un puerto muy tranquilo, los buenos serán puestos en las cestas de las mansiones celestiales: pero los malos serán recibidos por la llama del infierno para ser quemados y secados.

(Vers. 51.) ¿Entendieron todas estas cosas? Ellos le dicen: Sí. Él les dice. El discurso es propiamente para los apóstoles; y a ellos se les dice: ¿Entendieron todas estas cosas? A quienes no quiere escuchar solo como al pueblo, sino entender como futuros maestros.

(Vers. 52.) Por eso, todo escriba instruido en el reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia, que saca de su tesoro cosas nuevas y viejas. Los apóstoles estaban instruidos, escribas y notarios del Salvador, que grababan sus palabras y preceptos en las tablas de los corazones carnales, con los sacramentos de los reinos celestiales, y poseían las riquezas del padre de familia, sacando de su tesoro de doctrinas cosas nuevas y viejas: para que todo lo que predicaban en el Evangelio, lo confirmaran con las voces de la ley y los profetas. Por eso también la esposa dice en el Cantar de los Cantares: Nuevas y viejas, hermano mío, he guardado para ti (Cant. VII, 13).

(Vers. 53, 54.) Y sucedió que cuando Jesús terminó estas parábolas, se fue de allí. Y viniendo a su patria, les enseñaba en su sinagoga, de tal manera que se maravillaban y decían. Después de las parábolas que habló al pueblo, y que solo los apóstoles entienden, pasa a su patria, para enseñar allí más abiertamente.

¿De dónde tiene esta sabiduría y estos poderes? Admirable necesidad de los nazarenos: se maravillan de dónde tiene sabiduría la sabiduría, y poderes el poder; pero el error está a la vista, ya que sospechan que es hijo de un carpintero.

(Vers. 55, 56.) ¿No es este el hijo del carpintero? ¿No se llama su madre María, y sus hermanos Jacobo, José, Simón y Judas? ¿Y no están todas sus hermanas entre nosotros? ¿De dónde, pues, tiene todas estas cosas? Y se escandalizaban de él. El error de los judíos es nuestra salvación, y la condenación de los herejes. Pues veían tanto al hombre Jesús Cristo, que pensaban que era hijo de un carpintero: ¿No es este el hijo del carpintero? ¿Te maravillas si se equivocan en los hermanos, cuando se equivocan en el padre? Este lugar está más plenamente expuesto en el libelo mencionado contra Helvidio.

(Vers. 57.) Pero Jesús les dijo: No hay profeta sin honra, sino en su patria y en su casa. Es casi natural que los ciudadanos siempre envidien a los ciudadanos. Pues no consideran las obras presentes del hombre, sino que recuerdan la fragilidad de su infancia, como si ellos mismos no hubieran llegado a la madurez a través de los mismos grados de edad.

(Vers. 58.) Y no hizo allí muchas virtudes a causa de su incredulidad. No porque incluso a esos incrédulos no pudiera hacer muchas virtudes; sino para que no, haciendo muchas virtudes, condenara a los ciudadanos incrédulos. Pero también puede entenderse de otra manera, que Jesús es despreciado en su casa y en su patria, es decir, en el pueblo de los judíos. Y por eso allí hizo pocos signos; para que no quedaran completamente inexcusables. Pero hace mayores signos diariamente entre los gentiles a través de los apóstoles, no tanto en la sanación de los cuerpos, como en la salvación de las almas.

(Cap. XIV.---Vers. 1, 2.) En aquel tiempo oyó Herodes el Tetrarca la fama de Jesús, y dijo a sus siervos: Este es Juan el Bautista, él ha resucitado de los muertos: y por eso las virtudes obran en él. Algunos de los intérpretes eclesiásticos buscan las causas por las cuales Herodes sospechó esto, para pensar que Juan había resucitado de los muertos, y por eso obran las virtudes en él, como si se nos debiera dar razón del error ajeno, o que de estas palabras se tenga ocasión de la metempsicosis, cuando ciertamente en el tiempo en que Juan fue decapitado, el Señor tenía treinta años: pero la metempsicosis dice que las almas se insinúan en diferentes cuerpos después de muchos ciclos de años.

(Vers. 3, 4.) Pues Herodes había prendido a Juan, y lo había atado, y lo había puesto en la cárcel por causa de Herodías, la esposa de su hermano Felipe. Porque Juan le decía: No te es lícito tenerla. La historia antigua narra que Felipe, hijo del mayor Herodes (bajo el cual el Señor huyó a Egipto), hermano de este Herodes bajo el cual Cristo sufrió, había tomado por esposa a Herodías, hija de Aretas, rey; pero después su suegro, habiendo surgido ciertas enemistades contra su yerno, se llevó a su hija, y en dolor del primer marido, la unió en matrimonio con su enemigo Herodes. ¿Quién es este Felipe? El evangelista Lucas lo enseña más plenamente: En el año quince del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato procurador de Judea; Herodes tetrarca de Galilea; y Felipe su hermano tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide (Luc. III, 1). Por lo tanto, Juan el Bautista, que vino en el espíritu y poder de Elías, con la misma autoridad con la que aquel reprendió a Acab y a Jezabel (III Reg. XXI), reprende a Herodes y a Herodías, porque han hecho un matrimonio ilícito, y no es lícito, mientras vive el hermano, tomar a su esposa: prefiriendo arriesgarse ante el rey, que por adulación olvidar los preceptos de Dios.

(Vers. 5.) Y queriendo matarlo, temía al pueblo: porque lo tenían como profeta: Temía ciertamente la sedición del pueblo por Juan, de quien sabía que muchas multitudes habían sido bautizadas en el Jordán; pero era vencido por el amor de su esposa, por cuyo ardor también había descuidado los preceptos de Dios (Gén. XL).

(Vers. 6.) Pero en el día del cumpleaños de Herodes, la hija de Herodías danzó en medio: y agradó a Herodes. No encontramos a ningún otro que celebrara el día de su cumpleaños, sino a Herodes y a Faraón, para que aquellos cuya impiedad era igual, tuvieran también una sola solemnidad.

(Vers. 7.) Por lo cual, con juramento le prometió darle lo que pidiera. Pero ella, advertida por su madre. No excuso a Herodes, que involuntariamente y sin querer, por el juramento cometió homicidio, quien tal vez juró para preparar las maquinaciones de la futura matanza. De lo contrario, si dice que lo hizo por el juramento, si hubiera pedido la muerte de su padre, de su madre, ¿lo habría hecho o no? Por lo tanto, lo que en sí mismo habría rechazado, debió despreciarlo también en el profeta.

(Vers. 8.) Dame, dijo, aquí en un plato la cabeza de Juan el Bautista. Herodías, temiendo que Herodes alguna vez recapacitara, o se hiciera amigo de su hermano Felipe, y que el matrimonio ilícito se disolviera por repudio, aconseja a su hija que pida inmediatamente en el banquete la cabeza de Juan: digno premio de sangre para la obra de la danza.

Y el rey se entristeció. Es costumbre de las Escrituras narrar la opinión de muchos tal como se creía en ese momento por todos. Así como José era llamado padre de Jesús incluso por María misma, así ahora Herodes se dice entristecido, porque así lo creían los comensales

(Luc. II). Pues el disimulador de su mente y artífice del homicidio, mostraba tristeza en su rostro, cuando tenía alegría en su mente.

(Vers. 9, 10.) Pero por el juramento y por los que estaban con él a la mesa, ordenó que se le diera. Y envió, y decapitó a Juan en la cárcel. Excusa su crimen con el juramento, para que bajo la apariencia de piedad se hiciera impío. Lo que añadió: Y por los que estaban con él a la mesa, quiere que todos sean cómplices de su crimen, para que en un banquete lujurioso e impuro se sirvieran sangrientas viandas.

(Vers. 11.) Y fue traída su cabeza en un plato, y fue dada a la joven, y ella la llevó a su madre. Leemos en la historia romana que el general romano Flaminio, porque una meretriz que estaba a su lado en el banquete decía que nunca había visto a un hombre decapitado, accedió a que un reo de un crimen capital fuera decapitado en el banquete, fue expulsado por los censores del senado, porque mezcló la comida con sangre, y proporcionó la muerte, aunque de un hombre culpable, para el deleite de otro, para que la lujuria y el homicidio se mezclaran. Cuánto más criminales son Herodes y Herodías y la joven que danzó, que en pago de sangre pide la cabeza del profeta, para tener en su poder la lengua que reprendía el matrimonio ilícito. Esto según la letra se hizo; pero nosotros hasta hoy vemos en la cabeza del profeta Juan, que los judíos han perdido a Cristo, que es la cabeza de los profetas.

Y acercándose sus discípulos, tomaron su cuerpo, y lo sepultaron. José relata que en una ciudad de Arabia Juan fue decapitado. Y lo que sigue: Acercándose sus discípulos, tomaron el cuerpo, podemos entender tanto a los discípulos de Juan como a los del Salvador.

(Vers. 13.) Y viniendo, lo anunciaron a Jesús. Lo cual, cuando Jesús lo oyó, se retiró de allí en una barca a un lugar desierto aparte. Anuncian al Salvador la muerte del Bautista, y al oírlo, se retiró a un lugar desierto. No, como algunos piensan, por temor a la muerte, sino para no añadir homicidio a homicidio. O posponiendo su muerte para el día de la Pascua, en el cual por el sacramento debe ser inmolado el cordero, y los postes de los creyentes rociados con sangre (Éxodo XII). O bien se retiró para darnos ejemplo de evitar la temeridad de entregarse voluntariamente: porque no todos perseveran con la misma constancia en los tormentos, con la que se ofrecen para ser torturados. Por esta razón, en otro lugar también ordena: Cuando los persigan en esta ciudad, huyan a otra (Mat. X, 23). Elegante también el evangelista no dice, huyó a un lugar desierto, sino que se retiró, para que evitara a los perseguidores más que temerlos. De otra manera: Después de que los judíos y el rey de los judíos truncan la cabeza del profeta, y la profecía perdió entre ellos la lengua y la voz, Jesús pasa al lugar desierto de la Iglesia, que antes no tenía esposo.

Y cuando las multitudes lo oyeron, lo siguieron a pie desde las ciudades. Puede ser que por otra razón, al oír la muerte de Juan, se retirara a un lugar desierto, para probar la fe de los creyentes. De hecho, las multitudes lo siguieron a pie, no en caballos, no en diversos vehículos, sino con el propio esfuerzo de sus pies, para mostrar el ardor de su mente. Si queremos abrir las razones de cada palabra, excedemos la brevedad de la obra propuesta. Sin embargo, debe decirse de manera transitoria, que después de que el Señor vino al desierto, lo siguieron muchas multitudes. Pues antes de que viniera a las soledades de los gentiles, era adorado solo por un pueblo.

(Vers. 14.) 104 Y al salir, vio una gran multitud y se compadeció de ella, y curó a sus enfermos. En los discursos evangélicos siempre está unido el espíritu a la letra, y lo que al principio parece frío a la vista, si lo tocas, se calienta. El Señor estaba en un lugar desierto;

las multitudes lo siguieron, dejando sus ciudades, es decir, sus antiguas costumbres y las diversas doctrinas. Pero Jesús salió, lo que significa que las multitudes tenían la voluntad de ir, pero no las fuerzas para llegar; por eso el Salvador sale de su lugar y va a su encuentro, como en otra parábola salió al encuentro del hijo arrepentido (Luc. XV). Y al ver la multitud, se compadece y cura sus enfermedades, para que la fe plena obtenga inmediatamente su recompensa.

(Vers. 15.) Al atardecer, se acercaron a él sus discípulos, diciendo: Este lugar es desierto y la hora ya ha pasado; despide a las multitudes para que, yendo a las aldeas, compren alimentos para sí. Todo está lleno de misterios. Sale de Judea, viene a un lugar desierto; las multitudes lo siguen, dejando sus ciudades; Jesús sale a su encuentro, se compadece de las multitudes, cura a sus enfermos; y esto lo hace no por la mañana, no al crecer el día, no al mediodía, sino al atardecer, cuando el sol de justicia se ha puesto.

(Vers. 16.) Pero Jesús les dijo: No tienen necesidad de ir. No tienen necesidad de buscar diversos alimentos y comprar panes desconocidos, cuando tienen consigo el pan celestial.

Denles ustedes de comer. Provoca a los apóstoles a la fracción del pan, para que, al testificar que no tienen, la magnitud del signo se haga más conocida.

(Vers. 17.) Le respondieron: No tenemos aquí más que cinco panes y dos peces. En otro evangelista leemos: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes (Juan VI, 9); que me parece significar a Moisés: Los dos peces, o entendemos ambos Testamentos, o porque el número par se refiere a la Ley. Así, los apóstoles antes de la pasión del Salvador y el resplandor del Evangelio fulgurante, no tenían más que cinco panes y dos pececillos, que se movían en aguas saladas y en las olas del mar.

(Vers. 18.) Él les dijo: Tráiganmelos aquí. 105 Escucha, Marción, escucha, Maniqueo, Jesús ordena que le traigan los cinco panes y los dos pececillos, para que los santifique y multiplique.

(Vers. 19.) Y mandó a la multitud recostarse sobre la hierba. Según la letra, el sentido es claro: desvelemos los sacramentos de la interpretación espiritual. Se les ordena recostarse sobre la hierba, y según otro Evangelio (Luc. IX), sobre la tierra, en grupos de cincuenta o cien, para que después de haber pisoteado su carne, y todas sus flores, y las voluptuosidades del siglo como hierba seca se las hayan sometido, entonces asciendan por la penitencia del número cincuenta al culmen perfecto del número cien.

Tomando los cinco panes y los dos peces, mirando al cielo, bendijo y partió, y dio los panes a los discípulos. Mira al cielo, para enseñar a dirigir allí los ojos. Tomó en sus manos los cinco panes y los dos pececillos, los partió y los entregó a los discípulos. Al partir el Señor, se hace semilla de alimentos. Pues si hubieran estado enteros, y no divididos en pedazos, ni divididos en una múltiple cosecha, no podrían alimentar a las multitudes, a los niños y a las mujeres, a tanta multitud. Se parte, pues, la ley con los profetas, y se divide en pedazos, y sus misterios se presentan en medio, para que lo que entero y permaneciendo en su estado original no alimentaba, dividido en partes alimente a la multitud de las naciones.

(Vers. 20.) Los discípulos dieron a las multitudes. Y todos comieron y se saciaron. Las multitudes reciben alimento del Señor a través de los apóstoles.

Y recogieron las sobras, doce cestas llenas de fragmentos. Cada uno de los apóstoles llena su cesta con las sobras del Salvador, para que tenga de dónde después ofrecer alimento a las

naciones, o para enseñar con las sobras que los panes eran verdaderos, que después se multiplicaron. Y al mismo tiempo pregunta, ¿cómo en el desierto y en tan vasta soledad no se encuentran panes, sino solo cinco, y dos pececillos, 106 y tan fácilmente se encuentran doce cestas?

(Vers. 21.) El número de los que comieron fue de cinco mil hombres, sin contar mujeres y niños. Según el número de los cinco panes, la multitud de los hombres que comieron es de cinco mil. Pues aún no había llegado, según la narración de otro lugar, al número siete, que quienes lo comen son cuatro mil, cercano al número de los Evangelios. Comen, pues, cinco mil hombres que habían crecido hasta ser hombres perfectos, y lo seguían, de quien dice Zacarías: He aquí el hombre, cuyo nombre es Oriente (Zac. VI, 12). Pero las mujeres y los niños, sexo frágil y edad menor, son indignos de número. Por eso, en el libro de los Números, siempre que se describen sacerdotes y levitas, y el ejército o las multitudes de combatientes, los siervos y las mujeres, y los niños, y el vulgo innoble se omiten sin número.

(Vers. 22.) Y enseguida Jesús obligó a sus discípulos a subir a la barca y a precederlo al otro lado del mar, mientras despedía a las multitudes. Ordenó a los discípulos cruzar el mar, y los obligó a subir a la barca: con esta expresión se muestra que se alejaron del Señor a regañadientes: por amor al maestro no quieren separarse de él ni un momento.

(Vers. 23.) Y despedida la multitud, subió al monte solo a orar. Al atardecer estaba solo allí. Si hubieran estado con él los discípulos Pedro, Santiago y Juan, que vieron la gloria transformarse, tal vez habrían subido al monte con él; pero la multitud no puede seguir a las alturas, a menos que él les enseñe junto al mar en la orilla, y los alimente en el desierto. Pero que subió solo a orar, no lo refieras a aquel que de cinco panes sació a cinco mil hombres, sin contar a los niños y mujeres; sino a aquel que, al oír la muerte de Juan, se retiró a la soledad, no porque separemos la persona del Señor, sino porque sus obras están divididas entre Dios y el hombre.

107 (Vers. 24.) La barca, en medio del mar, era sacudida por las olas, porque el viento era contrario. Correctamente, como si a regañadientes, y resistiéndose, los apóstoles se habían alejado del Señor, para que, en su ausencia, no sufrieran naufragios. De hecho, mientras el Señor permanecía en la cima del monte, inmediatamente se levantó un viento contrario, y agitó el mar, y los apóstoles estaban en peligro, y el naufragio inminente persistió hasta que Jesús vino.

(Vers. 25.) En la cuarta vigilia de la noche vino a ellos caminando sobre el mar. Las estaciones y vigiliat militares se dividen en espacios de tres horas. Cuando, pues, dice que en la cuarta vigilia de la noche vino a ellos el Señor, muestra que estuvieron en peligro toda la noche, y en la parte final de la noche, y en la consumación del mundo les brindará ayuda.

(Vers. 26.) Y viéndolo caminar sobre el mar, se turbaron, diciendo: es un fantasma. Si según Marción y Maniqueo, nuestro Señor no nació de la Virgen, sino que apareció en un fantasma: ¿cómo ahora los apóstoles temen ver un fantasma?

Y por el miedo gritaron. Un grito confuso y una voz incierta son indicios de gran temor.

(Vers. 27.) Y enseguida Jesús les habló, diciendo: Tened confianza, soy yo, no temáis. Lo que primero estaba en la causa, eso cura, y a los que temen les ordena, diciendo: Tened confianza, no temáis. Y lo que sigue, Yo soy, sin añadir quién es, o por la voz conocida podían entender que era él, quien hablaba a través de las tinieblas de la noche oscura, o

repetían que era él, quien había hablado a Moisés: Esto dirás a los hijos de Israel: el que es, me envió a vosotros (Éxodo III, 14).

(Vers. 28, 29.) Respondiendo Pedro, dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Y él dijo: Ven. En todos los lugares se encuentra a Pedro con una fe ardentísima. Preguntados los discípulos, quién dicen los hombres que es Jesús, confiesa que es el Hijo de Dios. Al querer ir a la pasión, lo prohíbe: y aunque yerra en el sentido, no yerra en el afecto: no queriendo que muera, a quien poco antes había confesado como Hijo de Dios. En el monte, con el Salvador, entre los primeros, sube primero, y en la pasión lo sigue solo, 108 el pecado de la negación que descendió por el miedo repentino, lo lava inmediatamente con amargas lágrimas. Después de la pasión, cuando estaban en el lago de Genesaret, y pescaban, y el Señor estaba en la orilla, mientras los otros navegaban poco a poco, él no soporta demoras, sino que ceñido con su manto, se precipita inmediatamente en las olas. Con el mismo ardor de fe que siempre, ahora también, mientras los demás callan, cree que puede hacer por la voluntad del maestro, lo que él podía por naturaleza. Manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Tú ordena, y al instante las olas se solidificarán: y el cuerpo que por sí mismo es pesado se hará ligero.

Y descendiendo Pedro de la barca, caminaba sobre el agua, para ir a Jesús. Los que piensan que el cuerpo del Señor no es verdadero, porque caminó sobre las blandas aguas, blando y aéreo, respondan cómo caminó Pedro, a quien ciertamente no negarán como verdadero hombre.

(Vers. 30.) Pero al ver el viento fuerte, tuvo miedo. Y al comenzar a hundirse, clamó, diciendo: Señor, sálvame. Ardía la fe del alma, pero la fragilidad humana lo arrastraba al abismo: por tanto, se le deja un poco a la tentación, para que aumente la fe, y entienda que no por la facilidad de la petición, sino por el poder del Señor fue conservado.

(Vers. 31, 32.) Y enseguida Jesús extendiendo la mano, lo agarró, y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? Y cuando subieron a la barca, el viento cesó. Si al apóstol Pedro, de cuya fe y ardor de mente hemos hablado antes, que confiadamente había rogado al Salvador, diciendo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas, porque tuvo un poco de miedo, se le dice: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste? ¿qué diremos de nosotros, que de esta poca fe, ni siquiera tenemos la mínima porción?

(Vers. 33.) Los que estaban en la barca vinieron y lo adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios. A un solo signo, con la tranquilidad del mar restaurada, que después de grandes tormentas a veces suele suceder por casualidad, los marineros y pasajeros confiesan verdaderamente al Hijo de Dios, y Arrio en la Iglesia predica una criatura.

(Vers. 34.) Y cuando cruzaron, llegaron a 109 la tierra de Genesaret. Si supiéramos qué resonaría en nuestra lengua Genesaret, entenderíamos cómo Jesús, a través del tipo de los apóstoles y la nave, lleva a la Iglesia liberada del naufragio de la persecución a la orilla, y la hace descansar en el puerto más tranquilo.

(Vers. 35.) Y cuando los hombres de aquel lugar lo reconocieron, enviaron por toda aquella región. Lo reconocieron por el rumor, no por el rostro, o ciertamente por la magnitud de los signos, que realizaba entre los pueblos, también era conocido por muchos de rostro. Y ve cuánta es la fe de los hombres de la tierra de Genesaret, que no se contentan solo con la salud de los presentes, sino que envían a otras ciudades alrededor, para que todos corran al médico.

(Vers. 36.) Y le presentaron a todos los que estaban enfermos, y le rogaban que al menos tocaran el borde de su manto. Y cuantos lo tocaron, quedaron sanos. Los que están enfermos, no toquen el cuerpo de Jesús, ni todo su manto, sino el borde extremo, y cuantos lo toquen, serán sanados. El borde de su manto, entiende el mandamiento más pequeño: que quien lo transgreda, será llamado el más pequeño en el reino de los cielos (Supra, III). O la ascensión del cuerpo, por la cual llegamos a la Palabra de Dios, y después disfrutamos de su majestad.

(Cap. XV.---Vers. 1.) Entonces se acercaron a él desde Jerusalén escribas y fariseos, diciendo: 110 ¿Por qué tus discípulos transgreden las tradiciones de los ancianos? Admirable es la necesidad de los fariseos y escribas, acusan al Hijo de Dios, ¿por qué no guarda las tradiciones y preceptos de los hombres?

(Vers. 1, 2.) Porque no se lavan las manos cuando comen pan. Las manos, es decir, las obras, no del cuerpo, sino del alma deben ser lavadas, para que en ellas se haga la palabra de Dios.

(Vers. 3.) Pero él respondiendo, les dijo: ¿Por qué también ustedes transgreden el mandamiento de Dios por su tradición? Refuta la falsa calumnia con una verdadera respuesta. Cuando, dice, ustedes por la tradición de los hombres descuidan los preceptos del Señor, ¿por qué piensan que deben acusar a mis discípulos, que desprecian las órdenes de los ancianos para guardar los mandamientos de Dios?

(Vers. 4 y ss.) Porque Dios dijo: Honra a tu padre y a tu madre, y el que maldiga a su padre o a su madre, morirá (Éxodo XX, Levítico XX). Pero ustedes dicen: Cualquiera que diga a su padre o a su madre: ofrenda es cualquier cosa de mí que te aproveche, y no honrará a su padre o a su madre, y han invalidado el mandamiento de Dios por su tradición. Hipócritas, bien profetizó de ustedes Isaías, diciendo: Este pueblo me honra con los labios; pero su corazón está lejos de mí (Éxodo XX, Levítico XX). En vano me adoran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres. Y llamando a la multitud, les dijo: Oigan y entiendan. Honor en las Escrituras no se entiende tanto en saludos y oficios, como en limosnas y ofrendas (Éxodo XX y XXI, y Lev. XX). Honra, dice el Apóstol, a las viudas que son verdaderamente viudas (I Tim. V, 3); aquí el honor se entiende como don. Y en otro lugar: Los presbíteros que gobiernan bien, sean tenidos por dignos de doble honor, especialmente los que trabajan en la palabra y doctrina de Dios (I Tim. V, 17). Y por este mandamiento se nos ordena no poner bozal al buey que trilla (Deut. XXV). Y que el obrero es digno de su salario (Luc. X). El Señor había ordenado, considerando las debilidades, edades o penurias de los padres, que los hijos honraran, incluso en la provisión de las necesidades de la vida, a sus padres. Esta ley de Dios, muy providente, queriendo los escribas y fariseos subvertir, para introducir la impiedad bajo el nombre de piedad, enseñaron a los hijos malvados, que si alguien quiere ofrecer a Dios lo que debe ofrecer a sus padres (que es el verdadero Padre), la ofrenda del Señor se anteponga a los dones de los padres: o ciertamente los mismos padres, viendo lo que estaba consagrado a Dios, para no incurrir en el crimen de sacrilegio, declinando, preferían llevar una vida pobre antes que comer de lo consagrado. Y así sucedía que la ofrenda de los hijos, bajo el pretexto del templo de Dios, se convertía en ganancias de los sacerdotes. Esta pésima tradición de los fariseos, venía de otra ocasión. Muchos, teniendo deudas, y no queriendo pagar lo que se les había prestado, lo delegaban a los sacerdotes, para que el dinero recaudado sirviera a los ministerios del templo y a sus usos. Pero también puede tener este breve sentido. Ofrenda es cualquier cosa de mí que te aproveche: Compelen, dice, a los hijos a que digan a sus padres: cualquier don que iba a ofrecer a Dios, lo consumo en tus alimentos, y te aprovecha, oh padre, y madre, para que ellos, temiendo tomar lo que ven consagrado a Dios, prefieran llevar una vida pobre antes que comer de lo consagrado.

(Vers. 11.) No lo que entra en la boca contamina al hombre, sino lo que sale de la boca, eso contamina al hombre. La palabra contamina, es propia de las Escrituras, y no se usa en el lenguaje común. El pueblo de los judíos, jactándose de ser parte de Dios, llama comunes a los alimentos que todos los hombres usan. Por ejemplo, la carne de cerdo, las ostras, las liebres, y animales de este tipo que no tienen la pezuña hendida; ni rumian, ni son escamosos en los peces. Por eso en los Hechos de los Apóstoles está escrito: Lo que Dios ha santificado, no lo llames común (Hechos X, 15). Común, pues, lo que está abierto a los demás hombres, y como si no fuera parte de Dios, se llama inmundo. No lo que entra en la boca contamina al hombre, sino lo que sale de la boca, eso contamina al hombre. Opondrá el lector prudente, y dirá: Si lo que entra en la boca no contamina al hombre, ¿por qué no comemos de lo sacrificado a los ídolos? Y el Apóstol escribe: No pueden beber el cáliz del Señor y el cáliz de los demonios (I Cor. X, 20). Debe saberse, pues, que los mismos alimentos, y toda criatura de Dios por sí misma es pura: pero la invocación de ídolos y demonios los hace impuros.

(Vers. 12.) Entonces acercándose sus discípulos, le dijeron: ¿Sabes que los fariseos, al oír esta palabra, se escandalizaron? Con una sola palabra toda la superstición de las observancias judías había sido eliminada; que en los alimentos que se toman y se abominan, creían que estaba su religión. Y porque frecuentemente se usa en las Escrituras Eclesiásticas, escándalo, digamos brevemente qué significa. Σκῶλον y escándalo, podemos decir tropiezo, o caída e impacto del pie. Cuando, pues, leemos: Cualquiera que escandalice a uno de estos pequeños, entendemos esto, quien con palabra o hecho dé ocasión de caída a alguien.

(Vers. 13.) Pero él respondiendo, dijo: Toda planta que no plantó mi Padre celestial, será arrancada. Incluso lo que parece claro en las Escrituras, está lleno de cuestiones. Toda, dice, planta que no plantó mi Padre celestial, será arrancada. Entonces será arrancada también aquella planta, de la que el Apóstol dice: Yo planté, Apolo regó (I Cor. III, 6). Pero la cuestión se resuelve por lo que sigue: Pero Dios dio el crecimiento (I Cor. III, 9). Y él mismo dice: Ustedes son labranza de Dios, edificio de Dios (III Juan VIII). Y en otro lugar: Somos colaboradores de Dios. Si, pues, colaboradores: entonces plantando Pablo, y regando Apolo, Dios planta y riega con sus colaboradores. Abusan de este lugar quienes introducen diversas naturalezas, diciendo: Si la planta que no plantó el Padre, será arrancada: entonces la que plantó él, no puede ser arrancada. Pero escuchen aquello de Jeremías; Yo te planté como vid verdadera, ¿cómo te has convertido en amargura de vid extraña? (Jeremías II, 21). Plantó ciertamente Dios, y nadie puede arrancar su plantación. Pero como esta plantación está en la voluntad del libre albedrío, nadie más podrá arrancarla, a menos que ella misma dé su consentimiento.

(Vers. 14.) Déjenlos, son ciegos, guías de ciegos. Y si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo. Esto es lo que el Apóstol había ordenado: Al hombre hereje, después de una y otra amonestación, evítalo, sabiendo que el tal es perverso, y está condenado por sí mismo (Tito III, 10). En este sentido también el Salvador ordenó que los malos maestros sean dejados a su propio arbitrio, sabiendo que difícilmente pueden ser llevados a la verdad, y que son ciegos, y arrastran al pueblo ciego al error.

(Vers. 15, 16.) 114 Respondiendo Pedro, le dijo: Explicanos esta parábola. Pero él dijo: ¿Aún vosotros estáis sin entendimiento? Lo que había sido dicho claramente, y era evidente al oído, el apóstol Pedro lo considera dicho en parábola, y en un asunto manifiesto busca una comprensión mística. Y es reprendido por el Señor, por qué considera dicho en parábola lo que ha sido hablado claramente. De esto advertimos que es un oyente defectuoso quien quiere entender lo oscuro claramente, o lo claramente dicho de manera oscura.

(Vers. 17, 18.) ¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre y se expulsa al excusado? Pero lo que sale de la boca, del corazón procede, y eso contamina al hombre. Todos los pasajes de los Evangelios están llenos de escándalos entre los herejes y los perversos. Y de esta pequeña sentencia algunos calumnian, diciendo que el Señor, ignorante de la discusión física, cree que todos los alimentos van al vientre y se digieren en el excusado, cuando inmediatamente los alimentos ingeridos se distribuyen por los miembros, venas, médulas y nervios. Por eso muchos, que por defecto del estómago sufren vómitos perpetuos, después de cenas y almuerzos, vomitan inmediatamente lo que han ingerido, y sin embargo son corpulentos: porque al primer contacto, el alimento y la bebida más líquidos se distribuyen por los miembros. Pero estos hombres, mientras quieren reprochar la ignorancia de otro, muestran la suya. Aunque el humor tenue y el alimento líquido, cuando ha sido cocido y digerido en las venas y miembros, se desliza por los conductos ocultos del cuerpo, que los griegos llaman πόρους, y va al excusado.

(Vers. 19, 20.) Porque del corazón salen los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios, blasfemias: estas son las cosas que contaminan al hombre. Pero comer con las manos sin lavar no contamina al hombre. Del corazón, dice, salen los malos pensamientos. Por lo tanto, el principio del alma no está, según Platón, en el cerebro, sino según Cristo en el corazón: y deben ser reprendidos por esta sentencia aquellos que creen que los pensamientos son introducidos por el diablo, y no nacen de la propia voluntad. El diablo puede ser ayudante e incitador de los malos pensamientos, pero no puede ser su autor. Pero si siempre está al acecho, y enciende con sus estímulos la leve chispa de nuestros pensamientos, no debemos pensar que también escudriña los secretos del corazón, sino que juzga por el hábito del cuerpo y los gestos lo que pensamos interiormente. Por ejemplo: Si nos ve mirar frecuentemente a una mujer hermosa, entiende que el corazón ha sido herido por el dardo del amor.

(Vers. 21, 22.) Y saliendo de allí Jesús, se retiró a las regiones de Tiro y Sidón. Y he aquí una mujer cananea que salió de aquellos confines clamó, diciéndole. Dejando a los escribas y fariseos calumniadores, pasa a las regiones de Tiro y Sidón, para curar a los tirios y sidonios. Pero la mujer cananea sale de sus antiguos confines, para clamar y obtener la salud de su hija. Observa que en el decimoquinto lugar se sana a la hija de la cananea.

Ten piedad de mí, Señor, hijo de David. De ahí sabe llamar al hijo de David, porque ya había salido de sus confines, y había dejado el error de los tirios y sidonios por el cambio de lugar y de fe.

Mi hija es atormentada por un demonio. Yo creo que las almas de los creyentes son la hija de la cananea, que eran atormentadas por un demonio, ignorando al Creador y adorando la piedra.

(Vers. 23.) Pero él no le respondió palabra. No por soberbia farisaica, ni por la altivez de los escribas; sino para no parecer contrario a su propia sentencia, por la cual había ordenado: No vayáis por el camino de los gentiles, ni entréis en las ciudades de los samaritanos (Arriba, X, 5). Pues no quería dar ocasión a los calumniadores y reservaba la salvación perfecta de los gentiles para el tiempo de la pasión y resurrección.

Y acercándose sus discípulos, le rogaban, diciendo: Despídela, porque clama tras nosotros. Los discípulos, aún ignorantes de los misterios del Señor en ese tiempo, o movidos por misericordia, rogaban por la mujer cananea, a quien otro evangelista llama sirofenicia

(Marcos VII), o deseando librarse de su importunidad; porque no la llamaba como a un clemente, sino como a un médico severo.

(Vers. 24.) Pero él respondiendo dijo: No he sido enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel. No porque no haya sido enviado también a los gentiles; sino porque primero fue enviado a Israel, para que al no recibir ellos el Evangelio, se hiciera justa la migración a los gentiles. Y significativamente dijo, a las ovejas perdidas de la casa de Israel; para que de este lugar también entendamos una oveja errante de otra parábola.

(Vers. 25, 26.) Pero ella vino y lo adoró, diciendo: Señor, ayúdame. Él respondiendo dijo: No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros. Admirable bajo la persona de la mujer cananea se predica la fe, paciencia y humildad de la Iglesia. Fe, con la que creyó que su hija podía ser sanada. Paciencia, con la que, despreciada tantas veces, persevera en sus súplicas. Humildad, con la que se compara no a los perros, sino a los perritos. Los perros son llamados gentiles por la idolatría, que entregados al consumo de sangre y cadáveres de muertos, se lanzan a la rabia. Nota que esta cananea perseverantemente primero llama hijo de David, luego Señor, y finalmente lo adora como a Dios.

(Vers. 27, 28.) Pero ella dijo: Sí, Señor. Porque también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Entonces respondiendo Jesús, le dijo: Oh mujer, grande es tu fe: hágase contigo como deseas. Y su hija fue sanada desde aquella hora. Sé, dice, que no merezco el pan de los hijos, ni puedo tomar los alimentos enteros; ni sentarme a la mesa con el padre; pero me contento con las sobras de los perritos; para que por la humildad de las migajas, llegue a la grandeza del pan entero. ¡Oh admirable conversión de las cosas! Israel, que antes era hijo, nosotros perros. Por la diversidad de la fe, el orden de los nombres se cambia. De ellos se dice después: Me rodearon muchos perros (Salmo XXI, 17). Y: Mirad a los perros, mirad a los malos obreros, mirad la mutilación (Filipenses III). Nosotros hemos oído con la sirofenicia, y con la mujer que tenía flujo de sangre: Grande es tu fe, hágase contigo como deseas. Y: Hija, tu fe te ha salvado.

(Vers. 29, 30.) Y pasando de allí Jesús, vino junto al mar de Galilea: y subiendo al monte, se sentó allí. Y se acercaron a él muchas multitudes, trayendo consigo mudos, ciegos, cojos, débiles, y muchos otros. Y los pusieron a sus pies. En el lugar donde el intérprete latino tradujo, débiles, en griego está escrito, κυλλοὺς, que no es un nombre general de debilidad, sino de una sola enfermedad: así como se dice cojo, quien cojea de un pie: así se llama κυλλὸς a quien tiene una mano débil. No tenemos la propiedad de esta palabra. Por eso en lo siguiente el evangelista expuso las sanidades de los demás débiles, pero calló sobre estos. Pues ¿qué sigue?

(Vers. 31.) Y los curó: de modo que las multitudes se maravillaban, viendo a los mudos hablar, a los cojos andar, a los ciegos ver: y magnificaban al Dios de Israel. De los κυλλοῖς calló, porque no tenía qué decir en contrario. Esto sobre una palabra. Observemos que, sanada la hija de la cananea, regresa a Judea, y al mar de Galilea, y sube al monte: y como un ave provoca a sus tiernos polluelos a volar; y allí se sienta, y las multitudes acuden a él, llevando o trayendo consigo a los oprimidos por diversas enfermedades: a quienes después de curar, les da alimentos; y completada esta obra, sube a la barca, y viene a los confines de Magdán. Y subiendo al monte, se sentó allí: y se acercaron a él las multitudes. Observa que los mudos, cojos y ciegos son llevados al monte, para que allí sean curados por el Señor.

(Vers. 32.) Jesús, convocando a sus discípulos, dijo: Tengo compasión de la multitud, porque ya hace tres días que permanecen conmigo, y no tienen qué comer. Y no quiero despedirlos

en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino. Quiere alimentar a quienes ha curado, primero quita las debilidades, para luego ofrecer alimentos a los sanos. También convoca a sus discípulos, y les habla de lo que va a hacer, para dar ejemplo a los maestros de que los consejos deben ser compartidos con los menores y discípulos, o para que comprendan por la conversación la magnitud del signo, respondiendo que no tienen panes en el desierto. Tengo compasión, dice, de la multitud, porque ya hace tres días que permanecen conmigo. Se compadece de la multitud, porque en el número de tres días, creían en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y no tienen qué comer. La multitud siempre tiene hambre, y necesita alimentos, a menos que sea saciada por el Señor. Y no quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino. Tenían hambre después de grandes debilidades, y esperaban con paciencia los futuros alimentos. Jesús no quiere despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino. Por lo tanto, corre peligro quien sin el pan celestial se apresura a llegar a la mansión deseada. Por eso el ángel dice a Elías: Levántate y come, porque tienes un largo camino por recorrer (III Reyes XIX, 7).

(Vers. 33 y siguientes.) Y le dicen sus discípulos: ¿De dónde, pues, en el desierto tenemos tantos panes, para saciar a tanta multitud? Y Jesús les dijo: ¿Cuántos panes tenéis? Y ellos dijeron: Siete, y unos pocos pececillos, y mandó a la multitud que se recostara sobre la tierra. Y tomando los siete panes y los peces, y dando gracias, los partió, y los dio a sus discípulos: y los discípulos los dieron al pueblo. Y comieron todos, y se saciaron. Y lo que sobró de los fragmentos, recogieron siete canastas llenas. Eran, pues, los que comieron cuatro mil hombres, sin contar a los niños y mujeres. Y despedida la multitud, subió a la barca, y vino a los confines de Magedán [Μαγδαλά]. De este signo ya hemos hablado antes, y repetir lo mismo es ocioso: solo en lo que difiere, nos detendremos. Arriba leímos: Al atardecer, se acercaron a él los discípulos, diciendo: El lugar es desierto (Arriba, XIV, 15), y lo demás. Aquí, convocando a los discípulos, el mismo Señor habla: Tengo compasión de la multitud, porque ya hace tres días que permanecen conmigo. Allí había cinco panes y dos peces: aquí siete panes y unos pocos pececillos. Allí se recuestan sobre la hierba: aquí sobre la tierra. Allí los que comen son cinco mil, según el número de panes que comen: aquí cuatro mil. Allí se llenan doce cestas de los fragmentos sobrantes: aquí siete canastas. En el signo anterior, porque eran cercanos y vecinos de los cinco sentidos, no el mismo Señor se acuerda de ellos, sino los discípulos: y se acuerdan al atardecer, cercana la noche, y ya inclinado el sol. Aquí, sin embargo, el mismo Señor se acuerda, y dice que se compadece, y expone la causa de la compasión: porque ya hace tres días que permanecen conmigo [Al. con él, y consigo], y no quiere despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino. Estos que se alimentan de los siete panes, es decir, en el número sagrado y perfecto, no son cinco mil, sino cuatro mil: número que siempre se pone en alabanza, y la piedra cuadrangular no fluctúa, y no es inestable; y por esta razón también los Evangelios están consagrados en ese número.

(Cap. XVI.---Vers. 1 y siguientes.) Y se acercaron a él los fariseos y saduceos tentándole, y le pidieron que les mostrara una señal del cielo. Pero él respondiendo, les dijo: Al atardecer, decís, habrá buen tiempo; porque el cielo está rojo: y por la mañana, hoy habrá tempestad; porque el cielo está rojo y triste. Sabéis, pues, discernir el aspecto del cielo, pero no podéis conocer las señales de los tiempos. Una generación mala y adúltera busca una señal, y no se le dará señal, sino la señal del profeta Jonás. Esto no se encuentra en muchos códices: y el sentido es claro, que del orden y constancia de los elementos, se pueden prever los días serenos y lluviosos. Pero los escribas y fariseos, que parecían ser doctores de la ley, no pudieron entender la venida del Salvador por la profecía.

(Vers. 5.) Y dejándolos, se fue, y cuando sus discípulos llegaron al otro lado del mar, se olvidaron de llevar panes. Y él les dijo. Dejando a los escribas y fariseos, a quienes había

dicho: Una generación mala y adúltera busca una señal, y no se le dará señal, sino la señal del profeta Jonás, correctamente se fue al otro lado del mar, y siguió a los pueblos gentiles. Pero ya se ha dicho qué significa la señal de Jonás.

(Vers. 6, 7.) Mirad, y guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos. Pero ellos pensaban entre sí, diciendo: Porque no hemos traído panes. Quien se guarda de la levadura de los fariseos y saduceos, no observa los preceptos de la ley y la letra, descuida las tradiciones de los hombres, para cumplir el mandamiento de Dios.

(Vers. 8 y siguientes.) Pero Jesús, sabiendo esto, les dijo: ¿Por qué pensáis entre vosotros, hombres de poca fe, que no tenéis panes? ¿Todavía no entendéis, ni os acordáis de los cinco panes, y de los cinco mil hombres, y cuántas cestas recogisteis? Ni de los siete panes, de los cuatro mil hombres, y cuántas canastas recogisteis? ¿Por qué no entendéis que no os hablé del pan, sino de que os guardéis de la levadura de los fariseos y saduceos? Entonces entendieron que no les había dicho que se guardaran de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y saduceos. Por ocasión del precepto que el Salvador había ordenado, diciendo: Guardaos de la levadura de los fariseos y saduceos, les enseña qué significan los cinco panes, y los siete: los cinco mil hombres, y los cuatro mil, que fueron alimentados en el desierto; que aunque la magnitud de los signos es evidente, sin embargo, también otra cosa se muestra en la inteligencia espiritual. Pues si la levadura de los fariseos y saduceos no significa el pan corporal, sino las tradiciones perversas y las doctrinas heréticas; ¿por qué no significan también los alimentos con los que se nutre el pueblo de Dios la verdadera doctrina íntegra? Alguien podría preguntar y decir: ¿Cómo no tenían panes, si inmediatamente después de llenar las siete canastas, subieron a la barca, y llegaron a los confines de Magedán: y allí oyen navegando, que deben guardarse de la levadura de los fariseos y saduceos? Pero la Escritura testifica que se olvidaron de llevarlos consigo. Esta es la levadura, de la que también el Apóstol habla; Un poco de levadura leuda toda la masa (I Cor. V, 6). Esta levadura, que debe evitarse por todos los medios, la tuvieron Marción, y Valentín, y todos los herejes. La levadura tiene esta propiedad, que si se mezcla con la harina, lo que parecía pequeño, crece a mayor tamaño, y lleva toda la mezcla a su sabor: así también la doctrina herética, si lanza una pequeña chispa en tu pecho, en breve crece una gran llama, y atrae hacia sí toda la posesión del hombre. Finalmente, sigue: Entonces entendieron que no les había dicho que se guardaran de la levadura del pan, sino de la doctrina de los fariseos y saduceos.

LIBRO TERCERO.

(Vers. 13.) 121 Pero Jesús vino a las regiones de Cesarea de Filipo. Este Felipe es el hermano de Herodes, de quien hemos hablado antes, tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, quien en honor de Tiberio César construyó Cesarea, que ahora se llama Paneas, y en honor de César, y también de su propio nombre, la llamó Cesarea de Filipo, y está en la provincia de Fenicia: imitando a Herodes su padre, quien en honor de Augusto César llamó Cesarea a la que antes se llamaba torre de Estratón: y por el nombre de su hija construyó Julias más allá del Jordán. Este es el lugar de Cesarea de Filipo, donde nace el Jordán 122 al pie del Líbano, y tiene dos fuentes, una llamada Jor, y la otra Dan, que al mezclarse forman el nombre de Jordán.

Y preguntaba a sus discípulos, diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? No dijo, ¿quién dicen los hombres que soy yo?, sino el Hijo del Hombre: para no parecer que preguntaba jactanciosamente sobre sí mismo. Y nota que dondequiera que está escrito en el Antiguo Testamento, hijo del hombre, en hebreo se ha puesto, hijo de Adán. Como es aquello que leemos en el salmo: Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo seréis de

corazón pesado? (Salmo IV, 3), que en hebreo se dice, hijos de Adán. Hermosamente pregunta: ¿Quién dicen 123 los hombres que es el Hijo del Hombre? porque quienes hablan del Hijo del Hombre, son hombres: quienes entienden su divinidad, no son llamados hombres, sino dioses.

(Vers. 14.) Pero ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista, otros, Elías, otros, Jeremías, o uno de los profetas. Jesús les dice. Me sorprende que algunos intérpretes busquen las causas de los errores de cada uno, y tejan una larguísima discusión, sobre por qué nuestro Señor Jesucristo fue considerado por algunos como Juan, por otros como Elías, por otros como Jeremías, o uno de los profetas: cuando pudieron errar en Elías y Jeremías, como Herodes erró en Juan, diciendo: A quien yo decapité, Juan, él ha resucitado de los muertos, y las virtudes obran en él (Marcos VI, 16).

(Vers. 15, 16.) Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Prudente lector, observa que de las palabras siguientes y del contexto del discurso, los apóstoles no son llamados hombres, sino dioses. Pues cuando dijo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?, añadió: Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo? A aquellos, porque son hombres, opinando humanamente; a vosotros que sois dioses, ¿quién pensáis que soy yo? Pedro, en nombre de todos los apóstoles, profesa: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo. Llama a Dios vivo, para distinguirlo de aquellos dioses que se consideran dioses, pero están muertos: significando a Saturno, Júpiter, Venus, Minerva, Liber, Hércules, y los demás monstruos de los ídolos.

(Vers. 17.) Respondió Jesús y le dijo: Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. El testimonio de los Apóstoles sobre sí mismos devuelve el favor. Pedro había dicho: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo; la verdadera confesión recibió su recompensa: Bienaventurado eres, Simón Barjona. ¿Por qué? porque no te lo reveló carne ni sangre, sino que te lo reveló el Padre. Lo que carne y sangre no pudieron revelar, fue revelado por la gracia del Espíritu Santo. Por lo tanto, de la confesión obtiene el nombre, que tiene la revelación del Espíritu Santo, de quien también debe ser llamado hijo. Pues Barjona en nuestra lengua significa, hijo de la paloma. Otros simplemente entienden que Simón, es decir, Pedro, es hijo de Juan, según la pregunta de otro lugar: Simón de Juan, ¿me amas? (Juan XXI, 15). Quien respondió: Señor, tú lo sabes. Y quieren que por un error de los escribas, en lugar de Bar Joanna, es decir, hijo de Juan, se haya escrito Barjona, con una sílaba menos. Joanna se interpreta como, gracia del Señor. Ambos nombres pueden entenderse místicamente, ya que la paloma significa el Espíritu Santo; y la gracia de Dios, un don espiritual. También lo que dice: Porque carne y sangre no te lo revelaron, se compara con la narración apostólica, en la que dice: Inmediatamente no consulté con carne y sangre (Gálatas I, 16), significando allí carne y sangre, a los judíos, para que aquí también se demuestre en otro sentido, que Cristo, el Hijo de Dios, le fue revelado no por la doctrina de los fariseos, sino por la gracia de Dios.

(Vers. 18.) Y yo te digo. ¿Qué significa lo que dice: Y yo te digo? Porque tú me dijiste: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo: y yo te digo, no con palabras vanas, y sin obra alguna, sino te digo: porque decir mío, es hacer.

Porque tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Así como él mismo dio luz a los apóstoles, para que fueran llamados luz del mundo, y recibieron otros nombres del Señor: así también a Simón, que creía en la piedra que es Cristo, le otorgó el nombre de Pedro. Según la metáfora de la piedra, se le dice correctamente: Edificaré mi Iglesia sobre ti.

Y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Yo creo que las puertas del infierno son los vicios y pecados: o ciertamente las doctrinas de los herejes, por las cuales los hombres son seducidos y llevados al tártaro. Que nadie piense que se dice de la muerte, que los apóstoles no estuvieron sujetos a la condición de la muerte, cuyos martirios se ven resplandecer.

(Vers. 19.) Y te daré las llaves del reino de los cielos. Y todo lo que ates en la tierra, será atado en los cielos: y todo lo que desates en la tierra, será desatado en los cielos. Este lugar, los obispos y presbíteros, al no entenderlo, asumen algo de la soberbia de los fariseos, para condenar a los inocentes, o creen que pueden absolver a los culpables; cuando ante Dios no se busca la sentencia de los sacerdotes, sino la vida de los acusados. Leemos en Levítico (Cap. XIV) sobre los leprosos, donde se les ordena que se presenten a los sacerdotes, y si tienen lepra, entonces sean declarados impuros por el sacerdote: no porque los sacerdotes hagan leprosos e impuros; sino porque tienen el conocimiento del leproso y del no leproso, y pueden discernir quién es puro y quién es impuro. Así como allí el sacerdote hace puro o impuro al leproso: así también aquí el obispo y el presbítero atan o desatan, no a los que son inocentes o culpables; sino que, en el ejercicio de su oficio, cuando escuchan las diversas confesiones de pecados, saben quién debe ser atado y quién desatado.

(Vers. 20.) Entonces mandó a sus discípulos que no dijeran a nadie que él era Jesús el Cristo. Antes, al enviar a los discípulos a predicar, les había ordenado que anunciaran su venida: aquí les mandó que no dijeran que él era Jesús el Cristo. Me parece que es diferente predicar a Cristo que a Jesús el Cristo. Cristo es un nombre común de dignidad: Jesús es el nombre propio del Salvador. Puede ser que antes de la pasión y resurrección no quisiera ser predicado; para que después de completar el sacramento de la sangre, dijera más oportunamente a los apóstoles: Id y enseñad a todas las naciones (Mateo último 19), etc. Para que nadie piense que esto es solo de nuestra interpretación, y no del sentido evangélico, lo que sigue expone las razones de la prohibición de la predicación en ese momento.

(Vers. 21.) Desde entonces comenzó Jesús a mostrar a sus discípulos que debía ir a Jerusalén, y sufrir mucho de los ancianos y escribas, y de los principales sacerdotes, y ser muerto, y resucitar al tercer día. Y el sentido es: Entonces predicadme, cuando haya sufrido estas cosas, porque no es útil predicar públicamente a Cristo, y divulgar su majestad entre el pueblo, a quien pronto verán azotado y crucificado, y sufrir mucho de los ancianos, y escribas, y principales sacerdotes. Y ahora Jesús sufre mucho de aquellos que nuevamente crucifican para sí al Hijo de Dios (Hebreos VI): y aunque se consideran ancianos en la Iglesia, y principales sacerdotes, siguiendo la letra simple, matan al Hijo de Dios, que se siente completamente en el espíritu.

(Vers. 22, 23.) Y tomando Pedro a Jesús aparte, comenzó a reprenderle, diciendo: Señor, ten compasión de ti mismo; en ninguna manera te sucederá esto. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: Quítate de delante de mí, Satanás; me eres tropiezo, porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres. Hemos dicho muchas veces que Pedro tenía un amor y ardor inmenso por el Señor Salvador. Porque después de su confesión, en la que había dicho: Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo; y la recompensa del Salvador, que había escuchado: Bienaventurado eres, Simón Barjona, porque no te lo reveló carne ni sangre; sino mi Padre que está en los cielos, de repente escucha del Señor, que debe ir a Jerusalén, y allí sufrir mucho de los ancianos y escribas, y principales sacerdotes, y ser muerto, y resucitar al tercer día, no quiere destruir su confesión; ni cree posible que el Hijo de Dios sea muerto: y lo toma en su afecto, o lo lleva aparte, para no parecer que reprende al maestro en presencia de los

demás discípulos, y comenzó a reprenderle con afecto de amor, y deseando decir: Señor, ten compasión de ti mismo: o como mejor se tiene en griego, ἰλέως σοι, Κύριε, οὐ μὴ ἔσται σοι τοῦτο, es decir, sé propicio a ti mismo, Señor, no te sucederá esto: no puede ser, ni mis oídos pueden aceptar que el Hijo de Dios deba ser muerto. A quien el Señor, volviéndose, dice: Quítate de delante de mí, Satanás; me eres tropiezo. Satanás se interpreta como, adversario, o contrario. Porque hablas cosas contrarias a mi voluntad, debes ser llamado adversario. Muchos piensan que no fue Pedro quien fue reprendido, sino el espíritu adversario, que sugería al Apóstol que dijera estas cosas. Pero a mí, este error apostólico, y que viene del afecto de piedad, nunca me parecerá un incentivo del diablo: Quítate de delante de mí, Satanás. Se dice al diablo: Quítate de delante de mí. Pedro escucha: Quítate de delante de mí, es decir, sigue mi sentencia: porque no piensas en las cosas de Dios, sino en las de los hombres. Es mi voluntad, y la del Padre (cuya voluntad he venido a hacer (Juan VI) que muera por la salvación de los hombres, tú considerando solo tu voluntad, no quieres que el grano de trigo caiga en la tierra, para que produzca muchos frutos (Juan XII). El lector prudente investigue cómo después de tanta bienaventuranza: Bienaventurado eres, Simón Barjona; y: Tú eres Pedro; y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; y: Te daré las llaves del reino de los cielos; y: Lo que ates o desates en la tierra, será atado o desatado en el cielo; ahora escucha: Quítate de delante de mí, Satanás; me eres tropiezo. ¿O cuál es la conversión tan repentina, que después de tantas recompensas, se le llame Satanás? Pero si considera quien esto pregunta, entenderá que aquella bendición y bienaventuranza, y potestad, y edificación sobre él de la Iglesia, fue prometida a Pedro en el futuro, no dada en el presente. Edificaré, dice, sobre ti mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y: Te daré las llaves del reino de los cielos. Todo en futuro, que si se lo hubiera dado inmediatamente, nunca en él habría encontrado lugar el error de una opinión equivocada.

(Vers. 24 y siguientes.) Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo; y tome su cruz, y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá. Pero el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. ¿De qué le sirve al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? Quien depone al hombre viejo con sus obras (Colosenses III), se niega a sí mismo diciendo: Vivo, pero ya no yo, sino que Cristo vive en mí (Gálatas II, 20): toma su cruz, y se crucifica al mundo. Y a quien el mundo está crucificado, sigue al Señor crucificado.

¿O qué dará el hombre a cambio de su alma? Por Israel se da como intercambio Egipto y Etiopía, y Syene (Isaías XLIII, 3, 4): por el alma humana, la única retribución es la que canta el salmista: ¿Qué daré al Señor por todos sus beneficios para conmigo? Tomaré la copa de la salvación, e invocaré el nombre del Señor (Salmo CXV, 3).

(Vers. 27.) Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles; y entonces pagará a cada uno según sus obras. Pedro, escandalizado por la predicación de la muerte del Señor, había sido reprendido por la sentencia del Señor: los discípulos son provocados a negarse a sí mismos, y a tomar su cruz, y a seguir al maestro con ánimo de morir. Gran terror de los oyentes, y que puede, al estar aterrorizado el príncipe de los apóstoles, infundir miedo también a los demás: por eso a las cosas tristes suceden las alegres, y dice: El Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles. Temes la muerte, escucha la gloria del triunfante. Temes la cruz, escucha el ministerio de los ángeles. Y entonces, dice, pagará a cada uno según sus obras (Romanos X, 12). No hay distinción entre judío y gentil, hombre y mujer, pobres y ricos, donde no se consideran las personas, sino las obras.

(Vers. 28.) De cierto os digo, que hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean al Hijo del Hombre viniendo en su reino. Quiso curar el terror de los apóstoles con la esperanza de las promesas, diciendo: El Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles. Además, añadió la autoridad del juez: y pagará a cada uno según sus obras. La silenciosa cogitación de los apóstoles podría soportar tal escándalo: ahora dices que la muerte y la matanza están por venir: pero lo que prometes que estarás en la gloria del Padre con el ministerio de los ángeles, y con el poder del juez, esto será en días, y se diferirá a tiempos largos. Previendo, pues, el concededor de los ocultos lo que podrían objetar, compensa el temor presente con la recompensa presente. ¿Qué dice entonces: Hay algunos de los que están aquí, que no gustarán la muerte, hasta que vean al Hijo del Hombre viniendo en su reino; para que tal como es después de venir, por vuestra incredulidad se demuestre en el tiempo presente.

(Cap. XVII.---Vers. 1.) Y después de seis días, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano. Por qué Pedro, Jacobo y Juan en algunos lugares de los Evangelios se separan de los demás; o qué privilegio tienen sobre los otros apóstoles, lo hemos dicho a menudo. Ahora se pregunta cómo después de seis días los tomó, y los llevó a un monte alto aparte: cuando el evangelista Lucas pone el número ocho (Lucas IX). Pero la respuesta es fácil, porque aquí se ponen los días intermedios, allí se añade el primero y el último. No se dice: Después de ocho días Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan; sino al octavo día.

Los lleva a un monte alto aparte. Llevar a los discípulos a las alturas, es parte del reino. Son llevados aparte, porque muchos son llamados, pero pocos elegidos (Mateo XX, 16, y XXII, 14).

(Vers. 2.) Y se transfiguró delante de ellos. Tal como será en el tiempo de juzgar, así apareció a los apóstoles. Pero lo que dice: Se transfiguró delante de ellos, que nadie piense que perdió su forma y rostro anterior, o que perdió la verdad de su cuerpo, y asumió un cuerpo espiritual o aéreo; sino cómo fue transformado, el evangelista lo muestra, diciendo.

Y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestiduras se hicieron blancas como la nieve. Donde se muestra el resplandor del rostro, y se describe el candor de las vestiduras, no se quita la sustancia, sino que se cambia la gloria. Resplandeció su rostro como el sol. Ciertamente el Señor fue transformado en aquella gloria, en la que vendrá después en su reino. La transformación añadió esplendor, no quitó el rostro. Sea que el cuerpo fuera espiritual, ¿acaso también las vestiduras fueron cambiadas, que fueron tan blancas, que otro evangelista dijo: Como ningún batanero en la tierra puede hacer (Marcos IX, 2). Pero lo que un batanero puede hacer en la tierra, es corporal, y está sujeto al tacto, y no es espiritual y aéreo, que engañe a los ojos, y solo se vea en un fantasma.

(Vers. 3.) Y he aquí, les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él. A los escribas y fariseos que lo tentaban, y pedían señales del cielo, no quiso darles, sino que refutó su mala petición con una respuesta prudente. Aquí, sin embargo, para aumentar la fe de los apóstoles, da una señal del cielo, con Elías descendiendo de donde había subido; y Moisés resucitando de entre los muertos: lo que también se le ordena a Acáz por medio de Isaías, que pida una señal de lo alto, o del infierno (Isaías VII, y IV Reyes II). Pues lo que se dijo: Les aparecieron Moisés y Elías, hablando con él; y en otro Evangelio se refiere, que le anunciaron lo que iba a sufrir en Jerusalén (Lucas IX): Se muestra la Ley y los profetas, que anunciaron con frecuentes voces la pasión del Señor y su resurrección.

(Vers. 4.) Respondiendo Pedro, dijo a Jesús: Señor, bueno es que estemos aquí. Quien había subido a las alturas, no quiere descender a lo terrenal; sino permanecer siempre en lo sublime.

Si quieres, hagamos aquí tres tiendas: Una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Te equivocas, Pedro, como también lo testimonia otro evangelista. No sabes lo que dices (Lucas IX). No busques tres tiendas, cuando hay una sola tienda del Evangelio, en la que la Ley y los Profetas deben ser recapitulados. Pero si buscas tres tiendas, de ninguna manera compares a los siervos con el Señor, sino haz tres tiendas: más bien una para el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo; para que aquellos cuya divinidad es una, también sea una en tu corazón la tienda.

(Vers. 5.) Mientras él aún hablaba, he aquí, una nube luminosa los cubrió. Y he aquí, una voz desde la nube, que decía: Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia: a él oíd. Porque había preguntado imprudentemente, por eso no merece la respuesta del Señor, sino que el Padre responde por el Hijo, para que se cumpla la palabra del Señor: Yo no doy testimonio de mí mismo, sino que el Padre que me envió, él da testimonio de mí (Juan V, 37, y VIII, 18). La nube parece luminosa, y los cubre: para que quienes buscaban una tienda carnal de hojas, o de tiendas, sean cubiertos por la sombra de la nube luminosa. También se escucha la voz del cielo del Padre hablando, que da testimonio al Hijo; y a Pedro, quitado el error, le enseña la verdad: más bien a través de Pedro a los demás apóstoles. Este es, dice, mi Hijo amado: a él se debe fijar la tienda, a él se debe obedecer. Este es el hijo, ellos son siervos: Moisés y Elías deben también preparar una tienda para el Señor en los recintos de su corazón.

(Vers. 6.) Y al oír esto los discípulos, cayeron sobre sus rostros, y tuvieron gran temor. Por tres razones se aterrorizan, o porque se dieron cuenta de que habían errado, o porque la nube luminosa los cubrió, o porque habían oído la voz de Dios Padre hablando: porque la fragilidad humana no puede soportar la visión de una gloria mayor, y temblando con todo el ánimo y cuerpo, cae al suelo. Cuanto más alguien busca cosas más grandes, tanto más colapsa hacia lo inferior, si desconoce su medida.

(Vers. 7.) Y Jesús se acercó, y los tocó. Porque ellos yacían, y no podían levantarse, él se acerca con clemencia, y los toca, para que con el toque ahuyente el temor, y se fortalezcan los miembros debilitados.

Y les dijo: Levantaos, y no temáis. A quienes había sanado con su mano, los sana con su mandato. No temáis. Primero se expulsa el temor, para que después se les dé la doctrina.

(Vers. 8.) Y alzando ellos sus ojos, no vieron a nadie, sino a Jesús solo. Razonablemente después de que se levantaron, no vieron a nadie sino a Jesús solo: para que si Moisés y Elías hubieran permanecido con el Señor, la voz del Padre parecería incierta, a quién principalmente daba testimonio. Ven, pues, a Jesús de pie, desaparecida la nube, y Moisés y Elías se desvanecieron: porque después de que la sombra de la Ley y los Profetas se ha ido, que con su velo cubría a los apóstoles, ambas luces se encuentran en el Evangelio.

(Vers. 9.) Y mientras descendían del monte, Jesús les mandó, diciendo: No digáis a nadie la visión, hasta que el Hijo del Hombre resucite de los muertos. La premeditación del reino futuro, y la gloria del triunfante fue mostrada en el monte. Por lo tanto, no quiere que esto se predique entre el pueblo, para que no sea increíble por la magnitud del hecho, y después de tanta gloria, la cruz siguiente cause escándalo en las mentes rudas.

(Vers. 10.) Y le preguntaron sus discípulos, diciendo: ¿Por qué dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? Si no conocemos las razones por las cuales los discípulos preguntaron sobre el nombre de Elías, su pregunta parece tonta y extraordinaria. ¿Qué tiene que ver con lo que se ha escrito antes preguntar sobre la venida de Elías? Es tradición de los fariseos, según el profeta Malaquías (que es el último de los doce), que Elías vendrá antes de la venida del Salvador, y volverá el corazón de los padres hacia los hijos, y el de los hijos hacia los padres, y restaurará todo a su estado antiguo (Malaquías IV). Por lo tanto, los discípulos piensan que esta transformación de gloria es la que ven en el monte, y dicen: Si ya has venido en gloria, ¿cómo es que tu precursor no aparece, especialmente porque habían visto a Elías retirarse? Cuando añaden: Los escribas dicen que es necesario que Elías venga primero: Al decir primero, muestran que si Elías no ha venido, no es según las Escrituras la venida del Salvador.

(Vers. 11, 12.) Pero él, respondiendo, les dijo: Elías ciertamente vendrá, y restaurará todas las cosas. Pero os digo que Elías ya ha venido. Aquel que vendrá en el segundo advenimiento del Salvador, según la fe del cuerpo, ahora ha venido a través de Juan en virtud y espíritu.

Y no le reconocieron; sino que hicieron con él lo que quisieron: Esto es, lo despreciaron y lo decapitaron.

(Vers. 13.) Así también el Hijo del hombre padecerá de ellos. Entonces entendieron los discípulos que les había hablado de Juan el Bautista. Sin embargo, se pregunta cómo, si Herodes y Herodías mataron a Juan, se dice que también crucificaron a Jesús, cuando leemos que fue asesinado por los escribas y fariseos. Y brevemente se debe responder que en la muerte de Juan también consintió la facción de los fariseos, y en la muerte del Señor Herodes unió su voluntad: quien, después de burlarse y despreciarlo, lo envió a Pilato para que lo crucificaran.

(Vers. 14, 15.) Señor, ten misericordia de mi hijo, porque es lunático y sufre mucho: pues muchas veces cae en el fuego, y a menudo en el agua. Y lo presenté a tus discípulos, y no pudieron curarlo. La razón por la cual el demonio, observando el curso de la luna, ataca a los hombres, y se esfuerza por infamar al Creador a través de las criaturas, ya lo hemos dicho. Sin embargo, me parece que, según la tropología, es lunático quien se cambia a los vicios con el paso de las horas, y no persiste en lo comenzado, sino que crece y decrece: y ahora se lleva al fuego, donde los corazones de los adúlteros están encendidos (Oseas VII): ahora al agua, que no puede extinguir la caridad. Pero cuando dice: Lo presenté a tus discípulos, y no pudieron curarlo, acusa sutilmente a los apóstoles, cuando la imposibilidad de curar a veces no se refiere a la debilidad de los que curan, sino a la fe de los que deben ser curados, como dice el Señor. Que se haga según tu fe (Marcos V, 34, y X, 52).

(Vers. 16.) Pero Jesús, respondiendo, dijo: ¡Oh generación incrédula y perversa! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré? Traédmelo aquí. No porque estuviera vencido por el tedio, y siendo manso y humilde, que no abrió su boca como cordero ante el que lo trasquila (Isaías LIII), ni estalló en palabras de ira; sino que, a semejanza de un médico, si ve al enfermo comportarse contra sus prescripciones, dice: ¿Hasta cuándo iré a tu casa, hasta cuándo perderé la habilidad de mi arte, ordenando yo una cosa, y tú haciendo otra? Sin embargo, no está enojado con el hombre, sino con el vicio; y a través de un hombre reprende a los judíos por su infidelidad, de modo que inmediatamente añadió: Traédmelo aquí.

(Vers. 17.) Y Jesús lo reprendió, y el demonio salió de él, y el niño fue curado desde aquella hora. No debía ser reprendido el que sufría, sino el demonio. O bien reprendió al niño, y el demonio salió de él: porque por sus pecados había sido oprimido por el demonio.

(Vers. 18.) Y dijeron: ¿Por qué nosotros no pudimos echarlo? Jesús les dijo: Por vuestra incredulidad. En verdad os digo. Esto es lo que en otro lugar dice: Todo lo que pidáis en mi nombre, creyendo, lo recibiréis (Juan XV, 2). Por lo tanto, cada vez que no recibimos, no es por la imposibilidad del que concede, sino por la culpa de los que piden.

(Vers. 19.) Si tuvierais fe como un grano de mostaza, diríais a este monte: Pásate de aquí, y se pasará: y nada os será imposible. Algunos piensan que la fe comparada con el grano de mostaza se dice pequeña, porque el reino de los cielos se compara con un grano de mostaza; cuando el apóstol dice: Y si tuviera toda la fe, de tal manera que trasladara montes (I Cor. XV, 2). Por lo tanto, es grande la fe que se iguala al grano de mostaza. La traslación del monte no se refiere a aquel que vemos con los ojos de la carne, sino a aquel que fue trasladado por el Señor del lunático. Porque lo que dice: Diréis a este monte, pásate de aquí, y se pasará, se entiende del demonio. Por lo cual deben ser reprendidos por su necedad aquellos que sostienen que los apóstoles, y todos los creyentes, no tuvieron ni siquiera una pequeña fe: porque ninguno de ellos trasladó montes. Pues no es tan útil la traslación de un monte de un lugar a otro: y no se debe buscar una vana ostentación de señales; cuanto más útil es para todos que este monte sea trasladado, que por el profeta se dice que corrompe toda la tierra (Zacarías IV).

(Vers. 20.) Pero este género no sale sino con oración y ayuno. Mientras enseña cómo puede ser expulsado el demonio más malvado, instruye a todos para la vida.

(Vers. 21 y ss.) Mientras estaban en Galilea, Jesús les dijo: El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres, y lo matarán; y al tercer día resucitará. Y se entristecieron mucho. Siempre mezcla lo triste con lo próspero, para que cuando vengan de repente, no aterroricen a los apóstoles; sino que sean soportados por mentes que lo han premeditado: Si les entristece que será matado, debe alegrarles que se dice que resucitará al tercer día. Además, el hecho de que se entristezcan, y se entristezcan mucho, no proviene de la infidelidad (de lo contrario sabrían que Pedro fue reprendido por no saborear las cosas de Dios, sino las de los hombres) sino porque por el amor al maestro no soportan oír nada siniestro y humilde sobre él.

(Vers. 24.) Y cuando llegaron a Capernaum, se acercaron los que cobraban el didracma a Pedro, y dijeron: ¿No paga vuestro maestro el didracma? Él dijo: Sí. Después de Augusto César, Judea se convirtió en tributaria, y todos eran censados por cabeza. Por lo cual también José, con María su esposa, fue a Belén. Nuevamente, porque fue criado en Nazaret (que es una aldea de Galilea sujeta a la ciudad de Capernaum), según la costumbre piden tributos: y por la magnitud de las señales, los que exigían no se atreven a reclamarle a él mismo, sino que se dirigen al discípulo, o preguntan maliciosamente: si paga tributos, o contradice la voluntad de César; según leemos en otro lugar: ¿Es lícito pagar tributo a César, o no? (Marcos XII, 14).

Y cuando entró en la casa, Jesús le anticipó, diciendo. Los que exigían el didracma se habían reunido aparte con Pedro. Y cuando entró en la casa, antes de que Pedro lo sugiriera, el Señor pregunta, para que los discípulos no se escandalicen por la demanda del tributo; al ver que él conoce lo que ha sucedido en su ausencia.

(Vers. 25.) ¿Qué te parece, Simón? ¿De quiénes cobran los reyes de la tierra tributo o censo, de sus hijos o de los extraños? Y él dijo: De los extraños. Jesús le dijo: Entonces los hijos están libres. Nuestro Señor, tanto según la carne como según el espíritu, era hijo de rey, ya sea por haber nacido de la estirpe de David, o por ser el Verbo del Padre omnipotente. Por lo tanto, no debía tributos como hijo de reyes, pero quien asumió la humildad de la carne, debía cumplir toda justicia. Y nosotros, infelices, que somos llamados por el nombre de Cristo, y no hacemos nada digno de tan gran majestad: él por nosotros soportó la cruz y pagó tributos, nosotros por su honor no pagamos tributos, y como hijos de rey estamos exentos de impuestos.

(Vers. 26.) Pero para que no los escandalicemos: ve al mar, y echa el anzuelo, y toma el primer pez que suba. Y abriendo su boca, encontrarás un estatero: tómallo, y dáselo por mí y por ti. No sé qué admirar primero en este lugar, si la presciencia o la grandeza del Salvador. La presciencia de que sabía que el pez tenía un estatero en la boca, y que él sería el primero en ser capturado. La grandeza y el poder, si a su palabra el estatero fue creado inmediatamente en la boca del pez, y lo que iba a suceder, él lo hizo hablando. Sin embargo, me parece que según los entendimientos místicos, este es el pez que fue capturado primero, que estaba en el fondo del mar, y moraba en las aguas saladas y amargas, para que por el segundo Adán fuera liberado el primer Adán: y lo que se encontró en su boca, es decir, en su confesión, se devolviera por Pedro y el Señor. Y bellamente se da el mismo precio, pero está dividido, porque por Pedro, como por pecador, se pagaba el precio: pero nuestro Señor no había cometido pecado, ni se halló engaño en su boca (Isaías LIII). Se llama estatero, que tiene dos didracmas, para que se mostrara la similitud de la carne, mientras con el mismo precio se liberan el siervo y el Señor. Pero también el entendimiento simple edifica al oyente: mientras el Señor fue de tal pobreza, que no tenía de dónde pagar tributos por él y el apóstol. Si alguien quisiera objetar: ¿y cómo Judas llevaba dinero en la bolsa? Responderemos, que consideró un sacrilegio convertir en uso propio lo que era de los pobres, y nos dio el mismo ejemplo.

(Cap. XVIII.---Vers. 1.) En aquella hora se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Quién piensas que es el mayor en el reino de los cielos? Lo que a menudo he advertido, también ahora debe observarse. Deben buscarse las causas de cada una de las palabras y acciones del Señor. Después de encontrar el estatero, después de pagar los tributos, ¿qué significa la repentina pregunta de los apóstoles? En aquella hora se acercaron los discípulos a Jesús diciendo, ¿Quién piensas que es el mayor en el reino de los cielos? Porque vieron que por Pedro y el Señor se pagó el mismo tributo, por la igualdad del precio, pensaron que Pedro era preferido a todos los apóstoles, quien en la entrega del tributo fue comparado con el Señor, por eso preguntan, ¿quién es el mayor en el reino de los cielos? Y viendo Jesús sus pensamientos, y entendiendo las causas del error, quiere sanar el deseo de gloria con la contención de la humildad.

(Vers. 2.) Y llamando Jesús a un niño, lo puso en medio de ellos, y dijo. O simplemente a cualquier niño, para que buscara la edad, y mostrara la semejanza de la inocencia. O ciertamente puso en medio de ellos a un niño, a sí mismo, que no vino para ser servido, sino para servir, para darles un ejemplo de humildad. Algunos interpretan al niño como el Espíritu Santo, que puso en los corazones de los discípulos, para que cambiaran el orgullo en humildad.

(Vers. 3.) En verdad os digo, que si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. No se ordena a los apóstoles que tengan la edad de los niños, sino que

tengan la inocencia, y lo que ellos poseen por años, estos lo posean por esfuerzo: que sean niños en malicia, no en sabiduría.

(Vers. 4.) Por tanto, cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos. Como este niño, cuyo ejemplo os doy, no persiste en la ira, no recuerda la ofensa, no se deleita al ver a una mujer hermosa, no piensa una cosa y dice otra; así también vosotros, si no tenéis tal inocencia y pureza de alma, no podréis entrar en el reino de los cielos. O de otra manera: Cualquiera que se humille como este niño, ese es el mayor en el reino de los cielos. Quien me imite, y se humille a sí mismo en mi ejemplo, para que se rebaje tanto como yo me rebajé, tomando la forma de siervo, ese entrará en el reino de los cielos (Filipenses II).

(Vers. 5.) Y cualquiera que reciba a un niño como este en mi nombre, a mí me recibe. Quien sea tal, que imite la humildad y la inocencia de Cristo, en él se recibe a Cristo. Y prudentemente, para que cuando se les lleve a los apóstoles, no piensen que son honrados, añadió, que no deben ser recibidos por su mérito, sino por el honor del maestro.

(Vers. 6.) Pero cualquiera que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí. Nota que quien se escandaliza es un niño: porque los mayores no reciben escándalos.

Le conviene que se le cuelgue una piedra de molino al cuello, y se le hunda en lo profundo del mar. Aunque esta pueda ser una sentencia general contra todos los que escandalizan a alguien, sin embargo, según la secuencia del discurso, también puede entenderse que se dijo contra los apóstoles, quienes al preguntar quién era el mayor en el reino de los cielos, parecían contender entre sí por la dignidad, y si hubieran permanecido en este vicio, podrían haber perdido a aquellos a quienes llamaban a la fe, por su escándalo, al ver a los apóstoles luchar entre sí por el honor. Pero lo que dijo: Le conviene que se le cuelgue una piedra de molino al cuello, habla según el rito de la provincia, donde esta fue la pena para los mayores crímenes entre los antiguos judíos, que fueran hundidos en lo profundo con una piedra atada. Le conviene, porque es mucho mejor recibir un castigo breve por la culpa, que ser reservado para tormentos eternos. Porque el Señor no juzgará dos veces sobre lo mismo (Nahum I).

(Vers. 7.) ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque es necesario que vengan escándalos. Pero ¡ay del hombre por quien viene el escándalo!

No porque sea necesario que vengan escándalos, de lo contrario serían sin culpa los que hacen escándalo, sino que, siendo necesario que en este mundo se hagan escándalos, cada uno por su vicio se expone a los escándalos. Al mismo tiempo, por una sentencia general, se reprende a Judas, quien había preparado su mente para la traición.

(Vers. 8, 9.) Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtalo y échalo de ti. Mejor te es entrar en la vida cojo o manco, que teniendo dos manos o dos pies ser echado en el fuego eterno. Y si tu ojo te escandaliza, sácalo y échalo de ti. Mejor te es entrar en la vida con un solo ojo, que teniendo dos ojos ser echado en el infierno de fuego. Es necesario que vengan escándalos: Sin embargo, ¡ay del hombre que hace lo que es necesario que suceda en el mundo, por su vicio, para que suceda por él! Por lo tanto, se trunca todo afecto, y se amputa toda proximidad, para que por ocasión de piedad, cada uno de los creyentes no se exponga a los escándalos. Si, dice, alguien está tan unido a ti, como la mano, el pie, el ojo, y es útil y solícito, y agudo para ver: pero te hace escándalo, y por la disonancia de costumbres te arrastra al infierno: es mejor que te prives de su proximidad y de los beneficios carnales, para que no, queriendo ganar parientes y necesarios, tengas causa de ruina. Por lo tanto, ni hermano, ni esposa, ni hijos, ni amigos, ni todo afecto que pueda excluirnos del reino de los cielos, debe ser preferido al amor

del Señor. Cada uno de los creyentes sabe qué le perjudica, o en qué se inquieta su alma, y a menudo es tentado. Es mejor llevar una vida solitaria, que perder la vida eterna por las necesidades de la vida presente.

(Vers. 10, 11.) Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños. Porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos. Porque el Hijo del hombre vino a salvar lo que se había perdido. Antes había dicho que toda proximidad y parentesco que pudiera causar escándalo debía ser amputada: por lo tanto, temple la austeridad de la sentencia con el precepto añadido, diciendo: Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños. Así, dice, ordeno severidad, como enseño a mezclar clemencia. En cuanto dependa de vosotros, no despreciéis, sino que por vuestra salvación busquéis también la sanidad de ellos. Pero si los veis perseverando en pecados, y sirviendo a los vicios, es mejor que vosotros solos seáis salvos, que perecer con muchos. Porque sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro del Padre. Gran dignidad de las almas, que cada una tenga desde el nacimiento un ángel delegado para su custodia. Por lo cual leemos en el Apocalipsis de Juan: Al ángel de Éfeso, de Tiatira, y al ángel de Filadelfia, y a los ángeles de las otras cuatro Iglesias escribe estas cosas (Apocalipsis I, 2, 3). El apóstol también ordena que las mujeres se cubran la cabeza en las iglesias, por causa de los ángeles (I Cor. XI).

(Vers. 12, 13.) ¿Qué os parece? Si un hombre tiene cien ovejas, y se extravía una de ellas: ¿no deja las noventa y nueve en los montes, y va a buscar la que se extravió? Y si sucede que la encuentra: en verdad os digo que se regocijará más por ella que por las noventa y nueve que no se extraviaron. Consecuentemente, provoca a la clemencia, quien había dicho antes: Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños, y añade la parábola de las noventa y nueve ovejas dejadas en los montes, y de una que se extravía, que el buen pastor, porque por su gran debilidad no podía caminar, la lleva sobre sus hombros de regreso al resto del rebaño. Algunos piensan que este es el pastor, que siendo en forma de Dios, no consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse; sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho obediente al Padre hasta la muerte, y muerte de cruz (Filipenses II, 6 y ss.): y por eso descendió a las cosas terrenales, para salvar a una ovejita que se había perdido, es decir, al género humano. Otros piensan que en las noventa y nueve ovejas se entiende el número de los justos; y en una ovejita, al pecador, según lo que en otro lugar dijo: No he venido a llamar a justos, sino a pecadores: porque no necesitan médico los sanos, sino los que están enfermos (Lucas V, 32). Esta parábola en el Evangelio según Lucas está escrita con otras dos parábolas de las diez dracmas y de los dos hijos (Lucas XV).

(Vers. 14.) Así, no es voluntad de vuestro Padre que está en los cielos que perezca uno de estos pequeños. Se refiere al tema anterior, del cual había dicho: Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños; y enseña que por eso se puso la parábola, para que los pequeños no sean despreciados. En lo que dice: No es voluntad de vuestro Padre que perezca uno de estos pequeños: cada vez que alguno de estos pequeños perece, se muestra que no ha perecido por voluntad del Padre.

(Vers. 15 y ss.) Si tu hermano peca contra ti, ve y corrígele entre tú y él a solas. Si te escucha, habrás ganado a tu hermano. Pero si no te escucha, lleva contigo a uno o dos más, para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra. Si no los escucha, dilo a la Iglesia. Y si no escucha a la Iglesia, sea para ti como un gentil y un publicano. Si nuestro hermano peca contra nosotros y nos hiere en cualquier causa, tenemos el poder, incluso la necesidad, de perdonar, ya que se nos manda perdonar a nuestros deudores. Pero si alguien peca contra Dios, no está en nuestro juicio. Pues la Escritura divina dice: Si un hombre peca contra otro,

el sacerdote intercederá por él. Pero si peca contra Dios, ¿quién intercederá por él? Nosotros, al contrario, somos benignos en la injuria a Dios, y ejercemos odio en nuestras ofensas. El hermano debe ser corregido en privado, para que si pierde la vergüenza y el pudor, no permanezca en pecado. Y si escucha, ganamos su alma, y por la salvación del otro, también se nos adquiere la salvación. Pero si no quiere escuchar, se debe llevar a un hermano. Si tampoco lo escucha, se debe llevar a un tercero, ya sea por el afán de corregir o de confrontar con testigos. Si tampoco quiere escuchar a estos, entonces se debe decir a muchos, para que lo tengan en detestación, y quien no pudo ser salvado por el pudor, sea salvado por la vergüenza. Cuando se dice: Sea para ti como un gentil y un publicano, se muestra que es de mayor detestación quien bajo el nombre de fiel actúa como infiel, que aquellos que abiertamente son gentiles. Los publicanos, según la tropología, son llamados así porque buscan las ganancias del mundo y exigen tributos mediante negociaciones, fraudes, robos y perjurios criminales.

(Vers. 18.) En verdad os digo: todo lo que atéis en la tierra, será atado en el cielo; y todo lo que desatéis en la tierra, será desatado en el cielo. Porque había dicho: Si no escucha a la Iglesia, sea para ti como un gentil y un publicano, y esta podría ser la respuesta oculta o el pensamiento tácito del hermano despreciador: si me desprecias, yo te desprecio; si me condenas, serás condenado por mi sentencia. Da poder a los apóstoles para que sepan que quienes son condenados por tales, la sentencia humana es confirmada por la sentencia divina, y lo que sea atado en la tierra, será atado también en el cielo.

(Vers. 19, 20.) De nuevo os digo: que si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra sobre cualquier cosa que pidan, les será concedida por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos. Todo el discurso anterior nos ha provocado a la concordia. Por lo tanto, también promete una recompensa, para que nos apresuremos más diligentemente hacia la paz, ya que se dice que estará en medio de dos o tres. Según el ejemplo del tirano, que quiso probar a dos amigos capturados (cuando uno regresó a visitar a su madre y dio al amigo como garantía), dejando a uno y liberando al otro. Cuando regresó en el día acordado, admirando la fidelidad de ambos, pidió ser el tercero. También podemos entender esto espiritualmente, que donde el espíritu y el alma y el cuerpo se ponen de acuerdo, y no tienen entre sí la guerra de voluntades diversas; con la carne deseando contra el espíritu, y el espíritu contra la carne, de cualquier cosa que pidan, obtendrán del Padre. Y no hay duda de que es la petición de cosas buenas, donde el cuerpo desea tener lo que el espíritu.

(Vers. 21, 22.) Entonces Pedro se acercó a él y le dijo: Señor, ¿cuántas veces pecará mi hermano contra mí y le perdonaré? ¿Hasta siete veces? Jesús le dijo: No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete. La palabra del Señor se mantiene firme y no puede romperse como un cordón triple. Antes había dicho: Mirad que no despreciéis a uno de estos pequeños; y había añadido: Si tu hermano peca contra ti, ve y corrígele entre tú y él a solas; y había prometido una recompensa, diciendo: Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra, obtendrán cualquier cosa que pidan; y yo estaré en medio de ellos. El apóstol Pedro, provocado, pregunta cuántas veces debe perdonar al hermano que peca contra él, y con la pregunta ofrece la sentencia, hasta siete veces. A lo que Jesús responde: No hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete, es decir, cuatrocientas noventa veces, para que perdone al hermano que peca tantas veces en un día, cuantas veces no pueda pecar.

(Vers. 23.) Por eso el reino de los cielos es semejante a un rey que quiso ajustar cuentas con sus siervos. Es familiar para los sirios y especialmente para los palestinos unir parábolas a todo su discurso: para que lo que no puede ser retenido por los oyentes mediante un simple

precepto, se retenga mediante similitud y ejemplos. Así, bajo la comparación de un rey y señor, y un siervo que debía diez mil talentos, rogando al señor, obtuvo el perdón; para que él también perdona a sus conservos que pecan en menor medida. Pues si aquel rey y señor perdonó tan fácilmente al siervo deudor de diez mil talentos, ¿cuánto más deben los siervos perdonar a sus conservos deudas menores? Para que sea más claro, digamos con un ejemplo: Si alguno de nosotros comete adulterio, homicidio, sacrilegio, crímenes mayores de diez mil talentos, se le perdonan si también perdona a los que pecan en menor medida. Pero si por una ofensa cometida somos implacables, y por una palabra amarga mantenemos discordias perpetuas: ¿no debemos ser justamente encarcelados, y con el ejemplo de nuestra obra hacer que no se nos perdona la venia de nuestros mayores delitos?

(Vers. 24 y ss.) Y cuando comenzó a ajustar cuentas, le fue presentado uno que le debía diez mil talentos. Como no tenía con qué pagar, su señor ordenó que fuera vendido él, su esposa, sus hijos y todo lo que tenía, y que se pagara la deuda. Pero el siervo, postrándose, le rogaba, diciendo: Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo. Compadecido el señor de aquel siervo, lo liberó y le perdonó la deuda. Al salir, aquel siervo encontró a uno de sus conservos que le debía cien denarios; y tomándolo, lo ahogaba, diciendo: Paga lo que debes. Y su conservo, postrándose, le rogaba, diciendo: Ten paciencia conmigo, y te lo pagaré todo. Pero él no quiso, sino que fue y lo echó en la cárcel hasta que pagara la deuda. Al ver sus conservos lo que sucedía, se entristecieron mucho, y fueron y contaron a su señor todo lo que había pasado. Entonces su señor lo llamó y le dijo: Siervo malvado, te perdoné toda aquella deuda porque me lo rogaste. ¿No debías tú también tener misericordia de tu conservo, como yo tuve misericordia de ti? Y enojado su señor, lo entregó a los verdugos hasta que pagara toda la deuda. Sé que algunos interpretan a aquel que debía diez mil talentos como el diablo, cuya esposa e hijos serían vendidos si persevera en la maldad, entendiendo por ellos la insensatez y los malos pensamientos. Pues así como la esposa del justo se llama sabiduría, así la esposa del injusto y pecador se llama necedad. Pero, ¿cómo le perdonaría el señor diez mil talentos, y él no perdonaría a sus conservos cien denarios? Esto no es interpretación eclesiástica, ni debe ser aceptado por hombres prudentes.

(Vers. 35.) Así también hará mi Padre celestial con vosotros, si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano. Es una sentencia temible, si según nuestra mente la sentencia de Dios se inclina y cambia. Si no perdonamos las pequeñas ofensas a los hermanos, no se nos perdonarán las grandes por Dios. Y porque cualquiera puede decir: no tengo nada contra él, él lo sabe: tiene a Dios como juez, no me importa lo que quiera hacer, yo le he perdonado; confirma su sentencia y derriba toda simulación de falsa paz, diciendo: Si no perdonáis de corazón cada uno a su hermano.

(Cap. XIX.---Vers. 1 y ss.) Y aconteció que cuando Jesús terminó estos discursos, partió de Galilea; y vino a los confines de Judea, al otro lado del Jordán: y le siguieron muchas multitudes y los curó allí. Y se acercaron a él los fariseos, tentándole y diciendo: ¿Es lícito al hombre repudiar a su esposa por cualquier causa? Había venido de Galilea a Judea: por eso la facción de los fariseos y escribas le pregunta: si es lícito al hombre repudiar a su esposa por cualquier causa, para atraparlo con un silogismo capcioso: y cualquiera que sea su respuesta, quede expuesto a la trampa. Si dice que las esposas deben ser repudiadas por cualquier causa y tomar otras, parecerá enseñar lo contrario de lo que predica la castidad. Pero si responde que no deben ser repudiadas por cualquier causa, será considerado culpable de sacrilegio; y se juzgará que actúa contra la doctrina de Moisés y de Dios a través de Moisés. Por lo tanto, el Señor modera su respuesta de tal manera que pasa por alto su trampa, citando la Escritura santa como testimonio, y oponiendo la ley natural y la primera sentencia de Dios a la

segunda; que no fue concedida por la voluntad de Dios, sino por la necesidad de los pecadores.

(Vers. 4.) Él les respondió: ¿No habéis leído que el que los hizo desde el principio, los hizo varón y hembra? Esto está escrito al principio del Génesis. Y al decir, varón y hembra, muestra que deben evitarse los segundos matrimonios. No dijo, varón y hembras, que es lo que se buscaba con el repudio de las primeras: sino varón y hembra, para que se unieran en la compañía de un solo cónyuge.

(Vers. 5, 6.) Y dijo: por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa: y serán dos en una sola carne. Así que ya no son dos, sino una sola carne. De manera similar dice, se unirá a su esposa, no a sus esposas. Y serán dos en una sola carne. La recompensa del matrimonio es que de dos se haga una sola carne. La castidad unida al espíritu, se convierte en un solo espíritu.

Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre. Dios unió, haciendo una sola carne del hombre y la mujer: esto no puede separarlo el hombre, a menos que tal vez solo Dios. El hombre separa, cuando por el deseo de una segunda esposa, repudia a la primera. Dios separa, quien también había unido, cuando de común acuerdo por el servicio de Dios (ya que el tiempo es corto) tenemos esposas como si no las tuviéramos (I Cor. VII).

(Vers. 7.) Le dijeron: ¿Por qué entonces mandó Moisés dar carta de divorcio y repudiarla? Abren la calumnia que habían preparado. Y ciertamente el Señor no había dado su propia sentencia, sino que había recordado la historia antigua y los mandamientos de Dios.

(Vers. 8.) Él les dijo: Moisés, por la dureza de vuestro corazón, os permitió repudiar a vuestras esposas: pero al principio no fue así. Lo que dice es de esta manera: ¿Acaso puede Dios ser contrario a sí mismo, para ordenar una cosa antes y romper su sentencia con un nuevo mandato? No debe pensarse así: sino que Moisés, al ver que por el deseo de segundas esposas, que fueran más ricas, más jóvenes o más hermosas, las primeras esposas eran asesinadas o llevaban una mala vida, prefirió permitir la discordia antes que persistieran los odios y homicidios (Deut. XXIV). Y considera que no dijo: Por la dureza de vuestro corazón os permitió Dios, sino Moisés: para que según el Apóstol (I Cor. VII) sea un consejo del hombre, no un mandato de Dios.

(Vers. 9.) Pero yo os digo que cualquiera que repudie a su esposa, salvo por causa de fornicación, y se case con otra, comete adulterio. Y el que se case con la repudiada, comete adulterio. Solo la fornicación vence el afecto de la esposa: más aún, cuando ella ha dividido una sola carne en otra por fornicación, y se ha separado del marido, no debe ser retenida: para que no haga al marido también bajo maldición, diciendo la Escritura: Quien retiene a una adúltera, es necio e impío. Dondequiera que haya fornicación, y sospecha de fornicación, la esposa es libremente repudiada. Y porque podría suceder que alguien calumniara a una inocente, y por una segunda unión matrimonial, imputara un crimen a la primera, se le ordena repudiar a la primera esposa de tal manera que no tenga una segunda mientras viva la primera. Pues lo que dice es tal que: Si no repudias a tu esposa por lujuria, sino por injuria: ¿por qué, habiendo experimentado infelices primeras nupcias, te lanzas al peligro de nuevas? También porque podría suceder que según la misma ley la esposa también diera repudio al marido, se ordena con la misma cautela que no tome un segundo marido. Y porque la prostituta, y la que una vez fue adúltera, no temía el oprobio, se ordena al segundo marido que si toma a tal mujer, esté bajo el crimen de adulterio.

(Vers. 10.) Sus discípulos le dijeron: Si así es la causa del hombre con su esposa, no conviene casarse. Es una carga pesada la de las esposas, si salvo por causa de fornicación, no se les puede repudiar. ¿Qué si es borracha, iracunda, de malos modales, lujuriosa, glotona, vaga, pendenciera, maldiciente, habrá que soportarla? Querramos o no, debe ser soportada. Pues cuando éramos libres, voluntariamente nos sometimos a la servidumbre. Viendo, pues, los apóstoles el pesado yugo de las esposas, expresan su sentimiento y dicen: si así es la causa del hombre con su esposa, no conviene casarse.

(Vers. 11.) Él les dijo: No todos entienden esta palabra, sino aquellos a quienes les es dado. Nadie piense que bajo esta palabra se introduce el destino o la fortuna: que estos son vírgenes, a quienes se les ha dado por Dios, o que algún caso los ha llevado a esto, sino que se les ha dado a quienes lo pidieron, quienes lo quisieron, quienes trabajaron para recibirlo. Pues a todo el que pide se le dará, y el que busca encontrará, y al que llama se le abrirá (Mat. VII, 8, y Luc. XI, 10).

(Vers. 12.) Porque hay eunucos que nacieron así del vientre de su madre: y hay eunucos que fueron hechos eunucos por los hombres: y hay eunucos que se hicieron eunucos a sí mismos por el reino de los cielos. El que pueda entender, que entienda. Hay tres tipos de eunucos: dos carnales, y el tercero espiritual. Unos son los que nacen así del vientre de su madre. Otros son los que la cautividad o los placeres de las damas hacen eunucos. Los terceros son los que se castran a sí mismos por el reino de los cielos; y quienes, pudiendo ser hombres, se hacen eunucos por Cristo. A estos se les promete una recompensa: pero a los anteriores, a quienes la castidad es una necesidad, no una voluntad, no se les debe nada. También podemos decir de otra manera. Son eunucos desde el vientre de su madre, quienes son de naturaleza más fría, sin apetito de lujuria. Y otros, que son hechos por los hombres: a quienes los filósofos hacen, o se ablandan en mujeres por el culto a los ídolos: o por persuasión herética simulan castidad, para mentir sobre la verdad de la religión. Pero ninguno de ellos alcanza el reino de los cielos, sino quien se castra a sí mismo por Cristo. Por eso añade: El que pueda entender, que entienda; para que cada uno considere sus fuerzas, si puede cumplir los preceptos de la virginidad y la castidad. Pues la castidad en sí misma es atractiva, y atrae a cualquiera hacia sí. Pero deben considerarse las fuerzas, para que quien pueda entender, entienda. Es como la voz de un Señor que exhorta y anima a sus soldados al premio de la castidad. El que pueda entender, que entienda; quien pueda luchar, que luche, venza y triunfe.

(Vers. 13, 14.) Entonces le fueron presentados unos niños, para que les impusiera las manos y orara. Pero los discípulos los reprendían. Jesús les dijo. No porque no quisieran que fueran bendecidos por la mano y la voz del Salvador; sino porque, al no tener aún una fe plena, pensaban que él se cansaría por la importunidad de los que los ofrecían.

(Vers. 15.) Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impedáis: porque de los tales es el reino de los cielos. Y cuando les impuso las manos, se fue de allí. Significativamente dijo, de los tales, no de estos: para mostrar que no es la edad la que reina, sino las costumbres; y a quienes tienen una inocencia y simplicidad similar, se les promete la recompensa. También el apóstol concuerda con este sentimiento: Hermanos, no seáis niños en el entendimiento, sino en la malicia sed como niños: pero en el entendimiento sed perfectos (I Cor. XIV, 20).

(Vers. 16.) Y he aquí, uno se acercó y le dijo: Maestro bueno, ¿qué bien haré para tener la vida eterna? Él le dijo. Este que pregunta cómo obtener la vida eterna, es joven, rico y soberbio; y según otro evangelista, no pregunta con el deseo de aprender, sino de tentar (Mar. X).

(Vers. 17.) ¿Por qué me preguntas sobre lo bueno? Uno es bueno, Dios. Porque lo había llamado maestro bueno, y no había confesado a Dios, o al Hijo de Dios, aprende que aunque un hombre santo no es bueno en comparación con Dios, de quien se dice: Alabad al Señor, porque él es bueno (Sal. CXVII, 1). Para que nadie piense que al decir que Dios es bueno, se excluye de la bondad al Hijo de Dios, leemos en otro lugar: El buen pastor da su vida por las ovejas (Juan X). Y en el Profeta, el Espíritu bueno y la tierra buena. Por lo tanto, el Salvador no rehúsa el testimonio de bondad. Pero excluye el error del maestro sin Dios.

(Vers. 18, 19.) Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos. Le dice: ¿Cuáles? Jesús le respondió: No matarás. No cometerás adulterio. No robarás. No dirás falso testimonio. Honra a tu padre y a tu madre: y amarás a tu prójimo como a ti mismo. Podemos probar que este joven era un tentador, ya que, cuando el Señor le dijo: Si quieres entrar en la vida, guarda los mandamientos, él fraudulentamente pregunta de nuevo cuáles son esos mandamientos: como si no los hubiera leído él mismo, o como si el Señor pudiera ordenar lo contrario a Dios. (Vers. 20.) El joven le dice: Todo esto lo he guardado desde mi juventud, ¿qué más me falta? Jesús le dijo. El joven miente. Porque si hubiera cumplido con la obra lo que está en los mandamientos: Amarás a tu prójimo como a ti mismo, ¿cómo es que después, al escuchar: Ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres, se fue triste, porque tenía muchas posesiones?

(Vers. 21.) Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven, sígueme. Está en nuestro poder querer ser perfectos. Sin embargo, quien quiera ser perfecto debe vender lo que tiene: y no vender solo una parte, como hicieron Ananías y Safira (Hechos V); sino vender todo: y cuando haya vendido, dar todo a los pobres, y así prepararse un tesoro en el reino de los cielos. Y esto no es suficiente para la perfección, a menos que, después de despreciar las riquezas, siga al Salvador, es decir, dejando el mal, haga el bien. Porque es más fácil despreciar el dinero que el placer. Muchos, dejando las riquezas, no siguen al Señor. Sigue al Señor quien es su imitador y camina por sus huellas. Porque quien dice que cree en Cristo, debe caminar como Él caminó (I Juan II, 6).

(Vers. 22.) Se fue triste, porque tenía muchas posesiones. Esta es la tristeza que lleva a la muerte. Y se da la razón de la tristeza, que tenía muchas posesiones, es decir, espinas y abrojos, que ahogaron la semilla del Señor.

(Vers. 23.) Jesús dijo a sus discípulos: En verdad os digo, que difícilmente un rico entrará en el reino de los cielos. ¿Y cómo Abraham, Isaac y Jacob, ricos, entraron en el reino de los cielos (Génesis XIII y XXXVI), y en el Evangelio Mateo y Zaqueo, dejando las riquezas, son proclamados por el testimonio del Señor? Pero hay que considerar que en el momento en que entraron, dejaron de ser ricos. Por tanto, no entrarán mientras sean ricos. Y sin embargo, porque es difícil despreciar las riquezas, no dijo: Es imposible que los ricos entren en el reino de los cielos, sino difícil. Donde se dice difícil, no se pretende imposibilidad; sino que se demuestra rareza.

(Vers. 24 y siguientes.) Y de nuevo os digo: Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos. Al oír esto, los discípulos se asombraron mucho, diciendo: ¿Quién, pues, podrá salvarse? Jesús, mirándolos, les dijo: Para los hombres esto es imposible, pero para Dios todo es posible. Con esto se muestra que no es difícil, sino imposible. Porque si así como un camello no puede pasar por el ojo de una aguja, así un rico no puede entrar en el reino de los cielos, ninguno de los ricos se salvará. Pero si leemos a Isaías, cómo los camellos de Madián y Efa vienen a Jerusalén con dones y regalos (Isaías LX): y los que antes eran torcidos, y distorsionados por la depravación de los vicios, entran

por las puertas de Jerusalén, veremos cómo también estos camellos, a los que se comparan los ricos, cuando hayan dejado la pesada carga de los pecados, y la depravación de todo el cuerpo, podrán entrar por la puerta estrecha, y el camino angosto, que lleva a la vida (Mateo VII). Y cuando los discípulos preguntan, admirados por la severidad de la declaración, ¿Quién, pues, se salvará? con su clemencia moderó la severidad de la sentencia, diciendo: Lo que es imposible para los hombres, es posible para Dios.

(Vers. 27.) Entonces Pedro, respondiendo, le dijo: He aquí, nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido: ¿Qué, pues, tendremos? Gran confianza: Pedro era pescador, no era rico, buscaba el sustento con su mano y su arte: y sin embargo habla con confianza, Lo hemos dejado todo. Y porque no basta solo con dejar, añade lo que es perfecto: y te hemos seguido. Hemos hecho lo que ordenaste, ¿qué, pues, nos darás como recompensa?

(Vers. 28.) Jesús les dijo: En verdad os digo, que vosotros que me habéis seguido en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, os sentaréis también vosotros sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel. No dijo: los que lo habéis dejado todo, pues esto también lo hizo el filósofo Crates, y muchos otros despreciaron las riquezas; sino los que me habéis seguido: lo cual es propio de los apóstoles y de los creyentes. En la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su majestad, cuando resuciten de entre los muertos incorruptibles, os sentaréis también vosotros en los tronos de los jueces, condenando a las doce tribus de Israel: porque vosotros creísteis, ellos no quisieron creer.

(Vers. 29, 30.) Y todo aquel que haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o esposa, o hijos, o tierras por mi nombre, recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna. Pero muchos primeros serán últimos, y los últimos primeros. Este lugar concuerda con aquella sentencia en la que el Salvador dice: No he venido a traer paz, sino espada. Porque he venido a separar al hombre de su padre, y a la madre de la hija, y a la nuera de la suegra: y los enemigos del hombre serán los de su propia casa (Mateo X, 34). Por tanto, quienes por la fe en Cristo, y la predicación del Evangelio, hayan despreciado todos los afectos, así como las riquezas y los placeres del mundo: estos recibirán cien veces más, y poseerán la vida eterna. A raíz de esta sentencia, algunos introducen mil años después de la resurrección, diciendo que entonces se nos devolverá cien veces todo lo que dejamos, y la vida eterna: sin entender que si en los demás la promesa es digna, en las esposas aparece la deshonra; de modo que quien haya dejado una por el Señor, reciba cien en el futuro. El sentido, pues, es este: Quien haya dejado lo carnal por el Salvador, recibirá lo espiritual: que por comparación y mérito propio serán como si un pequeño número se comparara con un número centenario. De donde también dice el Apóstol, que habiendo dejado solo una casa, y pequeños campos de una provincia: Como no teniendo nada, y poseyéndolo todo (II Cor. VI, 10).

(Cap. XX.---Vers. 1 y siguientes.) El reino de los cielos es semejante a un hombre padre de familia, que salió al amanecer a contratar obreros para su viña. Y habiendo acordado con los obreros un denario al día, los envió a su viña. Y saliendo alrededor de la hora tercera, vio a otros que estaban en la plaza ociosos, y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Nuevamente salió alrededor de la hora sexta y novena, e hizo lo mismo. Alrededor de la hora undécima salió, y encontró a otros que estaban de pie, y les dice: ¿Por qué estáis aquí todo el día ociosos? Le dicen: Porque nadie nos ha contratado. Les dice: Id también vosotros a mi viña. Y cuando llegó la tarde, el señor de la viña dijo a su mayordomo: Llama a los obreros, y págales el jornal; comenzando desde los últimos hasta los primeros. Cuando vinieron los que habían llegado alrededor de la hora undécima, recibieron cada uno un denario. Y al venir los primeros, pensaron que recibirían más; pero también ellos

recibieron cada uno un denario. Y al recibirlo, murmuraban contra el padre de familia, diciendo: Estos últimos han trabajado una hora, y los has hecho iguales a nosotros, que hemos soportado el peso del día y el calor. Pero él, respondiendo a uno de ellos, dijo. Esta parábola, o semejanza del reino de los cielos, se entiende a partir de lo que se ha dicho antes. Porque está escrito antes de ella: Muchos primeros serán últimos, y últimos primeros. No porque el Señor se someta al tiempo, sino a la fe. Y dice que el padre de familia salió al amanecer para contratar obreros para su viña, y estableció el precio del trabajo en un denario. Luego, saliendo alrededor de la hora tercera, vio a otros que estaban en la plaza ociosos: y a ellos no les prometió un denario, sino lo que fuera justo. También a la hora sexta y novena hizo lo mismo. Pero a la hora undécima encontró a otros que habían estado ociosos todo el día, y los envió a la viña. Y cuando llegó la tarde, ordenó a su mayordomo que comenzara a pagar desde los últimos, es decir, desde los obreros de la hora undécima hasta los obreros de la primera hora; y todos, igualmente, se llenaron de envidia contra los últimos, acusando de injusticia al padre de familia. No porque recibieran menos de lo que se había acordado, sino porque querían recibir más que aquellos sobre quienes se había derramado la clemencia del contratante. A mí me parece que los obreros de la primera hora son Samuel, Jeremías, y Juan el Bautista, que pueden decir con el salmista: Desde el vientre de mi madre tú eres mi Dios (Sal. XXI, 11). Los obreros de la tercera hora son aquellos que comenzaron a servir a Dios desde la pubertad. Los de la sexta hora, quienes en la madurez aceptaron el yugo de Cristo. Los de la novena, quienes ya declinando hacia la vejez. Y los de la undécima, quienes en la última vejez: y sin embargo, todos reciben la misma recompensa, aunque el trabajo sea diferente. Hay quienes interpretan esta parábola de otra manera. Quieren que en la primera hora se haya enviado a la viña a Adán y a los demás patriarcas hasta Noé; en la tercera, a Noé mismo hasta Abraham y la circuncisión que se le dio; en la sexta, desde Abraham hasta Moisés, cuando se dio la Ley; en la novena, a Moisés mismo y a los profetas; en la undécima, a los apóstoles y al pueblo de los gentiles, a quienes todos envidian. De donde, entendiendo esto mismo después de la hora undécima, cuando ya estaba cerca el ocaso y el atardecer, Juan el Evangelista dice: Hijitos míos, es la última hora (I Juan II, 13). Y considera también que la injusticia del padre de familia, que todos acusan igualmente en los obreros de la hora undécima, no la entienden en sí mismos. Porque si el padre de familia es injusto, no es injusto en uno, sino en todos: porque no trabajó tanto el obrero de la tercera hora, como aquel que fue enviado a la viña desde la primera hora. De igual manera, el obrero de la sexta hora trabajó menos que el obrero de la tercera hora; y el de la novena, menos que el de la sexta hora. Por tanto, toda vocación anterior envidia a los gentiles, y se atormenta en la gracia del Evangelio. De donde también el Salvador, concluyendo la parábola, dice: Los primeros serán últimos, y los últimos primeros. Que los judíos se conviertan de cabeza en cola: y nosotros de cola nos convirtamos en cabeza.

(Vers. 13.) Amigo, no te hago injusticia. He leído en un libro que este amigo que es reprendido por el padre de familia, se entiende como el obrero de la primera hora, el primer hombre, y aquellos que creyeron en ese tiempo.

¿No acordaste conmigo un denario? El denario tiene la figura del rey. Has recibido, pues, la recompensa que te prometí, es decir, mi imagen y semejanza: ¿qué más buscas; y no deseas tanto recibir más, como que el otro no reciba nada, como si la compañía del otro disminuyera el mérito de la recompensa?

(Vers. 14, 15.) Toma lo que es tuyo, y vete. Pero quiero dar a este último lo mismo que a ti: ¿O no me es lícito hacer lo que quiero? El judío en la Ley no se salva por gracia, sino por obra. Porque quien la cumpla, vivirá por ella. De donde se le dice:

(Vers. 16.) ¿O es malo tu ojo porque yo soy bueno? Así los últimos serán primeros, y los primeros últimos. Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos. Lo mismo significa aquella parábola de Lucas, donde el hijo mayor envidia al menor, y no quiere recibirlo arrepentido, y acusa al padre de injusticia. Y para que sepamos que este es el sentido que hemos dicho, el título de esta parábola y su final concuerdan. Así serán, dice, los últimos primeros, y los primeros últimos. Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos.

(Vers. 17 y siguientes.) Y subiendo Jesús a Jerusalén, tomó a sus doce discípulos aparte, y les dijo: He aquí, subimos a Jerusalén, y el Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y escribas: y lo condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten, y lo crucifiquen, y al tercer día resucitará. Esto mismo lo había dicho frecuentemente a los discípulos: pero como, en medio de muchas discusiones, lo que habían oído podía olvidarse, al ir a Jerusalén, y llevar consigo a los apóstoles, los prepara para la tentación: para que cuando venga la persecución y la ignominia de la cruz, no se escandalicen.

(Vers. 20, 21.) Entonces se acercó a él la madre de los hijos de Zebedeo con sus hijos, adorando y pidiendo algo de él. Él le dijo: ¿Qué quieres? Ella le dijo: Di que estos dos hijos míos se sienten, uno a tu derecha, y otro a tu izquierda en tu reino. ¿De dónde tiene la madre de los hijos de Zebedeo la opinión del reino, para que cuando el Señor haya dicho: El Hijo del Hombre será entregado a los principales sacerdotes y escribas, y lo condenarán a muerte, y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten, y lo crucifiquen; y anunciara a los discípulos temerosos la ignominia de la pasión, ella pida la gloria del triunfante? Esto, creo, es porque después de todo el Señor había dicho: y al tercer día resucitará, la mujer pensó que él reinaría inmediatamente después de la resurrección; y lo que se promete en la segunda venida, se cumpliría en la primera, y con avidez femenina desea lo presente, olvidando lo futuro. Pero cuando el Señor pregunta, y, al pedir ella, responde: ¿Qué quieres? no es por ignorancia: sino que se dice desde la persona de aquel que iba a ser azotado y crucificado: como también en la hemorroísa: ¿Quién me ha tocado? (Lucas VIII, 15). Y sobre Lázaro: ¿Dónde lo habéis puesto? (Juan XI, 34). En el Antiguo Testamento también: Adán, ¿dónde estás? (Génesis III, 9). Y: Descenderé y veré si han hecho conforme al clamor que ha venido a mí, y si no, lo sabré (Génesis XVIII, 21). Pero la madre de los hijos de Zebedeo pide, por error femenino y afecto de piedad, sin saber lo que pide. Y no es de extrañar que esta sea acusada de ignorancia; cuando de Pedro se dice, cuando quiere hacer tres tiendas, sin saber lo que decía (Marcos IX).

(Vers. 22.) Pero Jesús, respondiendo, dijo: No sabéis lo que pedís. La madre pide, y el Señor habla a los discípulos, entendiendo que sus súplicas descienden de la voluntad de los hijos.

¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber? Le dicen: Podemos. En las Escrituras divinas entendemos por cáliz la pasión, según aquello: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Mateo XXVI, 39). Y en el salmo: ¿Qué daré al Señor por todos sus beneficios para conmigo? Tomaré el cáliz de la salvación, e invocaré el nombre del Señor (Sal. CXV, 3 y siguientes); e inmediatamente añade cuál es este cáliz: Preciosa es a los ojos del Señor la muerte de sus santos.

(Vers. 23.) Él les dijo: Mi cáliz, a la verdad, lo beberéis; pero el sentarse a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre. Se pregunta cómo los hijos de Zebedeo, es decir, Santiago y Juan, bebieron el cáliz del martirio, cuando la Escritura narra que solo el apóstol Santiago fue decapitado por Herodes (Hechos XII): pero Juan murió de muerte natural. Pero si leemos las historias eclesiásticas, en las que

se dice que él también fue arrojado en un caldero de aceite hirviendo por el martirio, y de allí salió como atleta de Cristo para recibir la corona, y fue desterrado a la isla de Patmos, veremos que no le faltó el ánimo para el martirio, y que Juan bebió el cáliz de la confesión: que también los tres jóvenes bebieron en el horno de fuego (Daniel III), aunque el perseguidor no derramó sangre. Pero lo que dice: el sentarse a mi derecha y a mi izquierda, no es mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado por mi Padre, debe entenderse así: El reino de los cielos no es del que da, sino del que recibe. Porque no hay acepción de personas para con Dios (Hechos X, 34): sino que quien se muestre digno del reino de los cielos, este recibirá lo que no está preparado para la persona, sino para la vida. Si, pues, sois tales que alcanzáis el reino de los cielos, que mi Padre ha preparado para los triunfantes y vencedores, también vosotros lo recibiréis. Otros quieren que se diga de Moisés y Elías: a quienes poco antes habían visto hablando con él en el monte: pero a mí no me parece. Porque no se dicen los nombres de los que se sientan en el reino de los cielos; para que, al nombrar a unos pocos, no se piense que los demás están excluidos.

(Vers. 24.) Y al oír esto, los diez se indignaron contra los dos hermanos. Los diez apóstoles no se indignan con la madre de los hijos de Zebedeo, ni refieren la audacia de la mujer que pide; sino a los hijos, porque ignorando su medida, ardieron con desmedida codicia, a quienes también el Señor había dicho: No sabéis lo que pedís. Se sobreentiende, pues, ya sea por la respuesta del Señor, o por la indignación de los apóstoles, que los hijos enviaron a la madre a pedir grandes cosas.

(Vers. 25 y siguientes.) Pero Jesús los llamó y les dijo: Sabéis que los príncipes de las naciones se enseñorean de ellas; y los que son grandes ejercen autoridad sobre ellas. No será así entre vosotros: sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros, será vuestro servidor. Y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro siervo. El maestro humilde y manso, no reprende a los dos que piden con desmedida codicia; ni increpa a los otros diez por su indignación y envidia, sino que pone un ejemplo tal, que enseña que el mayor es el que es menor, y que aquel que es siervo de todos se convierte en señor. Por tanto, en vano aquellos buscan desmedidamente: o estos se duelen por el deseo de los mayores: ya que a la cumbre de las virtudes no se llega por el poder, sino por la humildad. Finalmente, propone su propio ejemplo, para que si desprecian las palabras, se avergüencen de las obras, y dice:

(Vers. 28.) Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir. Nota, que hemos dicho frecuentemente, que quien sirve es llamado Hijo del Hombre.

Y dar su vida como redención por muchos. Cuando tomó la forma de siervo, para derramar su sangre por el mundo (Filipenses II). No dijo dar su vida como redención por todos, sino por muchos, es decir, por aquellos que quisieran creer.

(Vers. 19 y siguientes) Y al salir de Jericó, lo siguió una gran multitud. Y he aquí dos ciegos sentados junto al camino, oyeron que Jesús pasaba; y clamaron, diciendo: Señor, ten misericordia de nosotros, hijo de David. Pero la multitud los reprendía para que callaran. Pero ellos clamaban aún más, diciendo: Señor, ten misericordia de nosotros, hijo de David. Había muchos ladrones en Jericó, que al salir y descender de Jerusalén, solían matar y herir: por eso el Señor vino a Jericó con sus discípulos, para liberar a los heridos y atraer consigo a una gran multitud. Finalmente, después de que quisieron salir de Jericó, lo siguió una gran multitud. Si hubiera permanecido en Jerusalén y nunca hubiera descendido a lo humilde, la multitud hasta hoy estaría sentada en tinieblas y en sombra de muerte. Pero también había dos ciegos junto al camino. Llama ciegos a aquellos que aún no podían decir: En tu luz veremos

la luz (Salmo XXXV, 10). Junto al camino, porque parecían tener conocimiento de la Ley, pero ignoraban el camino, que es Cristo: a quienes muchos entienden como los fariseos y saduceos, otros como ambos pueblos, el del Antiguo Testamento y el del Nuevo: que uno siguiendo la Ley escrita, el otro la natural, sin Cristo estaba ciego. Estos, porque no podían ver por sí mismos, oyeron las proclamaciones del Salvador y confesaron al hijo de David. Pero si ambos ciegos se refieren al pueblo judío, lo que sigue, La multitud los reprendía, debe entenderse sobre los gentiles: a quienes el Apóstol advierte que no se gloríen ni se enorgullezcan contra su raíz (Romanos XI); sino que, habiendo sido injertados en el buen olivo desde el acebuche por el error de los anteriores, no deben envidiar la salvación de los primeros. Ten misericordia de nosotros, hijo de David. Son reprendidos por las multitudes, y sin embargo no callan: sino que repiten lo mismo con más frecuencia, para mostrar el deseo pleno de la verdadera luz.

(Vers. 32, 33) Y Jesús se detuvo, y los llamó, y dijo: ¿Qué queréis que os haga? Ellos le dijeron: Señor, que se abran nuestros ojos. Eran ciegos, no sabían a dónde ir, y no podían seguir al Salvador. Muchas fosas en Jericó, muchas rocas y precipicios que se inclinan hacia el abismo: por eso el Señor se detiene, para que puedan venir y ordena que sean llamados, para que las multitudes no los impidan: y pregunta como si no supiera lo que quieren, para que de la respuesta de los ciegos se manifieste la debilidad y se reconozca la virtud por el remedio.

(Vers. 34) Y Jesús, compadecido de ellos, tocó sus ojos: y al instante vieron, y lo siguieron. Toca los ojos, y el artífice concede lo que la naturaleza no había dado. O ciertamente lo que la debilidad había quitado, lo concede la misericordia. Y al instante vieron, y lo siguieron. Los que antes estaban sentados en Jericó paralizados, y solo sabían clamar, después siguen a Jesús, no tanto con los pies como con las virtudes.

(Cap. XXI.---Vers. 1 y siguientes) Y cuando se acercó a Jerusalén, y llegó a Betfagé al monte de los Olivos, entonces Jesús envió a dos discípulos, diciéndoles: Id al pueblo que está frente a vosotros: y al instante encontraréis una asna atada, y un pollino con ella: desatadlos y traédmelos. Y si alguien os dice algo, decid: Porque el Señor los necesita: y al instante los dejará ir. Sale de Jericó, llevando consigo a muchas multitudes, y habiendo devuelto la salud a los ciegos, se acerca a Jerusalén, enriquecido con grandes mercancías: habiendo devuelto la salvación a los creyentes, desea entrar en la ciudad de la paz, y el lugar de la visión de Dios, y la fortaleza del vigía. Y cuando se acercó a Jerusalén, y llegó a Betfagé a la casa de las mandíbulas (que era un pequeño pueblo de sacerdotes, y llevaba el tipo de confesión; y estaba situado en el monte de los Olivos, donde la luz del conocimiento, donde el descanso de los trabajos y dolores), envió a dos de sus discípulos, θεωρητικὸν καὶ ἐργαστικὸν, es decir, conocimiento y obra, para que entraran en el pueblo. Y les dijo: Id al pueblo que está frente a vosotros. Porque estaba en contra de los apóstoles, y no quería aceptar el yugo de las doctrinas. Y al instante, dice, encontraréis una asna atada, y un pollino con ella: desatadlos y traédmelos. La asna estaba atada con muchos lazos de pecados. El pollino también, lascivo e impaciente de frenos, según el Evangelio de Lucas (Cap. XIX), tenía muchos dueños, no sometido a un solo error y dogma: y sin embargo, muchos dueños que reclamaban para sí un poder ilícito, al ver al verdadero Señor, y a sus siervos que habían venido para desatar, no se atreven a resistir. Qué sea la asna y el pollino de la asna, lo diremos en lo que sigue.

(Vers. 4, 5) Esto sucedió para que se cumpliera lo dicho por el profeta, diciendo: Decid a la hija de Sion: He aquí, tu rey viene a ti, manso, sentado sobre una asna y un pollino, hijo de animal de carga. Esto está escrito en el profeta Zacarías: de lo cual se dirá más plenamente, si hay tiempo de vida, en su lugar. Ahora debe resumirse brevemente, que según la letra en un

pequeño espacio de camino no pudo sentarse sobre ambos animales. O bien se sentó en la asna, y el pollino quedó sin jinete: o si usó el pollino para sentarse, la asna fue llevada libre. Por lo tanto, cuando la historia tiene imposibilidad o torpeza, somos llevados a cosas más altas: para que esta asna que fue de carga, y domada, y llevó el yugo de la ley, se entienda como la Sinagoga; el pollino de la asna, lascivo y libre, el pueblo de los gentiles, sobre los cuales se sentó Jesús, y enviados a ellos dos de sus discípulos, uno a la Circuncisión, y otro a los Gentiles.

(Vers. 6, 7) Y los discípulos fueron, e hicieron como Jesús les mandó. Y trajeron la asna y el pollino: y pusieron sobre ellos sus mantos, y lo hicieron sentarse encima. Este pollino y asna, sobre los cuales los apóstoles extienden sus mantos, para que Jesús se siente más cómodamente, antes de la venida del Salvador estaban desnudos, y con muchos reclamando dominio sobre ellos, estaban sin abrigo. Pero después de recibir las vestiduras apostólicas, se hicieron más hermosos, y tuvieron al Señor como jinete. La vestidura apostólica puede entenderse como la doctrina de las virtudes, o la explicación de las Escrituras, o las variedades de los dogmas eclesiásticos: con las cuales, a menos que el alma esté instruida y adornada, no merece tener al Señor como jinete.

(Vers. 8) Y una gran multitud extendió sus mantos en el camino. Ved la diferencia de cada persona. Los apóstoles ponen sus mantos sobre el asno, la multitud que es más vil, los extiende bajo los pies del asno; para que no tropiece en una piedra, no pise una espina, no resbale en una fosa.

Otros cortaban ramas de los árboles, y las extendían en el camino. De los árboles frutales, con los que está plantado el monte de los Olivos, cortaban ramas, y las extendían en el camino: para hacer recto lo torcido, y nivelar lo desigual: para que más recta y seguramente en el corazón de los creyentes, Cristo, vencedor de los demonios y vicios, avanzara.

(Vers. 9) Y las multitudes que iban delante, y las que seguían, clamaban, diciendo: Hosanna al hijo de David: bendito el que viene en el nombre del Señor; hosanna en las alturas. Como la historia es manifiesta, sigamos el orden espiritual de la disertación. Las multitudes que habían salido de Jericó, y siguieron al Salvador y sus discípulos, después de ver al pollino de la asna desatado (que antes estaba atado) y adornado con las vestiduras de los apóstoles, y al Señor Jesús sentado sobre él, pusieron sus mantos, y extendieron el camino con ramas de árboles. Y habiendo hecho todo con obra, también dan testimonio con la voz: y los que iban delante y los que seguían no con breve y silenciosa confesión, sino con clamor pleno resonaban: Hosanna al hijo de David, bendito el que viene en el nombre del Señor. Lo que dice: Las multitudes que iban delante y las que seguían, muestra a ambos pueblos, tanto los que creyeron antes del Evangelio, como los que creyeron después del Evangelio al Señor, alabando a Jesús con una voz de confesión unánime: y según el ejemplo de la parábola anterior de los obreros de diferentes horas, recibiendo un premio de fe. Además, lo que sigue: Hosanna al hijo de David, qué significa, y hace muchos años en una breve carta al papa Dámaso, entonces obispo de la ciudad de Roma, recuerdo haber dicho; y ahora lo resumiré brevemente. En el salmo ciento diecisiete, que manifiestamente está escrito sobre la venida del Salvador, entre otras cosas también leemos esto: La piedra que desecharon los edificadores, ha venido a ser la cabeza del ángulo. De parte del Señor es esto, y es maravilloso a nuestros ojos. Este es el día que hizo el Señor, regocijémonos y alegrémonos en él. Y de inmediato se une: Oh Señor, sálvame: Oh Señor, hazme prosperar. Bendito el que viene en el nombre del Señor: os bendecimos desde la casa del Señor, y demás (Salmo CXVII, 22 y siguientes). En lugar de lo que se tiene en los Setenta intérpretes; Ὡ Κόριε, σωσον δη, es decir, oh Señor, sálvame; en hebreo leemos: ANNA ADONAI OSIANNA (),

que Symmachus interpretó más claramente diciendo: Te ruego, Señor, sálvame, te ruego. Por lo tanto, nadie piense que el discurso está compuesto de dos palabras, griega y hebrea, sino todo hebreo: y significa que la venida de Cristo es la salvación del mundo. De donde también sigue: Bendito el que viene en el nombre del Señor. También el Salvador mismo lo confirma en el Evangelio: Yo he venido en el nombre de mi Padre, y no me recibisteis. Otro vendrá en su propio nombre, y lo recibiréis (Juan V, 4). Y lo que se añade, Hosanna, es decir, salvación en las alturas, se muestra claramente que la venida de Cristo no es solo la salvación de los hombres, sino de todo el mundo: uniendo lo terrenal con lo celestial: Para que toda rodilla se doble ante él, de los que están en el cielo, en la tierra, y debajo de la tierra (Filipenses II, 10).

(Vers. 10) Y cuando entró en Jerusalén, toda la ciudad se conmovió, diciendo: ¿Quién es este? Pero la gente decía. Al entrar Jesús con toda la multitud, la ciudad de Jerusalén se conmueve, maravillándose de la multitud, sin conocer la verdad, y diciendo: ¿Quién es este? Lo cual en otro lugar leemos que dicen los ángeles: ¿Quién es este rey de gloria? (Salmo XXIII, 8). Pero a otros dudando o preguntando, la plebe vil confiesa: comenzando por los menores, para llegar a los mayores, y dice:

Este es Jesús el profeta de Nazaret de Galilea. Profeta, a quien Moisés también dijo que vendría semejante a él, y que propiamente se escribe en griego con el artículo. De Nazaret de Galilea, porque allí fue criado: para que la flor del campo se nutriera en la flor de las virtudes.

(Vers. 12, 13) Y Jesús entró en el templo de Dios: y echó fuera a todos los que vendían y compraban en el templo, y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas. Y les dijo: Está escrito: Mi casa será llamada casa de oración: pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Jesús, acompañado de la multitud de creyentes (que había extendido sus mantos para que el pollino pasara sin daño), entra en el templo, y echa fuera a todos los que vendían y compraban en el templo: y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas, y les dijo, citando testimonio de las Escrituras santas (Isaías LVI): que la casa de su Padre debía ser casa de oración, no cueva de ladrones, o casa de comercio (Jeremías VII): como está escrito en otro evangelista (Juan II). De esto primero debe saberse, que según los mandatos de la Ley, en el templo del Señor, el más augusto en todo el mundo, y con el pueblo de los judíos confluendo allí desde casi todas las regiones, se inmolvaban innumerables sacrificios, especialmente en los días festivos, de toros, carneros, cabras: para que los pobres no estuvieran sin sacrificio, ofreciendo pollos de palomas y tórtolas: sucedía a menudo, que los que venían de lejos, no tenían víctimas. Por lo tanto, los sacerdotes idearon cómo hacer presa del pueblo, y vendían todos los animales necesarios para los sacrificios, para vender a los que no tenían, y ellos mismos recibir de nuevo lo comprado. Esta estratagema de ellos la frustraba la frecuente necesidad de los que venían, que carecían de recursos, y no solo no tenían víctimas, sino que ni siquiera de dónde comprar aves y ofrendas baratas. Por lo tanto, también pusieron cambistas que prestaran dinero bajo garantía. Pero como estaba mandado por la Ley (Levítico XXV, y Deuteronomio XXIII), que nadie tomara usura, y no podía ser útil el dinero prestado, que no tenía ningún beneficio, y a veces se perdía el capital, idearon otra artimaña, para que en lugar de cambistas, hicieran Collybistas, cuya propiedad del término no se expresa en lengua latina. Collyba se llaman entre ellos, lo que nosotros llamamos tragemata, o baratijas. Por ejemplo, garbanzos fritos, uvas pasas, y frutas de diversos tipos. Por lo tanto, como no podían tomar usura los Collybistas, que habían prestado dinero, en lugar de usura tomaban diversas especies, para que lo que no se permitía en dinero, lo exigieran en estas cosas que se compran con dinero, como si no hubiera predicho esto mismo Ezequiel, diciendo: No tomaréis usura ni exceso (Ezequiel XXII, 12). Viendo el Señor este tipo de comercio o latrocinio en la casa de su Padre, movido por el ardor del espíritu (según está escrito en el salmo sesenta y ocho (Vers.

10): El celo de tu casa me consume), se hizo un látigo de cuerdas, y echó fuera a tanta multitud de hombres del templo, diciendo: Está escrito: Mi casa será llamada casa de oración: pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Porque es ladrón, y convierte el templo de Dios en cueva de ladrones, quien busca ganancias de la religión, y su culto no es tanto culto de Dios como ocasión de comercio. Esto según la historia: pero según los entendimientos místicos, Jesús entra diariamente en el templo del Padre, y echa fuera a todos tanto obispos y presbíteros y diáconos, como laicos, y a toda la multitud de su Iglesia, y tiene por un solo crimen a los que venden y compran por igual. Porque está escrito: Gratis recibisteis, dad gratis. También vuelca las mesas de los cambistas. Observa, por la avaricia de los sacerdotes, los altares de Dios son llamados mesas de cambistas. Y también derriba las sillas de los que venden palomas, que venden la gracia del Espíritu Santo, y hacen todo para devorar a los pueblos sometidos, de los cuales se dice: Que devoran a mi pueblo como si comieran pan (Salmo XIII, 4). Según la simple inteligencia, las palomas no estaban en las sillas, sino en jaulas, a menos que los vendedores de palomas se sentaran en las sillas. Lo cual es completamente absurdo, porque en las sillas, se indica más bien la dignidad de los maestros, que se reduce a nada cuando se mezcla con ganancias. Lo que hemos dicho de las Iglesias, cada uno lo entienda de sí mismo. Porque dice el Apóstol: Vosotros sois templo de Dios, y el Espíritu Santo habita en vosotros (I Cor. VI, 15, y II Cor. III, 16). No haya en la casa de nuestro pecho comercio, no haya tráfico de compradores y vendedores, no haya codicia de dones, para que Jesús no entre airado y severo, y no limpie su templo de otra manera, sino aplicando el látigo, para que de cueva de ladrones, y de casa de comercio, haga una casa de oración.

(Vers. 14) Y se acercaron a él ciegos y cojos en el templo, y los sanó. Si no hubiera volcado las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas, los ciegos y cojos no habrían merecido recuperar la luz original y el paso rápido.

(Vers. 15) Pero los principales sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que hacía, y a los niños clamando en el templo, y diciendo: Hosanna al hijo de David, se indignaron, y le dijeron: ¿Oyes lo que estos dicen? Muchos piensan que el mayor de los signos es que Lázaro fue resucitado (Juan XI), que el ciego de nacimiento recibió la vista (Juan IX), que en el Jordán se oyó la voz del Padre (Juan III), que transfigurado en el monte mostró la gloria del triunfante (Mateo XVII). A mí, entre todos los signos que hizo, este me parece más maravilloso, que un solo hombre, y en ese tiempo despreciable, y tan vil que después fue crucificado, con los escribas y fariseos enfurecidos contra él, y viendo sus ganancias destruidas, pudo con los azotes de un solo látigo echar fuera a tanta multitud, volcar las mesas, y romper las sillas, y hacer otras cosas, que un ejército infinito no habría hecho. Porque algo ígneo y sideral irradiaba de sus ojos, y la majestad de la divinidad brillaba en su rostro. Y aunque los sacerdotes no se atreven a ponerle la mano, sin embargo, calumnian sus obras, y el testimonio del pueblo y de los niños que clamaban, Hosanna al hijo de David, lo vuelven en calumnia: porque esto no se dice sino al Hijo de Dios. Veán, pues, los obispos, y por muy santos que sean los hombres, con cuánto peligro permiten que se les diga esto, si al Señor a quien verdaderamente se decía esto, porque aún no había una fe sólida en los creyentes, se le imputa como crimen.

(Vers. 16) Pero Jesús les dice: Sí. ¿Nunca leísteis, que de la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza? Qué moderadamente templa la sentencia, y la respuesta se inclina a ambos lados, y no se presta a la calumnia. No dijo lo que los escribas querían oír, que los niños hacen bien en darme testimonio, ni tampoco, se equivocan: son niños, debéis perdonar su edad; sino que ofrece un ejemplo del salmo octavo, para que, callando el Señor, el testimonio de las Escrituras confirme las palabras de los niños.

(Vers. 17) Y dejándolos, salió fuera de la ciudad a Betania, y allí se quedó. Dejó a los incrédulos, y saliendo de la ciudad de los que contradicen, fue a Betania, que se interpreta casa de obediencia, prefigurando ya entonces la vocación de los gentiles, y allí se quedó, porque no pudo permanecer en Israel. También debe entenderse que fue de tal pobreza, y que no adulo a nadie, que en la gran ciudad no encontró ningún huésped, ninguna mansión, sino que habitó en un pequeño campo con Lázaro y sus hermanas: pues el pueblo de ellos es Betania.

(Vers. 18, seqq.) Al amanecer, regresando a la ciudad, tuvo hambre. Y viendo una higuera junto al camino, se acercó a ella, pero no encontró nada en ella, solo hojas. Y le dijo: Nunca más nazca fruto de ti para siempre, y la higuera se secó al instante. Y al verlo, los discípulos se maravillaron, diciendo: ¿Cómo se secó tan pronto? Disipadas las tinieblas de la noche, con la luz de la mañana resplandeciente y cercana al mediodía, en el cual el Señor con su pasión iba a iluminar el mundo, al regresar a la ciudad, tuvo hambre, ya sea mostrando la verdad de la carne humana, o deseando la salvación de los creyentes, y ardiendo por la incredulidad de Israel. Y al ver un árbol (que entendemos como la Sinagoga y el concilio de los judíos) junto al camino: pues tenía la Ley, y por eso estaba junto al camino, porque no creía en el camino, se acercó a él, de pie e inmóvil, y sin tener los pies del Evangelio: y no encontró nada en él, solo hojas, el ruido de las promesas, las tradiciones farisaicas, y la jactancia de la Ley, y los adornos de las palabras sin ningún fruto de verdad. Por eso otro evangelista dice: Aún no era el tiempo (Marcos X, 13); ya sea porque aún no había llegado el tiempo de la salvación de Israel, ya que aún no había entrado el pueblo de los gentiles, o porque había pasado el tiempo de la fe, porque al venir primero a él, y ser despreciado, había pasado a las naciones. Y le dijo: Nunca más nazca fruto de ti, ya sea para siempre, o en el siglo: pues ambos significados tiene la palabra griega αἶὼν [Al. αἰῶνα]. Y la higuera se secó, que al tener hambre el Señor, no tenía los alimentos que él deseaba. Así se secaron las hojas, de modo que el tronco mismo permaneció, y al romperse las ramas, la raíz vivió [Al. vivió], que en el último tiempo si quiere creer, brotará los retoños de la fe, y se cumplirá la Escritura, diciendo: Hay esperanza para el árbol [Job XIV, 7]. Según la letra, el Señor, que iba a sufrir entre los pueblos y a llevar el escándalo de la cruz, debía fortalecer los ánimos de los discípulos con la anticipación de un signo. Por eso los discípulos se maravillan, diciendo: ¿Cómo se secó tan pronto? 168 El Salvador pudo, por la misma virtud, secar también a sus enemigos, si no hubiera esperado su salvación por el arrepentimiento.

(Vers. 21, 22.) Respondiendo Jesús, les dijo: En verdad os digo, si tenéis fe y no dudáis, no solo haréis lo de la higuera; sino que si a este monte le decís: Quítate y échate al mar, se hará. Y todo lo que pidáis en oración creyendo, lo recibiréis. Los perros de los gentiles ladran contra nosotros en sus escritos, que dejaron en memoria de su propia impiedad, afirmando que los apóstoles no tenían fe, porque no pudieron trasladar montañas. A los cuales responderemos, que se hicieron muchas señales por el Señor, según el testimonio del evangelista Juan, que si se escribieran, el mundo no podría contenerlas (Juan XXI, 25). No porque el mundo no pudiera contener los volúmenes, que puede, aunque sean muchos, un solo armario, o un solo cofre: sino porque la magnitud de las señales no podría soportarse por los milagros y la incredulidad. Por lo tanto, creemos que los apóstoles también hicieron esto, pero no se escribió para que no se diera mayor ocasión de contradicción a los infieles. De lo contrario, preguntemos si creen en estas señales que se narran escritas, o no. Y cuando veamos que son incrédulos, probaremos consecuentemente que tampoco creerían en las mayores, quienes no creyeron en las menores. Esto contra ellos. Sin embargo, nosotros, como ya dijimos antes, entendamos el monte como el diablo, que se enorgullece y se jacta contra su

Creador, que es llamado monte corrupto por el profeta. Y cuando ha poseído el alma del hombre, y ha echado raíces en ella, puede ser trasladado por los apóstoles, y por aquellos que son como los apóstoles, al mar, es decir, a lugares salados, fluctuantes y amargos, que no tienen ninguna dulzura de Dios. Esto mismo se lee en los Salmos: No temeremos cuando la tierra se turbe, y se trasladen los montes al corazón del mar (Salmo XLV, 2).

(Vers. 23.) Y cuando llegó al templo, se acercaron a él mientras enseñaba los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, diciendo: ¿Con qué autoridad haces esto? ¿Y quién te dio esta autoridad? Con diferentes palabras traman la misma calumnia que antes, cuando 169 dijeron: En Beelzebú, príncipe de los demonios, expulsa este los demonios. Porque cuando dicen: ¿Con qué autoridad haces esto? dudan del poder de Dios, y quieren que se entienda que lo que hace es del diablo. Añadiendo también: ¿Quién te dio esta autoridad? niegan manifiestamente al Hijo de Dios, a quien piensan que no hace las señales con sus propias fuerzas, sino con ajenas.

(Vers. 24 seqq.) Respondiendo Jesús, les dijo: También yo os haré una pregunta, que si me respondéis, también yo os diré con qué autoridad hago esto. El bautismo de Juan, ¿de dónde era, del cielo o de los hombres? Pero ellos pensaban entre sí, diciendo: Si decimos, Del cielo, nos dirá: ¿Por qué entonces no le creísteis? Pero si decimos, De los hombres, tememos a la multitud. Porque todos tenían a Juan como profeta. Y respondiendo a Jesús, dijeron: No sabemos. Esto es lo que comúnmente se dice: A un nudo malo de árbol, un clavo o cuña malo debe ser incrustado. El Señor podía refutar la calumnia de los tentadores con una respuesta abierta, pero prudentemente pregunta, para que ellos mismos, ya sea por su silencio o por su sentencia, sean condenados. Porque si hubieran respondido que el bautismo de Juan era del cielo (como ellos, sabios en malicia, lo consideraron), la respuesta consecuente sería: ¿Por qué entonces no fuisteis bautizados por Juan? Si hubieran querido decir que fue compuesto por engaño humano, y que no tenía nada divino, temían la sedición del pueblo. Porque todos en masa habían recibido el bautismo de Juan, y así lo tenían como profeta. Respondió entonces la facción más impía, y usó la palabra de humildad, diciendo que no sabían, para preparar las insidias.

(Vers. 27.) Él les dijo: Tampoco yo os digo con qué autoridad hago esto. Ellos, al responder que no sabían, mintieron: por lo tanto, era consecuente que según su respuesta, el Señor también dijera, Tampoco yo sé; pero la Verdad no puede mentir, y dijo: Tampoco yo os digo. Con lo cual muestra que ellos también saben, pero no quieren responder, y que él sabe, y por eso no dice, porque ellos callan lo que saben, e inmediatamente introduce una parábola, que los acusa de impiedad, y enseña que el reino de Dios será transferido a las naciones.

(Vers. 28 seqq.) 170 ¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos; y acercándose al primero, dijo: Hijo, ve hoy a trabajar en mi viña. Pero él respondiendo, dijo: No quiero. Pero después, movido por el arrepentimiento, fue. Acercándose al otro, le dijo lo mismo. Pero él respondiendo, dijo: Voy, señor, y no fue. ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Y le dicen: El primero. Jesús les dice (Lucas XV). Estos son los dos hijos, que también se describen en la parábola de Lucas, el frugal y el derrochador, y de los cuales habla el profeta Zacarías: Tomé para mí dos varas: una llamé hermosura, y la otra llamé cordel, y apacenté el rebaño (Zacarías XI, 7). Primero se dice al pueblo de los gentiles por el conocimiento de la ley natural: Ve, y trabaja en mi viña: esto es, lo que no quieres que te hagan, no lo hagas a otro (Tobías IV). Quien respondió con soberbia: No quiero. Pero después, con la venida del Salvador, habiendo hecho penitencia, trabajó en la viña de Dios, y corrigió con trabajo la contumacia de sus palabras. El segundo hijo es el pueblo de los judíos, que respondió a Moisés: Todo lo que diga el Señor haremos (Éxodo XXIV), y no fue a la viña, porque,

habiendo matado al hijo del padre de familia, pensó que era el heredero. Otros no piensan que la parábola sea de los gentiles y los judíos, sino simplemente de pecadores y justos: el mismo Señor también explica su proposición después.

En verdad os digo, que los publicanos y las ramera os precederán en el reino de Dios. Porque aquellos que por malas obras habían negado servir a Dios, después recibieron el bautismo de arrepentimiento de Juan. Pero los fariseos, que se jactaban de justicia, y se jactaban de hacer la ley de Dios, despreciando el bautismo de Juan, hicieron los preceptos de Dios. Por eso dice:

(Vers. 32.) Porque vino a vosotros Juan en el camino de la justicia, y no le creísteis: pero los publicanos y las ramera le creyeron: y vosotros viendo, no tuvisteis arrepentimiento después para creerle. Además, lo que se dice: ¿Cuál de los dos hizo la voluntad del padre? Y ellos dicen: El último. Debe saberse que en los verdaderos ejemplares no se tiene el último, sino el primero, para que sean condenados por su propio juicio. Si queremos leer el último, la interpretación es clara: para que digamos que los judíos entienden la verdad; pero se tergiversan, y no quieren decir lo que sienten: así como sabiendo que el bautismo de Juan es del cielo, no quisieron decirlo.

(Vers. 33.) Escuchad otra parábola: Había un hombre, padre de familia, que plantó una viña, y la cercó con un seto, y cavó en ella un lagar, y edificó una torre, y la arrendó a labradores, y se fue lejos. Esto es lo que el Señor significó tomado del proverbio: Es duro dar coces contra el aguijón (Hechos IX, 5). Los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo, que habían preguntado al Señor, ¿Con qué autoridad haces esto? y ¿quién te dio esta autoridad? y habían querido atrapar la sabiduría en palabra, son superados por su propia astucia; y oyen en parábolas lo que no merecían oír con rostro descubierto. Este hombre, padre de familia, es el mismo que tenía dos hijos; y que en otra parábola contrató obreros para su viña; que plantó una viña, de la cual también Isaías habla plenamente en el Cántico, al final diciendo: La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel (Isaías V, 7). Y en el Salmo: Trasplantaste una viña de Egipto: echaste las naciones, y la plantaste (Salmo LXXIX, 9). Y la cercó con un seto, ya sea el muro de la ciudad, o la ayuda de los ángeles: y cavó en ella un lagar, ya sea el altar, o aquellos lagares, de los cuales tres Salmos están titulados: el octavo, el ochenta, y el ochenta y tres. Y edificó una torre: sin duda el templo, del cual se dice por Miqueas: Y tú, torre del rebaño, hija de Sion (Miqueas IV, 8). Y la arrendó a labradores, que en otro lugar llamó obreros de la viña: que fueron contratados a la primera, tercera, sexta, novena y undécima hora (Mateo X). Y se fue lejos: no por cambio de lugar; pues ¿de dónde puede estar ausente Dios, que llena todas las cosas? y quien dice por Jeremías: Yo soy un Dios cercano y no de lejos, dice el Señor (Jeremías XXIII, 23). Pero parece alejarse de la viña para dejar a los vinicultores el libre albedrío de trabajar.

(Vers. 34 seqq.) Cuando se acercó el tiempo de los frutos, envió a sus siervos a los labradores, para recibir sus frutos. Y los labradores, tomando a sus siervos, a uno lo golpearon, a otro lo mataron, y a otro lo apedrearon. Envió de nuevo a otros siervos, más que los primeros, 172 y les hicieron lo mismo. Les había dado la Ley, y en ella les había mandado trabajar en la viña, para que mostraran el fruto de la Ley en las obras. Después envió a sus siervos, a quienes ellos, tomados, o golpearon, como a Jeremías; o mataron, como a Isaías; o apedrearon, como a Nabot (III Reyes XXI), y a Zacarías, a quien mataron entre el templo y el altar (II Crónicas XXIV). Leamos la epístola de Pablo a los Hebreos (Hebreos XI); y de ella aprenderemos plenamente cuántos de los siervos del Señor sufrieron.

(Vers. 37, 38.) Finalmente envió a su hijo, diciendo: Respetarán a mi hijo. Pero los labradores, al ver al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémoslo, y tendremos su herencia. En lo que leímos antes: Envío de nuevo a otros siervos, más que los primeros, y les hicieron lo mismo, muestra la paciencia del padre de familia, que envió más veces, para provocar a los malos colonos al arrepentimiento: pero ellos atesoraron para sí ira en el día de la ira (Romanos II). Además, lo que se añade: Respetarán a mi hijo, no viene de la ignorancia. ¿Qué ignora el padre de familia, que en este lugar se entiende como Dios Padre? Pero siempre se dice que Dios duda, para que se reserve al hombre la libre voluntad. Preguntemos a Arrio y a Eunomio. He aquí que se dice que el padre ignora, y modera la sentencia, y en cuanto a vosotros, se prueba que es mentiroso. Lo que respondan por el Padre, entiéndanlo por el Hijo, que dice que ignora el día de la consumación.

(Vers. 39.) Y tomándolo, lo echaron fuera de la viña, y lo mataron. Y el Apóstol dice que Jesús fue crucificado fuera de la puerta (Hebreos XIII). Podemos entenderlo de otra manera; que fue echado fuera de la viña, y allí fue muerto: para que al recibirlo las naciones, se arrendara la viña a otros.

(Vers. 40, 41.) Cuando venga, pues, el señor de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? Ellos le dicen: A los malos los destruirá miserablemente, y arrendará su viña a otros labradores que le darán los frutos a su tiempo. El Señor les pregunta no porque ignore lo que van a responder, sino para que sean condenados por su propia respuesta. La viña nos ha sido arrendada, y arrendada con la condición de que demos al Señor el fruto a su tiempo, y sepamos en cada tiempo qué debemos decir o hacer.

(Vers. 42.) Jesús les dice: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: La piedra que desecharon los edificadores, esta ha venido a ser cabeza del ángulo. 173 De parte del Señor ha sido hecho esto, y es maravilloso a nuestros ojos (Salmo CXVII, 22, 23). Con varias parábolas y diversos discursos se entrelazan las mismas cosas. A quienes antes llamó obreros, y vinicultores, y labradores, ahora llama edificadores, es decir, albañiles. Por eso dice el Apóstol: Sois labranza de Dios, edificio de Dios (I Corintios III, 9). Estos albañiles, así como los vinicultores reciben la viña, así recibieron la piedra, que ya sea que la pongan en los cimientos, según el arquitecto Pablo (Ibid.); o en el ángulo, para unir dos paredes, es decir, ambos pueblos (Efesios II), que fue rechazada por ellos, y se convirtió en cabeza del ángulo. Y esto fue hecho por el Señor, no por fuerzas humanas, sino por el poder de Dios. De esta piedra de ayuda también Pedro habla con confianza: Esta piedra que fue rechazada por vosotros, los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo (I Pedro II, 7). Y Isaías: He aquí, dice, pondré en los cimientos de Sion una piedra escogida, preciosa, angular: y el que crea en ella, no será confundido (Isaías II, 16).

(Vers. 43.) Por tanto, os digo, que el reino de Dios os será quitado, y será dado a una nación que produzca sus frutos. Varias veces he dicho que el reino de Dios se entiende como las Escrituras sagradas, que el Señor quitó a los judíos, y nos las entregó a nosotros, para que hagamos los frutos de ellas. Esta es la viña que se entrega a los labradores y vinicultores, en la cual quienes no trabajen, teniendo solo el nombre de las Escrituras, perderán los frutos de la viña.

(Vers. 44.) Y el que caiga sobre esta piedra, será quebrantado: pero sobre quien ella caiga, lo desmenuzará. Una cosa es ofender a Cristo por malas obras, otra es negarlo. Quien es pecador, y sin embargo cree en él, cae sobre la piedra, y es quebrantado, pero no completamente desmenuzado: pues se reserva por el arrepentimiento para la salvación. Pero sobre quien ella caiga, es decir, a quien la piedra misma caiga, y quien niegue completamente

a Cristo, lo desmenuzará, de modo que no quede ni siquiera un fragmento en el que se pueda recoger un poco de agua.

(Vers. 45, 46.) Y cuando los príncipes de los sacerdotes y los fariseos oyeron sus parábolas, comprendieron que hablaba de ellos. Y buscando prenderlo, temieron a las multitudes: porque lo tenían como profeta. Aunque eran de corazón duro, y por la incredulidad, y la impiedad hacia el Hijo de Dios, torpes, sin embargo, no podían negar las proposiciones claras: y entendían que todas las sentencias del Señor se dirigían contra ellos. Por eso querían matarlo, pero temían a las multitudes: porque lo tenían como profeta. Siempre la multitud es voluble, y no persiste en la voluntad propuesta: y a la manera de las olas, es llevada aquí y allá por el ímpetu de diversos vientos. A quien ahora veneran y honran como profeta: después claman contra él: Crucificalo, crucificalo (Juan XIX, 6).

(Cap. XXII.---Vers. 1, 2.) Y respondiendo Jesús, les habló de nuevo en parábolas, diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre rey, que hizo bodas para su hijo. Los fariseos, entendiendo que las parábolas se decían de ellos, buscaban prenderlo y matarlo. Conociendo el Señor esta voluntad de ellos, no obstante reprende a los que se enfurecen, y no es superado por el temor, para que no acuse a los pecadores. Este rey que hizo bodas para su hijo, es Dios todopoderoso. Hace bodas para nuestro Señor Jesucristo y la Iglesia, que está congregada tanto de judíos como de gentiles.

(Vers. 3.) Y envió a su siervo a llamar a los invitados a las bodas, y no quisieron venir. No hay duda de que es Moisés, por quien dio la Ley a los invitados. Pero si leemos siervos, como tienen la mayoría de los ejemplares, se refiere a los profetas, que los invitados por ellos despreciaron venir.

(Vers. 4, 5.) Envío de nuevo a otros siervos, diciendo: Decid a los invitados: He aquí, he preparado mi banquete: mis toros y animales cebados han sido sacrificados, y todo está listo: venid a las bodas. Pero ellos lo descuidaron. Los siervos que fueron enviados por segunda vez, es mejor que se entiendan como los profetas, que los apóstoles: así, sin embargo, si arriba, siervo, está escrito. Pero si lees siervos, aquí los segundos siervos, los apóstoles deben entenderse. El banquete preparado, y los toros, y los animales cebados sacrificados, o por metáfora describen las riquezas reales, para que de lo carnal se entienda lo espiritual; o ciertamente la magnitud de los dogmas, y la doctrina de Dios en la ley plenísima puede ser sentida.

(Vers. 6.) Y se fueron, uno a su campo, otro a su negocio. Los demás, tomando a sus siervos, los maltrataron y los mataron. Entre aquellos que no reciben la verdad del Evangelio, hay mucha diversidad. Son de menor crimen los que, ocupados en otras cosas, no quisieron venir, que aquellos que, despreciando el afecto del que invita, convirtieron la humanidad en crueldad, y a los siervos del rey, o los maltrataron o los mataron. En esta parábola se silencia la muerte del esposo: y a través de las muertes de los siervos, se muestra el desprecio por las bodas. (Vers. 7.) Pero el rey, al oírlo, se enojó. De quien se había dicho antes: El reino de los cielos es semejante a un hombre rey, cuando invitaba a las bodas y realizaba obras de clemencia, se le llamó hombre, ahora cuando viene a la venganza, se silencia al hombre, y solo se le llama rey.

Y enviando sus ejércitos, destruyó a aquellos homicidas y quemó su ciudad. Ejércitos, o ángeles vengadores, de los cuales se escribe en los Salmos: Envío ángeles malos (Salmo 77,

49); o entendamos a los romanos, bajo el mando de Vespasiano y Tito, quienes, habiendo matado a los pueblos de Judea, incendiaron la ciudad traidora.

(Vers. 8 y siguientes.) Entonces dijo a sus siervos: Las bodas están preparadas; pero los que fueron invitados no eran dignos. Id, pues, a las salidas de los caminos, y a cuantos encontréis, llamadlos a las bodas. Y saliendo sus siervos a los caminos, reunieron a todos los que encontraron, malos y buenos, y se llenaron las bodas de convidados. El pueblo gentil no estaba en los caminos, sino en las salidas de los caminos. Pero se pregunta cómo entre aquellos que estaban fuera, entre los malos, se encontraron también algunos buenos. Este lugar lo trata más plenamente el Apóstol a los Romanos (Rom. II, 14): que las naciones, haciendo naturalmente lo que es de la ley, condenan a los judíos, que no hicieron la ley escrita. Entre los mismos gentiles hay una diversidad infinita; pues sabemos que unos son proclives a los vicios y se precipitan hacia el mal: otros, por la honestidad de sus costumbres, están dedicados a las virtudes.

(Vers. 11, 12.) Pero cuando el rey entró para ver a los convidados, vio allí a un hombre que no estaba vestido con traje de bodas, y le dijo: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener traje de bodas? Y él enmudeció. Aquellos que habían sido invitados a las bodas, de los setos y esquinas, y plazas, y diversos lugares, habían llenado la cena del rey. Pero después, cuando vino el rey para ver a los convidados en su banquete (esto es, como descansando en su fe; para en el día del juicio visitar a los convidados y discernir los méritos de cada uno), encontró a uno que no estaba vestido con traje de bodas. Este uno, todos los que están asociados con la malicia son entendidos. El traje de bodas son los preceptos del Señor, y las obras que se cumplen según la ley y el Evangelio, y hacen el vestido del nuevo hombre. Si alguien, por tanto, en el tiempo del juicio es encontrado bajo el nombre de cristiano sin tener el traje de bodas, esto es, el traje del hombre celestial; sino un traje manchado, es decir, las vestiduras del hombre viejo, este es inmediatamente reprendido, y se le dice: Amigo, ¿cómo entraste aquí? Lo llama amigo, porque fue invitado a las bodas: lo reprende por su impudencia, porque con un vestido sucio ha contaminado las bodas. Y él enmudeció. En ese tiempo no habrá lugar para el arrepentimiento, ni facultad para negar, cuando todos los ángeles y el mundo mismo sean testigos de los pecados.

(Vers. 13.) Entonces el rey dijo a los ministros: Atadlo de pies y manos, y echadlo a las tinieblas exteriores; allí será el llanto y el crujir de dientes. Las manos atadas y los pies, el llanto de los ojos, y el crujir de dientes, o para confirmar la verdad de la resurrección entiéndelo. O ciertamente son atadas las manos y los pies, para que dejen de obrar mal y de correr a derramar sangre. En el llanto de los ojos, y el crujir de dientes, a través de la metáfora de los miembros corporales, se muestra la magnitud de los tormentos.

(Vers. 14.) Muchos son llamados, pero pocos elegidos. Todas las parábolas las comprende en una breve sentencia: que tanto en la obra de la viña, como en la edificación de la casa, y en el banquete de bodas, no se busca el inicio, sino el fin.

(Vers. 15.) Entonces, yéndose los fariseos, tomaron consejo para sorprenderle en alguna palabra. Y le enviaron sus discípulos con los herodianos, diciendo. Recientemente, bajo César Augusto, Judea fue sometida a los romanos, cuando en todo el mundo se celebró el censo, se había hecho tributaria, y había en el pueblo una gran sedición, diciendo unos por la seguridad y tranquilidad, que los romanos luchaban por todos, que debían pagarse los tributos: pero los fariseos, que se jactaban de su justicia, decían lo contrario, que el pueblo de Dios (que pagaba diezmos, y daba primicias, y hacía las demás cosas que están escritas en la Ley) no debía estar sujeto a leyes humanas. César Augusto había constituido a Herodes, hijo de Antípatro,

extranjero y prosélito, rey de los judíos, para que presidiera los tributos, y obedeciera al imperio romano. Por tanto, los fariseos envían a sus discípulos con los herodianos, es decir, los soldados de Herodes, o a quienes los fariseos, burlándose, llamaban herodianos porque pagaban tributos a los romanos, y no dedicados al culto divino. Algunos latinos ridículamente piensan que los herodianos creían que Herodes era el Cristo, lo cual no leemos en absoluto.

(Vers. 16.) Maestro, sabemos que eres veraz, y enseñas el camino de Dios con verdad: y no te importa de nadie. Porque no miras la apariencia de los hombres: Dinos, pues, qué te parece: ¿Es lícito dar tributo al César, o no? La pregunta halagadora y fraudulenta provoca al que responde, para que tema más a Dios que al César, y diga que no deben pagarse los tributos, para que inmediatamente los herodianos, al oírlo, lo tomen como líder de sedición contra los romanos.

(Vers. 18.) Pero Jesús, conociendo su malicia, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? La primera virtud del que responde es conocer la mente de los que preguntan, y no llamar discípulos, sino tentadores. Por tanto, se le llama hipócrita, quien es una cosa y simula otra, es decir, obra una cosa y pretende otra con la voz.

(Vers. 19.) Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. La sabiduría siempre actúa sabiamente, para que los tentadores sean refutados principalmente con sus propias palabras. Mostradme, dice, el denario, es decir, el tipo de moneda que se contaba por diez monedas, y tenía la imagen del César.

(Vers. 20.) Y Jesús les dijo: ¿De quién es esta imagen y la inscripción? Los que piensan que la pregunta del Salvador es ignorancia, y no disposición, aprendan de este lugar presente, que ciertamente Jesús pudo saber de quién era la imagen en la moneda; pero pregunta, para responder adecuadamente a su discurso.

(Vers. 21.) Le dicen: Del César. Entonces les dijo: Dad, pues, al César lo que es del César; y a Dios lo que es de Dios. No pensemos que el César significa a Augusto, sino a Tiberio, su hijastro, que le sucedió en su lugar, bajo quien el Señor sufrió. Pero todos los reyes romanos desde el primer Cayo César, que había tomado el imperio, fueron llamados Césares. Por lo que dice: Dad al César lo que es del César, es decir, la moneda del tributo, y el dinero: y lo que es de Dios a Dios, entendamos las décimas, primicias, y ofrendas, y víctimas: como él mismo pagó tributos por él y por Pedro (Mat. XVII); y a Dios dio lo que es de Dios, haciendo la voluntad del Padre (Juan VI).

(Vers. 22.) Y oyendo, se maravillaron. Quienes debieron creer ante tanta sabiduría, se maravillaron de que su astucia para tender trampas no hubiera encontrado lugar.

Y dejándolo, se fueron. Llevándose la infidelidad junto con el milagro.

(Vers. 23.) Aquel día se acercaron a él los saduceos, que dicen que no hay resurrección. Había dos herejías entre los judíos: una de los fariseos, otra de los saduceos. Los fariseos presumían de justicia por las tradiciones y observancias, que ellos llamaban deuterosis; de ahí que fueran llamados divididos por el pueblo. Pero los saduceos, que se interpretan como justos, también reclamaban para sí lo que no eran: los primeros confesaban la resurrección del cuerpo y del alma, y también los ángeles y el espíritu: los segundos (según los Hechos de los Apóstoles) negaban todo (Hechos IV). Estas son las dos casas, de las cuales Isaías enseña más claramente, que tropezarán en la piedra de tropiezo (Isaías VIII).

(Vers. 24 y siguientes.) Y le preguntaron, diciendo: Maestro, Moisés dijo: Si alguno muere sin tener hijo, que su hermano tome a su esposa y levante descendencia a su hermano. Había entre nosotros siete hermanos: y el primero, habiendo tomado esposa, murió, y no teniendo descendencia, dejó su esposa a su hermano. De igual manera el segundo y el tercero hasta el séptimo. Finalmente, también murió la mujer. Quienes no creían en la resurrección de los cuerpos, y pensaban que el alma perecía con los cuerpos, correctamente inventan una fábula de este tipo, que acusa de delirio a aquellos que afirman la resurrección de los muertos. Pero puede suceder que verdaderamente en su gente alguna vez haya ocurrido esto.

(Vers. 28.) En la resurrección, pues, ¿de cuál de los siete será esposa? Porque todos la tuvieron. Oponen la torpeza de la fábula, para negar la verdad de la resurrección.

(Vers. 29.) Respondiendo Jesús, les dijo: Erráis, no conociendo las Escrituras, ni el poder de Dios. Por eso erran, porque no conocen las Escrituras: y porque ignoran las Escrituras, consecuentemente no conocen el poder de Dios, esto es, Cristo, que es el poder de Dios, y la sabiduría de Dios (I Cor. I).

(Vers. 30.) En la resurrección, ni se casarán, ni se darán en matrimonio; sino que son como los ángeles de Dios en el cielo. La costumbre latina no responde al idioma griego. Porque propiamente se dice que las mujeres se casan, y los hombres toman esposas; pero entendamos simplemente que se ha escrito que los hombres se casan, y las mujeres se dan en matrimonio. Si en la resurrección no se casan, ni se dan en matrimonio, resucitarán, pues, cuerpos que pueden casarse y darse en matrimonio. Nadie dice de una piedra o un árbol, y de estas cosas que no tienen miembros genitales, que no se casan ni se dan en matrimonio; sino de aquellas que, aunque pueden casarse, sin embargo, por otra razón no se casan. Pero lo que se añade: Pero son como los ángeles de Dios en el cielo, se promete una conversación espiritual.

(Vers. 31 y siguientes.) Pero en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído lo que os fue dicho por Dios, diciendo: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob? No es Dios de muertos, sino de vivos. Y oyendo la multitud, se maravillaban de su doctrina. Para confirmar la verdad de la resurrección, pudo haber usado muchos otros ejemplos más manifiestos, de los cuales es aquel: Resucitarán los muertos, y se levantarán los que están en los sepulcros (Isaías XXVI, 19). Y en otro lugar: Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se levantarán: unos para vida, y otros para vergüenza y confusión eterna (Daniel XII, 2). Por tanto, se pregunta, ¿qué quiso el Señor al preferir este testimonio, que parece ambiguo, o no suficientemente pertinente a la verdad de la resurrección: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob; y como si, habiéndolo pronunciado, hubiera probado lo que quería, inmediatamente añadió: No es Dios de muertos, sino de vivos. La multitud que lo rodeaba, conociendo el misterio, se maravilló de su doctrina y respuestas. Arriba dijimos que los saduceos, no confesando ni ángel, ni espíritu, ni resurrección de los cuerpos, también predicaban la destrucción de las almas. Estos solo aceptaban los cinco libros de Moisés, rechazando las profecías de los profetas. Por tanto, era insensato presentar testimonios de donde no seguían la autoridad. Pero para probar la eternidad de las almas, pone un ejemplo de Moisés: Yo soy el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob (Éxodo III, 6). e inmediatamente añade: No es Dios de muertos, sino de vivos; para que, habiendo probado que las almas permanecen después de la muerte (pues no podía ser que fuera Dios de aquellos que no existieran), consecuentemente se introdujera también la resurrección de los cuerpos, que junto con las almas hicieron el bien o el mal. Este lugar lo desarrolla más plenamente el apóstol Pablo en la parte final de la primera Epístola a los Corintios (I Cor. XV).

(Vers. 34 y siguientes.) Pero los fariseos, al oír que había hecho callar a los saduceos, se reunieron en uno: y uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó, tentándole: Maestro, ¿cuál es el mandamiento grande en la ley? Jesús le dijo: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente: este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante a este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas. Lo que leemos de Herodes y Poncio Pilato, que hicieron concordia en la muerte del Señor, también lo vemos ahora de los fariseos y saduceos, que son contrarios entre sí, pero consienten con igual mente para tentar a Jesús. Por tanto, los que ya antes habían sido refutados en la muestra del denario, y habían visto que la facción contraria había sido socavada, debieron ser advertidos por el ejemplo, para no seguir tramando insidias: pero la malevolencia y la envidia alimentan la impudencia. Pregunta uno de los doctores de la ley, no deseando saber, sino tentando, si el interrogado sabía lo que se le preguntaba, cuál es el mandamiento mayor: no preguntando sobre los mandamientos, sino cuál es el primer y gran mandamiento; para que, como todo lo que Dios ha mandado es grande, cualquiera que sea la respuesta, tenga ocasión de calumniar, afirmando que otro es grande entre muchos. Por tanto, cualquiera que sabe y pregunta no con el deseo de aprender, sino con el afán de conocer si sabe aquel que va a responder, se acerca no como discípulo, sino como tentador, a semejanza de los fariseos.

LIBRO CUARTO.

(Vers. 41 y siguientes.) Pero estando reunidos los fariseos, Jesús les preguntó, diciendo: ¿Qué pensáis del Cristo, de quién es hijo? Le dicen: De David. Él les dijo: ¿Cómo, pues, David en el Espíritu le llama Señor, diciendo: Dijo el Señor a mi Señor, Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? Si David, pues, le llama Señor, ¿cómo es su hijo? Los que se habían reunido para tentar a Jesús, y buscaban con una pregunta fraudulenta atrapar la verdad, proporcionaron la ocasión de su propia confutación. Se les pregunta sobre el Cristo de quién es hijo. La pregunta de Jesús nos beneficia hasta hoy contra los judíos. Y estos que confiesan que el Cristo ha de venir, afirman que es un hombre simple y un hombre santo del linaje de David. Preguntemos, pues, a ellos, enseñados por el Señor: si es un hombre simple, y solo hijo de David: ¿cómo David lo llama su Señor: no por error incierto, ni por voluntad propia: sino en el Espíritu Santo? El testimonio que puso, se toma del Salmo ciento nueve. Por tanto, se le llama Señor de David, no según lo que de él nació, sino según lo que nació del Padre siempre, precediendo a su propio Padre de la carne. Los judíos, para burlarse de la verdad de la pregunta, inventan muchas cosas frívolas, afirmando que era el siervo de Abraham, cuyo hijo fue Damasco Eliezer: y que el salmo fue escrito desde la persona de este, que después de la matanza de los cinco reyes, el Señor Dios dijo a su Señor Abraham: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies (Génesis XIV). Preguntemos a ellos: ¿Cómo Dios dijo a Abraham lo que sigue: Contigo el principio en el día de tu poder en los esplendores de los santos, desde el seno antes del lucero te engendré; y: Juró el Señor, y no se arrepentirá; tú eres sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec? Y obliguémosles a responder, ¿cómo Abraham fue engendrado antes del lucero; y fue sacerdote según el orden de Melquisedec: por quien Melquisedec ofreció pan y vino, y de quien recibió los diezmos del botín?

(Vers. 46.) Y nadie podía responderle palabra: ni osó ninguno desde aquel día preguntarle más. Los fariseos y saduceos buscando ocasión de calumnia, y encontrar alguna palabra que se prestara a insidias, porque fueron refutados en sus discursos, ya no preguntan más, sino que lo entregan abiertamente capturado al poder romano. De lo cual entendemos que los venenos de la envidia pueden ser superados, pero difícilmente se aquietan.

(Cap. XXIII.---Vers. 1 y siguientes.) Entonces Jesús habló a las multitudes y a sus discípulos, diciendo: En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos: todo, pues, lo que os digan, guardadlo y hacedlo: pero no hagáis conforme a sus obras. Porque dicen, y no hacen. ¿Qué hay más manso, qué más benigno que el Señor? Es tentado por los fariseos, se rompen sus insidias, y según el salmista: Las flechas de los pequeños se convirtieron en sus plagas (Salmo LXIII, 8), y sin embargo, por la dignidad del sacerdocio y del nombre, exhorta a los pueblos a que se sometan a ellos, no considerando las obras, sino la doctrina. Pero lo que dice: En la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos: por la cátedra muestra la doctrina de la Ley. Por tanto, también lo que se dice en el Salmo: En la cátedra de pestilencia no se sentó (Salmo I, 1). Y: Derribó las cátedras de los que vendían palomas (Mateo XXI; Marcos XI) debemos entenderlo como doctrina.

(Vers. 4.) Atan cargas pesadas y difíciles de llevar, y las ponen sobre los hombros de los hombres; pero ellos ni con un dedo quieren moverlas. Esto es en general contra todos los maestros, que ordenan cosas pesadas, y no hacen las menores. Notemos, sin embargo, que tanto los hombros, como el dedo, y las cargas, y las ataduras con las que se atan las cargas, deben entenderse espiritualmente.

(Vers. 5.) Todas sus obras las hacen para ser vistos por los hombres. Por tanto, cualquiera que hace algo para ser visto por los hombres, es escriba y fariseo.

(Vers. 6.) Dilatan sus filacterias y magnifican las franjas. Aman los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas, y los saludos en el mercado, y ser llamados por los hombres Rabbi. ¡Ay de nosotros, miserables, a quienes han llegado los vicios de los fariseos! El Señor, cuando dio los mandamientos de la Ley por medio de Moisés, al final añadió: Los atarás en tu mano, y estarán inmóviles ante tus ojos (Deut. VI, 8). Y el sentido es: Mis preceptos estén en tu mano, para que se cumplan con obras: estén ante tus ojos, para que medites en ellos día y noche. Esto, los fariseos lo interpretaron mal, escribiendo en pergaminos el Decálogo de Moisés, es decir, las diez palabras de la Ley, doblándolos y atándolos en la frente, y haciendo de ellos una especie de corona para la cabeza, para que siempre se movieran ante los ojos: lo que hasta hoy hacen los indios, persas y babilonios: y quien tenga esto, es juzgado como religioso entre los pueblos. Moisés también había ordenado (Num. XV) que en las cuatro esquinas de los mantos hicieran franjas de jacinto, para distinguir al pueblo de Israel, de modo que así como en los cuerpos la circuncisión daba una señal de la nación judía, también la vestimenta tuviera alguna diferencia. Los maestros supersticiosos, buscando el favor popular y persiguiendo ganancias de las mujeres, hacían grandes franjas, y ataban en ellas espinas muy agudas, para que al caminar y sentarse a veces se pincharan, y como por esta advertencia se retractaran a los oficios del Señor y a los ministerios de su servicio. Porque el Señor había dicho: Todas sus obras las hacen para ser vistas por los hombres; lo que había acusado en general, ahora lo divide en partes. A esos pequeños pergaminos del Decálogo los llamaban filacterias: porque quien los tuviera, los tenía como custodia y monumento de sí mismo: sin que los fariseos entendieran que estas cosas deben llevarse en el corazón, no en el cuerpo: de lo contrario, también los armarios y arcas tienen libros, y no tienen conocimiento de Dios. Esto entre nosotros lo hacen hasta hoy las mujeres supersticiosas, en pequeños Evangelios, y en la madera de la cruz, y en cosas de este tipo (que tienen celo de Dios, pero no según ciencia) (Rom. X), colando el mosquito y tragando el camello (Infra, eodem). De este tipo era la pequeña y breve franja ordenada por la Ley, que también tocó la mujer que sangraba, en el manto del Señor (Supra IX, Luc. VIII): pero no fue herida por las espinas supersticiosas de los fariseos; más bien fue sanada al tocarlo. Y mientras dilatan innecesariamente las filacterias, y hacen grandes franjas, buscando

la gloria de los hombres, se les acusa en lo demás, de por qué buscan los primeros asientos en las cenas, y las primeras sillas en las sinagogas; y en público buscan la gula y la gloria: y son llamados por los hombres Rabbi, que en latín se dice maestro. Finalmente sigue:

(Vers. 8 seq.) Pero vosotros no os hagáis llamar Rabbi: porque uno es vuestro maestro: y todos vosotros sois hermanos. Y no llaméis padre a nadie en la tierra: porque uno es vuestro Padre, que está en los cielos. Ni os hagáis llamar maestros: porque uno es vuestro maestro, Cristo. El que es mayor entre vosotros, será vuestro servidor. Y el que se ensalce, será humillado, y el que se humille, será ensalzado. Ni maestro, ni padre debe ser llamado otro, sino Dios Padre y nuestro Señor Jesucristo. Padre, porque de él son todas las cosas. Maestro, porque por él todas las cosas: o porque por la dispensación de su carne, todos hemos sido reconciliados con Dios. Se pregunta por qué, en contra de este precepto, el apóstol, doctor de los gentiles, se ha llamado a sí mismo (II Cor. V; Coloss. I); o cómo, en el lenguaje común, especialmente en los monasterios de Palestina y Egipto, se llaman entre sí Padres. Esto se resuelve así: Es diferente ser padre o maestro por naturaleza, que por indulgencia. Si llamamos padre a un hombre, rendimos honor a la edad, no mostramos al autor de nuestra vida. También se dice maestro por la asociación con el verdadero maestro. Y para no repetir infinitamente, así como uno es por naturaleza Dios y uno es Hijo, no se prejuzga a los demás para que no sean llamados dioses [Al. dei] y hijos por adopción: así también uno es padre y maestro, no prejuzga a otros, para que abusivamente sean llamados padres y maestros.

(Vers. 13, 14.) ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque cerráis el reino de los cielos ante los hombres. Vosotros [Al. ipsi] no entráis, ni dejáis entrar a los que quieren entrar. ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque devoráis las casas de las viudas, haciendo largas oraciones, por esto recibiréis mayor juicio. Teniendo los escribas y fariseos el conocimiento de la Ley y de los Profetas, saben que Cristo es el Hijo de Dios: no ignoran que nació de una Virgen; pero mientras buscan el botín del pueblo sometido a ellos, ni ellos entran en el reino de los cielos, ni permiten entrar a los que podían. Esto es lo que en el profeta Oseas se acusa: Los sacerdotes escondieron el camino, mataron a Sicima (Oseas VI, 9). Y de nuevo: Los sacerdotes no dijeron, ¿dónde está el Señor? (Oseas IV). O ciertamente, todo maestro que escandaliza con malas obras a sus discípulos, cierra ante ellos el reino de los cielos.

(Vers. 15.) ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque recorréis el mar y la tierra seca, para hacer un prosélito: y cuando lo habéis hecho, lo hacéis hijo del infierno el doble que vosotros. No guardamos con el mismo celo lo que buscamos, que lo que encontramos. Los escribas y fariseos recorriendo todo el mundo, por negocios, o diversas ganancias tanto de los discípulos a capturar, como por la imagen de santidad, tenían el afán de hacer un prosélito de las naciones, es decir, un extranjero, y mezclar al incircunciso con el pueblo de Dios. Pero quien antes, siendo pagano, erraba simplemente, y era una vez hijo del infierno, viendo los vicios de los maestros, y entendiendo que destruyen con obras lo que enseñan con palabras, vuelve a su vómito: y hecho gentil, como transgresor, será digno de mayor castigo. Hijo del infierno se llama, como hijo de perdición, e hijo de este siglo. Cada uno es llamado hijo de aquel cuyas obras hace.

(Vers. 16 seq.) ¡Ay de vosotros, guías ciegos, que decís: quien jure por el templo, no es nada: pero quien jure por el oro del templo, es deudor. Necios y ciegos, ¿qué es mayor, el oro, o el templo que santifica el oro? Y quien jure por el altar, no es nada: pero quien jure por la ofrenda que está sobre él, debe. Ciegos, ¿qué es mayor, la ofrenda, o el altar que santifica la ofrenda? Quien jura por el altar, jura por él, y por todo lo que está sobre él. Y quien jura por el templo, jura por él, y por aquel que habita en él. Y quien jura por el cielo, jura por el trono

de Dios, y por aquel que se sienta sobre él. Arriba, como nos pareció, expusimos qué significaba la tradición de los fariseos, diciendo: Donación cualquiera que sea de mí, te beneficiará: ahora la tradición de los fariseos, doble y llevada a una ocasión de avaricia, es condenada, para que se les acuse de hacer todo por lucro, y no por temor de Dios. Así como en las filacterias y franjas dilatadas la opinión de santidad captaba la gloria, y por ocasión de la gloria buscaba ganancias: así otra invención de la tradición, acusa de impiedad a los preceptores. Si alguien en una contienda, o en alguna disputa, o en la ambigüedad de una causa, juraba por el templo, y luego era convencido de mentira, no se le consideraba culpable del crimen [Al. ejus]. Pero si juraba por el oro y el dinero, que se ofrecía en el templo a los sacerdotes, inmediatamente se le obligaba a pagar aquello por lo que había jurado. De nuevo: Si alguien juraba por el altar, nadie lo consideraba culpable de perjurio [Al. retinebat]: pero si perjuraba por la ofrenda, o en las oblaciones, es decir, en las víctimas, en las ofrendas de harina y otras cosas, que se ofrecen a Dios sobre el altar, estas se reclamaban con mucho cuidado [Al. repetebant]. Por lo tanto, el Señor los acusa de necedad y fraude, porque mucho mayor es el templo que el oro, que es santificado por el templo, y el altar que las ofrendas, que son santificadas por el altar. Todo lo hacían, no por temor de Dios, sino por codicia de riquezas.

(Vers. 23.) ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque diezmáis la menta, el eneldo y el comino, y habéis dejado lo más grave de la Ley, el juicio, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, y no dejar aquello. Hay muchos preceptos en la Ley, que presentan tipos de lo futuro. Otros son claros según el salmista, diciendo: El mandamiento del Señor es claro, iluminando los ojos (Sal. XVIII, 9), que inmediatamente desean obras. Por ejemplo: No cometerás adulterio: no robarás: no darás falso testimonio, etc. Pero los fariseos, porque el Señor había ordenado (dejemos por ahora los entendimientos místicos) para el sustento de los sacerdotes y levitas, cuya parte era el Señor, que se ofrecieran diezmos de todas las cosas en el templo; esto era lo único que les interesaba, que se trajeran las cosas ordenadas: lo demás que era mayor, si alguien lo hacía o no, lo despreciaban. Y por este capítulo también se les acusa de avaricia, porque exigen diligentemente los diezmos incluso de las hierbas más viles, y descuidan el juicio en la discusión de los negocios, la misericordia hacia los pobres, huérfanos y viudas, y la fe en Dios, que son grandes.

(Vers. 24.) Guías ciegos, colando el mosquito, pero tragando el camello. Creo que el camello es, según el sentido del lugar presente, y la magnitud de los preceptos, el juicio, la misericordia y la fe. El mosquito, sin embargo, son los diezmos de la menta, el eneldo, el comino y las demás hierbas viles. Contra el precepto de Dios, devoramos y descuidamos lo que es grande, y mostramos diligencia en las cosas pequeñas, que tienen lucro, en la opinión de religión.

(Vers. 25, 26.) ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque limpiáis lo que está fuera del vaso y del plato, pero por dentro estáis llenos de robo e inmundicia. Fariseo ciego, limpia primero lo que está dentro del vaso y del plato, para que también lo que está fuera sea limpio. Con diferentes palabras, pero con el mismo sentido, que arriba, acusa a los fariseos de simulación y mentira, porque muestran una cosa a los hombres por fuera, y otra hacen en casa. No porque su superstición se detuviera en el vaso y el plato; sino porque mostraban santidad a los hombres por fuera, en el hábito, en el discurso, en las filacterias, en las franjas, en la longitud de las oraciones, y en otras cosas de este tipo, pero por dentro estaban llenos de las suciedades de los vicios.

(Vers. 27, 28.) ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque sois semejantes a sepulcros blanqueados, que por fuera parecen hermosos a los hombres, pero por dentro están

lentos de huesos de muertos y de toda inmundicia. Así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad. Lo que había demostrado en el vaso y el plato, que estaban lavados por fuera, y sucios por dentro, ahora lo repite con el ejemplo de los sepulcros: que así como los sepulcros están blanqueados por fuera con cal, y adornados con mármoles y oro y colores, pero por dentro están llenos de huesos de muertos: así también los maestros perversos, que enseñan una cosa y hacen otra, muestran limpieza en el hábito de la vestimenta, y humildad en las palabras: pero por dentro están llenos de toda inmundicia y lujuria. Finalmente, expresa esto mismo más claramente, añadiendo: Así también vosotros por fuera parecéis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad.

(Vers. 29 seqq.) ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, porque edificáis los sepulcros de los profetas, y adornáis los monumentos de los justos, y decís: Si hubiéramos estado en los días de nuestros padres, no habríamos sido sus cómplices en la sangre de los profetas. Así que sois testigos contra vosotros mismos: porque sois hijos de los que mataron a los profetas. Con un silogismo muy prudente los acusa de ser hijos de homicidas, mientras ellos, por la opinión de bondad y gloria entre los pueblos, edifican los sepulcros de los profetas, a quienes sus mayores mataron, y dicen: Si hubiéramos estado en aquel tiempo, no habríamos hecho lo que hicieron nuestros padres. Esto, aunque no lo digan con palabras, lo dicen con obras, al edificar ambiciosa y magníficamente las memorias de los muertos, a quienes no niegan que fueron asesinados por sus padres.

Y vosotros llenad la medida de vuestros padres. Probado con las palabras anteriores, que eran hijos de homicidas, y de aquellos que mataron a los profetas, ahora concluye lo que quería, y como parte final del silogismo dice. Y vosotros llenad la medida de vuestros padres. Lo que les faltó a ellos, vosotros completadlo. Ellos mataron a los siervos: vosotros crucificad al Señor. Ellos a los profetas: vosotros a aquel que fue predicado por los profetas.

(Vers. 33.) Serpientes, [Al. additur et] generación de víboras, ¿cómo escaparéis del juicio del infierno? Esto mismo también lo había dicho Juan el Bautista (Luc. III). Así como de las víboras nacen víboras: así de padres homicidas, vosotros, dice, sois nacidos homicidas.

(Vers. 34.) Por eso, he aquí yo envío a vosotros profetas, y sabios, y escribas, y de ellos mataréis y crucificaréis, y de ellos azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad. Esto que antes habíamos dicho, Llenad la medida de vuestros padres, puede referirse a la persona del Señor, porque iba a ser matado por ellos, también puede referirse a sus discípulos, de quienes ahora dice: He aquí yo envío a vosotros profetas, y sabios, y escribas, y de ellos mataréis, y crucificaréis, y azotaréis en vuestras sinagogas, y perseguiréis de ciudad en ciudad, para que llenéis la medida de vuestros padres. Y observa al mismo tiempo, según el Apóstol escribiendo a los Corintios (I Cor. VII), que los dones de los discípulos de Cristo son variados; algunos profetas, que predicán lo que ha de venir; otros sabios, que saben cuándo deben pronunciar el discurso; otros escribas muy doctos en la Ley, de los cuales Esteban fue apedreado, Pablo asesinado, Pedro crucificado, los discípulos azotados en los Hechos de los Apóstoles: y los persiguieron de ciudad en ciudad; expulsándolos de Judea, para que emigraran al pueblo de los gentiles.

(Vers. 35, 36.) Para que venga sobre vosotros toda la sangre justa, que ha sido derramada sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo, vendrán todas estas cosas sobre esta generación. De Abel no hay ambigüedad, que es aquel a quien su hermano Caín mató. Justo no solo por la sentencia del Señor ahora, sino por el testimonio del Génesis (Gén.

IV), donde se narran sus ofrendas aceptadas por Dios. Buscamos quién es este Zacarías hijo de Baraquías, porque leemos de muchos Zacarías. Y para que no se nos concediera libremente la facultad de error, se añadió: a quien matasteis entre el templo y el altar. En diversos lugares he leído diferentes cosas, y debo exponer las opiniones de cada uno. Algunos dicen que es Zacarías hijo de Baraquías, que es el undécimo en los doce profetas, y en él el nombre del padre coincide [Al. consentit]; pero la Escritura no dice dónde fue asesinado entre el templo y el altar: especialmente cuando en sus tiempos apenas había ruinas del templo. Otros quieren que se entienda a Zacarías padre de Juan, aprobando por algunos sueños apócrifos, que fue asesinado porque predicó [Al. praedicaret] la venida del Salvador. Esto, porque no tiene autoridad de las Escrituras, se desprecia con la misma facilidad con que se prueba. Otros quieren que sea este Zacarías, que fue asesinado por el rey Joás de Judá entre el templo y el altar, como narra la historia de los Reyes. Pero se debe observar que ese Zacarías no es hijo de Baraquías, sino hijo de Joiada el sacerdote. Por lo tanto, la Escritura dice: Joás no se acordó de su padre Joiada, que le había hecho el bien (II Paral. XXIV, 22). Así que, teniendo a Zacarías y coincidiendo el lugar de la muerte, buscamos por qué se le llama hijo de Baraquías, y no de Joiada. Baraquías en nuestra lengua se dice bendito del Señor: y la justicia del sacerdote Joiada se demuestra en lengua hebrea. En el Evangelio que usan los nazarenos, encontramos escrito hijo de Joiada en lugar de hijo de Baraquías. Los hermanos más simples, entre las ruinas del templo y el altar, o en las salidas de las puertas que conducen a Siloé, mostrando piedras rojas, creen que están manchadas con la sangre de Zacarías. No condenamos el error, que desciende del odio a los judíos y de la piedad de la fe. Digamos brevemente por qué se requiere la sangre de Abel el justo, hasta Zacarías hijo de Baraquías de esa generación, cuando ninguno de ellos fue asesinado por ella. Es regla de las Escrituras poner dos generaciones, de buenos o malos, es decir, una de cada uno. Tomemos ejemplos de los buenos: ¿Quién subirá al monte del Señor? o ¿quién descansará en su monte santo? (Sal. XXIII, 3). Y después de describir a muchos que subirán al monte del Señor, que fueron de diferentes edades, añade: Esta es la generación de los que buscan al Señor, de los que buscan el rostro del Dios de Jacob. Y en otro lugar de todos los santos: La generación de los justos será bendecida (Sal. CXI, 2). De los malos, como en el lugar presente: Generación de víboras. Y se requerirán todas las cosas de esta generación. Y en Ezequiel, cuando describió los pecados de la tierra, el discurso profético añadió: Si Noé, Job y Daniel estuvieran allí, no perdonaría los pecados de esa tierra (Ezequiel XIV, 14): Queriendo que se entendiera por Noé, Job y Daniel a todos los justos que fueran semejantes a ellos en virtudes. Por lo tanto, también estos que hicieron cosas similares a Caín y Joás contra los apóstoles, se refieren a una generación.

(Vers. 37.) Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados: ¡cuántas veces quise reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y no quisiste! Jerusalén, no llama a las piedras y edificios de la ciudad, sino a los habitantes, a quienes lamenta con afecto de padre, como también leemos en otro lugar, que al verla lloró (Luc. XIX). En lo que dice: ¡Cuántas veces quise reunir a tus hijos, testifica que todos los profetas anteriores fueron enviados por él. También leemos la similitud de la gallina que reúne a sus polluelos bajo sus alas, en el cántico de Deuteronomio: Como el águila protege su nido, y sobre sus polluelos deseó, extendiendo sus alas los tomó y los llevó sobre sus plumas (Deut. XXXII, 11).

192 (Vers. 38.) He aquí que vuestra casa será dejada desierta. Esto mismo ya lo había dicho antes en persona de Jeremías: He dejado mi casa, he abandonado mi heredad: mi heredad se ha convertido para mí en una cueva de hienas (Jer. XII, 7, 8). Comprobamos con nuestros ojos que la casa de los judíos, es decir, aquel templo que resplandecía majestuoso, está

desierta: porque perdió al habitante Cristo, y deseando arrebatarse la herencia, mató al heredero.

(Vers. 39.) Porque os digo: no me veréis más desde ahora, hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor. Habla a Jerusalén y al pueblo de los judíos. Este versículo, que también los niños y lactantes usaron en la entrada del Señor Salvador en Jerusalén, cuando dijeron: Bendito el que viene en el nombre del Señor, hosanna en las alturas, lo tomó del salmo ciento diecisiete, que está claramente escrito sobre la venida del Señor. Y lo que dice, quiere que se entienda así: A menos que hagáis penitencia (Luc. XIII), y confeséis que soy yo, de quien los Profetas cantaron, el Hijo del Padre omnipotente, no veréis mi rostro. Los judíos tienen un tiempo dado para la penitencia: confiesen al bendito que viene en el nombre del Señor, y contemplarán el rostro de Cristo.

(Cap. XXIV.---Vers. 1, 2.) Y saliendo Jesús del templo, se iba. Y se acercaron sus discípulos para mostrarle las edificaciones del templo. Pero él, respondiendo, les dijo: ¿Veis todo esto? En verdad os digo: no quedará aquí piedra sobre piedra que no sea destruida. Según la historia, el sentido es manifiesto. Pero al retirarse el Señor del templo, todos los edificios de la ley y la composición de los mandamientos fueron destruidos de tal manera que nada puede ser cumplido por los judíos; y al ser quitada la cabeza, todos los miembros se enfrentan entre sí.

(Vers. 3, 4.) Y estando él sentado en el monte de los Olivos, se acercaron a él los discípulos en privado, diciendo: Dinos cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida y del fin del mundo. Y respondiendo Jesús, les dijo: Mirad que nadie os engañe. Se sienta en el monte de los Olivos, donde nació la verdadera luz del conocimiento, y se acercan a él los discípulos en privado, que deseaban conocer los misterios y la revelación de lo futuro, y preguntan tres cosas: cuándo será destruida Jerusalén; cuándo vendrá Cristo; cuándo será el fin del mundo.

(Vers. 5.) Porque vendrán muchos en mi nombre, diciendo: Yo soy el Cristo, y engañarán a muchos. Uno de ellos es Simón el Samaritano, a quien leemos en los Hechos de los Apóstoles, que decía ser el gran poder de Dios (Hech. VIII), dejando también escritas estas cosas entre otras en sus volúmenes: Yo soy la palabra de Dios, yo soy hermoso, yo soy el Paráclito, yo soy omnipotente, yo soy todo de Dios. Pero también el apóstol Juan en su epístola dice: Habéis oído que el Anticristo ha de venir, ahora bien, muchos anticristos han surgido (I Juan II, 18). Yo creo que todos los herejes son anticristos, y bajo el nombre de Cristo enseñan cosas contrarias a Cristo. No es de extrañar si vemos a algunos ser engañados por ellos, cuando el Señor ha dicho: Y engañarán a muchos.

(Vers. 6.) Porque oiréis de guerras y rumores de guerras: mirad que no os turbéis. Porque es necesario que todo esto suceda; pero aún no es el fin. Cuando veamos que estas cosas suceden, no pensemos que el día del juicio está cerca, sino que se reserva para aquel tiempo, cuya señal se pone claramente en lo que sigue.

(Vers. 7, 8.) Porque se levantará nación contra nación, y reino contra reino, y habrá pestilencias y hambres, y terremotos en diversos lugares. Pero todo esto es solo el principio de dolores. No dudo que estas cosas sucederán literalmente como están escritas: pero me parece que el reino contra reino, y la pestilencia de aquellos cuyo discurso se extiende como cáncer (II Tim. II), y el hambre de oír la palabra de Dios, y la conmoción de toda la tierra, y la separación de la verdadera fe, se entienden mejor en los herejes, que luchando entre sí, hacen victoriosa a la Iglesia. Pero lo que dijo: Pero todo esto es solo el principio de dolores,

se traduce mejor como, de partos: para que se entienda como un cierto embarazo de la venida del Anticristo, no un parto.

(Vers. 9.) Entonces os entregarán a tribulación, y os matarán; y seréis odiados por todas las naciones por causa de mi nombre. Por los apóstoles se señala la persona de todos los creyentes, no porque en ese tiempo los apóstoles se encuentren en el cuerpo.

(Vers. 12, 13.) Y por haberse multiplicado la iniquidad, el amor de muchos se enfriará. Pero el que persevere hasta el fin, ese será salvo. No negó la fe de todos, sino de muchos. Porque muchos son llamados, pero pocos elegidos. Pues en los apóstoles y en los semejantes a ellos permanecerá el amor, del cual está escrito: Muchas aguas no podrán apagar el amor (Cant. VIII, 7). Y el mismo Pablo: ¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿tribulación, o angustia, o hambre? (Rom. VIII, 35) y lo demás.

(Vers. 14.) Y este Evangelio del reino será predicado en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin. La señal de la venida del Señor es que el Evangelio sea predicado en todo el mundo, para que nadie sea excusable; lo cual o ya está cumplido, o vemos que pronto se cumplirá. No creo que haya quedado ninguna nación que ignore el nombre de Cristo. Y aunque no haya tenido predicador, sin embargo, por las naciones vecinas no puede ignorar la opinión de la fe.

(Vers. 15.) Cuando, pues, veáis la abominación de la desolación, de que habló el profeta Daniel, en el lugar santo, el que lea, entienda. Cuando se nos llama a la inteligencia, se muestra que lo dicho es místico. Leemos en Daniel de esta manera: Y a la mitad de la semana se quitará el sacrificio y la ofrenda, y en el templo habrá abominación de desolaciones hasta la consumación del tiempo, y la consumación se dará sobre la soledad. De esto también habla el apóstol (II Tes. II): que el hombre de iniquidad y adversario será elevado contra todo lo que se llama Dios, y es adorado; de modo que se atreva a estar en el templo de Dios, y mostrar que él mismo es Dios, cuya venida según la operación de Satanás destruirá a aquellos, y reducirá a la soledad de Dios, que lo reciban. Puede entenderse simplemente sobre el Anticristo, o sobre la imagen de César, que Pilato puso en el templo; o sobre la estatua ecuestre de Adriano, que permaneció en el mismo lugar del santo de los santos hasta el día presente. La abominación también, según la antigua Escritura, se llama ídolo; y por eso se añade, de la desolación; porque en el templo desolado y destruido se colocó un ídolo.

(Vers. 16 y siguientes.) Entonces los que estén en Judea, huyan a los montes; y el que esté en la azotea, no descienda para tomar algo de su casa; y el que esté en el campo, no vuelva atrás para tomar su capa. La abominación de la desolación puede entenderse también como toda doctrina perversa; que cuando la veamos estar en el lugar santo, es decir, en la Iglesia, y mostrarse como Dios, debemos huir de Judea a los montes, es decir, dejando la letra muerta y la perversidad judía, acercarnos a los montes eternos, de los cuales Dios ilumina maravillosamente (Sal. LXXV); y estar en la azotea y en el tejado, donde no puedan llegar los dardos encendidos del diablo: ni descender y tomar algo de la casa de la antigua conversación: ni buscar lo que está atrás; sino más bien sembrar en el campo de las Escrituras espirituales, para que obtengamos fruto de él. Ni tomar otra capa, que los apóstoles tienen prohibido tener. Sobre este lugar, es decir, sobre la abominación de la desolación, de que habló el profeta Daniel, estando en el lugar santo, Porfirio blasfemó mucho en el decimotercer volumen de su obra contra nosotros, a quien Eusebio, obispo de Cesarea, respondió en tres volúmenes, el decimotercer, decimonoveno y vigésimo. Apolinar también escribió extensamente: y en vano intentó querer discutir en un solo capítulo, sobre lo que se ha disputado en tantos miles de versos.

(Vers. 19.) Pero ¡ay de las que estén encintas y de las que críen en aquellos días! ¡Ay de aquellas almas que no han llevado a sus crías a un hombre perfecto, sino que tienen los comienzos de la fe, de modo que necesitan la nutrición de los maestros! También se puede decir esto, que en la persecución del Anticristo, o de la cautividad romana, las encintas y las que crían, cargadas con el peso del vientre y de los hijos, no pudieron tener una fuga expedita.

(Vers. 20.) Orad, pues, que vuestra huida no sea en invierno, ni en sábado. Si queremos entenderlo sobre la cautividad de Jerusalén, cuando fue capturada por Tito y Vespasiano, deben orar para que su huida no sea en invierno, ni en sábado; porque en uno la dureza del frío impide ir a las soledades, y en los montes y desiertos esconderse; en el otro, o es transgresión de la Ley, si quieren huir, o muerte inminente, si se quedan. Pero si se entiende sobre la consumación del mundo, esto ordena, para que no se enfríe nuestra fe y amor en Cristo, ni que ociosos en la obra de Dios nos adormezcamos en el sábado de las virtudes.

(Vers. 22.) Y si aquellos días no fuesen acortados, no se salvaría nadie; pero por causa de los elegidos, aquellos días serán acortados. Los días acortados, no según los delirios de algunos (que piensan que los momentos de los tiempos se cambian; ni recuerdan lo que está escrito: Por tu ordenación permanece el día [Sal. CXVIII, 91]), sino que debemos entenderlo según la calidad de los tiempos, es decir, acortados no en medida, sino en número; para que así como en la bendición se dice; Lo llenaré de longitud de días (Sal. XC); así también ahora se entiendan los días acortados: para que la demora de los tiempos no sacuda la fe de los creyentes.

(Vers. 23.) Entonces si alguno os dijere: mirad, aquí está el Cristo, o allí; no lo creáis. Muchos en el tiempo de la cautividad judía surgieron como líderes, que decían ser Cristos: tanto que, mientras los romanos sitiaban, había tres facciones dentro. Pero se entiende mejor sobre la consumación del mundo.

(Vers. 24.) Porque se levantarán falsos cristos, y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios; de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los elegidos. He aquí que os lo he dicho de antemano. Este lugar debe ser discutido de tres maneras, como ya dije antes; o sobre el tiempo del sitio romano; o sobre la consumación del mundo; o sobre la lucha de los herejes contra la Iglesia, y de tales antichristos, que bajo la apariencia de falsa ciencia luchan contra Cristo.

(Vers. 25, 26.) Si, pues, os dijeren: mirad, está en el desierto, no salgáis; mirad, está en los aposentos, no lo creáis. Si alguien os promete que Cristo mora en el desierto de los gentiles y en la doctrina de los filósofos; o en los aposentos de los herejes, que prometen los secretos de Dios, no salgáis, no lo creáis; o (porque en tiempo de persecución y angustia siempre los falsos profetas encuentran lugar para engañar) si alguien bajo el nombre de Cristo quiere jactarse, no le prestéis fe inmediatamente.

(Vers. 27.) Porque como el relámpago sale del oriente, y se muestra hasta el occidente; así será también la venida del Hijo del Hombre. No salgáis, no creáis, que el Hijo del Hombre esté en el desierto de los gentiles, o en los aposentos de los herejes; sino que desde el oriente hasta el occidente, su fe resplandece en las Iglesias católicas. También debe decirse que la segunda venida del Salvador no será en humildad como antes, sino que se mostrará en gloria. Es necio, por tanto, buscarlo en un lugar pequeño o escondido, quien es la luz de todo el mundo.

(Vers. 28.) Dondequiera que esté el cuerpo, allí se reunirán las águilas. Del ejemplo natural que vemos diariamente, se nos instruye en el sacramento de Cristo. Se dice que las águilas y los buitres incluso a través de los mares sienten los cadáveres, y se congregan para tal comida. Si, pues, las aves irracionales con sentido natural, separadas por tan grandes espacios de tierra y por las olas del mar, sienten un pequeño cadáver donde yace: ¡cuánto más nosotros y toda la multitud de creyentes debemos apresurarnos hacia aquel, cuyo relámpago sale del oriente, y se muestra hasta el occidente! Podemos, sin embargo, entender el cuerpo, es decir, $\pi\tau\tilde{\omega}\mu\alpha$, que en latín se dice más significativamente cadáver, por aquello que cae por la muerte, como la pasión de Cristo, a la cual somos llamados; para que dondequiera que se lea en las Escrituras, nos congreguemos, y por ella podamos llegar a la Palabra de Dios, como es aquello: Horadaron mis manos y mis pies (Sal. XXI, 17). Y en Isaías: Como oveja fue llevado al matadero (Isa. LIII, 7); y otras cosas semejantes a estas. Las águilas se llaman santos, a quienes se les ha renovado la juventud como la del águila; y que según Isaías se empluman, y toman alas, para venir a la pasión de Cristo (Isa. XLVI).

(Vers. 29.) Pero inmediatamente después de la tribulación de aquellos días el sol se oscurecerá, y la luna no dará su luz, y las estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos se conmoverán. El sol y la luna se oscurecerán, y no darán su luz; y las demás estrellas caerán del cielo, y las virtudes de los cielos se conmoverán, no por disminución de luz (de lo contrario leemos que el sol tendrá siete veces más luz [Isa. XXX]), sino que en comparación con la verdadera luz todo será oscuro a la vista. Si, pues, este sol, que ahora resplandece por todo el mundo, y la luna que es el segundo luminar, y las estrellas que están encendidas para consuelo de la noche, y todas las virtudes (que entendemos como las multitudes de ángeles) en la venida de Cristo serán consideradas en tinieblas: que se derrumbe la soberbia de aquellos, que se consideran santos y no temen la presencia de los juicios.

(Vers. 30.) Y entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo. Aquí entendamos la señal como la cruz, para que vean (según Zacarías (Zac. XII) y Juan [Juan XIX]) los judíos a quien traspasaron; o el estandarte de la victoria del triunfante.

Y entonces todas las tribus de la tierra se lamentarán, y verán al Hijo del Hombre viniendo en las nubes del cielo con gran poder y majestad. Se lamentarán aquellos que no tuvieron ciudadanía en los cielos, sino que están escritos en la tierra.

(Vers. 31.) Y enviará a sus ángeles con trompeta y gran voz; y reunirán a sus elegidos de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro. De esta trompeta también habla el Apóstol (I Cor. XV; I Tes. IV): y en el Apocalipsis de Juan leemos (Apoc. VIII): y en el Antiguo Testamento (Num. X), se ordena hacer trompetas de oro, y de bronce y plata; para que resuenen los sublimes sacramentos de las doctrinas.

(Vers. 32, 33.) De la higuera aprended la parábola: cuando ya su rama está tierna, y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, sabed que está cerca, a las puertas. Bajo el ejemplo del árbol, enseñó la venida de la consumación. Como, dice, cuando los brotes tiernos en el árbol de la higuera, y la yema brota en flor, y la corteza produce hojas, entendéis la llegada del verano, y la entrada del Favonio y de la Primavera: así cuando veáis todas estas cosas que están escritas, no penséis que ya está la consumación del mundo, sino que vienen como preámbulos y precursores para mostrar que está cerca y a las puertas.

(Vers. 34.) En verdad os digo, que no pasará esta generación, hasta que todo esto suceda. Arriba dijimos que hay generaciones de buenos, y por el contrario de malos. Por lo tanto, o significa toda la raza humana, o especialmente la de los judíos.

(Vers. 35.) El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. El cielo y la tierra pasarán por cambio, no por abolición de sí mismos: de lo contrario, ¿cómo se oscurecerá el sol, y la luna no dará su luz, y caerán las estrellas, si el cielo en el que están estas cosas, y la tierra no existieran?

(Vers. 36.) Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo, sino solo el Padre. En algunos códices latinos se ha añadido, ni el Hijo: aunque en los griegos, y especialmente en los ejemplares de Adamancio y Pierio, esto no está escrito: pero como en algunos se lee, parece necesario discutirlo. Se alegran Arrio y Eunomio, como si la ignorancia del maestro fuera la gloria de los discípulos, y dicen: No puede ser igual quien sabe, y quien ignora. Contra ellos brevemente se deben decir estas cosas: Cuando Jesús, es decir, el Verbo de Dios, hizo todos los tiempos: Porque todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho (Juan I, 3), y en todos los tiempos, también está el día del juicio: ¿con qué consecuencia puede ignorar una parte de lo que conoce en su totalidad? También debe decirse esto: ¿Qué es mayor, el conocimiento del Padre, o del juicio? Si conoce lo mayor, ¿cómo ignora lo que es menor? Leemos escrito. Todas las cosas que son del Padre, me han sido entregadas (Luc. X, 22). Si todas las cosas del Padre son del Hijo, ¿por qué razón se reservó para sí el conocimiento de un solo día, y no quiso compartirlo con el Hijo? Pero también debe añadirse esto: Si ignora el último día de los tiempos, ignora también casi el penúltimo, y hacia atrás todos. No puede ser que quien ignora el primero, sepa cuál es el segundo. Por lo tanto, porque hemos probado que el Hijo no ignora el día de la consumación: se debe dar la razón por la cual se dice que lo ignora. El apóstol escribe sobre el Salvador: En quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y del conocimiento (Col. II, 3). Por lo tanto, todos los tesoros están en Cristo de sabiduría y conocimiento, pero están escondidos. ¿Por qué están escondidos? Después de la resurrección, interrogado por los apóstoles, respondió más claramente sobre el día: No os corresponde a vosotros saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad (Hech. I, 7). Cuando dice, no os corresponde a vosotros saber, muestra que él sabe, pero no conviene que los apóstoles lo sepan, para que siempre inciertos sobre la venida del juez, vivan cada día como si fueran a ser juzgados al día siguiente. Finalmente, el discurso consecuente del Evangelio obliga a entender lo mismo, diciendo también que solo el Padre lo sabe: en el Padre comprende también al Hijo. Todo padre, en efecto, es nombre del hijo.

(Vers. 37 y siguientes) Así como en los días de Noé, así será también la venida del Hijo del hombre. Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en matrimonio, hasta el día en que Noé entró en el arca, y no entendieron hasta que vino el diluvio y se los llevó a todos: así será también la venida del Hijo del hombre. Se pregunta cómo está escrito arriba: Se levantará nación contra nación, y reino contra reino: y habrá pestilencias, y hambres, y terremotos; y ahora se mencionan cosas que son indicios de paz. Pero debe considerarse, según el Apóstol, que después de las luchas, disensiones, pestilencias, hambres, terremotos y otras cosas que devastan al género humano, seguirá una breve paz que promete tranquilidad, para que la fe de los creyentes sea probada, si después de los males pasados, esperan que el juez venga. Esto es lo que leemos en Pablo: Cuando digan, paz y seguridad, entonces vendrá sobre ellos destrucción repentina, como el dolor de parto, y no escaparán (I Tes. V, 3).

(Vers. 40, 41) Entonces estarán dos en el campo: uno será tomado, y otro será dejado. Dos mujeres estarán moliendo en el molino: una será tomada, y otra será dejada. Entonces, dice, estarán dos en el campo, cuando, en el tiempo de la consumación y el juicio, dos serán encontrados juntos en el campo teniendo el mismo trabajo, y como si sembraran igual, pero no recibirán igualmente el fruto de su trabajo. También dos mujeres estarán moliendo juntas: una será tomada, y otra será dejada. En los dos que habitan en el campo, y en las dos que muelen juntas, entiende la Sinagoga y la Iglesia, que parecen moler juntas en la Ley, y de las mismas Escrituras trituran la harina de los preceptos de Dios: o las demás herejías, que parecen moler la harina de sus doctrinas del Antiguo y Nuevo Testamento, o de uno de ellos: y aunque tienen un mismo propósito en el nombre cristiano, no recibirán la misma recompensa: unos serán tomados, y otros dejados.

(Vers. 42, 43) Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor. Pero sabed esto, que si el padre de familia supiera a qué hora ha de venir el ladrón, velaría ciertamente, y no dejaría perforar su casa. Muestra claramente por qué dijo antes: Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni el Hijo del hombre, ni los ángeles, sino solo el Padre: que no conviene que los apóstoles lo sepan, para que siempre crean que vendrá en la incertidumbre de la expectativa pendiente, a quien ignoran cuándo vendrá. Y no dijo, porque no sabemos a qué hora vendrá el Señor; sino no sabéis. Y habiendo dado el ejemplo del padre de familia, enseña más claramente por qué calla el día de la consumación, diciendo:

Por tanto, estad también vosotros preparados: porque no sabéis a qué hora ha de venir el Hijo del hombre. ¿Quién, piensas, es el siervo fiel y prudente, a quien su Señor ha puesto sobre su familia, para que les dé el alimento a su tiempo? Bienaventurado aquel siervo, a quien cuando venga su Señor, le halle haciendo así. En verdad os digo, que sobre todos sus bienes le pondrá. Reitera y repite más plenamente por qué predijo que ni los ángeles, ni él mismo saben el día y la hora de la consumación; sino solo el Padre, que no conviene que los apóstoles lo sepan: e inserta el ejemplo del padre de familia, es decir, de sí mismo y de los siervos fieles, es decir, de los apóstoles, para exhortar a una mente solícita, para que con la esperanza de las recompensas ministren a sus consiervos en su tiempo el alimento de las doctrinas.

(Vers. 48, 49) Pero si aquel siervo malo dijere en su corazón, mi señor tarda en venir, y comencare a golpear a sus consiervos, y a comer y beber con los borrachos. Depende de lo anterior, que así como el siervo solícito y siempre esperando la venida del señor, entrega a sus consiervos el alimento a su tiempo, y después es puesto sobre todos los bienes del padre de familia: así al contrario, quien según Ezequiel dijo: En tiempos lejanos se hará esto (Ezequiel XII, 22), y no cree que el señor vendrá pronto; hecho más seguro, se entrega a los banquetes y a la lujuria: y no sentirá un padre de familia indulgente, sino un juez severísimo.

(Vers. 50, 51) Vendrá el señor de aquel siervo, en el día que no espera, y a la hora que no sabe: y lo cortará en dos, y pondrá su parte con los hipócritas: allí será el llanto y el crujir de dientes. Esto mismo enseña, para que sepan que cuando no se espera al señor, entonces vendrá, y advierte a los dispensadores de vigilancia y solicitud. Además, lo que dice, lo cortará en dos, no es que lo corte con una espada; sino que lo separe de la compañía de los santos, y ponga su parte con los hipócritas: con aquellos, a saber, que estaban en el campo, y que molían, y sin embargo fueron dejados. A menudo hemos dicho que el hipócrita es una cosa, y muestra otra: así como en el campo, y en el molino parecía hacer lo mismo que el hombre eclesiástico, pero el resultado mostró una voluntad diferente.

(Cap. XXV.---Vers. 1 y siguientes) Entonces el reino de los cielos será semejante a diez vírgenes, que tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo y a la esposa. Cinco de ellas eran insensatas, y cinco prudentes. Pero las cinco insensatas, al tomar sus lámparas, no llevaron aceite consigo. Las prudentes, en cambio, tomaron aceite en sus vasijas con sus lámparas. Esta parábola, es decir, la semejanza de las diez vírgenes, insensatas y prudentes, algunos la interpretan simplemente en las vírgenes: de las cuales unas, según el Apóstol, son vírgenes de cuerpo y mente: otras, reservando solo la virginidad de los cuerpos, o no tienen otras obras semejantes a su propósito, o guardadas por la custodia de los padres, no obstante se han casado en mente (I Cor. VII). Pero me parece que de lo anterior se dice otro sentido, y no se refiere a los cuerpos virginales, sino que la comparación se aplica a todo el género humano. Porque así como los dos en el campo, y las dos moliendo, significan dos pueblos, de cristianos y judíos, o de santos y pecadores, que estando en la Iglesia, parecen también arar y moler; pero todo lo hacen en hipocresía: así también ahora las diez vírgenes abarcan a todos los hombres, que parecen creer en Dios, y se aplauden a sí mismos en las Escrituras sagradas, tanto eclesiásticos, como judíos, y herejes. Que por eso todos son llamados vírgenes, porque se glorían en el conocimiento de un solo Dios, y su mente no es corrompida por la idolatría. Las vírgenes tienen aceite, que se adornan según la fe y las obras. No tienen aceite, las que parecen confesar al Señor con una fe similar; pero descuidan las obras de las virtudes. Podemos interpretar las cinco vírgenes, sabias y necias, como los cinco sentidos: de los cuales unos se apresuran hacia lo celestial, y desean lo supremo: otros, ansiosos de las heces terrenales, no tienen los medios de la verdad, con los cuales iluminen sus corazones. Del sentido de la vista, el oído y el tacto se ha dicho espiritualmente: Lo que hemos visto, lo que hemos oído, lo que hemos contemplado con nuestros ojos, y nuestras manos han palpado (I Juan I, 1). Del gusto: Gustad y ved que el Señor es bueno (Salmo XXXIII, 9). Del olfato: Corremos tras el olor de tus ungüentos (Cantar de los Cantares I, 3). Y: Somos buen olor de Cristo (II Cor. II, 15).

(Vers. 5) Pero tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron. Porque no pasa poco tiempo entre la primera y la segunda venida del Señor. Todas cabecearon, es decir, murieron: porque la muerte de los santos se llama sueño. Consecuentemente se dice, durmieron: porque después serán resucitadas.

(Vers. 6) A la medianoche se oyó un clamor: ¡Aquí viene el esposo, salid a recibirle! Porque de repente, como en la noche intempestiva, y con todos seguros, cuando el sueño es más profundo, por el clamor de los ángeles, y las trompetas de las fuerzas precedentes, resonará la venida de Cristo. Digamos algo que tal vez sea útil al lector. La tradición de los judíos es que Cristo vendrá a medianoche a semejanza del tiempo de Egipto, cuando se celebró la Pascua, y vino el exterminador, y el Señor pasó sobre las tiendas, y los postes de nuestras frentes fueron consagrados con la sangre del cordero (Éxodo XII). Por lo cual creo que también la tradición apostólica ha permanecido, para que en el día de las vigiliias de Pascua no se permita despedir al pueblo antes de la medianoche, esperando la venida de Cristo. Y después de que ese tiempo ha pasado, con la seguridad asumida, todos celebran el día festivo. Por eso también el salmista decía: A medianoche me levantaba para alabarte por tus justos juicios (Salmo CXVIII, 62).

(Vers. 7) Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas. Todas las vírgenes se levantaron, y cada una arregló sus lámparas, es decir, los sentidos, en los cuales recibían el aceite del conocimiento, para que tuvieran las obras de las virtudes, que resplandecieran ante el verdadero juez.

(Vers. 8) Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Las que se quejan de que sus lámparas se apagan, muestran que en parte lucen: y sin embargo no tienen luz inextinguible, ni obras perpetuas. Si alguien, por tanto, tiene un alma virginal, y es amante de la castidad, no debe contentarse con lo mediocre, que pronto se marchita, y al surgir el calor, se seca; sino seguir las virtudes perfectas, para que tenga luz eterna.

(Vers. 9) Pero las prudentes respondieron, diciendo: No sea que no haya suficiente para nosotras y para vosotras. Esto lo responden no por avaricia, sino por temor. Porque cada uno recibirá la recompensa por sus obras, ni pueden en el día del juicio las virtudes de unos aliviar los vicios de otros. Y como en el tiempo de la cautividad de Babilonia, Jeremías no pudo ayudar a los pecadores, y se le dice: No ores por este pueblo (Jeremías VII, 16): así será temible aquel día, cuando cada uno estará preocupado por sí mismo.

Id más bien a los que venden, y comprad para vosotras. Este aceite se vende, y se compra a un alto precio, y se adquiere con trabajo arduo, lo que entendemos en las limosnas y en todas las virtudes y consejos de los maestros.

(Vers. 10) Pero mientras iban a comprar, vino el esposo. Dan como prudentes un consejo, que no deben ir al encuentro del esposo sin el aceite de las lámparas: pero porque ya había pasado el tiempo de comprar, y al llegar el día del juicio, no había lugar para el arrepentimiento, como dice el salmista: En el infierno, ¿quién te alabará? (Salmo VI, 6), no pueden realizar nuevas obras, sino que se ven obligadas a rendir cuentas de las pasadas.

Y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta. Después del día del juicio, no se deja ocasión para las buenas obras y la justicia.

(Vers. 11) Finalmente vinieron también las otras vírgenes, diciendo: Señor, señor, ábrenos. Excelente confesión en la apelación al Señor, y la misma repetida, es indicio de fe. Pero, ¿de qué sirve invocar con la voz, a quien niegas con las obras?

(Vers. 12) Pero él, respondiendo, dijo: En verdad os digo, no os conozco. El Señor conoce a los que son suyos, y quien ignora, será ignorado (II Tim. II, 19). El Señor no conoce a los obradores de iniquidad: y aunque sean vírgenes, y según la doble inteligencia de la pureza del cuerpo, y de la confesión de la verdadera fe se gloríen (I Cor. XIV, 38); sin embargo, porque no tienen el aceite del conocimiento, les basta como castigo que sean desconocidas por el esposo.

(Vers. 13) Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora. Siempre advierto al lector prudente, que no se adhiera a interpretaciones supersticiosas, y que se dicen por el capricho de los que las inventan, sino que considere lo anterior, lo medio, y lo siguiente, y una todo lo que está escrito. Por lo tanto, de lo que añade: Velad, porque no sabéis el día ni la hora, se entienden todas las cosas que dijo, es decir, de los dos que están en el campo, y de las dos que muelen, y del padre de familia, que confía su sustancia a su siervo, y de las diez vírgenes, por eso se han propuesto las parábolas, para que, porque ignoramos todos el día del juicio, nos preparemos solícitamente la luz de las buenas obras, no sea que, mientras ignoramos, venga el juez.

(Vers. 14, 15) Porque como un hombre que se va de viaje, llamó a sus siervos, y les entregó sus bienes. Y a uno dio cinco talentos, a otro dos, y a otro uno, a cada uno según su capacidad, y se fue de inmediato. Este hombre, el padre de familia, sin duda es Cristo, quien

ascendiendo victorioso al Padre después de la resurrección, llamó a los apóstoles, y les entregó la doctrina evangélica, no dando a uno más y a otro menos por largueza o escasez, sino según las capacidades de los que reciben: como también el Apóstol dice que a los que no podían recibir alimento sólido, los alimentó con leche (I Cor. IV). Finalmente, tanto el que había hecho de cinco talentos, diez, como el que de dos, cuatro, recibió la misma alegría; no considerando la magnitud de la ganancia, sino la voluntad del esfuerzo. En los cinco, dos y un talento, entendamos las diversas gracias que se han dado a cada uno. O en el primero, todos los sentidos examinados: En el segundo, la inteligencia y las obras: En el tercero, la razón, por la cual los hombres nos separamos de las bestias.

(Vers. 16) Pero el que había recibido cinco talentos, fue y negoció con ellos; y ganó otros cinco talentos. Habiendo recibido los sentidos terrenales, duplicó para sí el conocimiento de las cosas celestiales: entendiéndolo al Creador por las criaturas: de las cosas corporales, las incorpóreas: de las visibles, las invisibles: de las breves, las eternas.

(Vers. 17) Asimismo, el que había recibido dos, ganó otros dos. Y este, según sus capacidades, duplicó en el Evangelio lo que había aprendido en la Ley: o entendió los tipos de la vida presente y la futura bienaventuranza.

(Vers. 18) Pero el que había recibido uno, fue y cavó en la tierra, y escondió el dinero de su señor. El siervo malo, con obras terrenales y el placer del mundo, descuidó y contaminó los preceptos de Dios: aunque en otro evangelista está escrito, que lo ató en un pañuelo (Lucas XIX), es decir, debilitó la doctrina del padre de familia viviendo blandamente y con delicadeza.

(Vers. 19, 20) Después de mucho tiempo vino el señor de aquellos siervos, y arregló cuentas con ellos. Y llegando el que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco talentos, diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, aquí tienes otros cinco que he ganado. Es un gran tiempo entre la ascensión del Salvador y su segunda venida. Si los apóstoles han de rendir cuentas, y resucitarán bajo el temor del juicio, ¿qué debemos hacer nosotros?

(Vers. 21-23) Su señor le dijo: Bien, siervo bueno y fiel, porque en lo poco has sido fiel, te pondré sobre mucho: entra en el gozo de tu señor. Llegando también el que había recibido dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste: aquí tienes otros dos que he ganado. Su señor le dijo: Bien, siervo bueno y fiel, porque en lo poco has sido fiel, te pondré sobre mucho: entra en el gozo de tu señor. A ambos siervos, como ya dije antes, tanto al que había hecho de cinco talentos, diez, como al que de dos, cuatro, el mismo padre de familia les habla con amabilidad. Y es de notar que todas las cosas que tenemos en el presente, aunque parezcan grandes y muchas, sin embargo, en comparación con las futuras, son pequeñas y pocas. Entra, dice, en el gozo de tu señor, y recibe lo que ni ojo vio, ni oído oyó, ni ha subido al corazón del hombre (I Cor. II). ¿Y qué puede ser mayor para el siervo fiel, que estar con el Señor, y ver el gozo de su Señor?

(Vers. 24, 25) Pero llegando también el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres un hombre duro: cosechas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste: y temiendo fui, y escondí tu talento en la tierra. Aquí tienes lo que es tuyo. Verdaderamente lo que está escrito: Para excusar excusas en pecados (Salmo CXL, 4), también le sucedió a este siervo, que a la pereza y negligencia, se le añadió también el crimen de soberbia. Porque quien simplemente debía confesar su inercia, y rogar al padre de familia, al contrario lo calumnia, y dice que actuó con prudente consejo, para que mientras buscaba ganancias del dinero, no se arriesgara también la parte.

(Vers. 26-28) Pero respondiendo su señor, le dijo: Siervo malo y perezoso, sabías que cosecho donde no siembro, y recojo donde no esparcí: debías entonces haber puesto mi dinero en el banco, y al venir yo, habría recibido lo que es mío con intereses. Quitadle, pues, el talento, y dadlo al que tiene diez talentos. Lo que pensó que había dicho en su defensa, se vuelve en su propia culpa. Se le llama siervo malo, porque calumnia a su señor. Perezoso, porque no quiso duplicar el talento, para que en uno sea condenado por soberbia, y en otro por negligencia. Si, dice, sabías que soy duro y cruel, y que busco lo ajeno, y que cosecho donde no sembré, ¿por qué no te infundió temor tal pensamiento, para que supieras que buscaría lo mío con más diligencia, y dieras mi dinero, o plata, a los banqueros? Porque ambas cosas significa el término griego ἀργύριον. Las palabras del Señor son palabras puras, plata refinada en el fuego, probada en la tierra, purificada siete veces (Salmo XI, 7). Por tanto, el dinero y la plata son la predicación del Evangelio, y la palabra divina, que debía darse a los banqueros y cambistas, es decir, o a los demás doctores (lo que hicieron también los apóstoles, ordenando presbíteros y obispos en cada provincia), o a todos los creyentes, que pueden duplicar el dinero, y devolverlo con intereses, para que todo lo que aprendieron con la palabra, lo cumplan con la obra. Se quita, pues, el talento, y se da al que había hecho diez talentos, para que entendamos que, aunque en el trabajo de ambos sea igual el gozo del señor, es decir, tanto del que duplicó cinco en diez, como del que duplicó dos en cuatro: sin embargo, se debe mayor premio a quien más trabajó en el dinero del señor. Por eso dice también el Apóstol: Honra a los presbíteros que verdaderamente son presbíteros, especialmente a los que trabajan en la palabra de Dios (I Tim. V, 17). De lo que el siervo malo se atrevió a decir: Cosechas donde no sembraste, y recoges donde no esparciste, entendemos que el Señor también recibe la buena vida de los gentiles y filósofos, y tiene de manera diferente a los que actúan justamente, y a los que actúan injustamente, y en comparación con aquel que sirve a la ley natural, se condena a los que descuidan la ley escrita.

(Vers. 29.) Porque a todo el que tiene, se le dará, y tendrá en abundancia; pero al que no tiene, aun lo que parece tener, se le quitará. Muchos, aunque sean naturalmente sabios y tengan agudeza de ingenio, si son negligentes y con la pereza corrompen el bien de la naturaleza, en comparación con aquel que, siendo un poco más lento, ha compensado con trabajo e industria lo que le falta, pierden el bien de la naturaleza y el premio que les había sido prometido, ven que pasa a otros. También se puede entender así: al que tiene fe y buena voluntad en el Señor, aunque tenga alguna deficiencia en la obra como hombre, le será dado por el buen juez. Pero el que no tiene fe, incluso las demás virtudes que parecía poseer naturalmente, las perderá. Y elegantemente también, lo que parece tener, dice, se le quitará. Porque todo lo que es sin la fe de Cristo, no debe imputarse a quien lo ha usado mal, sino a aquel que incluso al mal siervo le atribuye el bien de la naturaleza.

(Vers. 30) Y al siervo inútil echadlo a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes. El Señor es luz; quien es echado fuera de él, carece de la verdadera luz. Qué es el llanto y el crujir de dientes, ya lo hemos dicho antes.

(Vers. 31 seq.) Cuando venga el Hijo del Hombre en su majestad, y todos los ángeles con él: entonces se sentará sobre el trono de su majestad, y se reunirán ante él todas las naciones; y los separará unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Y pondrá a las ovejas a su derecha, y a los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el rey a los que estén a su derecha. Haciendo la Pascua después de dos días, y siendo entregado a la cruz, y burlado por los hombres; y siendo dado a beber vinagre y hiel, correctamente anticipa la gloria del

triunfante, para que los escándalos que seguirán sean compensados con la promesa del premio. Y es de notar que quien ha de ser visto en majestad, es el Hijo del Hombre. Y lo que sigue: Pondrá a las ovejas a su derecha, y a los cabritos a su izquierda, enténdelo según lo que lees en otro lugar: El corazón del sabio está a su derecha, y el corazón del necio a su izquierda (Ecl. X, 2). Y más arriba en este mismo Evangelio: Que no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha (Supra VI, 3). Las ovejas son ordenadas a estar a la derecha en la parte de los justos: los cabritos, es decir, los pecadores, a la izquierda, que siempre son ofrecidos por el pecado en la Ley (Éxodo XII). Y no dijo, cabras, que pueden tener crías, y trasquiladas salen del baño, todas con crías gemelas, y ninguna estéril entre ellas (Cantar de los Cantares IV); sino cabritos, un animal lascivo y petulante, y siempre ardiente para el coito.

(Vers. 34 seq.) Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo. Porque tuve hambre, y me disteis de comer. Tuve sed, y me disteis de beber. Fui huésped, y me recogisteis. Desnudo, y me cubristeis. Enfermo, y me visitasteis. En la cárcel estuve, y vinisteis a mí. Entonces le responderán los justos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te alimentamos: sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos huésped, y te recogimos; o desnudo, y te cubrimos: o cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti? Y respondiendo, el rey les dirá. Esto debe entenderse según la presciencia de Dios, para quien el futuro ya está hecho.

(Vers. 40, 41.) En verdad os digo: en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis. Entonces dirá también a los que estén a su izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer. Tuve sed, y no me disteis de beber. Fui huésped, y no me recogisteis. Desnudo, y no me cubristeis. Enfermo y en la cárcel estuve, y no me visitasteis. Entonces también ellos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o huésped, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te servimos? Entonces les responderá, diciendo: En verdad os digo, en cuanto no lo hicisteis a uno de estos más pequeños, tampoco a mí lo hicisteis. Teníamos la inteligencia libre, que en todo pobre Cristo hambriento era alimentado, sediento era dado de beber, huésped era introducido en el techo, desnudo era vestido, enfermo era visitado, encerrado en la cárcel tenía el consuelo del que conversa. Pero de lo que sigue: En cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis, no me parece que lo haya dicho en general de los pobres, sino de aquellos que son pobres de espíritu, a quienes extendiendo la mano, había dicho: Mis hermanos y mi madre son estos, los que hacen la voluntad de mi Padre (Marcos III, 34, 35; Lucas VIII, 21).

(Vers. 46.) Y estos irán al castigo eterno, pero los justos a la vida eterna. Prudente lector, atiende que tanto los castigos son eternos, como la vida perpetua no tiene temor de ruinas en adelante.

(Cap. XXVI.---Vers. 1 seq.) Y sucedió que, cuando Jesús hubo acabado todos estos discursos, dijo a sus discípulos: Sabéis que después de dos días se celebrará la Pascua: y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado. Que se avergüencen los que piensan que el Salvador temió la muerte, y que por el miedo a la pasión dijo: Padre, si es posible, pase de mí este cáliz (Lucas XXII, 42). Sabiendo que después de dos días se celebrará la Pascua, y que será entregado para ser crucificado, no evita las insidias, no huye aterrorizado: tanto que incluso, cuando los demás no quieren ir, él avanza intrépido, cuando Tomás dice: Vayamos también nosotros, y muramos con él (Juan XI, 16). Y queriendo poner fin a la festividad carnal, y con la sombra pasando, devolver la verdad a la Pascua, dijo: Con deseo he deseado comer esta Pascua con vosotros, antes de que padezca (Lucas XXII, 15). Porque en verdad

nuestra Pascua, Cristo, ha sido inmolado, si es que lo comemos en los ázimos de sinceridad y verdad (I Cor. V, 7). Por lo demás, lo que dice: Después de dos días se celebrará la Pascua, dejando de lado la simple inteligencia, busquemos lo que es sagrado. Después de dos días de luz clarísima, del Antiguo y del Nuevo Testamento, se celebra la verdadera Pascua por el mundo. Pascua, que en hebreo se dice PHASE (), no se llama así por la pasión como muchos piensan, sino por el paso: porque el exterminador, viendo la sangre en las puertas de los israelitas, pasó de largo, y no los hirió. O el mismo Señor, brindando ayuda a su pueblo, pasó por encima. Lee el libro del Éxodo (Cap. XI, XII), del cual hablaremos más extensamente, si la vida nos acompaña. Nuestro paso, es decir, PHASE, se celebra así, si dejando lo terrenal y Egipto, nos apresuramos hacia lo celestial.

(Vers. 3 seqq.) Entonces se reunieron los príncipes de los sacerdotes, y los ancianos del pueblo en el atrio del príncipe de los sacerdotes, que se llamaba Caifás, y tomaron consejo para prender a Jesús con engaño, y matarlo. Pero decían: No en el día de la fiesta, no sea que se produzca un tumulto en el pueblo. Quienes debían, con la Pascua cercana, preparar las víctimas, limpiar las paredes del templo, barrer los pavimentos, limpiar los vasos, y purificarse según el rito de la Ley, para hacerse dignos de comer el cordero, se reúnen para tomar consejo sobre cómo matar al Señor, no temiendo la sedición, como demuestra el simple discurso; sino cuidando que con la ayuda del pueblo no se les quitara de sus manos.

(Vers. 6) Y estando Jesús en Betania, en la casa de Simón el leproso. A punto de sufrir por todo el mundo, y redimir a todas las naciones con su sangre, se queda en Betania, casa de obediencia, que una vez fue de Simón el leproso. No porque el leproso permaneciera en ese tiempo, sino que quien antes era leproso, después fue limpiado por el Salvador, permaneciendo el nombre anterior, para que apareciera la virtud del que cura. Pues en el catálogo de los apóstoles, con el vicio y oficio anterior, Mateo es llamado publicano, quien ciertamente dejó de ser publicano. Algunos quieren entender la casa de Simón el leproso como aquella parte del pueblo que creyó en el Señor, y fue curada por él. Simón también se llama obediente, quien según otra interpretación puede ser entendido como mundo, en cuya casa fue curada la Iglesia.

(Vers. 7.) Se acercó a él una mujer con un frasco de alabastro de unguento precioso, y lo derramó sobre su cabeza mientras estaba reclinado. Que nadie piense que es la misma que derramó el unguento sobre la cabeza, y la que lo hizo sobre los pies. Pues aquella también lava con lágrimas, y seca con el cabello, y claramente es llamada meretriz. De esta no se ha escrito nada semejante. Ni podría una meretriz ser digna inmediatamente de la cabeza del Señor. Otro evangelista en lugar de alabastro de unguento precioso (que es un tipo de mármol), puso nardo puro (Juan XII), es decir, verdadero y sin engaño, para demostrar la fe de la Iglesia y de las naciones.

(Vers. 8, 9.) Pero al ver esto los discípulos, se indignaron, diciendo: ¿Para qué este desperdicio? Pues esto podría haberse vendido por mucho, y dado a los pobres. Sé que algunos critican este pasaje, porque otro evangelista dijo que solo Judas se entristeció, ya que tenía la bolsa, y era ladrón desde el principio, y Mateo escribe que todos los apóstoles se indignaron, sin conocer el tropo, que se llama σύλληψις, o sinécdoque: por el cual tanto por uno se nombra a todos, como por muchos a uno. Pues también Pablo en su Epístola que se escribe a los Hebreos (aunque muchos latinos dudan de ella), después de describir las pasiones y méritos de los santos, añadió: Fueron apedreados, tentados, aserrados, muertos a filo de espada (Hebr. XI, 37), cuando solo un profeta, Isaías, se dice que fue aserrado por los judíos. También podemos decir de otra manera, que los apóstoles verdaderamente se

indignaron por los pobres: pero Judas por sus ganancias. Por eso su murmuración se pone con crimen, porque no tenía cuidado de los pobres, sino que quería proveer para su robo.

(Vers. 10, 11.) Pero Jesús, sabiendo esto, les dijo: ¿Por qué molestáis a esta mujer? Pues ha hecho una buena obra conmigo. Porque siempre tendréis a los pobres con vosotros, pero a mí no siempre me tendréis. Surge otra cuestión, por qué el Señor después de la resurrección dijo a los discípulos: He aquí yo estoy con vosotros hasta la consumación del mundo; y ahora dice, pero a mí no siempre me tendréis. Pero me parece que en este lugar habla de la presencia corporal, que de ninguna manera estará con ellos después de la resurrección, como ahora en toda convivencia y familiaridad. De lo cual el Apóstol, recordando, dice: Y si conocimos a Cristo según la carne, ahora ya no lo conocemos así (II Cor. V, 16).

(Vers. 12.) Porque al derramar este unguento sobre mi cuerpo, lo ha hecho para mi sepultura. Lo que vosotros pensáis que es un desperdicio de unguento, es un oficio de sepultura. Y no es de extrañar si me ha dado el buen olor de su fe, cuando yo estoy a punto de derramar mi sangre por ella.

(Vers. 12-14.) En verdad os digo, dondequiera que se predique este Evangelio en todo el mundo, se dirá también lo que esta ha hecho en memoria de ella. Entonces uno de los doce, llamado Judas Iscariote, fue a los príncipes de los sacerdotes. En todo el mundo no se predica tanto a esta mujer, como a la Iglesia, que sepultó al Salvador, que ungió su cabeza. Y observa el conocimiento de lo futuro, que estando a punto de sufrir después de dos días y morir, sabe que su Evangelio será celebrado en todo el orbe.

(Vers. 15.) Y les dijo: ¿Qué queréis darme, y yo os lo entregaré? Infeliz Judas, el daño que creía haber hecho por el derramamiento del unguento, quiere compensarlo con el precio del maestro. Ni siquiera pide una suma fija, para que al menos la traición pareciera lucrativa, sino que, como entregando un esclavo vil, lo puso en el poder de los compradores cuánto quisieran dar.

(Vers. 16.) Y ellos le asignaron treinta piezas de plata. Y desde entonces buscaba oportunidad para entregarlo. José no, como muchos piensan, según los Setenta intérpretes, fue vendido por veinte piezas de oro, sino según la Verdad Hebrea, por veinte piezas de plata; ni podía ser más valioso el siervo que el Señor.

(Vers. 17.) El primer día de los ázimos, se acercaron los discípulos a Jesús, diciendo: ¿Dónde quieres que preparemos para que comas la Pascua? El primer día de los ázimos es el decimocuarto día del primer mes, cuando se inmola el cordero, y la luna está completamente llena, y se desecha la levadura. Entre esos discípulos que se acercaron a Jesús, preguntando: ¿Dónde quieres que preparemos para que comas la Pascua? también estimo que estaba Judas el traidor.

(Vers. 18.) Pero Jesús dijo: Id a la ciudad a cierto hombre, y decidle: El Maestro dice: Mi tiempo está cerca: en tu casa haré la Pascua con mis discípulos. La nueva Escritura conserva la costumbre del Antiguo Testamento. Frecuentemente leemos: Dijo aquel a aquel, y en tal y tal lugar; lo que en hebreo se dice PHELONI ELMONI (), y sin embargo no se pone el nombre de las personas ni de los lugares. Y encontraréis allí a cierto hombre, llevando una jarra de agua. Por eso se omitieron los nombres, para que a todos los que van a hacer la Pascua, se les abriera la ocasión libre de la festividad.

(Vers. 19.) Y los discípulos hicieron como Jesús les mandó, y prepararon la Pascua. En otro Evangelista está escrito (Lucas XXII), que encontraron un gran cenáculo, dispuesto y limpio, y allí le prepararon. Me parece que el cenáculo es entendido como la ley espiritual, que saliendo de las estrecheces de la letra, en un lugar elevado recibe al Salvador, diciendo Pablo lo mismo (Filip. VIII), que lo que antes consideraba ganancia, lo despreciaba como basura y desechos, para preparar un hospedaje digno del Señor.

(Vers. 20.) Y al atardecer, se reclinó con sus doce discípulos. Judas hace todo así, para que no se sospeche que es el traidor.

(Vers. 21.) Y mientras comían, dijo: En verdad os digo: que uno de vosotros me va a entregar. Quien había predicho sobre la pasión, también predice sobre el traidor, dando lugar al arrepentimiento, para que al entender que se conocen sus pensamientos y sus planes ocultos, se arrepienta de su hecho, y sin embargo no lo señala específicamente, para que al ser claramente acusado, no se vuelva más impudente. Envía el crimen al número, para que el consciente haga penitencia.

(Vers. 22.) Y entristecidos en gran manera, comenzaron cada uno a decir: ¿Acaso soy yo, Señor? Y ciertamente los once apóstoles sabían que no pensaban nada semejante contra el Señor: pero creen más al maestro que a sí mismos: temiendo su fragilidad, tristes preguntan por el pecado, del cual no tenían conciencia.

(Vers. 23.) Pero él respondiendo, dijo: El que mete la mano conmigo en el plato, ese me entregará. ¡Oh maravillosa paciencia del Señor! Primero había dicho: uno de vosotros me va a entregar. El traidor persiste en el mal, lo acusa más claramente, y sin embargo no designa el nombre propio. Judas, mientras los demás se entristecen, y retiran la mano, y prohíben los alimentos a su boca, con la temeridad e impudencia con que iba a traicionar, también mete la mano con el maestro en el plato, para que la audacia mintiera buena conciencia.

(Vers. 24.) Pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre será entregado! Ni corregido la primera ni la segunda vez, retira el pie de la traición, sino que la paciencia del Señor alimenta su impudencia, y atesora para sí ira en el día de la ira (Rom. II). Se predice el castigo, para que a quien no venció la vergüenza, lo corrijan los anunciados suplicios. Lo que sigue:

Mejor le fuera a ese hombre no haber nacido: No debe pensarse que existía antes de nacer, porque a nadie puede irle bien, sino a quien ha existido: sino que simplemente se ha dicho, que es mucho mejor no existir, que existir mal.

(Vers. 25.) Pero respondiendo Judas, quien lo entregó, dijo. Porque los demás tristes, y muy tristes, habían preguntado: ¿Acaso soy yo, Señor? Para no parecer que se delataba al callar, también él pregunta de manera similar, a quien la conciencia le remordía, quien audazmente había metido la mano en el plato.

¿Acaso soy yo, rabí? Le dijo: Tú lo has dicho. Y une el afecto del que halaga, o el signo de incredulidad. Pues los demás que no iban a traicionar, dicen: ¿Acaso soy yo, Señor? Este que iba a traicionar, no llama Señor, sino maestro, como si tuviera excusa, si negando al Señor, al menos traicionara al maestro. Y le dijo: Tú lo has dicho. Con la misma respuesta fue refutado el traidor, con la que después responderá a Pilato.

(Vers. 26 seqq.) Mientras cenaban, Jesús tomó el pan, y bendijo y lo partió, y lo dio a sus discípulos, y dijo: Tomad y comed, esto es mi cuerpo. Y tomando el cáliz, dio gracias, y se lo

dio, diciendo: Bebed de él todos. Porque este es mi sangre del nuevo Testamento, que por muchos será derramada para remisión de los pecados. Después de que el típico Pascua fue cumplido, y había comido las carnes del cordero con los apóstoles, toma el pan, que fortalece el corazón del hombre, y pasa al verdadero sacramento de la Pascua, para que como en la prefiguración de él Melquisedec, sacerdote del Dios altísimo, ofreciendo pan y vino había hecho (Génesis XIV), él también en la verdad de su cuerpo y sangre lo representara. En Lucas leemos de dos cálices que dio a los discípulos (Lucas XXII). Uno del primer mes, y otro del segundo, para que quien entre los santos no pudo comer el cordero en el primer mes, en el segundo entre los penitentes coma el cabrito.

(Vers. 29.) Les digo que no beberé más de este fruto de la vid hasta aquel día en que lo beba nuevo con ustedes en el reino de mi Padre. Pasa de lo carnal a lo espiritual, ya que la viña trasplantada de Egipto es el pueblo de Israel, al cual el Señor habla por medio de Jeremías: Yo te planté como una viña verdadera, ¿cómo te has convertido en amargura de una vid extraña? (Jeremías II, 21). Y el profeta Isaías en el cántico que canta al amado, y toda la Escritura dispersa lo testimonia. Por lo tanto, el Señor dice que no beberá de esta viña hasta que esté en el reino de su Padre. Creo que el reino del Padre es la fe de los creyentes, como también lo confirma el Apóstol: El reino de Dios está dentro de ustedes (Lucas XVII, 21). Así que cuando los judíos reciban el reino del Padre (observa que dice Padre, no Dios), todo Padre es nombre del Hijo. Cuando, digo, crean en Dios Padre, y el Padre los lleve al Hijo, entonces el Señor beberá de su vino, y al igual que José reinando en Egipto, se embriagará con sus hermanos (Génesis XLIII).

(Vers. 30.) Y después de cantar un himno, salieron al monte de los Olivos. Esto es lo que leemos en cierto salmo: Comieron y adoraron todos los ricos de la tierra (Salmo XXI, 30). Según este ejemplo, quien se haya saciado con el pan del Salvador y embriagado con el cáliz, puede alabar al Señor y subir al monte de los Olivos, donde hay descanso de los trabajos, consuelo del dolor y conocimiento de la verdadera luz.

(Vers. 31.) Entonces Jesús les dice: Todos ustedes se escandalizarán de mí esta noche. Predice lo que van a sufrir, para que, cuando lo hayan sufrido, no desesperen de la salvación, sino que, haciendo penitencia, se liberen. Y añadió significativamente, se escandalizarán de mí esta noche; porque así como los que se embriagan, se embriagan de noche: así también los que se escandalizan, lo sufren en la noche y en las tinieblas (I Tesalonicenses V). Pero nosotros digamos: La noche ha pasado, el día se ha acercado (Romanos XIII, 12).

(Vers. 32.) Porque está escrito: Heriré al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño. Pero después de que resucite, iré delante de ustedes a Galilea. Esto está escrito con otras palabras en el profeta Zacarías; y (si no me equivoco) se dice desde la persona del profeta a Dios: Hierre al pastor, y se dispersarán las ovejas del rebaño (Zacarías XIII, 7). También en el salmo sesenta y ocho, que todo se canta del Señor, congruente con este sentido: Porque a quien tú heriste, ellos persiguieron. Se hierre al buen pastor, para que ponga su vida por sus ovejas; y de muchos rebaños de errores se haga un solo rebaño, y un solo pastor (Juan X). De este testimonio se ha hablado más plenamente en el librito que escribimos sobre el Mejor Género de Interpretación.

(Vers. 33.) Respondiendo Pedro, le dijo: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré. No es temeridad, ni mentira; sino fe del apóstol Pedro, y ardiente afecto hacia el Señor Salvador, del cual hemos hablado antes.

(Vers. 34.) Jesús le dijo: En verdad te digo que esta noche, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces. Y Pedro prometía por el ardor de su fe, y el Salvador como Dios conocía el futuro. Y nota que Pedro niega en la noche, y niega tres veces. Pero después de que el gallo cantó, y al disminuir las tinieblas se anunció la luz cercana, se volvió y lloró amargamente, lavando las manchas de la negación con lágrimas de penitencia.

(Vers. 36.) Entonces Jesús vino con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Siéntense aquí, mientras voy allá y oro. Getsemaní se interpreta como valle muy fértil, en el cual mandó a los discípulos sentarse un poco y esperar su regreso, mientras el Señor oraba solo por todos.

(Vers. 37.) Y tomando a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse. Lo que dijimos antes sobre la pasión y la propasión, también se muestra en este capítulo presente, que el Señor, para probar la verdad del hombre asumido, verdaderamente se entristeció, pero para que la pasión no dominara en su ánimo, comenzó a entristecerse por propasión. Una cosa es entristecerse, y otra comenzar a entristecerse. Se entristecía no por el temor de sufrir, quien había venido para sufrir, y había reprendido a Pedro por su temor; sino por el infeliz Judas, y el escándalo de todos los apóstoles, y el rechazo del pueblo judío, y la ruina de la miserable Jerusalén. Por eso también Jonás se entristeció por la sequedad de la calabaza o la hiedra (Jonás IV), no queriendo que pereciera su antiguo tabernáculo. Si los herejes interpretan la tristeza del ánimo, no el afecto del Salvador hacia los que perecen, sino la pasión, que respondan cómo explican lo que se dice desde la persona de Dios por Ezequiel: Y en todas estas cosas me entristecías (Ezequiel XVI, según los LXX).

(Vers. 38.) Entonces les dijo: Mi alma está triste hasta la muerte: Quédense aquí, y velen conmigo. La que se entristece es el alma, y no por la muerte, sino hasta la muerte se entristece, hasta que libere a los apóstoles con su pasión. Pero lo que mandó: Quédense aquí, y velen conmigo, no prohíbe el sueño, cuyo tiempo no era inminente en el peligro; sino el sueño de la infidelidad, y la pereza de la mente. Que digan, pues, los que sospechan que Jesús asumió un alma irracional, cómo se entristece y conoce el tiempo de la tristeza. Aunque los animales brutos también se entristecen, sin embargo, no conocen ni las causas, ni el tiempo hasta el cual deben entristecerse.

(Vers. 39.) Y avanzando un poco, se postró sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz. Sin embargo, no como yo quiero, sino como tú. Dado el mandato a los apóstoles de que esperaran y velaran con el Señor, avanzando un poco se postró sobre su rostro, y mostró la humildad de su mente con el hábito de la carne, y dijo con ternura: Padre mío, y pidió que, si es posible, pase de él el cáliz de la pasión, del cual hemos hablado antes. Pide no por temor a sufrir, sino por misericordia del pueblo anterior, para no beber de ellos el cáliz ofrecido. Por eso, significativamente no dijo, pase de mí el cáliz, sino este cáliz, es decir, del pueblo judío, que no puede tener excusa de ignorancia si me mata, teniendo la Ley y los profetas, que me profetizan diariamente. Sin embargo, volviendo en sí mismo, lo que había rechazado temerosamente desde la persona del hombre, lo confirma desde la del Hijo de Dios. Sin embargo, no como yo quiero, sino como tú. No, dice, se haga esto que hablo con afecto humano; sino por lo que descendí a la tierra por tu voluntad.

(Vers. 40.) Y vino a sus discípulos, y los encontró durmiendo, y dijo a Pedro: ¿Así que no pudieron velar una hora conmigo? Aquel que había dicho antes: Aunque todos se escandalicen de ti, yo nunca me escandalizaré, ahora no puede vencer el sueño por la magnitud de la tristeza.

(Vers. 41.) Velen y oren, para que no entren en tentación. Es imposible que el alma humana no sea tentada. Por eso en la Oración Dominical decimos: No nos dejes caer en la tentación, que no podemos soportar (Mateo VI, 13; Lucas XI, 4). No rechazando completamente la tentación, sino pidiendo fuerzas para soportar en las tentaciones. Por lo tanto, en el presente no dice: Velen y oren, para que no sean tentados; sino, para que no entren en tentación, es decir, para que la tentación no los supere y venza, y los mantenga dentro de sus redes. Por ejemplo: El mártir, que derrama su sangre por la confesión del Señor, es tentado; pero no está atado por las redes de la tentación. Pero quien niega, cae en las trampas de la tentación.

El espíritu está dispuesto, pero la carne es débil. Esto es contra los temerarios, que piensan que pueden lograr todo lo que creen. Así que, tanto como confiamos en el ardor de la mente, tanto temamos la fragilidad de la carne. Pero sin embargo, según el Apóstol, en el espíritu se mortifican las obras de la carne (I Pedro III).

(Vers. 42.) De nuevo, por segunda vez, se fue y oró, diciendo: Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad. Ora por segunda vez, para que si Nínive no puede salvarse de otra manera, sino que la calabaza se seque, se haga la voluntad del Padre, que no es contraria a la voluntad del Hijo, diciendo él mismo por el profeta: Quise hacer tu voluntad, Dios mío (Salmo XXXIX, 9).

(Vers. 43, 44.) Y vino de nuevo, y los encontró durmiendo. Porque sus ojos estaban cargados. Y dejándolos, se fue de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo las mismas palabras. Ora solo por todos, así como sufre solo por todos. Los ojos de los apóstoles languidecían y se oprimían por la negación cercana.

(Vers. 45.) Entonces vino a sus discípulos, y les dijo: Duerman ya, y descansen: miren, se ha acercado la hora, y el Hijo del Hombre será entregado en manos de pecadores (Mateo XVIII y II Corintios XIII). Después de haber orado por tercera vez, para que en boca de dos o tres testigos se establezca toda palabra, y habiendo obtenido la corrección del temor de los apóstoles con la penitencia siguiente, seguro de su pasión, se dirige a los perseguidores, y se ofrece voluntariamente para ser matado, y dice a sus discípulos:

(Vers. 46, 47.) Levántense, vamos, miren, se ha acercado el que me traiciona. Mientras aún hablaba, miren, Judas, uno de los doce, vino, y con él una gran multitud con espadas y palos, enviados por los principales sacerdotes y los ancianos del pueblo. No nos encuentren como temerosos y retraídos, vayamos voluntariamente a la muerte, para que vean la confianza y el gozo de quien va a sufrir.

(Vers. 48.) El que lo traicionó les dio una señal, diciendo: A quien yo bese, ese es, tómelo. Miserable Judas, y sin embargo no digno de compasión, con la misma infidelidad con la que traicionó al maestro y Señor, pensaba que las señales que había visto hacer al Salvador no eran por majestad divina, sino por artes mágicas. Y porque tal vez lo había oído transfigurado en el monte, temía que de manera similar se escapara de las manos de los ministros. Por eso da una señal, para que sepan que es él a quien señalaría con un beso.

(Vers. 49.) Y acercándose inmediatamente a Jesús, dijo: Salve, Rabí. Y lo besó. Con una confianza impúdica y criminal, llama maestro y le da un beso a quien traiciona. Sin embargo, aún tiene algo de la vergüenza del discípulo, ya que no lo entrega abiertamente a los perseguidores, sino por la señal del beso. Esta es la señal que Dios puso en Caín, para que cualquiera que lo encontrara no lo matara (Génesis IV).

(Vers. 50.) Y Jesús le dijo: Amigo, ¿a qué has venido? Entonces se acercaron y echaron mano a Jesús, y lo arrestaron. La palabra, Amigo, debe entenderse ya sea κατὰ ἀντίφρασιν, o ciertamente según lo que leemos antes: Amigo, ¿cómo entraste aquí sin tener vestido de boda? (Mateo XXII, 12).

(Vers. 51.) Y miren, uno de los que estaban con Jesús, extendiendo la mano sacó su espada, y golpeando al siervo del sumo sacerdote, le cortó la oreja. En otro evangelio está escrito que Pedro hizo esto, con el mismo ardor de mente que en otras ocasiones. También se llama Malco al siervo del sumo sacerdote: la oreja que se corta es la derecha. De manera transitoria se debe decir que Malco, es decir, rey, el pueblo judío de antaño, se convirtió en siervo de la impiedad y la devoración de los sacerdotes. Y perdió la oreja derecha, para que escuchara toda la vileza de la letra en la izquierda: pero el Señor en aquellos que quisieron creer de los judíos, devolvió la oreja derecha, y hizo del siervo un linaje real y sacerdotal.

(Vers. 52.) Entonces Jesús le dijo: Vuelve tu espada a su lugar. Porque todos los que tomen espada, a espada perecerán. Y si no lleva la espada en vano, quien ha sido puesto como vengador de la ira del Señor sobre el que hace el mal: sin embargo, cualquiera que tome espada, a espada perecerá. ¿Con qué espada? Con aquella que es de fuego y se vuelve ante el paraíso (Génesis III): y con la espada del espíritu, que se describe en la armadura de Dios (Efesios VI).

(Vers. 53, 54.) ¿O piensas que no puedo rogar a mi Padre, y él me dará ahora más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo, pues, se cumplirán las Escrituras: que así debe ser? No necesito la ayuda de los doce apóstoles, incluso si todos me defendieran, que puedo tener doce legiones de ejército angelical. Una legión entre los antiguos se completaba con seis mil hombres. Por la brevedad del tiempo no nos detenemos a explicar el número, basta con haber dicho los tipos: setenta y dos mil ángeles, en cuantas naciones de hombres se dividió la lengua, se hacen doce legiones. La siguiente sentencia muestra el ánimo dispuesto a sufrir, que en vano habrían cantado los profetas, si el Señor no hubiera afirmado que dijeron la verdad con su pasión.

(Vers. 55.) En esa hora Jesús dijo a las multitudes: ¿Como contra un ladrón han salido con espadas y palos para arrestarme? Todos los días me sentaba con ustedes, enseñando en el templo, y no me arrestaron. Es necio, dice, buscar con espadas y palos a quien se entrega voluntariamente a sus manos, e investigar en la noche como si estuviera escondido y declinando de sus ojos por un traidor, a quien enseña diariamente en el templo. Pero por eso se reúnen contra mí en las tinieblas, porque su poder está en las tinieblas.

(Vers. 56.) Pero todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los profetas. Entonces todos los discípulos, dejándolo, huyeron. ¿Cuáles son las Escrituras de los profetas? Horadaron mis manos y mis pies (Salmo XXI, 17); y en otro lugar: Como oveja fue llevado al matadero (Isaías LIII, 7). Y en otro lugar: Por las iniquidades de mi pueblo fue llevado a la muerte (Ibid., según los LXX).

(Vers. 57.) Pero ellos, arrestando a Jesús, lo llevaron a Caifás, el sumo sacerdote, donde se habían reunido los escribas y los ancianos. Moisés, por mandato de Dios, había ordenado que los sacerdotes sucedieran a los padres, y se tejiera la serie de generaciones en los sacerdotes (Éxodo XXIX). José refiere que este Caifás compró el sumo sacerdocio por un solo año de Herodes. No es de extrañar, entonces, que un sumo sacerdote inicuo juzgue inicuaamente.

(Vers. 58.) Pero Pedro lo seguía de lejos hasta el patio del sumo sacerdote. Lo seguía de lejos, quien iba a negar al Señor.

(Vers. 59, 60.) Y entrando, se sentó con los sirvientes, para ver el final. Pero los principales sacerdotes y todo el concilio buscaban falso testimonio contra Jesús, para entregarlo a la muerte. Y no encontraron, aunque muchos falsos testigos se presentaron. Ya sea por amor al discípulo, o por curiosidad humana, deseaba saber qué juzgaría el sumo sacerdote sobre el Señor: si lo condenaría a muerte, o lo dejaría ir después de azotarlo. Y en esto está la diferencia entre los diez apóstoles y Pedro. Aquellos huyen, este, aunque de lejos, sigue al Salvador.

(Vers. 61.) Finalmente vinieron dos falsos testigos, y dijeron: Este dijo: Puedo destruir el templo de Dios, y en tres días reedificarlo. ¿Cómo son falsos testigos, si dicen lo que leemos que el Señor dijo antes? Pero es falso testigo quien no entiende las palabras en el mismo sentido en que se dicen. El Señor había hablado del templo de su cuerpo. Pero incluso en las mismas palabras calumnian, y añadiendo o cambiando algunas pocas, hacen una calumnia aparentemente justa. El Salvador había dicho: Destruyan este Templo; ellos cambian y dicen: Puedo destruir el templo de Dios. Ustedes, dice, destruyan, no yo: porque es ilícito que nos hagamos daño a nosotros mismos. Luego ellos cambian: y en tres días reedificarlo; para que parezca que lo dijo propiamente del templo judío. Pero el Señor, para mostrar el templo animado y viviente, había dicho: Y yo en tres días lo levantaré. Una cosa es edificar, otra levantar.

(Vers. 62.) Y levantándose el sumo sacerdote, le dijo: ¿No respondes nada a lo que estos testifican contra ti? Pero Jesús callaba. La ira precipitada e impaciente, al no encontrar lugar para la calumnia, sacude al sumo sacerdote de su asiento, para demostrar la locura de su mente con el movimiento de su cuerpo. Cuanto más callaba Jesús ante los indignos de su respuesta, los falsos testigos y los sacerdotes impíos, tanto más el sumo sacerdote, superado por la furia, lo provoca a responder: para encontrar cualquier ocasión de acusarlo. Sin embargo, Jesús callaba. Sabía, como Dios, que cualquier cosa que respondiera sería torcida para la calumnia.

(Vers. 63.) Y el sumo sacerdote le dijo: Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios. ¿Por qué conjuras, impiísimo de los sacerdotes, para acusar, o para creer? Si para acusar, otros te acusan: condenen al que calla. Si para creer, ¿por qué no quisiste creer al que confesó?

(Vers. 64.) Jesús le dijo: Tú lo has dicho. Sin embargo, les digo: desde ahora verán al Hijo del Hombre sentado a la derecha del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo. Y contra Pilato, y contra Caifás, una respuesta similar, para que sean condenados por su propia sentencia.

(Vers. 65, 66.) Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Miren, ahora han oído la blasfemia. ¿Qué les parece? Y ellos, respondiendo, dijeron: Es reo de muerte. A quien la furia había sacudido del asiento sacerdotal, la misma rabia lo provoca a rasgar sus vestiduras. Rasgó sus vestiduras, para mostrar que los judíos habían perdido la gloria del sacerdocio, y que los sumos sacerdotes tienen un asiento vacío. Pero también es costumbre judía, cuando oyen algo de blasfemia y como contra Dios, rasgar sus vestiduras. Lo que también leemos que Pablo y Bernabé hicieron cuando en Licaonia fueron honrados con culto de dioses. Pero Herodes, porque no

dio honor a Dios, sino que accedió al favor desmedido del pueblo, fue inmediatamente herido por un ángel.

(Vers. 67.) Entonces le escupieron en el rostro, y lo golpearon con puñetazos. Para que se cumpliera lo que está dicho: Ofrecí mis mejillas a los golpes, y mi rostro no lo aparté de la confusión de los escupitajos (Lamentaciones III, 30).

(Vers. 68.) Otros le daban bofetadas en el rostro, diciendo: Profetiza para nosotros, Cristo, ¿quién es el que te golpeó? Era insensato responder a los que golpeaban y profetizar al que golpeaba, cuando la locura del que golpeaba era evidente. Pero así como no les profetizó esto, de la misma manera profetizó claramente que Jerusalén sería rodeada por un ejército y que no quedaría piedra sobre piedra en el templo. (Vers. 69.) Pedro, sin embargo, estaba sentado afuera en el patio. Estaba sentado afuera para ver el desenlace de la situación. Y no se acercaba a Jesús, para que no naciera alguna sospecha entre los sirvientes.

(Vers. 72.) Y nuevamente negó con juramento, diciendo que no conocía al hombre. Y poco después se acercaron los que estaban allí y le dijeron a Pedro. Sé que algunos, por afecto piadoso hacia el Apóstol Pedro, han interpretado este pasaje de tal manera que dicen que Pedro no negó a Dios, sino al hombre, y que el sentido es: No conozco al hombre, porque conozco a Dios. Cuán frívolo es esto, lo entiende el lector prudente; así defienden al Apóstol, pero hacen a Dios culpable de mentira. Porque si él no negó, entonces mintió el Señor, quien había dicho: En verdad te digo que esta noche, antes de que el gallo cante, me negarás tres veces. Observa lo que dice, me negarás, no al hombre.

(Vers. 73.) Verdaderamente tú también eres uno de ellos: pues tu manera de hablar te delata. No porque Pedro hablara de otra manera o fuera de otra nación. Todos eran hebreos, tanto los que acusaban como los que eran acusados; pero cada provincia y región tiene sus propias características, y no puede evitar el acento vernáculo. Por eso, en el libro de los Jueces (cap. XII), los de Efraín no pueden decir la contraseña.

(Vers. 74, 75.) Entonces comenzó a maldecir y a jurar que no conocía al hombre. Y de inmediato cantó el gallo. Y Pedro recordó la palabra de Jesús, que había dicho: Antes de que el gallo cante, me negarás tres veces. En otro Evangelio leemos que después de la negación de Pedro y el canto del gallo, el Salvador miró a Pedro, y con su mirada lo provocó a lágrimas amargas. Y no podía permanecer en las tinieblas de la negación, aquel a quien había mirado la luz del mundo.

Y saliendo afuera, lloró amargamente. Sentado en el patio de Caifás, no podía hacer penitencia. Sale afuera del consejo de los impíos, para lavar con lágrimas amargas las manchas de la negación temerosa.

(Cap. XXVII.---Vers. 1 seqq.) Al amanecer, todos los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tomaron consejo contra Jesús para entregarlo a la muerte. Y lo llevaron atado y lo entregaron a Poncio Pilato, el gobernador. No solo fue llevado a Pilato, sino también a Herodes, para que ambos se burlaran del Señor. Y observa la diligencia de los sacerdotes en el mal. Velaron toda la noche para cometer un homicidio. Y lo entregaron atado a Pilato. Tenían esta costumbre de entregar atado al juez a quien habían condenado a muerte.

Entonces Judas, quien lo había entregado, viendo que había sido condenado, arrepentido, devolvió las treinta monedas de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, diciendo: He pecado entregando sangre inocente. La magnitud de la avaricia excluyó el peso

de la impiedad. Viendo Judas que el Señor había sido condenado a muerte, devolvió el precio a los sacerdotes, como si estuviera en su poder cambiar la sentencia de los perseguidores. Así, aunque cambió su voluntad, no cambió el resultado de su primera voluntad. Si pecó aquel que entregó sangre inocente, ¿cuánto más pecaron los judíos que compraron sangre inocente y, ofreciendo el precio, provocaron al discípulo a la traición? Aquellos que intentan introducir diversas naturalezas y dicen que Judas el traidor era de mala naturaleza, y que no pudo ser mantenido por la elección del apostolado, respondan cómo una mala naturaleza pudo haber hecho penitencia.

(Vers. 5.) Pero ellos dijeron: ¿Qué nos importa? Tú verás. Y arrojando las monedas de plata en el templo, se retiró: y yendo, se ahorcó. No le sirvió de nada haber hecho penitencia, por la cual no pudo corregir su crimen. Si alguna vez un hermano peca contra otro de tal manera que puede enmendar lo que ha pecado, puede ser perdonado. Pero si las obras permanecen, la penitencia es asumida en vano. Esto es lo que se dice en el salmo sobre el mismo infeliz Judas: Y su oración se convierta en pecado (Sal. CVIII, 7); para que no solo no pudiera enmendar el crimen de la traición, sino que también añadió al primer crimen el de su propio homicidio. Algo similar dice el Apóstol en la segunda carta a los Corintios: Para que el hermano no sea absorbido por una tristeza excesiva (II Cor. II, 7).

(Vers. 6.) Los príncipes de los sacerdotes, tomando las monedas de plata, dijeron: No es lícito ponerlas en el tesoro, porque es precio de sangre. Verdaderamente cuelan el mosquito y se tragan el camello. Si no ponen el dinero en el tesoro porque es precio de sangre, ¿por qué se derrama la misma sangre?

(Vers. 7, 8.) Tomando consejo, compraron con ellas el campo del alfarero, para sepultura de los extranjeros, por lo cual aquel campo fue llamado Campo de Sangre, hasta el día de hoy. Ellos lo hicieron con otra intención, para dejar un monumento eterno de su impiedad con la compra del campo. Sin embargo, nosotros, que éramos extranjeros a la Ley y a los profetas, hemos recibido sus malas intenciones para nuestra salvación: y descansamos en el precio de su sangre. Se llama campo del alfarero porque nuestro alfarero es Cristo.

(Vers. 9, 10.) Entonces se cumplió lo dicho por el profeta Jeremías, diciendo: Y tomaron las treinta monedas de plata, el precio del valorado, a quien valoraron los hijos de Israel, y las dieron por el campo del alfarero, como me ordenó el Señor. Este testimonio no se encuentra en Jeremías. En Zacarías, que es casi el último de los doce profetas, se encuentra cierta similitud (Zac. XI): y aunque el sentido no difiere mucho, el orden y las palabras son diferentes. Recientemente leí en un volumen hebreo, que un hebreo de la secta nazarena me ofreció, un apócrifo de Jeremías, en el cual encontré estas palabras escritas literalmente. Sin embargo, me parece que el testimonio fue tomado más bien de Zacarías: según la costumbre común de los evangelistas y apóstoles, que omiten el orden de las palabras y solo presentan el sentido del Antiguo Testamento como ejemplo.

(Vers. 11.) Jesús, sin embargo, estaba ante el gobernador, y el gobernador le preguntó, diciendo: ¿Eres tú el rey de los judíos? Pilato, sin preguntar nada más sobre el crimen, sino si era el rey de los judíos, los judíos son acusados de impiedad, porque ni siquiera falsamente pudieron encontrar algo que objetar al Salvador.

Jesús le dijo: Tú lo dices. Respondió de tal manera que decía la verdad, y su palabra no podía ser objeto de calumnia. Y observa que a Pilato, quien pronunciaba la sentencia a regañadientes, le respondió de alguna manera: pero a los sacerdotes y príncipes no quiso responderles, juzgándolos indignos de su palabra.

(Vers. 13 seqq.) Entonces Pilato le dice: ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti? Y no le respondió ni una palabra: de modo que el gobernador se maravilló mucho. Durante el día solemne, el gobernador solía liberar al pueblo un prisionero, el que quisieran. Aunque es un pagano quien condena a Jesús, refiere la causa al pueblo judío. ¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti? Jesús, sin embargo, no quiso responder, para que, al diluir la acusación, no fuera liberado por el gobernador y se pospusiera la utilidad de la cruz.

(Vers. 16 seqq.) Tenía entonces un prisionero notable, llamado Barrabás. Congregados ellos, Pilato les dijo: ¿A quién queréis que os libere, a Barrabás o a Jesús, que se llama Cristo? Porque sabía que por envidia lo habían entregado. Este en el Evangelio, que se escribe según los hebreos, se interpreta como hijo de su maestro, quien había sido condenado por sedición y homicidio. Pilato les ofrece la opción de liberar a quien quieran, al ladrón o a Jesús: no dudando que elegirían a Jesús, sabiendo que lo habían entregado por envidia. Por lo tanto, la causa de la cruz es manifiestamente la envidia.

(Vers. 19 seqq.) Mientras él estaba sentado en el tribunal, su esposa le envió un mensaje, diciendo: No tengas nada que ver con ese justo: porque hoy he sufrido mucho en sueños por causa de él. Pero los príncipes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron a las multitudes para que pidieran a Barrabás y destruyeran a Jesús. Respondiendo el gobernador, les dijo: ¿A cuál de los dos queréis que os libere? Y ellos dijeron: A Barrabás. Nota que a menudo se revelan sueños a los gentiles por Dios; y que en Pilato y su esposa, confesando al justo Señor, hay un testimonio gentil del pueblo.

(Vers. 22, 23.) Pilato les dice: ¿Qué haré entonces con Jesús, que se llama Cristo? Todos dicen: Sea crucificado. El gobernador les dice: ¿Qué mal ha hecho? Pero ellos gritaban más, diciendo: Sea crucificado. Pilato dio muchas oportunidades para liberar al Salvador. Primero, comparando al ladrón con el justo. Luego, preguntando: ¿Qué haré entonces con Jesús, que se llama Cristo? es decir, que es vuestro rey. Y cuando respondieron, Sea crucificado, no accedió de inmediato; sino que, según la sugerencia de su esposa, que había enviado: No tengas nada que ver con ese justo, él también respondió: ¿Qué mal ha hecho? Al decir esto, Pilato absolvió a Jesús. Pero ellos gritaban más, diciendo: Sea crucificado. Para que se cumpliera lo que en el salmo veintiuno había dicho: Me rodearon muchos perros: y la congregación de los malignos me cercó (Sal. XXI, 12). Y aquello de Jeremías: Mi heredad se ha convertido en un león en la selva: han dado su voz contra mí (Jer. XII, 8). Isaías también concuerda en este sentido: Esperé que hicieran justicia, pero hicieron iniquidad, y no justicia, sino clamor (Is. V, 7).

(Vers. 24.) Viendo Pilato que no lograba nada, sino que se hacía más tumulto, tomó agua y se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: Inocente soy de la sangre de este justo: vosotros veréis. Pilato tomó agua, según aquello profético: Lavaré mis manos entre los inocentes (Sal. XXV, 6); para que en el lavado de sus manos se purificaran las obras de los gentiles, y nos hiciera ajenos a la impiedad de los judíos, que clamaron, crucifícalo, de alguna manera testificando esto, y diciendo: Yo quise liberar al inocente; pero como surge una sedición, y se me imputa el crimen de traición contra César: Inocente soy de la sangre de este justo. El juez que se ve obligado a pronunciar sentencia contra Cristo, no condena al ofrecido; sino que acusa a los oferentes, proclamando justo al que va a ser crucificado. Vosotros, dice, veréis. Yo soy ministro de las leyes: vuestra voz derrama sangre.

(Vers. 25.) Y respondiendo todo el pueblo, dijo: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos. Esta imprecación persiste hasta el día de hoy sobre los judíos, y la sangre del

Señor no se aparta de ellos. Por eso habla a través de Isaías: Si levantáis vuestras manos hacia mí, no os escucharé. Vuestras manos están llenas de sangre (Is. I, 15). Los judíos dejan a sus hijos la mejor herencia, diciendo: Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos.

(Vers. 26.) Entonces les liberó a Barrabás, pero a Jesús, después de haberlo azotado, lo entregó para que fuera crucificado. Barrabás, el ladrón que causaba sediciones entre las multitudes, que era autor de homicidios, fue liberado al pueblo de los judíos, es decir, el diablo, que hasta hoy reina en ellos, y por eso no pueden tener paz. Jesús, sin embargo, entregado por los judíos, es absuelto por la esposa de Pilato, y el mismo gobernador lo llama justo. Y el centurión confiesa que verdaderamente es el Hijo de Dios. Que el lector erudito se pregunte cómo puede ser que Pilato se lavara las manos y dijera: Inocente soy de la sangre de este justo, y luego entregara a Jesús azotado para que fuera crucificado. Pero debe saberse que él actuó según las leyes romanas, que establecían que quien iba a ser crucificado debía ser azotado primero. Así que Jesús fue entregado a los soldados para ser azotado, y ese cuerpo sacratísimo, el pecho capaz de Dios, fue cortado por los azotes. Esto se hizo para que, como estaba escrito: Muchos azotes para los pecadores (Sal. XXXI, 10), al ser él azotado, nosotros fuéramos liberados de los azotes, diciendo la Escritura al hombre justo: El azote no se acercará a tu morada (Sal. XC, 10).

(Vers. 27 seqq.) Entonces los soldados del gobernador, tomando a Jesús en el pretorio, reunieron a toda la cohorte alrededor de él, y desnudándolo, le pusieron un manto escarlata. Y trenzando una corona de espinas, la pusieron sobre su cabeza, y una caña en su mano derecha: y arrodillándose ante él, se burlaban de él, diciendo: Salve, rey de los judíos. Los soldados, porque había sido llamado rey de los judíos, y este era el crimen que los escribas y sacerdotes le imputaban, que usurpaba el poder en el pueblo de Israel, hacen esto burlándose, para que, despojado de sus vestiduras anteriores, le pongan un manto escarlata en lugar del borde rojo que usaban los antiguos reyes: y en lugar de una diadema, le pongan una corona de espinas: en lugar de un cetro real, le den una caña, y lo adoren como a un rey. Pero entendamos todo esto mística. Así como Caifás dijo: Conviene que un hombre muera por todos (Juan XI, 50), sin saber lo que decía: así también todo lo que hicieron, aunque lo hicieron con otra intención, sin embargo, nos dieron sacramentos a nosotros que creemos. En el manto escarlata, sostiene las obras sangrientas de las naciones: en la corona de espinas, disuelve la maldición antigua: en la caña, mata a los animales venenosos. O sostenía la caña en su mano para escribir el sacrilegio de los judíos.

(Vers. 30.) Y escupiéndole, tomaron la caña y golpeaban su cabeza. En ese tiempo se cumplió; No aparté mi rostro de la confusión de los escupitajos (Is. L, 6), y sin embargo, cuando golpean su cabeza con la caña, soporta todo pacientemente, para mostrar la verdad de la profecía de Isaías, que dice: La caña quebrada no la romperá (Is. XLII, 3).

(Vers. 31.) Y después de burlarse de él, lo desnudaron del manto y lo vistieron con sus vestiduras, y lo llevaron para crucificarlo. Cuando Jesús es azotado, escupido y ridiculizado, no tiene sus propias vestiduras: sino aquellas que había tomado por nuestros pecados. Pero cuando es crucificado, y pasa la pompa de la burla y el escarnio, entonces recupera sus vestiduras anteriores, y asume su propio ornamento: y de inmediato los elementos se turban, y la creación da testimonio al Creador.

(Vers. 32.) Al salir, encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón: a este obligaron a llevar su cruz. Que nadie piense que este pasaje es contrario a la historia del Evangelista Juan. Porque él dice que el Señor, al salir del pretorio, llevó su cruz; pero Mateo relata que encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, a quien obligaron a llevar la cruz de

Jesús. Pero esto debe entenderse que al salir del pretorio, Jesús mismo llevó su cruz: después encontraron a Simón, a quien le impusieron llevar la cruz. Según la anagogía, las naciones toman la cruz de Jesús, y el extranjero obediente lleva la ignominia del Salvador.

(Vers. 33.) Y llegaron a un lugar llamado Gólgota, que es el lugar de la Calavera. He oído que alguien explicó que el lugar de la Calavera es donde fue sepultado Adán, y por eso se llama así, porque allí está enterrada la cabeza del hombre antiguo, y esto es lo que dice el Apóstol: Despierta, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te iluminará Cristo. Es una interpretación favorable y que agrada al oído del pueblo, pero no es verdadera. Porque fuera de la ciudad y fuera de la puerta, hay lugares donde se decapitan a los condenados, y han tomado el nombre de Calvaria, es decir, de decapitados. Por eso el Señor fue crucificado allí, para que donde antes era el lugar de los condenados, allí se levantaran los estandartes del martirio. Y así como por nosotros se hizo maldición de la cruz, y fue azotado y crucificado: así por la salvación de todos fue crucificado como un culpable entre los culpables. Pero si alguien quiere argumentar que el Señor fue crucificado allí para que su sangre gotee sobre la tumba de Adán, preguntemos por qué también otros ladrones fueron crucificados en el mismo lugar. De lo cual se deduce que Calvaria no es la tumba del primer hombre, sino que significa el lugar de los decapitados, para que donde abundó el pecado, sobreabundara la gracia (Rom. V). Leemos en el libro de Josué que Adán fue sepultado cerca de Hebrón y Arbee (Jos. XIV).

(Vers. 34.) Y le dieron a beber vinagre mezclado con hiel, y cuando lo probó, no quiso beber. Dios habla a Jerusalén: Yo te planté como una vid verdadera, ¿cómo te has convertido en amargura de una vid extraña? (Jer. II, 21). La vid amarga produce vino amargo, que ofrece al Señor Jesús, para que se cumpla lo que está escrito: Me dieron hiel por comida, y en mi sed me dieron a beber vinagre (Sal. LXVIII, 22). Pero lo que se dice: Y cuando lo probó, no quiso beber, indica que probó por nosotros la amargura de la muerte, pero al tercer día resucitó.

(Vers. 35.) Después de crucificarlo, dividieron sus vestiduras, echando suertes, para que se cumpliera lo dicho por el profeta, diciendo: Dividieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes. Y esto había sido profetizado en el mismo salmo: Dividieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron suertes (Sal. XXI, 19).

(Vers. 36.) Y sentados lo vigilaban. La diligencia de los soldados y sacerdotes nos beneficia, para que la virtud del resucitado aparezca mayor y más evidente.

(Vers. 37.) Y pusieron sobre su cabeza la causa escrita, Este es Jesús, el rey de los judíos. No puedo admirar dignamente por la magnitud del asunto, que habiendo comprado testigos falsos con precio, y habiendo incitado al pueblo infeliz a la sedición y al clamor, no encontraron otra causa para su ejecución, sino que era el rey de los judíos. Y ellos quizás lo hicieron burlándose y riendo. Sin embargo, Pilato respondió incluso a los que no querían: Lo que he escrito, he escrito. Queráis o no, judíos, toda la multitud de las naciones os responde: Jesús es el rey de los judíos, es decir, el emperador de los creyentes y confesores.

(Vers. 38.) Entonces fueron crucificados con él dos ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda. Si Gólgota es el túmulo de Adán, y no el lugar de los condenados, y por eso el Señor es crucificado allí, para resucitar a Adán, ¿por qué dos ladrones son crucificados en el mismo lugar?

(Vers. 39 seqq.) Los que pasaban lo blasfemaban moviendo sus cabezas y diciendo: ¡Vah! tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reconstruyes, sálvate a ti mismo; si eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz. De igual manera, los príncipes de los sacerdotes, burlándose con los escribas y ancianos, decían. Blasfemaban porque pasaban de largo y no querían caminar en el verdadero camino de las Escrituras. Movían sus cabezas porque ya antes habían movido sus pies y no se mantenían firmes sobre la roca. Lo mismo, insultando, dice el pueblo necio, lo que los falsos testigos habían inventado.

(Vers. 42.) A otros salvó, a sí mismo no puede salvarse. Aun sin quererlo, confiesan los escribas y fariseos que a otros salvó. Así que vuestra propia sentencia os condena. Porque quien a otros salvó, ciertamente si quisiera, podría salvarse a sí mismo.

(Vers. 43.) Si es el rey de Israel, descienda de la cruz y creeremos en él. Confía en Dios; que lo libere ahora si lo quiere. Pues dijo: Soy Hijo de Dios. Promesa fraudulenta. ¿Qué es más, descender de la cruz aún vivo o resucitar del sepulcro muerto? Resucitó y no creísteis. Por tanto, si también descendiera de la cruz, igualmente no creeríais. Pero a mí me parece que los demonios sugieren esto. Pues tan pronto como el Señor fue crucificado, sintieron el poder de la cruz y entendieron que sus fuerzas habían sido quebrantadas, y hacen esto para que descienda de la cruz, pero el Señor, conociendo las insidias de los adversarios, permanece en el madero para destruir al diablo.

(Vers. 44.) Lo mismo también le reprochaban los ladrones que estaban crucificados con él. Aquí, por el tropo llamado σύλληψις, se introduce a ambos ladrones como si uno solo hubiera blasfemado. Lucas, sin embargo, afirma que mientras uno blasfemaba, el otro confesó y al contrario reprendió al blasfemo (Luc. XXIII). No es que los Evangelios discrepen, sino que primero ambos blasfemaron, luego, al oscurecerse el sol, moverse la tierra, romperse las rocas y sobrevenir las tinieblas, uno creyó en Jesús y enmendó su negación anterior con una confesión posterior. En los dos ladrones, ambos pueblos, tanto de gentiles como de judíos, primero blasfemaron al Señor. Después, por la magnitud de los signos, uno aterrorizado hizo penitencia, y hasta hoy increpa a los judíos blasfemantes.

(Vers. 45.) Desde la hora sexta, hubo tinieblas sobre toda la tierra hasta la hora novena. Los que escribieron contra los Evangelios sospechan de un eclipse solar, que suele ocurrir en tiempos determinados, interpretado por los discípulos de Cristo por ignorancia sobre la resurrección del Señor: ya que el eclipse solar nunca ocurre sino al amanecer de la luna. Sin embargo, no hay duda de que en el tiempo de la Pascua la luna estaba completamente llena. Y para que no pareciera que la sombra de la tierra o el orbe de la luna opuesto al sol causara breves y ferruginosas tinieblas, se establece un lapso de tres horas para eliminar toda ocasión de objeción. Y creo que esto se hizo para que se cumpliera la profecía que dice: El sol se pondrá al mediodía y la luz se oscurecerá sobre la tierra en el día (Amós VIII, 9); y en otro lugar: El sol se puso cuando aún era mediodía (Jerem. XV, 9). Y me parece que la luz clarísima del mundo, es decir, el luminar mayor, retiró sus rayos para que ni viera al Señor colgando ni los impíos blasfemantes disfrutaran de su luz.

(Vers. 46.) Y alrededor de la hora novena, Jesús clamó con gran voz, diciendo: Eli, Eli, lammasabachthani, Esto es, Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Al principio del vigésimo primer salmo se usó, y lo que se lee en el medio del versículo: Mírame, es superfluo. Pues en hebreo se lee: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Por tanto, son impíos los que piensan que este salmo fue dicho en persona de David, o de Ester y Mardoqueo, cuando incluso los evangelistas entienden los testimonios tomados de él sobre el Salvador: como es aquello: Repartieron entre sí mis vestiduras, y sobre mi ropa echaron

suertes. Y otro: Horadaron mis manos y mis pies. No te maravilles de la humildad de las palabras y las quejas del abandonado, cuando sabiendo la forma de siervo, ves el escándalo de la cruz.

(Vers. 47.) Algunos de los que estaban allí, al oírlo, decían: Este llama a Elías. No todos, sino algunos que creo que eran soldados romanos, no entendiendo la propiedad del idioma hebreo, sino por lo que dijo: Eli, Eli, pensando que Elías había sido invocado por él. Pero si queremos entender que fueron judíos los que dijeron esto, lo hacen según su costumbre, para infamar al Señor de debilidad, que pide la ayuda de Elías.

(Vers. 48.) Y al instante, uno de ellos corrió, tomó una esponja, la llenó de vinagre, la puso en una caña y le dio a beber. Y esto se hizo para que se cumpliera la profecía: En mi sed me dieron a beber vinagre (Sal. LXVIII, 22). Hasta hoy, los judíos y todos los incrédulos de la resurrección del Señor dan a Jesús de beber vinagre y hiel; y le dan vino mezclado con mirra para adormecerlo, y que no vea sus males.

(Vers. 50.) Pero Jesús, clamando de nuevo con gran voz, entregó el espíritu. Es indicio de poder divino entregar el espíritu, como él mismo había dicho: Nadie puede quitarme la vida; sino que yo la pongo de mí mismo, y la volveré a tomar (Juan X, 18).

(Vers. 51.) Y he aquí, el velo del Templo se rasgó en dos partes de arriba abajo. El velo del templo se rasgó, y todos los sacramentos de la Ley que antes estaban ocultos, fueron revelados y pasaron al pueblo de los gentiles. En el Evangelio, del cual hacemos mención a menudo, leemos que el dintel del templo de infinita magnitud se rompió y se dividió. Josefo también refiere que las virtudes angélicas, guardianas del templo, entonces clamaron al unísono: Pasemos de estos lugares.

(Vers. 52.) Y la tierra se movió, y las piedras se partieron, y los sepulcros se abrieron. No hay duda de lo que significa según la letra la magnitud de los signos, para que tanto el cielo como la tierra y todo demostraran que el Señor había sido crucificado. Pero me parece que el terremoto y lo demás llevan el tipo de los creyentes, que dejando los antiguos vicios de error, y ablandada la dureza del corazón, que antes eran como sepulcros de muertos, después reconocieron al Creador.

(Vers. 53.) Y muchos cuerpos de santos que habían dormido, resucitaron. Y saliendo de los sepulcros después de su resurrección, vinieron a la ciudad santa y se aparecieron a muchos. Así como Lázaro resucitó muerto, así también muchos cuerpos de santos resucitaron para mostrar al Señor resucitado (Juan XI). Y sin embargo, aunque los sepulcros se abrieron, no resucitaron antes de que el Señor resucitara, para que fuera el primogénito de la resurrección de los muertos. La ciudad santa en la que fueron vistos resucitados, entendamos que es Jerusalén celestial, o esta terrenal, que antes había sido santa. Así como Mateo es llamado publicano, no porque el Apóstol aún permanezca publicano, sino porque conserva el nombre anterior. Jerusalén era llamada ciudad santa por el templo y el santo de los santos, y por distinción de otras ciudades en las que se adoraban ídolos. Cuando se dice que se aparecieron a muchos, se muestra que no fue una resurrección general que todos vieran, sino especial a muchos, para que aquellos que merecían ver, vieran.

(Vers. 54.) Pero el centurión y los que con él estaban, custodiando a Jesús, al ver el terremoto y lo que sucedía, temieron mucho, diciendo: Verdaderamente este era el Hijo de Dios. En otro Evangelio, después del terremoto, se expone una causa más manifiesta del milagro del centurión: que al ver que él había entregado el espíritu, dijo: Verdaderamente este era el Hijo

de Dios. Pues nadie tiene poder para entregar el espíritu, sino aquel que es el creador de las almas. Pero entendamos el espíritu en este lugar como el alma, ya sea porque hace el cuerpo espiritual y vital, o porque la sustancia del alma es espíritu, según lo que está escrito: Quitarás su espíritu, y perecerán (Sal. CIII, 29). Y esto debe considerarse, que el centurión ante la cruz, en el mismo escándalo de la pasión, confiesa verdaderamente al Hijo de Dios: y Arrio en la Iglesia predica una criatura.

(Vers. 55, 56.) Estaban allí muchas mujeres desde lejos que habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole: entre las cuales estaba María Magdalena, y María madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo. Era costumbre judía, y no se consideraba culpa según la antigua costumbre de la gente, que las mujeres de su sustancia sirvieran con alimento y vestido a sus maestros. Esto, porque podía causar escándalo entre las naciones, Pablo recuerda haberlo rechazado. Pues él mismo dice: ¿Acaso no tenemos derecho a llevar con nosotros una hermana como esposa, como hacen los demás apóstoles? (I Cor. IX, 5). Pero servían al Señor de su sustancia, para que cosechara de ellas lo carnal, de quien ellas cosechaban lo espiritual. No porque el Señor de las criaturas necesitara alimentos, sino para mostrar el tipo de los maestros, que debían contentarse con el alimento y el vestido de sus discípulos. Pero veamos qué compañeras tenía: María Magdalena, de la cual había expulsado siete demonios, y María madre de Jacobo y de José, su tía, hermana de María, madre del Señor, y la madre de los hijos de Zebedeo, que poco antes había pedido el reino para sus hijos, y otras que leemos en los demás Evangelios (Luc. VIII).

(Vers. 57, 58.) Al atardecer, vino un hombre rico de Arimatea, llamado José, que también era discípulo de Jesús. Este se acercó a Pilato y pidió el cuerpo de Jesús. Entonces Pilato ordenó que se le entregara el cuerpo. Se menciona que era rico no por jactancia del escritor, para referir que Jesús tenía un discípulo noble y muy rico; sino para mostrar la razón por la cual pudo obtener de Pilato el cuerpo de Jesús. Pues no era propio de un pobre y desconocido acercarse a Pilato, el gobernador del poder romano, y obtener el cuerpo del crucificado. En otro Evangelista (Luc. XXIII) este José es llamado βουλευτής, es decir, consejero, y algunos piensan que el primer salmo fue compuesto sobre él: Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de impíos, y lo demás.

(Vers. 59.) Y tomando el cuerpo, José lo envolvió en una sábana limpia. De la simple sepultura del Señor, se condena la ambición de los ricos, que ni siquiera en los sepulcros pueden carecer de riquezas. Pero podemos también, según la inteligencia espiritual, sentir que el cuerpo del Señor no debe envolverse en oro, gemas y seda, sino en lino puro, aunque esto también significa que aquel que envolvió a Jesús en una sábana limpia, lo recibió con mente pura.

(Vers. 60.) Y lo puso en su sepulcro nuevo, que había excavado en la roca, y rodó una gran piedra a la entrada del sepulcro, y se fue. Se pone en un sepulcro nuevo, para que después de la resurrección, permaneciendo los demás cuerpos, no se fingiera que otro había resucitado. Pero también el nuevo sepulcro puede demostrar el vientre virginal de María: y la piedra puesta en la entrada, y la gran piedra muestran que sin la ayuda de muchos no se pudo abrir el sepulcro.

(Vers. 61 seqq.) Estaba allí María Magdalena y la otra María, sentadas frente al sepulcro. Al día siguiente, que es después de la preparación, se reunieron los príncipes de los sacerdotes y los fariseos ante Pilato, diciendo: Señor, recordamos que aquel seductor dijo aún en vida: Después de tres días resucitaré. Mientras los demás abandonaban al Señor, las mujeres perseveran en el oficio, esperando lo que Jesús había prometido, y por eso merecieron ser las

primeras en ver al resucitado, porque el que persevere hasta el fin, este será salvo (Mat. X, 22; XXIV, 13).

(Vers. 64 seqq.) Manda, pues, que se custodie el sepulcro hasta el tercer día, no sea que vengan sus discípulos, lo roben y digan al pueblo: Ha resucitado de entre los muertos, y el último error será peor que el primero. Pilato les dijo: Tenéis una guardia. Id, custodiad como sabéis. Ellos, yendo, aseguraron el sepulcro, sellando la piedra con los guardias. No les había bastado a los príncipes de los sacerdotes, y a los escribas y fariseos crucificar al Señor Salvador, sino que custodiaron el sepulcro, tomaron una cohorte, sellaron la piedra, y en cuanto a ellos, pusieron la mano al resucitado, para que su diligencia sirviera a nuestra fe: Cuanto más se reserva, tanto más se muestra el poder de la resurrección. Por eso también fue puesto en un sepulcro nuevo, que había sido excavado en la roca, para que si hubiera sido construido de muchas piedras, al socavar los cimientos del sepulcro, se dijera que había sido robado. Pero que debía ser puesto en el sepulcro, es testimonio del profeta, diciendo: Habitará en la cueva excavada de la roca fortísima (Isai. XXXIII, 16). Y enseguida, dos versículos después, sigue: Veréis al Rey con gloria (Ibid., 17).

(Cap. XXVIII.---Vers. 1.) Al atardecer del sábado, que amanecía en el primer día de la semana, vino María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Que se describan diferentes tiempos de estas mujeres en los Evangelios, no es signo de mentira, como objetan los impíos, sino oficio de visita diligente, mientras van y vienen frecuentemente, y no permiten estar lejos del sepulcro del Señor por mucho tiempo.

(Vers. 2, 3.) Y he aquí, se produjo un gran terremoto. Pues un ángel del Señor descendió del cielo, y acercándose, rodó la piedra y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestidura como la nieve. Nuestro Señor, uno y el mismo Hijo de Dios e Hijo del hombre, según cada naturaleza, de divinidad y carne, ahora muestra signos de su grandeza, ahora de su humildad. Por eso también en el presente lugar, aunque es hombre el que fue crucificado, el que fue sepultado, el que fue encerrado en el sepulcro, al que la piedra puesta detiene, sin embargo, lo que se hace fuera, muestra al Hijo de Dios, el sol huyendo, las tinieblas sobrevenidas, la tierra movida, el velo rasgado, las rocas partidas, los muertos resucitados, los ministerios de los ángeles, que desde el principio de su nacimiento probaban que era Dios. A María vino Gabriel, con José habla el ángel; el mismo anuncia a los pastores, después se oye el coro de ángeles diciendo: Gloria en las alturas a Dios, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad (Luc. II). Es tentado en el desierto, y después de la victoria, los ángeles le sirven. Ahora también viene el ángel guardián del sepulcro del Señor, y con vestidura blanca señala la gloria del triunfante. Y también cuando el Señor asciende a los cielos, se ven dos ángeles en el monte de los Olivos, prometiendo a los apóstoles el segundo advenimiento del Salvador (Act. I).

(Vers. 4, 5.) Por miedo a él, los guardias se aterrorizaron y quedaron como muertos. Pero el ángel, respondiendo, dijo a las mujeres: No temáis vosotras. Sé que buscáis a Jesús, el crucificado: No está aquí, pues ha resucitado como dijo. Los guardias, aterrorizados por el miedo, yacen estupefactos como muertos, y sin embargo, el ángel no los consuela a ellos, sino a las mujeres. No temáis vosotras. Ellos, dice, teman: en ellos permanezca el pavor, en quienes permanece la incredulidad. Pero vosotras, porque buscáis a Jesús crucificado, escuchad que ha resucitado y ha cumplido lo prometido.

(Vers. 6, 7.) Venid y ved el lugar donde fue puesto el Señor. Y pronto id, decid a sus discípulos. Para que si no creéis en mis palabras, creáis en el sepulcro vacío, y con paso rápido id y anunciad a sus discípulos.

Porque ha resucitado, y he aquí que os precede a Galilea: allí lo veréis: he aquí que os lo he dicho. Esto es en el lodazal de las naciones, donde antes había error y resbalón, y no se ponía el pie con paso firme y estable.

(Vers. 8.) Y salieron rápidamente del sepulcro con miedo y gran gozo, corriendo a anunciarlo a sus discípulos. Un doble afecto ocupaba las mentes de las mujeres, de miedo y de gozo: uno por la magnitud del milagro, otro por el deseo del resucitado; y sin embargo, ambos aceleraban el paso femenino. Iban a los apóstoles, para que por ellos se esparciera la semilla de la fe.

(Vers. 9.) Y he aquí que Jesús les salió al encuentro, diciendo: Salve. Las que así buscaban, las que así corrían, merecían tener al Señor resucitado de frente, y ser las primeras en oír: Salve: para que la maldición de Eva, la mujer, se subvirtiera en las mujeres.

Ellas se acercaron, y abrazaron sus pies, y lo adoraron. Estas se acercan y abrazan sus pies, porque lo adoraron. Pero aquella, que buscaba al viviente entre los muertos, y aún no sabía que el Hijo de Dios había resucitado, con razón oye: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre (Juan XX, 17).

(Vers. 10.) Entonces Jesús les dijo: No temáis. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, siempre debe observarse esto: que cuando aparece alguna visión más augusta, primero se disipa el miedo, para que, con la mente así apaciguada, puedan escucharse las palabras.

Id, anunciad a mis hermanos, que vayan a Galilea, allí me verán. Cuando ellas se fueron, he aquí que algunos de los guardias vinieron a la ciudad, y anunciaron a los príncipes de los sacerdotes todo lo que había sucedido. A estos hermanos de los que en otro lugar dijo: Anunciaré tu nombre a mis hermanos (Sal. XXI, 23): que no ven al Salvador en Judea, sino en la multitud de las naciones.

(Vers. 12 seqq.) Y reunidos con los ancianos, tomaron consejo, y dieron mucho dinero a los soldados, diciendo: Decid que sus discípulos vinieron de noche y lo robaron mientras dormíamos. Y si esto se oye por el gobernador, nosotros lo persuadiremos, y os pondremos a salvo. Ellos, tomando el dinero, hicieron como se les había enseñado. Y se divulgó esta palabra entre los judíos hasta el día de hoy. Los guardias confiesan el milagro: regresan apresurados a la ciudad: anuncian a los príncipes de los sacerdotes lo que han visto, lo que han presenciado. Ellos, que debieron convertirse al arrepentimiento y buscar a Jesús resucitado, perseveran en la maldad, y el dinero que había sido dado para los usos del templo, lo convierten en la redención de la mentira, como antes habían dado treinta monedas de plata a Judas el traidor. Por tanto, todos los que abusan de la ofrenda del templo y de lo que se confiere para los usos de la Iglesia en otras cosas, para cumplir su voluntad, son semejantes a los escribas y sacerdotes, que redimen la mentira y la sangre del Salvador.

(Vers. 16, 17.) Pero los once discípulos fueron a Galilea, al monte donde Jesús les había ordenado. Y al verlo, lo adoraron; pero algunos dudaron. Después de la resurrección, Jesús es visto en el monte de Galilea, y allí es adorado: aunque algunos dudan, y su duda aumenta nuestra fe. Entonces se muestra más claramente a Tomás, y le muestra el costado herido por la lanza, y las manos fijadas por los clavos.

(Vers. 18.) Y acercándose Jesús les habló, diciendo: Se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra. Aquel a quien se le ha dado potestad es el mismo que poco antes fue crucificado, que fue sepultado en el sepulcro, que yació muerto, y que después resucitó. Se le ha dado potestad en el cielo y en la tierra, para que quien antes reinaba en el cielo, por la fe de los creyentes reine en la tierra.

(Vers. 19.) Id, pues, y enseñad a todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Primero enseñan a todas las naciones, luego a las instruidas las sumergen en agua. No puede suceder que el cuerpo reciba el sacramento del bautismo, si antes el alma no ha recibido la verdad de la fe. Son bautizados en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, para que aquellos cuya divinidad es una, su donación sea una: y el nombre de la Trinidad, un solo Dios es.

(Vers. 20.) Enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado. El orden es primordial: Mandó a los apóstoles que primero enseñaran a todas las naciones, luego las sumergieran en el sacramento de la fe, y después de la fe y el bautismo, les ordenaran lo que debía observarse. Y para que no pensemos que son leves y pocas las cosas que han sido ordenadas, añadió: Todas las cosas que os he mandado. Para que todos los que crean, que hayan sido bautizados en la Trinidad, hagan todo lo que ha sido mandado.

Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del siglo. Aquel que promete estar con los discípulos hasta la consumación del siglo, muestra que ellos siempre vivirán, y que él nunca se apartará de los creyentes. Y aquel que promete su presencia hasta la consumación del mundo, no ignora el día en que sabe que estará con los apóstoles.